

P A I D O S O R I G E N E S

Breve historia de Bizancio

WARREN TREADGOLD

Sumario

Prefacio	11
1. Introducción	13
El problema de la decadencia	13
El legado romano	19
2. La formación de Bizancio (285-457)	25
Diocleciano el Refundador	25
Constantino el Afortunado	32
Cinco emperadores en pugna	40
Tres emperadores débiles	46
Una nueva sociedad	52
Una nueva cultura	60
3. Reconquista y crisis (457-602)	69
La supervivencia de Oriente	69
Justiniano el Reconquistador	76
Justiniano y la peste	81
Los sucesores de Justiniano	88
Una sociedad rebelde	94
Una cultura variada	101

4. Catástrofe y contención (602-780)	111
Heraclio el Defensor	111
Constante II el Reformador	118
IncurSIONES y revoluciones	124
Tres emperadores iconoclastas	130
Una sociedad atrincherada	137
Una época oscura	144
5. Recuperación y victoria (780-1025)	153
El renacimiento del Imperio	153
El Imperio restablecido	160
Rivalidades y progreso	167
Nicéforo II y Juan I, los Conquistadores	171
Basilio II el Triunfador	175
Una sociedad en expansión	183
Un renacimiento cultural	191
6. Prosperidad y debilidad (1025-1204)	199
Trece emperadores menores	199
Dos emperadores capacitados	206
Ambición y desintegración	212
Una sociedad inquieta	218
Una cultura vigorosa	226
7. Restauración y caída (1204-1461)	235
Los sucesores	235
La restauración de Miguel VIII	240
Oportunidades perdidas	247
El fin de Bizancio	254
Una sociedad a la defensiva	259
Un renacimiento perdido	266
8. Conclusión	275
El problema de la medida	275
El legado de Bizancio	281
Bibliografía	287
Lista de mapas y tablas	293
Lista de figuras	294
Lista de emperadores bizantinos	295
Índice analítico y de nombres	301

Prefacio

Este libro se basa en las mismas investigaciones que dieron lugar a mi más extensa *History of the Byzantine State and Society*, a las que he sumado las lecturas y reflexiones de los últimos cinco años y medio. Durante dicho período mi visión global de la sociedad bizantina apenas se ha modificado; tampoco he descubierto errores graves ni omisiones involuntarias en el trabajo anterior (o en el más breve volumen que lo acompañaba, *Byzantium and Its Army*). Sin embargo, éste es un nuevo libro, con nuevos puntos de vista y una orientación distinta, modificado además por una completa reescritura, necesaria para abreviar la narración y mantenerla comprensible. Puesto que si se desean detalles o referencias más extensas es posible remitirse a mi trabajo anterior, en este volumen me he tomado la libertad de omitir hechos dignos de mención, pero que podrían resultar confusos, así como opiniones divergentes de las mías. Aunque he intentado que ambos libros sean accesibles tanto al público en general como al especializado, obviamente el presente volumen está dirigido a aquellos que dispongan de poco tiempo o cuyo interés en Bizancio sea menos específico.

A excepción de la introducción y la conclusión, los capítulos restantes se inician con un apartado de narración histórica y concluyen con

dos secciones descriptivas sobre sociedad y cultura. Dada la tendencia actual de las publicaciones académicas, muchos historiadores habrían preferido que el libro omitiese la sección narrativa y se limitara a una simple reimpresión del tercio de mi libro más extenso, dedicado a la historia sociocultural. Sin embargo el resultado, aun con explicaciones añadidas, habría sido de difícil comprensión para aquellos no familiarizados con la historia de Bizancio; tampoco así habría logrado realizar un tratamiento exhaustivo de la civilización bizantina, lo que requeriría una organización completa del tema como la llevada a cabo por Cyril Mango en *Byzantium: The Empire of New Rome*. Huelga decir que los lectores no interesados en la sección narrativa, así como aquéllos interesados sólo en la narrativa o en un período en concreto, pueden consultar únicamente las correspondientes secciones del libro.

Tales preferencias no deben limitarse a una mera cuestión de gusto, ya que el Estado y la sociedad bizantinos interactuaban constantemente. La crisis demográfica, económica y cultural del siglo VI, por ejemplo, condujo a los conflictos políticos, militares y religiosos de los siglos VII y VIII, que, a su vez, propiciaron el renacimiento social, económico y cultural del siglo IX. Algunos de los mejores trabajos sobre historia bizantina de los últimos cincuenta años han demostrado tales conexiones que, sin embargo, apenas son consideradas en investigaciones previas, como la de George Ostrogorsky, *History of the Byzantine State*, elaborada en 1938 y basada en gran medida en estudios anteriores a 1914, o las obras divulgativas de John Julius Norwich, en gran parte deudoras de las investigaciones llevadas a cabo por Edward Gibbon en el siglo XVIII.

Sería para mí un placer que este libro convenciera a los amantes de la narrativa histórica del valor de la historia sociocultural, o a algunos historiadores socioculturales del valor de la narrativa histórica.

W. T.
St. Louis

Capítulo 1

Introducción

EL PROBLEMA DE LA DECADENCIA

En el año 285 d.C. el emperador Diocleciano dividió el Imperio Romano en dos partes. La parte oriental, tema del presente libro, fue conocida como Imperio Romano de Oriente o, tras la desaparición del Imperio de Occidente en el 480, simplemente como Imperio Romano. Sólo tras la caída del Imperio de Oriente en 1453 algunos estudiosos sintieron la necesidad de hallar un nombre que no incluyera la palabra «Roma» para denominar un imperio del que Roma no había formado parte. La sede de la capital oriental había sido Constantinopla, pero el término «Imperio Constantinopolitano» no resultaba afortunado. Se acordó la denominación «Imperio Bizantino» o «Bizancio», ya que éste era el nombre de la pequeña ciudad rebautizada como Constantinopla en el año 324. El nombre ha permanecido, a pesar de que los historiadores discrepan sobre la fecha en que tal denominación puede empezar a utilizarse. Este libro parte del año 285, cuando el Imperio Romano de Oriente inicia una singladura propia, aunque la ciudad de Bizancio no tuviese por aquel entonces una importancia específica. He evitado la denominación «Imperio Bizantino» hasta el siglo V, fecha en que se pro-

dujo la caída del Imperio de Occidente y Constantinopla pasó a ser una auténtica capital cultural y política.

Sea cual sea el nombre utilizado, el Imperio Romano de Oriente ha mantenido una ancestral reputación de decadente, en parte debido a la obra de Edward Gibbon, quien, sin llamarlo Bizancio, lo convirtió en tema de su magnífico *Decline and Fall of the Roman Empire*. Desde que un ministro calvinista contratado por su padre le disuadiera de su juvenil conversión al catolicismo, Gibbon se sintió decepcionado con el cristianismo y contempló Bizancio como una sociedad cristiana. El Imperio de Occidente había caído poco después de su mayoritaria conversión al cristianismo; el Imperio de Oriente se había prolongado casi un milenio, pero finalmente había sido derrotado. Asimismo, para alguien de formación clásica como Gibbon, Bizancio era un híbrido degenerado de Grecia y Roma que había perdido la ciudad de Roma y hablaba un griego lamentable. Gibbon también consideraba todo el período medieval, época en que existió Bizancio, como una época bárbara y oscura.

Ni Gibbon ni otros autores hicieron de tales prejuicios un sólido argumento. Aunque parte de la historia bizantina podría considerarse una época oscura, la cultura bizantina siempre estuvo por delante de su contemporánea occidental. A pesar de que la lengua griega evolucionó con el tiempo, como sucedía desde Homero y como sucede con cualquier idioma, los mejores eruditos bizantinos eran excelentes helenistas, capaces de leer y escribir a la perfección el griego clásico. Sea cual sea la opinión que se tenga del cristianismo, intelectualmente no era menos respetable que la combinación de dioses olímpicos y neoplatonismo místico a la que reemplazó. El Imperio de Oriente, separado de Roma por una decisión administrativa más que por una derrota militar, conquistaría más tarde Roma y la conservaría a lo largo de dos siglos. La caída final de Bizancio también parece sorprender menos que su prolongación durante más de mil años.

En los últimos tiempos, aun sin llegar a una rehabilitación de Bizancio, numerosos historiadores de la Antigüedad y de la Edad Media han abandonado los términos «decadencia» y «edad oscura» por considerarlos negativos en exceso, sustituyéndolos por «transformación» o «discontinuidad». Se muestran reacios a hablar de declive aunque las epidemias exterminasen a millones de personas, las incursiones enemigas arrasaran numerosas ciudades, el comercio se hundiera y los índices de alfabetización cayeran en picado. Muchos de esos historiadores, sin embargo, no dudan en criticar la enfermedad, la pobreza, las guerras y

el analfabetismo de su época. La razón de que tales hechos fuesen menos gravosos para los bizantinos es inexplicable, a no ser que se les considere seres inferiores merecedores de su destino. La aversión hacia el mundo bizantino también parece fundamentarse en las objeciones a utilizar la palabra bizantina «bárbaro» para denominar a los pueblos germánicos y a otros invasores nórdicos, aunque el término sólo signifique «extranjero». No obstante, el nivel cultural y urbanístico de los germanos era claramente inferior al de los bizantinos; tampoco ninguno de los objetores parece preocuparse por los sentimientos de los modernos germanos.

Algunas opiniones de los bizantinos sí podrían parecer fruto de la ignorancia en la actualidad. Su actitud hacia la sexualidad, por ejemplo, se asemejaba a la mostrada hoy día por los norteamericanos ante el tabaco o la sobrealimentación: una desaprobación casi unánime en principio, combinada con frecuentes excesos en la práctica. Puesto que los bizantinos consideraban que la única bondad de las relaciones sexuales era la procreación, condenaban el aborto y las prácticas homosexuales. La idea de que los intereses personales estuvieran determinados por el género, el grupo étnico o la clase social les habría parecido perversa y absurda. Las lealtades que los bizantinos consideraban dignas de defender eran las doctrinas religiosas, los líderes políticos y, en ocasiones, los equipos de atletas. Casi sin excepción, los rebeldes bizantinos no pretendían dividir o derrocar el Imperio, sino, simplemente, imponer sus propias opiniones o sus líderes. Casi todos los bizantinos eran leales a la idea de Imperio y a la religión cristiana. Para estudiarlos no es necesario compartir sus opiniones, pero sí hay que evitar reinterpretarlos en términos modernos.

En cualquier caso, que los bizantinos, los cristianos o los imperios sean o no de nuestro agrado no debe interferir en nuestras apreciaciones o en sí, cuándo o cuánto declinaron, excepto quizás en un sentido moral. El concepto de decadencia, en Bizancio o en cualquier otra parte, es complejo y problemático. Puede tomar formas diversas: el avance de los árabes implicaría retroceso para los bizantinos; el declive político y militar de Bizancio podía coexistir con el auge económico y cultural; en ocasiones una parte del Imperio se hallaba en decadencia, mientras que otra prosperaba. Evidentemente, toda sociedad tiene sus problemas, pero no todos los problemas presuponen una situación de declive.

A pesar de la ingente cantidad de datos disponibles de nuestra sociedad actual, no hay consenso acerca de si éste es un período de deca-

dencia y, en tal caso, cuál es la naturaleza de dicha decadencia. Conseguir un hipotético consenso no nos libraría del error; es fácil que los contemporáneos pasen por alto o malinterpreten lo que sucede a su alrededor. Los datos referentes a la historia bizantina son insuficientes para afirmar con seguridad que el Imperio se encontraba en fase de decadencia, apogeo o estabilidad. Tales complejidades prácticas y conceptuales son, cuando menos, razones para poner en duda que Bizancio viviese una situación continuada de declive a lo largo de su prolongada historia.

Por lo general, en la Antigüedad y en la Edad Media el mejor indicador de desarrollo socioeconómico era la urbanización. Apenas nadie en las ciudades, pero casi todos los que no habitaban en ellas, vivían de la agricultura, la ganadería o la pesca. En las sociedades con ciudades escasas y pequeñas, la población se dedicaba mayoritariamente a la agricultura de subsistencia; apenas había tiempo o medios económicos que invertir en política, comercio, educación, arte o literatura. A mayor población urbana, mayores eran también las probabilidades de que sus habitantes se dedicasen a tales empresas, esencialmente urbanas, que constituyen los fundamentos de la civilización: las actividades que se llevan a cabo en la ciudad.

Por tanto, el desarrollo o el declive de las ciudades suele ser indicativo de auge o de decadencia cultural. Aunque las fluctuaciones leves no tengan importancia, siempre y cuando se mantengan ciertos niveles de urbanización, que las ciudades pasen a convertirse en pueblos suele implicar un drástico deterioro en la calidad y la cantidad de eficacia gubernamental, comercio, educación y alta cultura. Dicho deterioro se produjo en la Europa occidental entre los siglos VI y VIII; muchos autores afirman que en Bizancio se dio una situación comparable en la misma época. Aunque en ocasiones se ha exagerado la época oscura de Bizancio y se ha restado importancia a la acaecida en Occidente, fuentes arqueológicas y literarias muestran que ambas existieron y que la bizantina fue de menor gravedad, como indican tanto la crisis urbana como la decadencia cultural. Sin embargo, aunque la disminución de los centros urbanos y la escasez de manuscritos son una clara muestra de la situación del momento, carecemos de estadísticas fiables de la población urbana o de indicadores irrefutables de vitalidad cultural.

A nivel estatal, el modo más obvio de comprobar el declive o el auge del Imperio es analizar la expansión o el repliegue territorial. Las pérdidas territoriales importantes y continuadas suelen ser resultado o causa de cierta debilidad; la expansión territorial importante y continuada

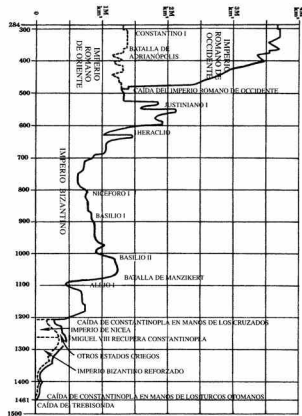


FIGURA 1. Extensión territorial del Imperio Bizantino, 285-1461.

revelaría o sería resultado de cierta situación de poder. Afortunadamente, es posible calcular el tamaño aproximado del Imperio Bizantino en diferentes épocas, mientras que la medición de otros indicadores del declive, como la población o las contribuciones estatales, es más ardua y menos fiable. Por otra parte, el cálculo de datos como el producto nacional bruto probablemente carezca de utilidad. En la figura 1, quizás el

único punto discutible sea mi exclusión de los desiertos deshabitados de Egipto y Siria, que en la mayoría de mapas se atribuyen al Imperio.

El gráfico muestra que Gibbon no estaba errado: si se incluye el Imperio Romano de Occidente, la tendencia del milenio era a la baja. No obstante, se dieron importantes excepciones, prolongándose algunas de ellas durante cientos de años. Mientras Occidente se hallaba en fase de declive, las pérdidas comparativas de Bizancio fueron temporales y de menor cuantía. Entre los años 450 y 550 casi dobló su territorio. Aunque durante los dos siglos siguientes el deterioro fue evidente, desde el 750 hasta 1050 incrementó su territorio en más del doble; en 1050 su extensión era incluso mayor que seiscientos años antes. Después de dicha fecha sobrevino otro desastre, pero Bizancio se recuperó con rapidez y en 1150 su extensión superaba a la que tenía cuatrocientos años antes. En 1204 un desastre de mayores proporciones asoló el Imperio, pero ya en 1280 los Estados sucesores poseían un territorio equiparable al de hacía doscientos años. Sólo entonces se inició el verdadero declive. Si se mide por la extensión territorial, la pauta global es de una acentuada resistencia al declive, que con frecuencia se trocó en avance.

Otros indicadores de difícil inclusión en el gráfico mostrarían una coyuntura similar, o más favorable si cabe. Por ejemplo, parece indudable que la expansión económica de Bizancio se prolongó desde el año 750 hasta 1204, e incluso sobrepasó tal fecha. La cultura bizantina, como muestran sus logros académicos y artísticos, fue vigorosa hasta la caída del Imperio y sobrevivió a ésta; basta considerar los eruditos y artistas griegos que se sumaron a la Italia renacentista. Incluso durante las peores crisis del 600 y el 700, parece ser que la eficacia de la burocracia y el ejército bizantinos fue en aumento, y en muchos aspectos se logró una mayor cohesión social. Es evidente que tales factores contribuyeron a que el Imperio se recuperase del declive político, económico y cultural.

El principal objetivo de este libro es describir dichos cambios políticos, sociales, económicos y culturales, así como intentar explicarlos en la medida de lo posible. En cuanto a las causas, no hay una preferencia exclusiva por las fuerzas impersonales o las decisiones tomadas por determinadas personalidades, ya que ambas fueron importantes. Bizancio era una monarquía gobernada por un emperador que, en teoría, ostentaba poderes absolutos, y otros cargos influyentes del ejército, la Iglesia y la administración. Dichos gobernantes tenían la capacidad, que llevaron a la práctica, de realizar innovaciones notables y duraderas. Por otra parte, también debieron enfrentarse a acontecimientos que escapaban a

su control, como la expansión del cristianismo, las epidemias y las invasiones de germanos, persas, árabes, búlgaros y turcos. El curso de la historia bizantina estuvo determinado por una combinación de las fuerzas a las que se enfrentó el Imperio y las reacciones de los bizantinos ante ellas.

EL LEGADO ROMANO

Nuestra historia se inicia con el Imperio Romano del siglo III, cuya crisis presagiaba no sólo el declive, sino una caída definitiva. Según Gibbon, los problemas habían empezado en el año 180 con la muerte del emperador Marco Aurelio, que marcó el final de un largo período de paz, prosperidad y buen gobierno. No obstante, el inicio real parece remontarse a una fecha tan temprana como el año 165, con la llegada de una devastadora epidemia (probablemente el primer brote de viruela en el Mediterráneo) proveniente del este. La mortalidad fue mucho mayor en el Imperio, densamente poblado, que entre las más dispersas poblaciones germánicas y bárbaras de la frontera septentrional, que llevaron a cabo una importante invasión de sus territorios en el año 166. Marco Aurelio pudo derrotar a los bárbaros, aunque con dificultad.

Cómodo, hijo de Marco Aurelio, que mostraba claros síntomas de desequilibrio mental, fue asesinado en el año 192. Una de las revueltas militares que siguieron a su muerte llevó al trono al rudo aunque competente general Septimio Severo. Pese a que Severo restauró el orden, tras su muerte el trono pasó a su hijo, también rudo pero no tan competente: ejecutó a su hermano, incrementó considerablemente los salarios del ejército y a su vez fue asesinado, a lo que siguió un largo período de inestabilidad política y rebeliones militares. Para ganarse el favor del ejército, los sucesivos emperadores siguieron aumentando los salarios; para cubrir los gastos, devaluaron la moneda y provocaron una inflación que de nuevo les hizo perder el favor del ejército. En la frontera oriental, el Imperio Parto se vio reemplazado por el nuevo Imperio Persa, más fuerte y agresivo, gobernado por la dinastía de los Sasánidas. A las incursiones persas desde el este se sumaron las de los germanos desde el norte.

En el año 251 se declaró una nueva epidemia, probablemente sarampión; fue mucho más mortífera que la anterior, pues la población carecía de inmunidad frente a ella. Los germanos y los persas no se limitaban a las incursiones, sino que invadían y en ocasiones conquistaban territo-

rio romano. En el Imperio apenas había zonas libres de invasiones extranjeras o guerras civiles; gran parte de la zona oriental sufría tanto una como otra. Desde el año 211 hasta el 285, además de una infinidad de usurpadores y rebeldes fallidos, Roma contó con unos veintiséis emperadores que por lo general fueron reconocidos como tales, muchos más de los que habían ostentado el cargo en toda su historia precedente. Uno falleció a causa de la epidemia, otro combatiendo a los germanos; un tercero fue capturado por los persas y murió en cautividad. Los veintitrés emperadores restantes fallecieron de muerte violenta a manos de los romanos. Así estaban las cosas cuando en el año 285 el general Diocles derrotó y ejecutó al último de sus predecesores, convirtiéndose en único emperador, con el nombre de Diocleciano.

Entre los graves problemas a los que se enfrentó Diocleciano al hacerse cargo del Imperio, seguir vivo en su puesto era uno de los principales. La mayoría de sus predecesores habían sido asesinados sin llegar a los dos años de mandato. Si permanecer con vida era indudablemente una prioridad personal de Diocleciano, la estabilidad política era un requisito indispensable para lograr una solución duradera a los otros problemas del Imperio. Ninguna iniciativa a largo plazo, dentro o fuera de las fronteras, podía llevarse a cabo sin cierta continuidad política; desde hacía tiempo, el temor constante a una muerte inminente había llevado a los emperadores a tomar medidas de corto alcance, como los ruinosos aumentos de la paga militar. Las guerras civiles dañaban la seguridad imperial y eran costosas para su economía; asimismo, siempre que los pueblos vecinos advirtiesen la anarquía crónica del Imperio, les resultaba tentador reiniciar las incursiones e invasiones.

Además de los disturbios civiles, el Imperio se enfrentaba a importantes amenazas militares. Se había recuperado la mayor parte del territorio romano a excepción de Dacia, en la región de la actual Rumanía, evacuada por la presión de los bárbaros. Sin embargo, los persas seguían siendo fuertes y belicosos en la frontera oriental y una cadena ininterrumpida de confederaciones tribales bárbaras se extendía por la frontera septentrional. Las defensas naturales de ambos frentes eran débiles: ríos y montañas, por lo general de escasa altura, que los enemigos del Imperio cruzaban sin dificultad. Ningún repliegue, a no ser el drástico abandono de varias provincias, haría las fronteras menos vulnerables. Las tropas romanas tampoco podían retirarse al centro vacío del Imperio, el mar Mediterráneo. El único modo de frenar al enemigo era apostar grandes ejércitos a lo largo de las fronteras vulnerables. Para que esos

ejércitos fuesen eficaces, debían ser tan poderosos que a su vez bien pudieran rebelarse contra su emperador.

Las dificultades fiscales y económicas también eran importantes. Las dos epidemias, que se habían reproducido después del brote inicial, causaron una pérdida sustancial de vidas, agravada por las guerras civiles y las invasiones extranjeras. Aunque no se dispone de cifras precisas, es indudable que la población romana disminuyó considerablemente entre los años 165 y 285. La mayor mortalidad dificultaba mantener el nivel de ingresos fiscales y de reclutas para el ejército. La inflación provocada por la devaluación y la acuñación excesiva de moneda había dañado al comercio, reducido el valor de la recaudación de impuestos y dejado a los soldados no sólo descontentos, sino también mal equipados y abastecidos. La acuñación estaba tan alterada que los denarios de plata acabaron siendo prácticamente de bronce, por lo que apenas pudieron sufrir posteriores adulteraciones.

Además de los problemas concretos y tangibles, los romanos sufrían una crisis de confianza religiosa que ningún emperador podía pasar por alto. Para gran parte de la población, los reveses políticos y militares, así como los desastres naturales, eran signos de cólera divina. Varios emperadores habían perseguido la floreciente Iglesia cristiana, basándose en la teoría de que enfurecía a los dioses paganos. Sin embargo, tales persecuciones no habían logrado mejoras aparentes y, en cualquier caso, había muchos paganos descontentos de su propia religión. Aunque los desastres de la época habían fomentado un retorno generalizado a la religión, los antiguos dioses olímpicos, tema de numerosas historias poco edificantes y contradictorias, ya no inspiraban confianza ni respeto; no ofrecían un ejemplo moral ni la esperanza de una satisfactoria existencia ultraterrena. La filosofía mística neoplatónica era demasiado abstracta para atraer a las masas. La capacidad de los emperadores en cuestiones religiosas era limitada, pero como sumos sacerdotes se les culpaba de la falta de unidad religiosa.

La mayoría de los romanos compartían algunas pautas de comportamiento moral, a pesar de que su religión hiciera poco para reafirmarlas. Nadie sostenía que la pederastia de Zeus, los hurtos de Hermes o la embriaguez de Dionisio fuesen admirables. A excepción de la elite romana, que sin tener un código moral diferente actuaba como si la moralidad no fuera con ella, la mayor parte de la población desaprobaba el divorcio, la promiscuidad sexual y las prácticas homosexuales. La ley penaba el adulterio y premiaba la maternidad, aunque permitía el divor-

cio de mutuo acuerdo. Las escasas prácticas aberrantes que se daban en algunas provincias, como los matrimonios entre hermanos en Egipto, habían sucumbido paulatinamente a la condena romana. En general se tendía a una mayor severidad en cuestiones sexuales: los neoplatónicos incluso consideraban que la virginidad era superior al matrimonio. La moralidad cristiana había previsto tales tendencias y siguió siendo más estricta que la moralidad pagana. No obstante, algunos paganos consideraban que el rechazo cristiano a los dioses mayoritarios implicaba rechazar la moralidad mayoritaria; creían y difundieron el rumor de que los cristianos practicaban el canibalismo y el incesto.

La religión tenía una importancia especial para los romanos porque los dioses paganos, a pesar de sus numerosas carencias, eran prácticamente el único elemento cultural compartido por todo el Imperio. A diferencia de la parte occidental —donde se habían fundado ciudades y el latín se había extendido entre poblaciones incivilizadas—, las tierras conquistadas en el este ya contaban con civilizaciones y lenguas propias, a excepción de la zona septentrional, que seguía la línea del Danubio, la única región oriental que adoptaría el latín. El Imperio de Oriente tampoco mostraba uniformidad cultural. Desde los tiempos de Alejandro Magno, los griegos habían intentado helenizar la zona; exceptuando la península griega, sólo lo habían conseguido en Anatolia occidental. Las lenguas mayoritarias seguían siendo el copto en Egipto, el siríaco en Siria, una mezcla de lenguas autóctonas en Anatolia oriental y el tracio y el ilirio al norte de Grecia. La población de esas regiones poseía, además, tradiciones culturales propias y vivía en un relativo aislamiento.

Sin embargo, el Imperio Romano todavía conservaba cierta solidez y poder. A pesar de las dificultades del siglo precedente, mantenía la mayor parte de su territorio y era más fuerte que cualquiera de sus enemigos, incluidos los persas. A lo largo de la crisis del siglo III, el ejército había mantenido similares efectivos y su eficacia militar había mejorado. Las ciudades del Imperio eran relativamente grandes, el comercio no se había debilitado de forma considerable y el gobierno central y de las provincias seguía en pie. Los romanos deseaban, ante todo, recuperar la estabilidad política; el ejército, por su parte, empezaba a descubrir la futilidad de los incrementos nominales del salario. El Imperio había aprendido a convivir con gran parte de sus debilidades, aunque sus emperadores siguieran sin aprender cómo sobrevivir a ellas.

La región oriental del Imperio superó el siglo III en mejores condiciones que la occidental, a pesar de las importantes incursiones de los

persas y las numerosas revueltas que lo asolaron, entre ellas un intervalo en que Palmira, reino cliente de Roma, gobernó de forma virtualmente independiente en Siria y Egipto. El mejor estado de la zona oriental se debía en gran parte a las tierras mediterráneas del este, más prósperas, urbanizadas y cultas que las regiones occidentales y, por tanto, también más preparadas para superar tiempos de crisis. A diferencia de los bárbaros germánicos, los ejércitos de Persia y de Palmira preferían la conquista al saqueo, por lo que los destrozos infligidos a las ciudades revistieron menor gravedad.

El mayor desarrollo de la región oriental del Imperio facilitó que la cultura griega mostrase más vitalidad que la latina de Occidente. Aunque durante el siglo I a.C. la literatura latina vivió una fase de esplendor y la griega se hallaba en decadencia, en el siglo II d.C. la literatura griega se había recuperado, mientras que la latina parecía sucumbir a la crisis generalizada. Durante el siglo III se dio la misma dinámica: por primera vez, la mayoría de los autores importantes del Imperio Romano preferían escribir en griego que en latín. Salvo excepciones como las biografías de Plutarco o las sátiras de Luciano, la literatura griega profana de los siglos II y III es demasiado artificial y retórica para el gusto actual; no obstante, revela la existencia de una culta comunidad de escritores, lectores y público. Asimismo, en siglos venideros la cultura griega utilizaría la sutileza y la distinción mostradas por el filósofo neoplatónico Plotino y el teólogo cristiano Orígenes, ambos del siglo III.

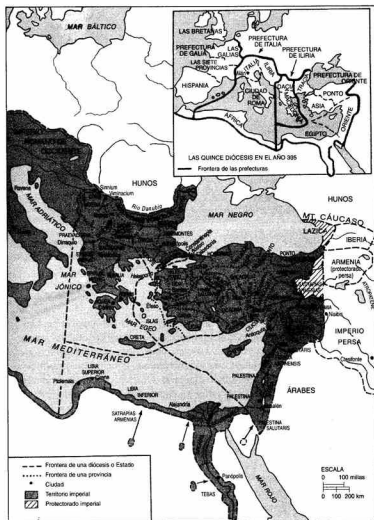
La mejor razón para considerar que en el siglo III la sociedad, la cultura y la economía de la región oriental eran vigorosas es que de ellas surgió el resistente Imperio Bizantino. Por el contrario, la región occidental, tras una breve recuperación, inició un proceso de decadencia al que pronto sucumbiría. Aunque a finales del siglo III era difícil predecir sus respectivos destinos, sobre todo antes de que ambas zonas contaran con sus propios emperadores y administraciones, la zona oriental del Imperio mostró el potencial suficiente para convertirse en un Estado sólido. Diocleciano, un gobernante con capacidad y talento para abordar muchos de los problemas que se le presentaron, desempeñó un importante papel en la recuperación temporal de todo el Imperio y su futura prolongación en Oriente.

La formación de Bizancio (285-457)

DIOCLECIANO EL REFUNDADOR

Como la mayoría de los efímeros emperadores del medio siglo precedente, Diocleciano era un soldado de la península Balcánica, entonces llamada Iliria. Sensato y juicioso, el emperador se ganó el respeto de sus allegados y de aquellos que lo conocieron. Diocleciano era la nomenclatura latina de su nombre originario, Diocles, o «Gloria de Zeus» en griego; el emperador hizo honor a su apelativo, pues durante toda su vida mostró una especial devoción por el mayor de los dioses. Parece que Diocleciano hablaba latín y griego con fluidez: el primero era el idioma del ejército y el Estado, el segundo la lengua común de los nativos políglotas de la parte oriental del Imperio. En el año 284, Diocleciano contaba unos 40 años y estaba al mando de la guardia imperial cuando se hizo con el poder en Oriente, afirmando que el asesino de su predecesor fue otro. Un año después, tras una cruenta batalla en Iliria, Diocleciano se libró de su último rival, el hermano del emperador a quien había sucedido.

Tan pronto como conquistó la parte occidental del Imperio, el emperador se la cedió a su colega y amigo Maximiano. Diocleciano no tenía



MAPA 1. Imperio Romano de Oriente, aprox. en el 395.

descendencia, por lo que adoptó a Maximiano y lo nombró César o emperador menor, un título habitual para el hijo y heredero del Augusto, o emperador mayor. Ya desde el principio parece que Diocleciano pretendía que Maximiano, algo más joven que él, gobernara de modo permanente el Imperio de Occidente. Un año después, cuando Diocleciano nombró Augusto a su colega, ese propósito se hizo evidente. Fiel y capaz, Maximiano se mostró merecedor de la confianza que en él había depositado Diocleciano, aunque tuvo que afrontar la difícil tarea de defender la parte del Imperio más pobre e indefensa con sólo un tercio del ejército. Diocleciano mantuvo la máxima autoridad en todo el Imperio, donde sus medidas tenían fuerza de ley.

Aunque varios emperadores anteriores habían cedido a sus hijos parte del Imperio como una medida de emergencia, la división de Diocleciano era una medida revolucionaria no sólo por su carácter oficial y permanente, sino porque reconocía la parte oriental del Imperio como la más importante. Prueba inequívoca de ello es que Diocleciano se hizo llamar *Jovius* y dio el título de *Herculius* a Maximiano, comparándose así con Júpiter y a su protegido con Hércules, hijo de Júpiter, el equivalente romano de Zeus. Es indudable que desde los inicios del Imperio la parte oriental proporcionaba mayores ingresos que la oriental y, desde el siglo II, su ejército era más numeroso. Antes de tales medidas, la importancia histórica de Roma e Italia hacía que la parte occidental aventajase a la oriental en cuanto a poder y prestigio; sin embargo, lo que importaba a Diocleciano, militar que hablaba el griego, eran el ejército y las fuentes necesarias para financiarlo. Después de su gobierno, Occidente jamás recuperaría su posición dominante.

Las tierras orientales gobernadas por Diocleciano incluían cuatro regiones principales. La más occidental, Iliria, donde se hablaba tanto latín como griego, habría formado parte de Occidente de no ser la tierra natal de Diocleciano. Iliria era la región oriental más pobre y extensa; apenas poblada y cultivada, no contaba con ningún centro urbano de importancia y su frontera, que seguía la línea del Danubio, era vulnerable a las incursiones bárbaras. La zona más rica de la parte oriental era Egipto, el principal granero del Imperio; su defensa no implicaba dificultades y contaba con la gran ciudad portuaria de Alejandría. Siria era casi tan próspera como Egipto y su ciudad principal, Antioquía, se asemejaba en tamaño a Alejandría; no obstante, la región estaba menos poblada y su defensa planteaba dificultades, pues los persas se encontraban al otro lado del desierto fronterizo de Mesopotamia. La región más

céntrica, defendible, helenizada y probablemente también más populosa era Anatolia, aunque no contaba con metrópolis del tamaño de Alejandría o Antioquía.

Como emperador, Diocleciano viajaba por todos sus dominios; sin embargo, pasaba la mayor parte del tiempo en Nicomedia, ciudad de Anatolia. Aunque tal vez favoreciese la ciudad donde se había convertido en emperador, Nicomedia también se hallaba convenientemente situada en la principal ruta que unía dos fronteras problemáticas, Iliria y Siria. Durante varios años Diocleciano realizó frecuentes viajes entre ambas, mientras en Occidente Maximiano se enfrentaba a crecientes problemas para mantener las fronteras del Danubio y del Rin. En el año 293 Diocleciano halló una solución tan audaz como su original división del Imperio: cada augusto haría responsable de una de las fronteras problemáticas a un nuevo César, que en cada caso se convertiría en hijo político del augusto. Constancio, el César de Maximiano, se hizo cargo del Rin, mientras que Galerio, César de Diocleciano, se responsabilizó del desierto de Siria e hizo de Antioquía su cuartel general. Aunque este sistema suele denominarse tetrarquía, o gobierno de cuatro emperadores, en realidad la principal división continuó siendo entre Oriente y Occidente; cada augusto y sus respectivos Césares cooperaban entre sí, y Diocleciano mantenía su autoridad sobre todo el Imperio.

Antes y después del nombramiento de ambos Césares, Diocleciano puso en práctica reformas adicionales. Fiel seguidor de la máxima «cuanto más, mejor», consideró que el Imperio no sólo necesitaba más emperadores, sino también más soldados, más oficiales y más contribuciones que los financiasen. La tarea de recaudar dinero era compleja por la continua inflación de la moneda, que había reducido al absurdo los impuestos en metálico y dejado al gobierno en una situación de dependencia respecto a las requisas más o menos arbitrarias en especie, sobre todo grano, para abastecer al ejército. El problema residía en ajustar los impuestos a la capacidad económica de los contribuyentes, en lugar de basar los gravámenes en una moneda inestable. Diocleciano intentó acuñar monedas no alteradas de oro, plata y cobre, pero su valor, al igual que el de las monedas anteriores, siguió fluctuando.

Para superar dicho obstáculo Diocleciano inventó dos unidades fiscales artificiales, aunque estables: el *caput* (cabeza) y el *iugum* (yugo). En el nuevo censo, que probablemente se inició en el año 292, los recursos de cada unidad doméstica se valoraban en un determinado número de *iuga* y *capita*; el primero tasaba la capacidad de contribuir en grano,

y la segunda la capacidad para pagar otros gravámenes en especie o en metálico. Esas valoraciones por unidad doméstica se sumaban para dar los totales de cada ciudad y sus alrededores. Cada año el gobierno indicaba a los ayuntamientos la cantidad de grano que debía recolectarse de cada *iugum* y el dinero (o su equivalente en especie) que debía recaudarse por cada *caput*. De este modo, el gobierno podía ajustar sus requisas anuales no sólo respecto a la inflación, sino también de acuerdo con sus necesidades. Obviamente, tales ajustes solían sobrestimarse.

Los problemas defensivos de Occidente habían obligado a sus dos emperadores a doblar los efectivos de sus ejércitos; sin embargo, en Oriente, Diocleciano y Galerio sólo incrementaron sus fuerzas en un cuarto. Su ejército contaba con unos trescientos once mil soldados y una flota de treinta mil marinos; la mayoría de los refuerzos se destinaron a la frontera siria. En general los soldados no se hallaban bajo la autoridad de los gobernadores provinciales, como sucedía antaño, sino supeditados a comandantes regionales o *duces* (duques), que en Oriente eran dieciocho. Las unidades militares de los duques se extendían a lo largo de las fronteras y en su mayor parte eran tropas de guarnición. La estructura del sistema muestra que el principal interés de Diocleciano no era la conquista, sino prevenir las revueltas militares y las invasiones extranjeras.

Para facilitar el control territorial y militar de los cuatro emperadores, Diocleciano incrementó el sistema burocrático. Los emperadores anteriores habían mantenido una burocracia central controlada por un administrador, llamado prefecto pretoriano, con gobiernos provinciales subordinados dirigidos por gobernadores y, en cada provincia, ayuntamientos que administraban las ciudades y sus territorios. Con Diocleciano, cada uno de los cuatro emperadores contaba con un prefecto pretoriano; los emperadores y sus prefectos también tenían nuevos subordinados, llamados vicarios (*vicarii*), que administraban subdivisiones del territorio denominadas diócesis. Por debajo de los vicarios se encontraban los gobiernos provinciales, que se habían multiplicado por la división de las antiguas provincias. Parece que el número total de funcionarios se incrementó en casi el doble: sólo en la parte oriental eran aproximadamente unos quince mil. Los gastos estatales añadidos fueron consecuencia del aumento de soldados y funcionarios, ya que los salarios del ejército y de los funcionarios se mantuvieron bajos: las pagas en metálico, reducidas por la inflación, se compensaban con suplementos en especie.

Aunque esas medidas eran costosas, consiguieron restaurar la estabilidad del Imperio. Finalmente, Diocleciano y sus huestes sofocaron todas las rebeliones internas y rechazaron las invasiones enemigas. A pesar de ciertos reveses, Diocleciano y Galerio derrotaron a los persas: en el año 298 saquearon su capital, Ctesifonte, e impusieron un tratado que aseguraba el control imperial sobre los Estados tapón de Iberia (actual Georgia) y Armenia. Entonces Diocleciano trasladó a Galerio de la frontera siria a Iliria. Tras instalar su cuartel general en Tesalónica, ciudad de Grecia septentrional, Galerio llevó a cabo varias campañas victoriosas contra los bárbaros del Danubio. Diocleciano gobernó personalmente desde Nicomedia las provincias de Anatolia, Siria y Egipto; el reconocimiento como restaurador del Imperio le hizo disfrutar de un respeto casi universal.

Una vez conseguida la estabilidad, Diocleciano se ocupó de otros asuntos menos urgentes. Sus esfuerzos para restaurar el sistema monetario no habían dado resultado porque la acuñación de monedas de oro y plata era insuficiente para lograr una circulación amplia, mientras que la acuñación de monedas de aleación de cobre era excesiva y éstas seguían devaluándose. Sin advertir que tal exceso era la causa de la inflación, en el año 301 Diocleciano decretó que el valor de las monedas de aleación de cobre se doblase y distribuyó largas listas con los precios máximos legales para todo tipo de artículos. Cuando los comerciantes se negaron a vender según los precios designados, el edicto pasó a ser letra muerta, aunque su valor para los modernos historiadores sea incalculable. Como mínimo, dicho sistema de tasación previno la inflación en los ingresos estatales y los soldados se vieron parcialmente protegidos al recibir parte de su salario en especie. Los habitantes del Imperio habían aprendido a vivir con la inflación, moderada según los cánones actuales, y los beneficios de la paz y el orden aminoraron los inconvenientes del aumento de los impuestos.

Estimulado por Galerio, Diocleciano decidió tomar medidas en contra de los cristianos. Puesto que las leyes contrarias al cristianismo apenas se cumplían, éste se había extendido considerablemente, sobre todo en la parte oriental, donde la catedral de Nicomedia se alzaba frente al palacio imperial. En un edicto, promulgado en el año 303, Diocleciano prohibió la liturgia cristiana y decretó la destrucción de todas las iglesias, así como la confiscación de todas sus propiedades. Un año después ordenó a sus súbditos que ofrecieran sacrificios a los dioses paganos, excluyendo de tal obligación a los judíos, pero no a los cristianos.

Tales edictos tuvieron escasa repercusión en Occidente, pero se aplicaron, al menos parcialmente, en toda la zona oriental. Algunos cristianos ofrecieron sacrificios, la mayoría incumplieron el edicto, miles de ellos fueron encarcelados y torturados, y se produjeron cientos de ejecuciones. Esta persecución, sin llegar a amenazar la existencia de la Iglesia, la obligó a hacerse menos visible, lo que probablemente era el objetivo de los emperadores al promulgar el edicto.

En el año 305, tras veintidós años de buen gobierno, Diocleciano tomó la extraordinaria decisión de abdicar voluntariamente y convencer al augusto Maximiano para que hiciese lo mismo. Los cesáres anteriores, Galerio y Constancio, se convirtieron en los nuevos augustos de Oriente y Occidente; cada uno adoptó un nuevo César, Galerio a su sobrino Maximino y Constancio a un buen amigo de Galerio llamado Severo. En Oriente, Galerio conservó Iliria y se hizo cargo de Anatolia para incrementar su poder de acuerdo con su nuevo rango, dejando Siria y Egipto en manos de su nuevo César Maximino. El gobierno del Imperio debía continuar basándose en la colaboración de los augustos y sus respectivos cesáres de Oriente y Occidente; a su debido tiempo, los cesáres sustituirían a los augustos y a su vez nombrarían dos nuevos cesáres. Diocleciano adoptó de nuevo su antiguo nombre, Diocles, y se retiró a un palacio tan inmenso que más tarde se convertiría en la ciudad de Spalatum («Palacio»), la actual Split de Croacia.

Aunque es muy probable que el mismo Diocleciano supiera que algunas de sus reformas requerirían modificaciones futuras, muchas de ellas perduraron durante largo tiempo. Su división del Imperio en dos partes persistió; su sistema único de recaudación de impuestos, tan distinto del arbitrario sistema del antiguo Imperio, fue el modelo que se siguió durante todo el período bizantino. Muchas de sus fronteras provinciales existieron durante siglos, al igual que, con ciertas modificaciones, su sistema de prefectos y vicarios. Su preferencia por mantener un ejército y un cuerpo administrativo abundantes y con salarios bajos se mantuvo durante dos siglos; aunque finalmente favoreció la corrupción, consiguió fortalecer y estabilizar el Imperio en un nivel no alcanzado durante la crisis del siglo III. Diocleciano había evitado que el Imperio cayese en manos de rebeldes e invasores; sus reformas fueron en gran parte el motivo de su éxito, aunque los acontecimientos que siguieron a la abdicación demuestran que dichos logros también se debieron a su poderosa personalidad.

CONSTANTINO EL AFORTUNADO

Como nuevo augusto de Oriente, y dada su amistad con Diocleciano y los dos nuevos césares, Galerio esperaba heredar la posición privilegiada que Diocleciano había mantenido en todo el Imperio. En principio, el único emperador con quien no mantenía estrechos lazos de amistad era con el augusto Constancio, que se encontraba en el lejano Occidente y tenía problemas de salud. Sin embargo, cuando Constancio falleció en el año 306, su ejército proclamó a Constantino, hijo de Constancio, augusto y sucesor de su padre. Aunque los otros emperadores debían designar al sucesor, para evitar una guerra civil Galerio reconoció a Constantino como César de Occidente y ascendió al cargo de augusto al hasta entonces César de la parte occidental, es decir, su buen amigo Severo.

Constantino aceptó las condiciones, pero su proclamación resultó ser contagiosa: Majencio, hijo del retirado augusto Maximiano, ocupó el territorio de Severo, quien se suicidó. Constantino y Majencio formaron una alianza, sellada por el matrimonio de Constantino con una hermana de Majencio. Tanto ellos como el César oriental, Maximino, pasaron a denominarse augustos. Una expedición dirigida por el indignado Galerio no consiguió que su amigo Licinio reemplazase a Majencio. Licinio tuvo que compartir el gobierno de Iliria con Galerio, cargo que ocupaba cuando éste murió de cáncer intestinal en el año 311. En su lecho de muerte, Galerio consideró que el dios cristiano le estaba castigando y dio por terminada la persecución contra el cristianismo.

El Imperio contaba, por tanto, con cuatro augustos, todos en malas relaciones con sus vecinos más próximos. En Oriente, Licinio conservaba Iliria pero era hostil a Maximino, quien se había anexionado Anatolia para aumentar su territorio. En Occidente, Constantino y Majencio también luchaban, después de que Constantino hubiese forzado el suicidio de Maximiano, padre de Majencio. Licinio y Majencio eran enemigos desde hacía años. Licinio y Constantino, siguiendo la máxima «el enemigo de mi enemigo es un probable amigo», se aliaron contra Maximino y Majencio. Aunque el ejército de Constantino era el más reducido y el de Majencio el mayor, fue Constantino quien atacó en primer lugar a Majencio.

Según parece, durante la ofensiva, Constantino afirmó haber tenido la visión de una cruz luminosa recortada contra el sol. A continuación, en un sueño, Cristo le indicó que adoptara el símbolo de la cruz

como estandarte de su ejército. La combinación del sol y la cruz es curiosa: Helena, la madre de Constantino, era cristiana; Constancio, que se había divorciado de ella para casarse con la hija de Maximiano, había transmitido a su hijo Constantino una especial devoción por el dios sol. Constantino empezó a utilizar la cruz como estandarte; con él derrotó y ejecutó a Majencio en una batalla en las afueras de Roma y se hizo con el control de toda la parte occidental del Imperio.

A partir de entonces, Constantino favoreció al cristianismo sin abandonar abiertamente su devoción por el dios sol, lo que tranquilizó a los paganos. Tomó como consejeros a sacerdotes cristianos, restituyó las propiedades confiscadas a la Iglesia en su territorio e inició la construcción de iglesias. En el año 313 se reunió con su aliado Licinio en Milán; éste aceptó restituir a la Iglesia las propiedades confiscadas en su territorio. Por aquel entonces Maximino, que había iniciado nuevas persecuciones contra los cristianos, invadió Iliria y obligó a Licinio a contraatacar. Licinio logró una clara victoria y Maximino se suicidó: toda la parte oriental quedó, por tanto, en manos de Licinio y la occidental bajo el control de Constantino.

Sin embargo, el Imperio de Oriente no era suficiente para Constantino, que invadió Iliria tres años después. La guerra civil era favorable a Constantino; Licinio le cedió gran parte de Iliria y sólo conservó Tracia, en el sudeste. No obstante, parece que el emperador cristiano se había quedado con la parte equivocada del Imperio, pues los cristianos eran mucho más numerosos en el territorio de Licinio que en el de Constantino. Los crecientes problemas de Licinio con la comunidad cristiana provocaron la invasión de Tracia por Constantino, en el año 324. La guerra concluyó con la victoria naval de Crispo, hijo de Constantino, y la victoria en tierra del propio Constantino, ambas en las proximidades de Bizancio. Licinio se rindió con la condición de que se le concediera la inmunidad, pero Constantino lo ejecutó poco después.

Cuando Constantino se adueñó del resto del Imperio tenía poco más de cincuenta años. Nacido en la parte latina de Iliria, había servido en Oriente bajo el mando de Diocleciano y Galerio mientras su padre era César en Occidente; después se había trasladado a Occidente, justo a tiempo para reemplazar a su padre. Los éxitos de Constantino habían sido continuados y en ocasiones podían parecer improbables: venció a sus antiguos aliados Majencio y Licinio, aunque ambos contaban con mayores ejércitos, y logró prosperar como converso al cristianismo, una religión minoritaria en el Imperio, sobre todo en la parte occidental y en



FIGURA 2. Cabeza y mano colosales de Constantino, el primer emperador cristiano (entre los años 306 y 337), pertenecientes a una estatua de su basílica en el Foro romano. Constantino gobernó en todo el Imperio Romano a partir del año 324, tras conquistar la parte oriental en una batalla en las cercanías de Bizancio, donde fundó de nuevo la ciudad como Constantinopla. (Fotografía: Museo Capitolino, Roma.)

el ejército. Constantino era impaciente, ambicioso y no poseía una inteligencia destacable; probablemente sus victorias se debieron a una verdadera inspiración o a su buena fortuna. Era lógico que los cristianos creyeran que Dios estaba de su parte.

Una de las peculiares decisiones de Constantino, tomada después de su victoria sobre Licinio, fue refundar Bizancio como una nueva capital, llamada Nueva Roma o Constantinopla («Ciudad de Constantino»). Tanto la ciudad de Roma como la idea de una capital parecían obsoletas por aquel entonces, cuando la sede real de gobierno se encontraba donde estuviesen sus ambulantes emperadores. En Roma, el Senado y la distribución de grano entre los necesitados eran reliquias republicanas que nadie hubiese restablecido, pero Constantino las creó de nuevo para su capital. Nadie había fundado una ciudad a tal escala desde Alejandría y Antioquía, más de seiscientos años antes. Le habría resultado más económico ampliar y rebautizar la Nicomedia de Diocleciano que, como bien sabía Constantino, poseía las principales ventajas de Bizancio: ambas ciudades se encontraban a medio camino entre las fronteras de Persia y del Danubio, tenían un buen puerto y podían funcionar como centro administrativo tanto de Anatolia como de Iliria. Parece que Constantino optó por una nueva ubicación para distinguirse de Diocleciano, decidiéndose por Bizancio porque había derrotado a Licinio en sus proximidades.

La construcción de la ciudad requirió muchos años y recursos, pero gracias a la determinación de Constantino y su prestigio póstumo finalmente llegó a ser lo que su fundador había pretendido: la capital de Oriente. Es muy probable que Constantino no previera las consecuencias: dio al Imperio una identidad mucho más helenizada, centrada en la zona de Anatolia y Tracia, donde se hablaba griego, más que en Egipto, Siria o el área balcánica septentrional, de habla latina, donde Constantino había residido antes de vencer a Licinio. Aunque no contaba con buenas defensas naturales, Constantinopla se extendía en una península fácilmente aislable mediante una muralla, cuya construcción inició Constantino. El interior natural de la ciudad era la península de Anatolia, protegida por altas montañas y con suficientes hombres y tierras cultivables para autoabastecerse. Anatolia pasó a ser el corazón del Imperio Bizantino y Constantinopla se convirtió en su metrópoli.

Constantino tenía cuatro hijos: Crispo, de su esposa fallecida, y otros tres de su segunda esposa. La evidente intención de Constantino era que los cuatro le sucediesen en fraternal tetrarquía; ya había confiado su par-

te original del Imperio, en el lejano Occidente, a Crispo, que ostentaba el título de César y contaba con su propio prefecto pretoriano. Constantino dividió el resto del Imperio en tres prefecturas regionales para sus hijos más jóvenes. En Oriente, el emperador nombró un prefecto para Iliria, que incluía Constantinopla, y otros para Anatolia, Siria y Egipto. Asimismo mantuvo un prefecto superior propio, al igual que un ejército central independiente de los ejércitos fronterizos. También libró a los prefectos pretorianos de sus poderes militares y puso los ejércitos de las prefecturas bajo el control de los nuevos comandantes militares (*magistri militum*). También creó su propio cuerpo de guardias y agentes denominados *scolae*, que reemplazaron a la guardia pretoriana que existía desde los inicios del Imperio.

Una vez eliminado Licinio, el último emperador pagano, Constantino extendió sus favores a los cristianos en todo el Imperio. Les dio prioridad en los nombramientos administrativos y militares y tomó varias medidas apoyadas por los cristianos, como acabar con la atracción de los gladiadores, restringir los motivos de divorcio y penalizar la violación y el adulterio. Anteriormente había declarado el domingo día festivo, medida algo ambigua, puesto que honraba tanto a Cristo como al dios sol. También prohibió los sacrificios paganos y la adivinación, aunque sin esforzarse en llevar a la práctica tales prescripciones, y confiscó los tesoros de los templos paganos, que contribuyeron en gran medida a la construcción de Constantinopla. Constantino utilizó el oro de los templos para acuñar numerosas monedas de oro, tan puras como las de Diocleciano, pero de peso algo inferior. Las monedas de aleación de cobre siguieron siendo pasto de la inflación; sin embargo, la nueva moneda de oro, llamada *nomisma* en griego y *solidus* en latín, se hizo lo bastante popular para utilizarse extensamente en pagos y ahorros de grandes cantidades, lo que simplificó las finanzas estatales y el comercio al por mayor.

La mayoritaria población pagana del Imperio aceptó pasivamente a su emperador cristiano, y fueron muchos los paganos que se convirtieron al cristianismo; algunos pretendían ganar el favor del gobierno, aunque la mayoría consideraba que las victorias de Constantino y las derrotas de sus rivales demostraban que el cristianismo era la verdadera religión. Desde hacía tiempo, algunos paganos admiraban la moralidad cristiana, el cuidado de los pobres o su firmeza ante la persecución, y sólo esperaban para unirse a ellos una situación fácil y segura. Sin embargo, a pesar de admirar los valores morales que la nueva religión exigía a sus miembros bautizados, muchos conversos imitaron a Constan-

tino, quien pospuso su bautismo para así poder pecar sin verse obligado a cumplir las estrictas penitencias que la Iglesia acordaba en tales casos. Algunos paganos no comprendían que abrazar el cristianismo implicaba abandonar todas las deidades y prácticas paganas, y la mayoría sólo tenía conocimientos muy vagos de la teología cristiana. Es imposible, por tanto, calcular el número exacto de cristianos que había en el Imperio, aunque durante años fueron, sin lugar a dudas, una minoría.

La oleada de nuevos conversos que siguió al fin de la persecución, en el año 313, coincidió con una disputa doctrinaria. Arrio, presbítero de Alejandría, intentó aclarar las relaciones entre Dios Padre y Cristo declarando que el Padre existía antes que el Hijo, a quien había creado. Esta doctrina, el arrianismo, era inaceptable para todos aquellos cristianos de firme base teológica, que consideraban a Cristo como Dios, partícipe de la esencia del Padre. Dirigidos por Atanasio, primero diácono y después obispo de Alejandría, gran parte del clero objetó que Arrio negaba la unidad divina por considerar al Hijo un dios distinto e inferior. Sin embargo, para los politeístas no familiarizados con el cristianismo la idea de dioses mayores y menores era incuestionable; asimismo, había muchos cristianos que no entendían cómo podían el Padre y el Hijo ser distintos y un mismo dios a la vez.

Constantino descubrió la controversia poco después de vencer a Licinio y quiso resolverla antes de que se convirtiese en un obstáculo para la conversión de más paganos; a fin de cuentas, había tenido una visión divina y era el cristiano más poderoso del Imperio, por lo que se sentía personalmente responsable. Al advertir la extensión del desacuerdo, recurrió a los árbitros habituales de las disputas eclesiásticas, los obispos. En el año 325, con el consentimiento general de los miembros de la Iglesia, Constantino celebró el primer concilio de obispos de todo el Imperio, o concilio ecuménico, en Nicea, Anatolia, no lejos del emplazamiento donde estaba construyendo su nueva capital.

Unos 300 obispos, en su mayoría de Oriente aunque también participaron varios de Occidente, deliberaron en Nicea. Animados por Constantino, que se hallaba presente, varios obispos presentaron un credo que excluía el arrianismo, especificando que el Hijo era «de la misma sustancia que el Padre» y, por lo tanto, no inferior a él. Algunos objetaron que eso podía implicar que el Hijo había sido simplemente el Padre hecho cuerpo, una doctrina condenada un siglo antes como herejía sabeliana. No obstante, Atanasio y la mayoría de los obispos insistieron

que sólo afirmaban que el Hijo, al ser una persona separada del Padre, era también Dios. Finalmente, con la aprobación de Constantino, todo el concilio a excepción de dos obispos aceptó que Padre e Hijo «participaban de la misma sustancia», lo que hoy se conoce como Credo de Nicea, y condenaron el arrianismo por considerarlo una herejía.

Durante los años que siguieron al Concilio de Nicea, una vez alcanzadas todas sus aspiraciones, Constantino empezó a perder el rumbo. En el año 326 ejecutó a su primogénito Crispo y luego a su esposa Fausta; supuestamente porque, después de que Fausta acusara a su hijastro de haber intentado seducirla, se descubrió que había sucedido lo contrario. Otra preocupación de Constantino era que muchos obispos presentaban objeciones al Credo de Nicea, pues consideraban que, o bien refrendaba el sabelianismo, o bien era excesivamente severo con los arrianos. Sin repudiar el Credo, el emperador se acogió a los rebuscados argumentos del obispo arriano Eusebio de Nicomedia: que Cristo fuese «de la misma sustancia que el Padre» podía significar que Cristo provenía del Padre. La influencia que en él ejercía Eusebio, por una parte, y sus deseos de zanjar el problema, por otra, hicieron que Constantino vacilara entre tomar medidas favorables o contrarias al arrianismo sin adoptar una política coherente, e incluso exilió y luego hizo llamar de nuevo al obispo Atanasio de Alejandría.

En el año 335 el emperador distribuyó las prefecturas entre sus hijos, los césares, quienes deberían heredarlas como augustos tras la muerte de su padre. Su hijo de más edad con vida, Constantino II, ya había sustituido al difunto Crispo en el lejano Occidente, aunque no se trataba de la parte más importante del Imperio. Italia, incluida Roma, fue a parar al hijo menor, Constante, mientras que el mediano, Constancio II, recibió la zona más rica: Anatolia, Siria y Egipto. Puesto que Constantino tenía cuatro prefecturas y tres hijos, proclamó como cuarto César a su sobrino Dalmacio; curiosamente le asignó Iliria, con su capital, Constantinopla, todavía en expansión y quizás incluso con su ejército central. El emperador tenía planes aún más extraños para su otro sobrino, Anibaliano, a quien coronó rey de Armenia para que sustituyera al monarca que los persas habían asesinado el año anterior. Mientras planeaba la campaña que instalaría a su sobrino Anibaliano en el trono armenio, Constantino falleció cerca de Nicomedia, en el año 337. Fue bautizado en su lecho de muerte por el obispo arriano de la ciudad, Eusebio.

El papel de Constantino como restaurador del orden imperial es mucho más limitado que el desempeñado por Diocleciano. Empezó a

desbaratar el sistema de Diocleciano cuando éste sólo llevaba un año retirado y dejó de atacar a sus colegas únicamente cuando los hubo eliminado a todos. Sus planes sucesorios podían desembocar muy fácilmente en guerras civiles, a no ser que sus hijos y sobrinos cooperasen entre sí, algo que no era probable. Constantino utilizó el ejército ampliado por Diocleciano sin consolidarlo, aunque construyó numerosas fortalezas en las fronteras y parece que transformó gran parte de la infantería fronteriza en caballería. Al escoger para su ejército de campaña algunas de las mejores tropas, redujo la eficacia y el prestigio de las guarniciones fronterizas. A finales de su reinado se vio obligado a realizar repetidas campañas en el Danubio, donde las guarniciones no lograban contener a los bárbaros. Constantino era un buen general o, en cualquier caso, un general victorioso, pero sus mejores campañas fueron las que llevó a cabo contra sus coetáneos.

Constantino tuvo la prudencia de conservar la maquinaria gubernamental instaurada por Diocleciano sin apenas modificaciones, e incluso mantuvo las cuatro prefecturas a pesar de que tres de los emperadores que las gobernaban hubiesen desaparecido. Le gustaba legislar y creó un nuevo ministro de Justicia, el *quaestor*. Por lo demás, aparte de suprimir los poderes militares de los prefectos, su principal innovación administrativa se produjo en el área financiera: creó dos nuevos cargos, el *comes sacrarum largitionum*, responsable de las finanzas públicas, y el *comes rei private*, encargado de administrar los ingresos provenientes de las tierras imperiales. La confiscación de los bienes de los templos paganos le permitió toda suerte de gastos extravagantes y fomentó hábitos de corrupción y de derroche que ya nunca podrían compensarse con nuevas confiscaciones.

La adopción del cristianismo como religión del Imperio, una decisión más basada en intereses políticos que en convicciones religiosas, acabó por resultar favorable. El cristianismo poseía un rigor espiritual, moral y jerárquico que muchos contemporáneos echaban a faltar en el paganismo. Éste carecía de una dirección o de una teología que le permitiesen renovarse; sin embargo, de haberlas conseguido habría perdido su atractivo tradicional, única ventaja que exhibía frente al cristianismo. En tiempos de Diocleciano eliminar el cristianismo era ya imposible; perseguirlo sólo causó problemas y una mera tolerancia no satisfacía a nadie. Aunque la conversión de Constantino podría parecer prematura, sobre todo en Occidente, le supuso tantas ventajas y tan escasa oposición que probablemente contribuyó en gran medida a su victoria en las guerras

civiles y, con toda seguridad, no le causó ningún inconveniente. Por otro lado, su mala gestión de la controversia arriana, que se habría zanjado con rapidez si Constantino hubiese defendido las decisiones del Concilio de Nicea, es buena muestra de su escaso entendimiento de la nueva fe que había adoptado.

Constantinopla, que a la sazón podía parecer una extravagancia, también prosperó a largo plazo. Su fundación pronto supuso tanto una independencia virtual como el dominio de la parte oriental del Imperio. Occidente era más pobre y débil sin Oriente, Oriente era más fuerte y rico sin Occidente; no obstante, habría sido preferible para ambas partes mantener una cooperación más estrecha. Apenas ninguna otra ciudad imperial podría haberse construido de forma tan inexpugnable como Constantinopla, lo que sería vital para la supervivencia del Imperio de Oriente. Era imposible que Constantino previera tales acontecimientos; al igual que otros triunfos de su reinado, su refundación de Bizancio no fue una decisión prudente o previsor, sino más bien afortunada. El resto de su legado, en gran parte, sólo supuso obstáculos para sus sucesores.

CINCO EMPERADORES EN PUGNA

Los planes sucesorios de Constantino se estropearon casi de inmediato. Ninguno de sus hijos se hallaba cerca de Constantinopla, donde habían trasladado el cuerpo para darle sepultura; su sobrino Dalmacio, a quien Constantino había asignado la capital e Iliria, tampoco se encontraba en la ciudad ni en sus inmediaciones. Los soldados, favorables a los hijos del gran hombre, lincharon a la mayoría de sus otros parientes, entre ellos Dalmacio y Anibalano, el rey titular de Armenia. El primer hijo de Constantino que llegó a Constantinopla fue Constancio II, proveniente de Antioquía, seguido por su hermano menor Constante, que llegó desde Italia. Ambos acordaron dividirse Iliria: Tracia y Constantinopla para Constancio y el resto para Constante. Aunque dividir la prefectura vacante entre los dos gobernantes de las prefecturas fronterizas tenía sentido, el hermano mayor, Constantino II, se quedaba entonces con la porción más reducida y pobre del Imperio. Cada nuevo augusto gobernó su territorio como si fuera una única prefectura, mantuvo su propio ejército de campaña y en general actuó como monarca independiente.

Constancio II, que sólo contaba veinte años cuando se apropió de la parte más extensa de Oriente, demostró ser harto competente; menos carismático, pero también menos voluble que su padre. Su principal objetivo fue conseguir que el costoso y nada manejable sistema paterno funcionase. Había heredado una guerra contra Persia en Armenia, en la que luchó con cautela y cierto éxito desde su base en Antioquía. Constantinopla le era de escasa utilidad, pero continuó la construcción a paso moderado. Al contrario que sus hermanos, prosiguió los esfuerzos paternos para reconciliarse con los críticos del Credo de Nicea, cuya gran mayoría se encontraba en su parte del Imperio. Aunque no era arriano, apoyó a algunos de ellos, sobre todo al amigo de su padre, Eusebio de Nicomedia, a quien nombró obispo de Constantinopla. Eusebio no era popular en la capital, pero aprovechó la oportunidad para divulgar el arrianismo entre los godos, el pueblo germánico que ocupaba la otra orilla del Danubio.

Constancio corrió mejor suerte que Constantino II, caído en combate contra Constante, o que el mismo Constante, asesinado por el usurpador Magnencio en el año 350. Como su padre, Constancio II pretendía conservar el poder imperial dentro de la familia, pero tras la muerte de Constante sólo sobrevivieron dos parientes varones, sus sobrinos Galo y Juliano. Antes de dirigirse a Occidente para vengar a su hermano, nombró a Galo César de Oriente y le confió el gobierno de Antioquía. Tras una encarnizada batalla, Constancio derrotó a Magnencio y recuperó todo Occidente en el año 353. Sin embargo, durante su ausencia Galo había gobernado en Oriente de un modo tan irresponsable y cruel que Constancio se vio obligado a ejecutarlo. Consciente de que el Imperio era demasiado extenso para un solo gobernante, nombró a su otro sobrino, Juliano, César de Occidente, y le encomendó que se enfrentara a los germanos en el Rin.

Como único augusto del Imperio, en el año 356 Constancio promulgó una ley que clausuraba todos los templos paganos y prohibía sus prácticas. La medida era mucho más estricta que las establecidas por su padre, pero no provocó una abierta oposición. Constancio también intentó imponer su tolerancia al arrianismo en todo el Imperio e incluso exilió a los obispos antiarrianos más recalcitrantes, entre ellos Atanasio de Alejandría, lo que produjo confusión y hostilidad generalizadas. A continuación el augusto se trasladó a Constantinopla, donde se puso al frente de un ejército y un gobierno cada vez más costosos. Para compensar los gastos no sólo elevó los impuestos, sino que confiscó grandes

extensiones de tierras pertenecientes a las ciudades del Imperio, lo que agravó los problemas presupuestarios de los ayuntamientos.

En el año 359 los persas iniciaron una invasión del Imperio en toda regla. Al concentrar a su ejército de campaña para contraatacar, Constantino decidió que necesitaba más hombres. Reclamó parte del ejército que servía en Occidente a las órdenes del César Juliano, que había derrotado a los germanos con gran astucia. Las tropas, sin embargo, se mostraron tan reacias a abandonar a Juliano como él a cederlas, y el ejército acabó por proclamarlo augusto. Ambos bandos se prepararon para iniciar una guerra civil, pero mientras Juliano se dirigía al este, Constancio enfermó de camino al oeste. Recibió el bautismo en su lecho de muerte, y, al no tener hijos, perdonó a Juliano y lo declaró su heredero.

Constantino no sabía que Juliano había renegado en secreto de su educación cristiana y había vuelto al paganismo, en concreto al culto al dios sol de su abuelo. Con veintinueve años, cerebral y entusiasta, Juliano sabía que los paganos del Imperio aún superaban en número a los cristianos y esperaba revivir la antigua religión mediante algunas medidas sensatas. Tras legalizar de nuevo el paganismo, Juliano abrió los templos clausurados y les restituyó sus tierras. Había advertido las ventajas que una clara jerarquía de obispos proporcionaba a los cristianos y designó una jerarquía paralela de sacerdotes paganos. Permitió ciertos abusos paganos contra los cristianos y, para fomentar la discordia, hizo llamar a Atanasio y a los otros obispos antiarrianos que Constancio había desterrado. Juliano también despidió a varios funcionarios de palacio y devolvió a las ciudades las tierras que Constancio había confiscado.

Tanto el ejército, de mayoría pagana, como muchos paganos civiles apoyaron al nuevo emperador; los cristianos tampoco se rebelaron contra él. Sin embargo, Juliano se sintió decepcionado al comprobar la debilidad del paganismo en el Imperio. Constantinopla y Antioquía, que a la sazón ya contaban con una mayoría cristiana, le recibieron sin entusiasmo. Puesto que el Imperio seguía en guerra con los persas, Juliano esperaba obtener una importante victoria que reivindicase su fe. Los persas se mostraban dispuestos a hacer las paces, pero el emperador continuó los preparativos bélicos de Constancio y reunió un vasto ejército de unos sesenta y cinco mil hombres, que probablemente incluía la mayor parte de las tropas de todo el Imperio. Juliano planeaba dirigir el grueso de las fuerzas contra la capital persa de Ctesifonte, mientras un destacamento al mando de su pariente Procopio buscaba

refuerzos entre algunos aliados armenios para reunirse con él desde el norte.

La expedición partió en el año 363 y Juliano avanzó hasta Ctesifonte arrasándolo todo a su paso. Sin embargo, la capital persa parecía inexpugnable; Juliano, indeciso, volvió hacia el norte en busca de Procopio. Perseguido por los persas, que habían dejado el país sin provisiones, el ejército bizantino estaba casi exhausto cuando Juliano murió como consecuencia de una herida, probablemente causada por una flecha persa. Sus generales ofrecieron el trono al prefecto pagano Salutio, amigo de Juliano; su rechazo, en teoría por motivos de edad, también mostraría que, tras el fracaso de la expedición, el prefecto consideraba el paganismo como una causa perdida.

Entonces los soldados proclamaron emperador al cristiano Joviano, miembro de la guardia imperial. Impaciente por retirar a su extenuado y desmoralizado ejército de Persia, Joviano aceptó un tratado de paz con los persas bastante desfavorable: cedió parte de la zona fronteriza en Mesopotamia y los protectorados de Armenia e Iberia. Después, tras abolir las medidas anticristianas de Juliano, partió hacia Constantinopla. Sin embargo, en el año 364 Joviano murió repentinamente, en el centro de Anatolia; el ejército tuvo que elegir un nuevo emperador. Fue proclamado otro miembro cristiano de la guardia imperial, Valentiniano; en esta ocasión, sin embargo, el ejército insistió en que el nuevo augusto nombrara a un colega por si se producía otra vacante sucesoria. Valentiniano eligió a su hermano Valente, a quien asignó la porción de Oriente hasta Tracia, el mismo territorio que Constancio II había gobernado a inicios de su reinado. Valentiniano conservó el resto de Iliria, la tierra natal de ambos hermanos, cuya extensión era suficiente para hacer de Occidente la parte más amplia del Imperio.

Valente se hallaba a mediados de la treintena, era relativamente inexperto y carecía de grandes cualidades, pero demostró la lealtad fraternal que Valentiniano esperaba de él. Los emperadores compartieron cordialmente sus ejércitos, reemplazando las bajas sufridas en Persia. Alarmados ante los elevados impuestos del Imperio, la ingente burocracia y la corrupción, los hermanos intentaron reducirlos; para compensar las pérdidas, repitieron las medidas que ya había tomado Constantino: confiscaron las tierras de los templos paganos y de las ciudades. Valente, aunque no su hermano, reinstauró las sentencias de exilio de Atanasio y los obispos antiarrianos, una medida que levantó incluso más oposición que la anterior decisión de Juliano.

Valente superó varias situaciones difíciles. Sofocó una rebelión instigada por Procopio, pariente de Juliano, y dirigió una campaña de castigo contra los godos que habían apoyado al usurpador. Expulsó a los persas de gran parte de Armenia e Iberia y restableció los protectorados imperiales. Cuando los godos solicitaron refugio en territorio imperial para escapar de los hunos, unos fieros nómadas recién llegados de Asia, Valente los instaló gradualmente en Tracia. Sin embargo, su número se hizo excesivo y los godos empezaron a saquear las granjas tracias. Valente marchó contra ellos con la mayor parte de su ejército, unos cuarenta mil hombres. En el año 378 los atacó en las cercanías de Adrianópolis.

En una batalla confusa, aunque finalmente devastadora, Valente y dos tercios de su ejército perdieron la vida. Su hermano Valentiniano había fallecido poco antes, dejando un hijo muy joven, Graciano, con problemas alarmantes en Occidente. En lugar de nombrar emperador de Oriente a su hermano aún más joven, Valentiniano II, para que se enfrentara a los violentos godos, Graciano eligió a un general muy cualificado, Teodosio. Éste no sólo recibió los dominios del difunto Valente, sino también la parte central de Iliria, que le era necesaria para mantener intacto su ejército de campaña. Los ejércitos orientales estaban destrozados, mientras que las tropas de guarnición eran imprescindibles para la defensa y estaban demasiado habituadas a esa función para entrar en combate.

Teodosio contaba treinta y tres años cuando subió al trono; natural de Hispania y con una considerable experiencia militar, aceptó su difícil cargo con ciega determinación. En primer lugar se dedicó a reconstruir desesperadamente los ejércitos de campaña orientales: reclutó a cualquier soldado apto que se presentara, que en su mayoría resultaron ser germanos. Los nuevos efectivos seguían siendo insuficientes y Teodosio tuvo que solicitar ayuda de Graciano antes de lograr algunas modestas victorias sobre los godos dispersos que empezaban a atacar Iliria central, anticipándose de este modo al peligro inminente de que las defensas imperiales en los Balcanes se derrumbaran. Afortunadamente para Teodosio, por aquel entonces los persas tenían un rey débil que no supo aprovechar los problemas del Imperio.

En el año 380 Teodosio cayó gravemente enfermo; creyéndose al borde de la muerte, recibió el bautismo. Cuando se recuperó, se había convertido en el primer emperador cristiano que gobernaría como miembro pleno de la Iglesia y sintió las responsabilidades cristianas implícitas en su nueva condición. En el año 381, tras fijar su residencia en Cons-

tantinopla, Teodosio convocó un concilio ecuménico que condenaría totalmente el arrianismo por herético. Este Concilio de Constantinopla afirmó la completa divinidad de los tres miembros de la Trinidad cristiana, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La decisión obtuvo una rápida aceptación en ambas partes del Imperio aunque, desafortunadamente de cara al futuro, fuera del territorio imperial los godos y otros pueblos germánicos siguieron fieles al arrianismo. El concilio también declaró que el obispo de Constantinopla se denominaría a partir de entonces patriarca, jerarquía casi comparable a la del Papa, puesto que Constantinopla era la Nueva Roma.

Un año después del concilio, Teodosio y Graciano firmaron un tratado con los godos: éstos se instalarían en territorio imperial en dos grupos distintos y servirían en el ejército en unidades aliadas. Los visigodos conservaron parte de Tracia septentrional y los ostrogodos la zona occidental de Iliria, que formaba parte del Imperio de Occidente. El tratado consiguió paz y estabilidad para el Imperio sin ceder a los godos más territorio del que ya habían ocupado y que el Imperio no podía recuperar. Para demostrar su confianza en la resolución de la crisis, Teodosio devolvió a Graciano el control de Iliria central.

En el año 383 Graciano murió a manos del usurpador Máximo, que se hizo con el gobierno del lejano Occidente mientras el hermano de Graciano, Valentiniano II, conservaba Italia e Iliria central y occidental. Tal vez porque aún desconfiaba de la solidez de su ejército, Teodosio aceptó a regañadientes esta división; sin embargo, cuando Máximo conquistó el territorio de Valentiniano, Teodosio se dirigió a Occidente con sus tropas, reforzadas por los aliados godos, y acabó con el usurpador. Restituyó a Valentiniano en Occidente, pero transfirió no sólo Iliria central y su ejército, sino también parte de las tropas occidentales, al este. Durante su estancia en Occidente, Teodosio ordenó la clausura de todos los templos paganos y prohibió sus prácticas. Legalmente no era más de lo que ya había hecho Constancio II, pero Teodosio intentó que tales medidas se cumplieran a rajatabla.

Tras gobernar varios años más en Occidente, Valentiniano perdió la vida y el trono a manos del pagano Arbogasto, general germánico que escogió como emperador al burócrata Eugenio, un cristiano que simpatizaba con la causa pagana. De nuevo Teodosio se dirigió a Occidente con sus godos, confiando Constantinopla a su hijo mayor Arcadio, que en el futuro le sucedería como emperador de Oriente. Tras un revés inicial en Italia, Teodosio derrotó y ejecutó a Eugenio; Arbogasto se suicidó.

dó. El victorioso emperador planeaba regresar a Oriente, dejando a su hijo menor, Honorio, a cargo del Imperio de Occidente. Sin embargo, Teodosio falleció antes de emprender el viaje de regreso, en el año 395.

Teodosio había solucionado con gran habilidad toda clase de problemas externos e internos, que a la sazón se multiplicaban con una frecuencia alarmante. Aunque podría reprocharse a Juliano su derrota ante los persas y a Valente haber fracasado ante los godos, no sería justo tacharlos de generales incompetentes; por otra parte, tampoco ningún comandante imperial había conseguido, en la misma época, victorias tan importantes como ambas derrotas. A pesar de que, en última instancia, todos los usurpadores fracasaron, en Occidente habrían triunfado varias rebeliones de no intervenir las tropas de Oriente. La recaudación de impuestos no se llevaba a cabo eficazmente en Oriente ni en Occidente y los ayuntamientos responsables de recaudarlos en las ciudades intentaban escapar a toda costa de tan ruinoso tarea. La corrupción se extendía. A pesar de los esfuerzos de varios emperadores capacitados, tanto la burocracia como el ejército habían aumentado en número y en debilidad.

TRES EMPERADORES DÉBILES

La división del Imperio prevista por Teodosio en el año 395 resultó ser permanente. Se correspondía aproximadamente con dos áreas lingüísticas principales, la griega y la latina. La parte helenizada, que había heredado su primogénito Arcadio, incluía un territorio en forma de arco que se extendía desde Tracia hasta Egipto, conocido como prefectura de Oriente, además de Grecia y el resto de Iliria central, que a partir de entonces se denominó prefectura de Iliria. Además de las dos prefecturas, Arcadio heredaba cinco ejércitos de campaña: los de Iliria, Tracia, el ejército de Oriente que se había enfrentado a los persas y dos ejércitos denominados *praesentales* porque en teoría debían hallarse presentes allí donde estuviese su emperador. Estos ejércitos de campaña, cuyo grueso había marchado a Occidente con Teodosio para luchar contra Eugenio, constaban de ciento cuatro mil hombres, un número probablemente inferior al de las fuerzas combinadas de godos y persas. Los doscientos mil soldados restantes con que contaba Oriente eran tropas de guarnición de segunda clase, que no podían abandonar sus puestos en las fronteras y ciudades.

Cuando Arcadio se convirtió en emperador de Oriente tenía sólo dieciocho años y era de carácter extremadamente pasivo y taciturno. Teodosio había confiado sus débiles hijos al cuidado de dos consejeros capaces: el prefecto de Oriente Rufino velaría por Arcadio y el general de origen parcialmente germánico Estilicón debía colaborar con Honorio. Sin embargo, Estilicón afirmó que el moribundo Teodosio también le había nombrado tutor de Arcadio. Rufino rechazó la peregrina reclamación y se inició una fatídica disputa. En un principio Estilicón partía con ventaja, ya que la mayor parte de las tropas orientales seguían bajo su mando.

El mismo año, el Imperio de Oriente sufrió el ataque de los hunos, que cruzaron Armenia hasta llegar al norte de Siria, y de los visigodos, que emigraron al sur de Tracia dirigidos por Alarico. Frenado por las murallas de Constantinopla, Alarico se dedicó a saquear todo lo que encontró a su paso de camino al norte de Grecia. Estilicón avanzó contra él con las tropas orientales, pero Arcadio le ordenó que entregase el ejército y abandonara Oriente. Consciente de que había sido Rufino quien dictó la orden, Estilicón entregó las tropas bajo la autoridad de un visigodo al servicio del Imperio, Gainas, que al llegar a Constantinopla asesino a Rufino.

El poder sobre el dócil Arcadio pasó al eunuco Eutropio, un amigo de Eudoxia, la nueva esposa del emperador; pero Eutropio también desconfiaba de Estilicón. Cuando éste regresó a Grecia para luchar contra Alarico, se encontró no sólo expulsado, sino también proscrito por Arcadio. El gobierno de Oriente tomó la insensata decisión de nombrar a Alarico comandante del ejército de Iliria y le dio permiso para ocupar el noroeste de Grecia. Aliado con los visigodos, Eutropio expulsó a los hunos, pero pronto cayó víctima de Gainas, que en el año 400 forzó su ejecución y se nombró comandante de uno de los ejércitos *praesentales*.

Respaldo por el gran número de soldados germánicos que formaban estos ejércitos, Gainas convirtió a Arcadio en su hombre de paja y se hizo con el control en Constantinopla, donde gobernó durante unos meses. De haber sido más hábil, habría convertido el Imperio de Oriente en un Estado títere de los germanos. Sin embargo, provocó las iras de los ya inquietos habitantes de Constantinopla y de su patriarca Juan Crisóstomo al intentar alzar una iglesia arriana para sus tropas. Muchos de los germanos que intentaban retirarse de la ciudad acabaron masacrados a manos de la plebe. Los burócratas de Arcadio persuadieron al comandante del ejército de Oriente, el pagano visigodo Fravita,

para que atacase a Gainas y a sus hombres; éstos huyeron al otro lado del Danubio, donde fueron aniquilados por los hunos.

Tras este interludio germánico, un tenebroso grupo de funcionarios antigermánicos e incapaces se ganaron el favor de la emperatriz Eudoxia y dominaron a Arcadio. Se libraron de Alarico y sus visigodos incitándoles a invadir el Imperio de Occidente; también desterraron a Juan Crisóstomo sin atender las protestas de la Iglesia de Occidente. Cuando Eudoxia murió y por fin Arcadio encontró un consejero capacitado en el prefecto de Oriente Antemio, la parte oriental del Imperio ya había suscitado el antagonismo de Occidente. Estilicón intentó aliarse con Alarico para arrebatar Iliria al Imperio de Oriente, pero el alarmante estado de Occidente le disuadió de iniciar la campaña.

Arcadio falleció en el año 408 y le sucedió su supuesto hijo, Teodosio II, de siete años de edad. Aunque muchos opinaban que su verdadero padre había sido un consejero de Eudoxia, Teodosio II mostró una incapacidad para gobernar que recordaba sorprendentemente a la de Arcadio. En un principio Antemio siguió gobernando en nombre del joven emperador y resolvió la disputa mantenida con Occidente, que había perjudicado a ambas partes. Cuando los visigodos penetraron en Italia sin encontrar resistencia y saquearon Roma en el año 410, Oriente envió refuerzos para que Honorio conservara la nueva capital de Ravena. Cuando los hunos invadieron Iliria y Tracia, Antemio construyó en Constantinopla una nueva muralla que la hizo casi inexpugnable.

Parece que Antemio falleció en el año 414, dejando al joven Teodosio en manos de su hermana de dieciséis años Pulqueria y de varios funcionarios y generales bárbaros aliados con ella. Este régimen expulsó a los hunos y luchó contra Persia en una batalla de escasa importancia. También intervino en Occidente tras la muerte de Honorio: ayudó a eliminar a un emperador occidental que no pertenecía a la dinastía teodosiana. Las tropas de Oriente instalaron como nuevo emperador a Valentiniano III, un joven nieto de Teodosio I, a quien prometieron con la hija de Teodosio II para reafirmar la amistad entre ambas partes del Imperio. El gobierno de Pulqueria también fundó escuelas para la formación de futuros burócratas en Constantinopla e inició la primera compilación oficial de derecho romano, que sería conocida como *Código teodosiano*.

En el año 431 el gobierno de Oriente convocó un nuevo concilio ecuménico en Efeso, Anatolia oriental, para juzgar al patriarca de Constantinopla Nestorio, que rechazaba la denominación «Madre de Dios» para la Virgen María. El argumento de Nestorio era que María había



FIGURA 3. Muralla teodosiana de Constantinopla, vista desde el sudoeste antes de las recientes restauraciones. Iniciada en el año 413 por el prefecto de Oriente Antemio para el joven Teodosio II (emperador entre los años 408 y 450), esta formidable muralla doble protegía Constantinopla de los ataques por tierra, en la península donde se encuentra la ciudad. (Fotografía: Warren Treadgold.)

concebido la naturaleza humana de Cristo, pero obviamente no la divina. Muchos oponentes, con el obispo Cirilo de Alejandría a la cabeza, consideraban que Nestorio se excedía en su distinción entre la divinidad de Cristo y su humanidad. Para consternación del emperador y satisfacción de su hermana, el concilio declaró que el nestorianismo era una herejía porque dividía a Cristo en dos personas, aunque Nestorio negó que pretendiera algo semejante. El nestorianismo apenas se difundió en el Imperio, pero encontró numerosos adeptos entre los cristianos de la Mesopotamia persa.

Finalmente Pulqueria perdió su influencia sobre Teodosio, quien otorgó su confianza a un nuevo consejero, el eunuco Crisafio. Éste tuvo que enfrentarse a los ambiciosos generales bárbaros que seguían en buenos términos con Pulqueria, a los frenéticos llamamientos de ayuda desde un Occidente que se desmoronaba, a otra invasión persa y a la amenaza creciente de los hunos, dirigidos por su nuevo rey, Atila. El Imperio de Oriente no podía contar con Occidente y perdió sus ricas provincias de África a manos de los vándalos.

Tras años de una paz mantenida mediante sobornos, los hunos realizaron una incursión devastadora en Iliria y Tracia y exigieron tributos aún mayores al Imperio de Oriente. Afortunadamente para Crisafio, las derrotas infligidas por los hunos desacreditaron a los generales bárbaros del Imperio, mientras que las incursiones de los hunos blancos de Asia central obligaron a los persas a firmar la paz con el Imperio. Sin embargo, los hunos de Atila siguieron atacando Iliria y Tracia; en el año 447, las derrotas de las tropas imperiales forzaron la evacuación del norte de Iliria y el Imperio tuvo que aceptar el pago de mayores tributos.

La confusa condena de Nestorio por el Concilio de Éfeso dio pie a una nueva disputa, en torno a si Cristo poseía dos naturalezas, una divina y otra humana, o sólo una. La doctrina que defendía la naturaleza única de Cristo, conocida como monofisismo, planteó la cuestión de si esa única naturaleza era totalmente humana, puesto que el Concilio de Nicea había declarado que Cristo era absolutamente divino. Crisafio se declaró partidario de la opinión monofisita extremista: la naturaleza de Cristo era distinta a la de los seres humanos ordinarios.

El eunuco persuadió al emperador, que antes se había mostrado favorable a la opinión harto distinta de Nestorio, para que en el año 449 convocara otro concilio ecuménico en Éfeso que aclarase la cuestión. El concilio, dirigido por el obispo de Alejandría Dióscoro, fue caótico y supuso la expulsión de varios obispos participantes, entre ellos Flaviano de Constantinopla; finalmente Flaviano fue depuesto y el concilio declaró que Cristo tenía una única naturaleza. Aunque el Papa y la Iglesia de Occidente protestaron, Crisafio mantuvo la decisión del concilio. El mismo año obtuvo el permiso de Atila para volver a ocupar el norte de Iliria.

En el año 450 Teodosio murió como consecuencia de un accidente de equitación y los enemigos de Crisafio estrecharon su cerco. Pulqueria, la hermana del emperador, se alió con uno de sus antiguos partidarios, el general bárbaro Aspar. Afirmó que su hermano había nombrado sucesor a Marciano, lugarteniente de Aspar, y para reafirmar su postura se casó con él. Aunque no mostraba la debilidad de Arcadio o de Teodosio II, Marciano delegó sus funciones en la emperatriz y en el general que le había conseguido el cargo de emperador. Tras ejecutar a Crisafio, repudió tanto el monofisismo como el tratado de Crisafio con Atila. En lugar de tomar represalias, Atila se dedicó a arrasar el Imperio de Occidente, hasta que su repentina muerte produjo la desintegración de los hunos.

Marciano y Pulqueria convocaron un nuevo concilio ecuménico que se reunió en Calcedonia, un suburbio asiático de Constantinopla, en el año 451. El Concilio de Calcedonia ratificó el primer Concilio de Éfeso, pero repudió el segundo y depuso a su presidente, el obispo Dióscoro. En Calcedonia, los obispos declararon que Cristo poseía dos naturalezas, una divina y otra humana, que no obstante actuaban unidas en la misma persona. Aunque incompatible con el monofisismo extremo, esta fórmula se asemejaba a la postura monofisita moderada que reconocía la única naturaleza de Cristo como totalmente divina y humana.

El concilio también completó un proceso que se había iniciado un siglo antes: reconocer que el Papa y los cuatros obispos de Oriente denominados patriarcas tenían una amplia autoridad sobre los obispos situados en los alrededores de su jurisdicción. Hacía tiempo que el Papa disfrutaba de tal privilegio en el Imperio de Occidente y en Iliria, que a la sazón ya pertenecía a Oriente. Asimismo, Egipto estaba sometido al patriarca de Alejandría, y Siria al patriarca de Antioquía. En Calcedonia, los obispos concedieron al patriarca de Constantinopla una autoridad similar sobre Anatolia y Tracia, mientras que el patriarca de Jerusalén recibía las mismas prerrogativas en Palestina.

Puesto que la nueva primacía de Constantinopla y Jerusalén no tenía precedentes en la tradición eclesiástica, el Papa protestó, aunque no en exceso; apenas le afectaban tales medidas y aprobaba la condenación del monofisismo ratificada por el concilio. Los mayores beneficiarios, los patriarcas de Constantinopla y Jerusalén, aceptaron con entusiasmo todas las decisiones de Calcedonia. No obstante, el malestar que en los patriarcados de Alejandría y Antioquía causó la promoción de otros patriarcas a sus expensas logró desacreditar la teología del concilio que, además, había provocado la deposición de un patriarca de Alejandría. Gran parte del clero y los laicos de Egipto y de Siria hicieron del monofisismo moderado una causa común contra el Concilio de Calcedonia. El monofisismo se convirtió rápidamente en otro problema del débil gobierno de Oriente.

Marciano sobrevivió a Pulqueria y falleció el año 457 sin descendencia y sin nombrar un sucesor. Su muerte hizo evidente que el poder en el Imperio de Oriente se hallaba en manos de su tutor, el veterano general Aspar, un bárbaro arriano que se hallaba al frente de un ejército también predominantemente bárbaro y arriano. En el tambaleante Imperio de Occidente, otro general bárbaro, escudado tras un emperador títere, ostentaba un poder similar tras el asesinato de Valentiniano III. Occidente

ya no vería otro emperador con plenos poderes, mientras que Oriente apenas lo había tenido desde el año 395. No obstante, Aspar era más inteligente y estaba más arraigado que Gainas, el otro general bárbaro que había gobernado virtualmente en Oriente.

Servía a los intereses de Aspar mantenerse en un segundo plano, ya que la población era mayoritariamente antibárbara y antiarriana. Sin embargo, no le interesaba que el emperador obtuviese un prestigio que le permitiera prescindir de él. Por tanto, al poderoso comandante le convenía mantener un gobierno débil en una época en que los enemigos externos todavía amenazaban las fronteras. El ejército y la burocracia carecían de cohesión e independencia para gobernar el Imperio; sus miembros también podían beneficiarse de un monarca incapaz de acabar con su influencia y con la corrupción. En el año 457 era una incógnita si Oriente volvería a tener un emperador fuerte, o si el Imperio podría prolongarse mucho más tiempo dentro de una relativa seguridad.

UNA NUEVA SOCIEDAD

A pesar de la creciente influencia bárbara, la corrupción burocrática y militar y algunos reveses del ejército, entre los reinados de Diocleciano y de Marciano el Imperio de Oriente obtuvo ciertos éxitos. Pasó de ser una mera jurisdicción administrativa a transformarse en una sociedad plural, aunque de características definidas. Gentes que antes tenían poco en común, a excepción de estar gobernadas por Roma, empezaron a compartir la religión cristiana, un sistema administrativo y fiscal propio, una economía mayoritariamente autosuficiente y una cultura más definida. Oriente logró la práctica independencia de Occidente y, al contrario que en Occidente, demostró ser un Estado viable. Aunque en el siglo IV es preferible denominar a dicho Estado «Imperio Romano de Oriente», a partir del siglo V ya hay motivos más que suficientes para denominarlo «Imperio Bizantino», o simplemente «Bizancio».

Durante este período el Imperio de Oriente conservó casi todo su territorio. Cedió una pequeña franja fronteriza de Mesopotamia a los persas tras la fallida expedición de Juliano y, sin ninguna cesión formal, permitió que algunas tierras fronterizas de Iliria cayeran temporalmente en manos de los visigodos y después de los hunos. La única pérdida importante del Imperio de Oriente, Iliria occidental, fue sólo el resultado de modificaciones administrativas en la frontera que separaba

los Imperios de Oriente y de Occidente. Sin embargo, dicha pérdida dejó a Bizancio desigualmente dividido entre una reducida prefectura de Iliria y una prefectura de Oriente mucho más extensa, rica y poblada. Las siete diócesis, dos en Iliria y cinco en Oriente, estaban distribuidas de forma más equitativa y representaban regiones mejor definidas. Todas disfrutaban, como mínimo, de una pequeña porción costera, por lo que una embarcación que navegase de Iliria oriental a Constantinopla y Egipto podía atracar en cada una de las diócesis.

Dentro de la ya pobre y vulnerable prefectura de Iliria, la diócesis de Dacia, en los Balcanes centrales, era la más pobre y peor protegida. Los visigodos y los hunos la habían arrasado, al igual que otros bárbaros en el siglo III. Aunque Dacia contaba con una guarnición acantonada para defenderla, pues de otro modo hubiera sido imposible mantener la zona, el gobierno apenas se molestaba en guarnecerla: si los bárbaros se entretenían atacando Dacia, no devastaban otras regiones más valiosas. El resto de la prefectura de Iliria, la diócesis de Macedonia, era la antigua patria griega. A pesar de su glorioso pasado, los prolongados esfuerzos para colonizar y helenizar todo el Mediterráneo oriental habían dejado a Grecia exhausta; las recientes incursiones bárbaras tampoco habían contribuido a mejorar su situación. Sin embargo, a pesar de todo, el estado de ambas diócesis en el siglo V no había empeorado respecto a mediados del siglo III. Seguían unidas al Imperio de Occidente por la autoridad eclesiástica del Papa y en una parte de Dacia todavía se hablaba el latín.

Dentro de la extensa prefectura de Oriente, la diócesis de Tracia y las de Asia y Ponto, en Anatolia, formaban el corazón del Imperio Bizantino. Eran el centro geográfico y político del Imperio además del territorio natural de su nueva capital, Constantinopla, que aumentaba en extensión y riqueza mientras se convertía en el centro de las rutas comerciales del Imperio. El declive de las lenguas autóctonas de Tracia y Anatolia, así como la expansión del griego en ambas regiones, más prósperas y pobladas que la misma Grecia y bien comunicadas con las costas helenizadas de Siria y Egipto, las convertía en el verdadero corazón del mundo helénico. Las tres diócesis pertenecían a la jurisdicción eclesiástica del patriarca de Constantinopla. Eran territorios relativamente seguros, a pesar de las ocasionales incursiones bárbaras en Tracia. Anatolia, dividida en las diócesis de Asia y Ponto, gozaba de especial seguridad, además de poseer fértiles tierras de cultivo y buenas comunicaciones terrestres y marítimas con el resto del Imperio.

Una parte de la prefectura de Oriente recibía la confusa denominación de diócesis de Oriente; estaba formada por Siria Mayor, con Palestina y la Mesopotamia bizantina, y la diócesis de Egipto. Los límites de la diócesis de Egipto coincidían con los del patriarcado de Alejandría, mientras que los patriarcados de Antioquía y Jerusalén se dividían la prefectura de Oriente. En Siria y Egipto, civilizadas y urbanizadas mucho antes que Grecia y Roma, se hablaban lenguas semíticas y hamíticas en lugar de los indoeuropeos latín y griego, y siempre habían sido partes anómalas del Imperio. Finalmente Diocleciano las había incluido en sus versiones revisadas de los sistemas administrativo y fiscal, lo que había obligado a muchos egipcios y sirios a aprender griego para tratar con el gobierno. Ambas regiones seguían siendo prósperas: sus relaciones comerciales con Persia e India continuaban tan activas como siempre y Egipto era todavía el principal exportador de grano en el Mediterráneo. Sin embargo, dentro del Imperio Anatolia ganaba importancia política, económica, cultural y eclesiástica a sus expensas; la importancia de Alejandría y Antioquía menguaba ante la floreciente ciudad de Constantinopla.

El Imperio Bizantino debía su carácter distintivo no sólo a la división imperial llevada a cabo por Diocleciano y perpetuada por sus sucesores, sino a la fundación de Constantinopla por Constantino y a la subsiguiente importancia que le otorgaron sus herederos. Mientras se convertía en la verdadera capital de Oriente, aumentó el dominio de los territorios de habla griega, que al oeste se extendían hasta el Adriático y al este hasta Antioquía. En el Imperio de Oriente disminuía la importancia del latín y aumentaba la del griego, que se extendió al interior de Tracia y Anatolia y a lo largo de las costas de Iliria, Siria y Egipto. Muchas de las exportaciones de Oriente empezaron a dirigirse no a Roma, sino a Constantinopla. La ciudad, que en el año 457 contaría con unos doscientos mil habitantes, había superado en tamaño, riqueza y poder a las más antiguas metrópolis de Roma, Antioquía y Alejandría. Anatolia, que antes sólo era una mera expresión geográfica, había adquirido una identidad regional similar a las de Siria o Egipto, así como una economía de exportación y una cultura helénica propias.

Como antes había sucedido con Alejandría y Antioquía, Constantinopla fue planeada como capital y escaparate; aunque la mayor parte de la ciudad era un desordenado revoltijo de pequeñas casas, sus mercados estaban decorados con monumentos y las calles principales estaban flanqueadas por tiendas y columnatas. A excepción de la acrópolis que había constituido la antigua ciudad de Bizancio, Constantinopla era más

moderna que sus rivales orientales: contaba con edificios adecuados para una religión y un gobierno nuevos, así como para las últimas atracciones de moda; asimismo, los amplios espacios abiertos dentro de las murallas aseguraban su crecimiento en el futuro. La plaza central, o *Augustaeum*, confrontaba la catedral de la Sagrada Sabiduría (Santa Sofía), el Gran Palacio Imperial, unos amplios baños públicos y un gigantesco hipódromo para las carreras de cuádrigas que, tras la prohibición de los espectáculos de gladiadores instaurada por Constantino, se había convertido en el deporte más popular del Imperio.

Constantinopla debía gran parte de su importancia al crecimiento de la burocracia imperial. En el siglo V el Imperio de Oriente había disminuido una cuarta parte respecto a la época de Diocleciano (principalmente porque el oeste de Iliria había pasado al Imperio de Occidente), pero su ejército y su burocracia eran tan voluminosos como en dicha época y mucho mayores que antes de Diocleciano. En la capital había unos dos mil quinientos burócratas, aproximadamente una sexta parte del total. Uno de cada doce hombres del Imperio servía en el ejército, la marina o la burocracia, una proporción que casi duplicaba a la del siglo III. La principal tarea de la burocracia era recaudar dinero para pagar a los aún más numerosos soldados. Ninguna de ambas ocupaciones estaba bien remunerada, por lo que tanto el ejército como los burócratas solían recurrir a las malversaciones y a la extorsión.

El gobierno intentó disminuir los costes del ejército sin menguar su tamaño. Con la inflación de la moneda de cobre, la paga de los soldados había quedado reducida a la nada durante el siglo IV, aunque los generosos donativos que se distribuían tras el acceso de un nuevo emperador al trono, y después cada cinco años, mantenían su valor porque se abonaban en oro. El gobierno compensaba la pérdida del valor de los sueldos suministrando a los soldados pagas extraordinarias en oro para las raciones de alimento y forraje. Cuando se acentuó la división entre las tropas de combate y las de guarnición, los soldados de las primeras recibían pagas extraordinarias de racionamiento que duplicaban las recibidas por los soldados de guarnición. Tales concesiones permitían que los soldados de campaña, en su mayoría bárbaros, viviesen de su sueldo. En cambio, los soldados de guarnición recibían una paga bajísima, por lo que su trabajo pasó a ser una ocupación de media jornada y se vieron obligados a buscar otras fuentes de ingresos. Tales desigualdades dieron como resultado unas tropas de guarnición inferiores y un ejército de campaña de calidad media; y, a menudo, descontento.

El sistema fiscal establecido por Diocleciano era muy flexible y, por tanto, permitía fáciles abusos. Tras un período de aumento continuado de los impuestos, parece que las contribuciones se estabilizaron a finales del siglo IV y ya en el siglo V se habían fijado para cada ciudad y región: no podían aumentar y sólo disminuían en caso de invasión enemiga o desastre natural. La corrupción persistía, ya que los recaudadores de impuestos podían realizar desfalcos y compensarlo en los totales cargando más o menos a los contribuyentes individuales. Sin embargo, la estabilización de los totales indica que, a pesar de que los aumentos fiscales habían sido necesarios durante gran parte del siglo IV, en el siglo V las tasas existentes satisfacían las necesidades gubernamentales. Parece ser que la economía mejoraba y que la corrupción y el crecimiento de la burocracia se hallaban bajo cierto control.

La circunstancia de que después de Constantino los emperadores se sucedieran dentro de la legalidad fue en parte una cuestión de suerte, que Occidente no compartió. Aunque durante aquella época ningún emperador oriental se hizo con el poder por la fuerza, Juliano y Valente murieron por causas violentas, posiblemente Constancio II habría sido derrocado de no fallecer antes de muerte natural y ninguno de los emperadores del siglo IV podía descansar tranquilo. El principal motivo de que las frecuentes luchas de poder posteriores al año 395 no amenazasen a Arcadio, Teodosio II o Marciano es que, como hombres de paja, se mantuvieron apartados del camino de los burócratas y generales que en realidad detenían el poder. Por otra parte, esta duradera tradición de sucesiones legales al trono, fuese o no accidental, mantuvo controlada la intranquilidad política y frenó futuras conspiraciones.

Los jefes de la burocracia civil y palatina, así como los principales generales, como Rufino, Eutropio o Aspar, eran los hombres más poderosos del Imperio después del emperador y, en muchas ocasiones, incluso se hallaban por delante de él. La designación del emperador para ocupar un alto cargo, fuese éste real u honorario como el consulado, era la forma habitual de admisión en el Senado. Aunque tenía escaso poder como organismo y los senadores de Oriente no eran ricos y de buena familia como en Occidente, los privilegios y el prestigio de un senador eran significativos y codiciados. Los aproximadamente dos mil senadores de Oriente formaban una clase dirigente de aires aristocráticos, aunque no era un círculo cerrado para aquellos que reuniesen los méritos o la codicia suficiente para unirse a ellos. Pero muchos de los que obtenían el rango senatorial eran previamente ricos, y los que no lo eran pronto

hacían fortuna. Incluso numerosos burócratas que nunca fueron senadores obtuvieron riquezas e influencias haciendo uso de sus poderes administrativos.

La clase que seguía en importancia a los senadores era la de los decuriones, los miembros de los ayuntamientos a excepción de la capital, donde el mismo Senado cumplía las funciones del ayuntamiento. Las ciudades orientales, poco menos de mil, contaban con unos cincuenta mil decuriones. Los hombres más ricos de cada ciudad, excepto los que se hallaban exentos (como los senadores, otros cargos de la burocracia y el clero), debían ocupar un puesto en el ayuntamiento, administrar los asuntos locales y recaudar los impuestos. La mayoría de los decuriones eran terratenientes, comerciantes y profesionales, de medios bastante modestos. Aunque en un principio los decuriones sirvieron gustosos a sus ciudades, la expansión del gobierno central les había arrebatado gran parte de su poder y de su prestigio. Por entonces consideraban la responsabilidad de recaudar los impuestos como una carga, incluso ruinosa cuando eran ellos quienes debían responder personalmente de lo que no habían conseguido recaudar a otros. Sus problemas aumentaron cuando algunos de sus colegas obtuvieron exenciones, sobre todo cuando los más ricos e influyentes se convirtieron en senadores o en miembros del clero.

El clero tenía su propia jerarquía. Los obispos, a menudo con fondos sustanciales para distribuir con fines caritativos, se transformaron en líderes civiles por derecho propio. A los decuriones no les interesaba competir con ellos; asimismo, las obras caritativas de los obispos cubrían necesidades que la sociedad pagana había desatendido. En ocasiones los obispos y sacerdotes se enfrentaron con los miembros del gobierno a causa de controversias religiosas; según parece, desde el principio la mayoría del clero estuvo siempre en el bando que finalmente prevaleció. Sin embargo, la intolerancia del clero ante el paganismo oficial y el arrianismo también demuestra que no les interesaba el poder seglar, que habrían obtenido con facilidad de haberse sometido a los intereses del Estado. El clero solía tomar una actitud pasiva respecto a los temas meramente seculares, pues no concernían a sus intereses.

Las ciudades y sus ayuntamientos administraban las tierras de los alrededores, como ya estaban haciendo porque muchas habían sido ciudades-Estado. La mayor parte del territorio asignado a las ciudades era rural, y muchos de sus teóricos ciudadanos vivían en el campo. Alrededor del año 450, es probable que sólo las conurbaciones de Constanti-

nopla, Antioquía y Alejandría contasen con más de cien mil habitantes; otra treintena de ciudades tendría más de diez mil y la población total de éstas ascendería sólo a un millón de habitantes. Quizás otro millón, con una media de mil habitantes, vivía en unas novecientas ciudades de menor tamaño, que hoy llamaríamos pueblos grandes. El resto de la población, unos catorce millones, eran campesinos que vivían en pueblos de las zonas rurales que rodeaban las ciudades. A pesar de que los campesinos eran la inmensa mayoría, el gobierno prestaba más atención a los ciudadanos, que convivían con los burócratas y podían rebelarse en caso de hallarse seriamente descontentos.

La lenta aunque continuada emigración a las ciudades muestra que la vida urbana tenía sus encantos, sobre todo en las tres grandes metrópolis. Las ciudades de mayor tamaño contaban con sus propios hipódromo, teatro, catedral, iglesias, monumentos, fuentes, baños públicos, escuelas privadas, numerosas tiendas y un foro con un mercado grande y variado, aunque también implicaban ciertos peligros, como el de contraer enfermedades. Incluso en las ciudades de menor tamaño había una catedral, baños públicos, fuentes, un maestro de escuela, algunas tiendas y un mercado. Los habitantes de las ciudades pequeñas no pagaban impuestos excesivos, pero en su mayoría eran pobres o incluso indigentes, y los únicos verdaderamente prósperos recibían sus rentas de propiedades ajenas a la ciudad. El comercio de manufacturas y de lujo continuaba funcionando a pequeña escala. El principal comercio a granel, transportar grano del campo para alimentar a los habitantes de las ciudades y a los soldados, estaba sometido a un control estatal demasiado estricto como para resultar lucrativo.

Los campesinos, que sumaban el 90% de la población del Imperio, no vivían en granjas aisladas, sino en aldeas de al menos unas docenas de habitantes. Dedicaban la mayor parte del tiempo a cultivar lo que luego consumirían ellos y sus familias. Algunos, aunque no muchos, eran esclavos; la mayoría eran arrendatarios de terratenientes o de propiedades estatales. Fuentes dispersas indican que una quinta parte de las tierras de cultivo eran propiedad del Estado, y que las grandes propiedades privadas se hallaban en la misma proporción; por tanto, gran parte de los campesinos debían poseer sus propias tierras. Indudablemente las condiciones de vida eran sumamente difíciles para muchos de ellos, sobre todo en las tierras que se extendían a lo largo de la frontera del Danubio en Iliria, zona de frecuentes incursiones bárbaras; tanto los ataques externos como un clima desfavorable podían condenar a cualquier

campesino a la ruina. El sistema fiscal era muy severo con los campesinos más pobres; era posible que un mal año les obligase a vender sus tierras y convertirse en arrendatarios. Sin embargo, en general parece que los campesinos de la parte oriental vivían en condiciones razonables; asimismo, podían pagar sus impuestos sin grandes problemas. El sistema tributario estipulaba un incentivo para la producción de excedentes; cuando dicho excedente se distribuía al ejército, ayudaba a mantener las regiones fronterizas más pobres, donde se encontraba la mayoría de los soldados.

En una economía dominada por la agricultura de subsistencia y con grandes extensiones cultivables, la población debería de ser un buen indicador del crecimiento económico. El aumento demográfico indicaría una economía en expansión, el descenso demográfico lo contrario. Entre los años 285 y 457 el nivel absoluto de población es difícil de calibrar. Las regiones fronterizas, donde las incursiones enemigas eran frecuentes, mostraban signos de despoblación, pero no eran representativas de la globalidad del Imperio. Algunas cifras dispersas y fuentes arqueológicas sugieren que en las ciudades se produjo un cierto crecimiento, que en Constantinopla se dio con toda seguridad; sin embargo, tales datos podrían ser indicativos de emigración rural más que de crecimiento global. En el siglo IV se han encontrado reclamaciones por los impuestos excesivos, impuestos no recaudados y abandonos de tierra, pero éstas se hicieron menos frecuentes a principios del siglo V. Las fuentes, equivocadas, probablemente indiquen que no se produjeron cambios demográficos de importancia ni en un sentido ni en otro.

Los historiadores continúan discutiendo si el Imperio de Oriente se hallaba en situación de declive entre finales del siglo III e inicios del V. Es evidente que los gastos militares del Imperio disminuyeron, ya que el ejército apenas aumentó, la moneda de aleación de cobre con que se abonaban los sueldos siguió devaluándose y ni los donativos ni las pagas extraordinarias consiguieron compensar las pérdidas en el salario. Puesto que otros gastos permanecieron estables y el tesoro estatal sólo amasó un excedente moderado, también debió de producirse una disminución de las rentas públicas. Es probable que la floreciente corrupción redujera las arcas públicas en la misma medida en que el incremento de los impuestos las aumentaba. Por consiguiente, la economía que producían los ingresos estatales pudo haber disminuido, perceptible aunque no desastrosamente, lo que reflejaría un declive en la población productiva.

Sin embargo, evidencias de diferentes emplazamientos arqueológicos sugieren que la peor situación de declive demográfico se había iniciado con la epidemia de finales del siglo II, y que a finales del siglo IV el problema estaba superado. En algún momento del año 400 la población pudo haber iniciado una fase de crecimiento, aunque a mediados de siglo no fuese superior a la de tiempos de Diocleciano. En tal caso, las fortunas militares y políticas reflejarían de forma aproximada el desarrollo demográfico y económico. En ambas se produjo un declive gradual a lo largo del siglo IV, seguido de una recuperación parcial en el siglo V.

UNA NUEVA CULTURA

Los grandes unificadores culturales del Imperio Bizantino fueron el gobierno, el cristianismo y la lengua griega. Los tres se hallaban relacionados. Desde la época de Constantino, los emperadores reconocían la autoridad eclesiástica en temas religiosos y morales. La Iglesia, que mucho antes había reconocido la legitimidad del Estado romano en la esfera secular, lo aceptó como aliado. El nuevo Imperio de Oriente utilizaba más el griego que el latín, aunque el latín seguía siendo el idioma oficial del Imperio. El griego ya era la lengua del Nuevo Testamento cristiano y de las formas más habituales de la liturgia cristiana en Oriente. Antes de Diocleciano, la mayoría de la población del Imperio de Oriente tenía escaso contacto con la administración, apenas sabía qué era el cristianismo y habitaba lugares donde el griego casi no se hablaba. Hacia mediados del siglo V, la mayoría de los habitantes trataba regularmente con el gobierno, eran como mínimo cristianos de palabra y habían aprendido a arreglárselas con el griego, aunque sólo hablasen unas palabras del idioma.

El cristianismo era una religión completamente distinta al paganismo. Lo que en la actualidad se denomina paganismo, que por aquel entonces incluso carecía de nombre, era un cuerpo heterogéneo de cultos y creencias sin una teología, una moral ni una organización definidas. La lista de sus numerosos dioses era convencional y fluida; muchos dioses se identificaban con otros, como el Zeus griego con el Júpiter romano y el semítico Baal. Según la tradición, los dioses cometían adulterios, incestos, violaciones, robos y asesinatos. El mismo Zeus era un adúltero y pedófilo que había matado a su padre y se había casado con su hermana.

Puesto que los dioses concedían favores a los hombres a cambio de adoraciones y sacrificios más que por una conducta moral determinada, las ideas que los paganos tenían acerca de la moralidad se basaban más en la tradición que en la obediencia o en la emulación de los dioses. La filosofía dominante en los siglos III y IV, en la actualidad denominada neoplatonismo, mantenía que los dioses tradicionales carecían de importancia, pues estaban subordinados a un Dios omnipotente y perfecto («el Único»), mucho mayor que ellos. Modelado por la sociedad en lugar de haberla modelado a ella, el paganismo, como mucho, reflejaba una unidad que la sociedad ya tenía previamente. A no ser que el Estado suministrase una dirección a la causa pagana, como había sucedido en tiempos de Diocleciano, Maximino y Juliano, el paganismo era incapaz de resistir el avance del cristianismo.

El cristianismo surgió como religión de una minoría, que aumentó de forma considerable cuando Constantino se sumó a su causa y se extendió rápidamente por todo el Imperio. El apoyo del Estado fue de gran ayuda, aunque éste nunca promulgase contra el paganismo leyes tan severas como las dirigidas contra los cristianos. El mayor daño que el gobierno hizo al paganismo fue retirarle un patronazgo que le era indispensable, pues se consideraba que los dioses debían adorarse porque así lo hacía la mayoría, incluido el emperador. Sólo los filósofos defendían el paganismo por sus méritos propios; lo hacían invocando a un dios tan exaltado que parecía situarse muy por encima de las preocupaciones humanas, al contrario de lo que sucedía con el dios cristiano. El intento de Juliano, combinar dicha filosofía con el paganismo tradicional, fue considerado supersticioso en exceso por muchos neoplatónicos y demasiado filosófico por muchos paganos. Cuando se celebró el Concilio de Calcedonia, el cristianismo ya era la religión mayoritaria del Imperio.

Aunque se había rumoreado que los cristianos practicaban el canibalismo y el incesto, los paganos pronto descubrieron que éstos no sólo se comportaban de un modo respetable sino que, como los judíos, utilizaban la religión como puntal de su moralidad, algo que era imposible para los paganos. La mayoría de los paganos desaprobaban el adulterio y la homosexualidad, pero titubeaban a la hora de rechazar los mitos que los atribuían a los dioses. Los filósofos seguían a Platón en su rechazo de los mitos y de la homosexualidad, pero apenas lograban encontrar ejemplos de autodisciplina en su panteón, que incluía a los dioses del vino, el hurto y el amor erótico. Sin embargo, los cristianos podían condenar sin reservas el lujo y el libertinaje en función del único dios en

quien creían. Los ideales cristianos de ser caritativos con los pobres, perdonar al enemigo y preferir el martirio a la apostasía, todos ajenos a la moralidad pagana, se ganaron gradualmente la admiración de muchos paganos y contribuyeron a la expansión de la nueva religión.

Tras la conversión de Constantino, el cristianismo influyó cada vez más en la vida pública y privada del Imperio. Las instituciones caritativas cristianas aumentaron y, tras la abolición de los gladiadores y de los simulacros de combate, los espectáculos públicos se hicieron menos violentos. Curiosamente, la desaprobación eclesiástica del desnudo público hizo que se clausuraran numerosos gimnasios en lugar de optar por vestir a los atletas. La Iglesia toleraba a regañadientes los baños públicos separados por sexos y las carreras de cuádrigas en los hipódromos. Aunque denunció la prostitución y los populares espectáculos teatrales donde actuaban actrices prácticamente desnudas, ambos siguieron manteniéndose dentro de la legalidad.

Basilio de Cesarea reconcilió la condenación eclesiástica del asesinato con las obligaciones bélicas prohibiendo comulgar durante tres años a los soldados que habían matado en combate. La aprobación cristiana de la continencia sexual produjo restricciones en el divorcio e hizo que aumentaran las agrupaciones de monjas y monjes consagrados a la castidad. El adulterio de los maridos, las prácticas homosexuales, el aborto y el infanticidio, que los paganos habían tolerado con ciertas reticencias, acabaron por considerarse prácticas egoístas, crueles y aborrecibles. Puesto que la mayoría consideraba difícil el celibato, el descenso del número de abortos e infanticidios probablemente ayudó a compensar el declive demográfico que se había iniciado a principios del Imperio Romano.

El cristianismo también fomentó, en cierto modo, algunas mejoras en la posición social de la mujer. Todos los sacerdotes cristianos eran hombres porque se consideraba que representaban a Cristo, mientras que las sacerdotisas y los sacerdotes paganos eran únicamente siervos de Dios. La Iglesia tomó el ejemplo de la Virgen para probar que las mujeres podían ser espiritualmente iguales a los hombres y algunas abadesas y monjas, así como otras mujeres cristianas, obtuvieron un reconocimiento moral muy superior al de la mayoría de los sacerdotes cristianos o al de cualquier sacerdotisa pagana. La Iglesia santificó a Helena, la madre de Constantino I, y a Pulqueria, hermana de Teodosio II. Asimismo, el Concilio de Éfeso apoyó la insistencia de Pulqueria en llamar Madre de Dios a la Virgen María. La influencia política de la mujer dentro de la familia imperial, que en época romana había sido excepcional

o se había desarrollado subrepticamente, se hizo clara y habitual, ya que Pulqueria, Eudoxia y otras emperatrices y princesas contribuyeron a la formación política del Imperio.

Mientras el cristianismo pasaba de ser una minoría perseguida a la religión mayoritaria, el monacato surgió de la nada para convertirse en un movimiento prestigioso e importante. Apareció a principios del siglo IV como iniciativa de varios ascetas individuales que pretendían llevar una vida cristiana perfecta, consagrada a la devoción a Dios e indiferente a todo lo demás; su pionero fue el ermitaño Antonio en el desierto de Egipto. Puesto que sólo aquellos que tuviesen una voluntad de hierro, como Antonio, podían superar tales pruebas sin la ayuda o la dirección humanas, los aspirantes a monjes y monjas pronto se reunieron en comunidades monásticas, sometidas a un director espiritual y con reglas de conducta determinadas.

El experimentado monje Pacomio fue el primero en fundar tales monasterios y conventos en Egipto, a los que ofreció dirección espiritual y cuyas reglas monásticas confeccionó. A finales del siglo IV el teólogo, erudito y antiguo monje Basilio de Cesarea compuso las reglas que, en diferentes versiones, han utilizado los monjes de Oriente desde entonces; prescribió una vida en común de obediencia al abad, oración, trabajo físico, algunas lecturas y moderación dentro de la abnegación. No obstante, algunos monjes continuaron con su vida de ermitaños, viviendo sobre columnas, en cuevas o practicando otras formas de ascetismo.

Aunque los paganos habían iniciado el renacimiento de la cultura griega en el siglo II, los cristianos pronto se unieron a ella. Orígenes ya había usado elementos del neoplatonismo para crear una elaborada teología cristiana, pero, al no lograr aclarar la naturaleza de Cristo, su obra podía utilizarse para defender el arrianismo. La resolución del antiarriano Concilio de Nicea se debió en gran parte a Basilio de Cesarea, a su hermano Gregorio de Nisa y a su amigo Gregorio Nacianceno. Tras rechazar la creencia arriana de que Cristo era inferior a Dios Padre, distinguieron en primer lugar la sustancia única de Dios, proclamada en el Credo de Nicea, y sus tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Gregorio Nacianceno añadió la distinción entre la persona única del Hijo y sus dos naturalezas, una totalmente humana y otra totalmente divina. Después de que Basilio y los Gregorios convenciesen a los teólogos de que estos conceptos, en apariencia paradójicos, eran compatibles, el arrianismo quedó desacreditado ante los romanos y sólo fue aceptado entre los bárbaros sin pretensiones intelectuales.

Sin embargo, la distinción entre las naturalezas de Cristo no pudo prevenir la posterior controversia monofisita. La forma más moderada de monofisismo, que aceptaba la naturaleza plenamente humana y divina del Hijo, estaba tan cercana a la ortodoxia que era prácticamente imposible condenarla; pero la controversia suscitada por Nestorio hizo que algunos teólogos exagerasen su defensa de la divinidad de Cristo para refutar una caricatura del nestorianismo que en realidad nadie profesaba. Otro problema de mayor complejidad fue que en el Concilio de Calcedonia la cuestión del monofisismo se mezcló con rivalidades jurisdiccionales entre los cinco patriarcados. Fuera cual fuese el motivo, ningún teólogo de la talla de Basilio o de los dos Gregorios apareció a tiempo para reconciliar a los bandos en litigio. Aunque en términos doctrinales la disputa monofisita fue de carácter menor, se convirtió en símbolo de una discordia casi irreconciliable entre el resto de la Iglesia y los patriarcados de Alejandría y Antioquía.

Durante este período los cristianos iniciaron su contribución a la narración histórica. En época de Constantino, el obispo Eusebio de Cesarea compiló una crónica de breves artículos procedentes de fuentes judías, cristianas y paganas que, aunque perdida actualmente en su forma original, sirvió a posteriores eruditos bizantinos como fuente y modelo. Eusebio es también autor de una popular historia de la Iglesia desde los tiempos de Cristo hasta sus días, que reunió un gran número de lectores y perdura en la actualidad con una continuación realizada por tres historiadores del siglo v.

Eusebio también inauguró el campo de la hagiografía cristiana con una vida del emperador Constantino, pero el modelo de dicho género fue la biografía realizada por Atanasio de Alejandría sobre la vida del ermitaño Antonio, un tratamiento más inspirado de un tema obviamente admirable. A pesar de que Eusebio y Atanasio sólo eran estilistas competentes, teólogos como Basilio de Cesarea y Gregorio Nacianceno estaban bien versados en retórica griega clásica y se les consideraba entre los mejores escritores de su tiempo. El patriarca de Constantinopla, Juan Crisóstomo, también un orador de formación clásica, fue el primero en hacer del sermón un género literario refinado y eficaz.

Puesto que durante siglos toda la literatura, la educación y la filosofía griegas habían sido paganas, una parte desproporcionada de la población culta continuó siendo pagana durante algún tiempo. La competencia con los cristianos sólo pudo haber estimulado a los autores paganos para escribir aún más y mejor que antes. Aunque en tiempos de

Diocleciano y Constantino los autores que escribieron literatura de gran distinción fueron escasos, posteriormente todo un círculo de cristianos y paganos empezó a escribir con sutileza y refinamiento, entre ellos el mismo emperador Juliano. La más importante historia latina del siglo iv fue obra de un pagano de lengua griega, Amiano Marcelino de Antioquía, que se estableció en Roma.

La mayoría de oradores laicos continuaron siendo paganos, incluso aquellos que alababan a los emperadores cristianos. El principal orador pagano, Libanio de Antioquía, fue maestro no sólo del pagano Juliano, sino también de los muy cristianos Basilio de Cesarea, Gregorio Nacianceno y Juan Crisóstomo. En el siglo v el filósofo Proclo dio forma definitiva al neoplatonismo, creando una compleja teología pagana con influencias cristianas que, a su vez, influiría en los teólogos cristianos. Aunque el cristianismo iba ganado adeptos entre la elite culta, lo hizo a un ritmo mucho más lento que en otros sectores de la población; mientras, los paganos participaron junto a los cristianos en la renovada vitalidad de la cultura griega.

El renacimiento de diferentes escuelas en varias ciudades de Oriente, que eran auténticas universidades del mundo griego, es buena prueba de dicha vitalidad. Las ciudades con tradición universitaria eran Atenas, donde Proclo dirigía una academia filosófica que afirmaba tener a Platón por fundador; Antioquía, donde Libanio enseñaba retórica, y Alejandría, conocida por sus escuelas de filosofía y medicina. Después de que el gobierno concediera en el año 425 treinta y un puestos docentes a Constantinopla, la capital se hizo un hueco entre las ciudades más antiguas como centro de alta educación. Las academias de la capital se concentraron en ofrecer a los aspirantes a funcionario los conocimientos prácticos y prestigiosos que se requerían para ascender en el escalafón burocrático. A diferencia de las instituciones más antiguas, en Constantinopla sólo uno de los profesores enseñaba filosofía; asimismo, como lenguas docentes se utilizaban por igual el latín, que seguía siendo la lengua del derecho, y el griego, la lengua que hablaba la mayoría de la población en la capital y sus alrededores.

Aunque el griego ganó progresiva importancia tanto en la administración como en la Iglesia, por primera vez los habitantes del Imperio de Oriente también empezaron a escribir en copto, siríaco y armenio. En general, la literatura que se escribía en estas lenguas eran traducciones de textos cristianos en griego, entre ellos la Biblia y la liturgia, lo que muestra la mayor penetración del helenismo y el cristianismo en las cul-

turas autóctonas de Egipto, Siria y Armenia, más que un intento de separatismo cultural. Algunos autores también escribieron obras originales en copto (como la regla monástica de Pacomio) y en siríaco, entre ellas elaborados himnos litúrgicos.

Que se escribiese en lenguas que antes apenas se habían aplicado a la literatura podría reflejar un aumento de la alfabetización en regiones donde el griego había sido una lengua prácticamente desconocida. A pesar de la modesta expansión helénica, si se pretendía que las gentes de Egipto, Siria y Armenia entendiesen lo que se decía en la iglesia, los sermones debían ofrecerse en sus lenguas autóctonas. Sin embargo, el griego continuó siendo el idioma de las principales ciudades, así como de sus obispos y clérigos. Los egipcios y los sirios que adoptaron el monofisismo simplemente aceptaron la opinión de los patriarcas de Alejandría y Antioquía, de habla griega: el monofisismo debía ser la doctrina de toda la Iglesia. Un siglo antes, nadie en las metrópolis griegas habría podido ejercer tal influencia en las zonas rurales de Egipto y Siria.

La expansión del gobierno romano, la cultura griega, el cristianismo y la prosperidad general también afectó al arte y a la arquitectura. A la creación de obras arquitectónicas y artísticas de lujo, que por ser costosas también son signo de prosperidad, siguió una clara evolución desde un nivel bajo, a finales del siglo III, a uno mucho más elevado a principios del siglo V. El palacio que Diocleciano construyó para su retiro es, básicamente, una enorme fortaleza. Constantino saqueó otras ciudades para decorar Constantinopla y construyó iglesias que no tardaron en desplomarse. Es muy posible que durante la rápida expansión del cristianismo que tuvo lugar en el siglo IV se edificasen numerosas iglesias, pero las que hoy sobreviven son escasas, probablemente por su deficiente construcción. El inicio de una arquitectura de lujo parece empezar en Constantinopla, y después en otras ciudades de Oriente, sólo a partir de Teodosio II. En la mayoría de las ciudades orientales, las primeras iglesias que destacan por sus dimensiones y elegancia datan de principios a mediados del siglo V.

La pintura, los tejidos y los objetos de artesanía siguieron un proceso similar de mejora y expansión, que probablemente se inició en la capital pero que pronto alcanzó a las provincias. El desarrollo de la arquitectura trajo consigo el de la ornamentación de iglesias y monumentos. En las artes figurativas se observa un avance evidente desde los crudos retratos de los tetrarcas a las refinadas representaciones de la dinastía teodosiana. En esta época sería anacrónico buscar tradiciones concretas dentro del

arte popular, ya que incluso los más modestos artesanos intentaban imitar a los maestros más aventajados. Aunque en todas las épocas se pueden encontrar artistas mediocres, la impresión general en este período es de un cierto avance en todos los campos. También parece que la calidad de los materiales utilizados por artistas y arquitectos mejoró sustancialmente.

El Imperio Bizantino del año 457 poseía cierta solidez. Aunque se defendió con dificultad de los godos y de los hunos, consiguió sobrevivir con sus ejércitos prácticamente intactos, hasta que los germanos se hicieron menos amenazadores y los hunos desaparecieron de escena. Su nueva cultura cristiana impresionó a la mayoría de los pueblos bárbaros; ayudó a convertir a muchos germanos al cristianismo arriano y a algunos súbditos persas de Mesopotamia al nestorianismo. Bizancio mantuvo una prosperidad y una cultura muy superiores a las de sus enemigos bárbaros, y parecía hallarse a las puertas de una importante expansión económica.

No obstante, Bizancio también se enfrentaba a graves problemas, entre ellos la amenaza de los bárbaros y persas en sus fronteras, la ineficacia y la corrupción internas y el dominio de generales bárbaros interesados en que tanto el emperador como el gobierno romano se mantuvieran débiles. La prosperidad bizantina tenía cierto fundamento, aunque apenas llegaba a zonas como Iliria; por otra parte, sus riquezas atraían invasiones y saqueos a manos de los enemigos de un Imperio que no las invertía para mejorar sus defensas. El Imperio Romano de Occidente también era más próspero y culto que los bárbaros que lo invadían y, sin embargo, estaba siendo invadido. Antes de que Bizancio pudiese disfrutar con tranquilidad de sus recién adquiridas prosperidad y cultura, era necesario que resolviera el problema germano, tanto en las fronteras como en el interior de su propio ejército.

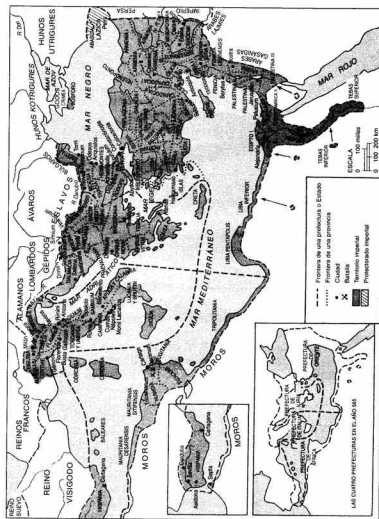
Capítulo 3

Reconquista y crisis (457-602)

LA SUPERVIVENCIA DE ORIENTE

El Senado de Oriente ofreció el trono a Aspar, lo que habría sido el mejor modo de asegurar su caída. Aspar rechazó la oferta y pasó la corona a su subordinado León. Al igual que Marciano, León tenía poco menos de sesenta años y ninguna relación hereditaria con el trono, ni poder de base, ni hijos que pudieran sucederle, ni tampoco una especial reputación. Para reafirmar su frágil legalidad, León se hizo coronar por el patriarca de Constantinopla en una ceremonia que sentó un buen precedente para futuros emperadores. León tenía capacidad y voluntad para ser algo más que un hombre de paja, pero su superior bárbaro era mucho más poderoso. Aspar estaba al mando de uno de los dos ejércitos *praesentales*, su hijo Ardaburo dirigía el ejército de Oriente y su aliado Teodorico Estrabón gobernaba a los ostrogodos en Tracia.

León mantuvo una actitud cautelosa frente a Aspar, aunque al mismo tiempo empezó a crear un contrapeso al poder del general reclutando soldados entre los isaurios, un pueblo belicoso originario de las montañas del sudeste de Anatolia. El emperador encontró un valioso aliado en Zenón, líder de los isaurios reclutados, quien pronto mostró gran talento



MAPA 2. El Imperio, aprox. en el 565.

para la intriga política. Zenón contribuyó a la destitución de Ardaburo al conseguir pruebas de que el hijo de Aspar estaba confabulado con los persas. León, agradecido, creó una nueva guardia imperial, los excubitores, que puso bajo el mando de Zenón. A continuación casó a Zenón con su hija Ariadna y lo hizo comandante del ejército de Tracia.

En el año 467 León envió una gran expedición de ayuda al Imperio Romano de Occidente, para que éste recuperase el noroeste de África, que se hallaba en poder de los vándalos. La victoria habría mejorado la reputación del emperador, además de restaurar al Imperio de Occidente como un aliado viable. Ante la insistencia de Aspar, León concedió a su cuñado Basilisco el mando de la expedición africana. Tras costosos preparativos, Basilisco se las arregló para que los vándalos le derrotasen; el ejército de Oriente sufrió graves pérdidas, el tesoro del Imperio acabó casi en bancarrota y el Imperio de Occidente quedó en ruinas. Muchos consideraron que Aspar y Basilisco habían hecho zozobrar la operación para debilitar al emperador, lo que aumentó el resentimiento de Aspar.

Cuando Ariadna, hija de León y esposa de Zenón, dio a luz a un hijo, al que dieron el nombre de su abuelo y se convirtió en su presunto heredero, Aspar se exasperó al comprobar su pérdida de poder. Un motín en el ejército de Tracia, probablemente instigado por el general alano, obligó a Zenón a abandonar su puesto. A continuación Aspar forzó el matrimonio de la hija menor de León con su hijo menor Patricio y el nombramiento de éste como César y heredero del Imperio. Este casamiento, sin embargo, indignó hasta tal punto a los habitantes de Constantinopla que no hizo más que empeorar la reputación de Aspar. Poco después el emperador concedió el mando del ejército de Oriente a Zenón. Finalmente, en el año 471 León consiguió que tanto Aspar como su primogénito Ardaburo fuesen asesinados.

El asesinato de Aspar enfureció a los ostrogodos del ejército imperial, que desertaron y se unieron al ostrogodo Teodorico Estrabón para saquear Tracia. Al mismo tiempo, los aliados ostrogodos del vecino Imperio de Occidente invadieron y saquearon la parte de Iliria que pertenecía a Oriente. Tras dos años de devastación de las provincias balcánicas por ambos grupos de ostrogodos, León hizo las paces. Concedió a los ostrogodos occidentales tierras en Iliria central y a los ostrogodos de Estrabón tierras en el centro de Tracia; asimismo, cedió a Estrabón el mando teórico de uno de los ejércitos *praesentales*. Sin embargo, el emperador nombró comandante del otro ejército *praesental* a Zenón; éste

conservó el control real de ambos ejércitos, pues los isaurios reemplazaron a gran parte de los soldados ostrogodos.

Mediante la conspiración y el asesinato, y tras varios reveses y la virtual cesión de parte de los Balcanes a los ostrogodos, finalmente León había logrado limpiar sus ejércitos de bárbaros desleales y se había convertido en gobernante indiscutible del Imperio de Oriente. Incluso pudo permitirse enviar algunas tropas en ayuda del nuevo emperador de Occidente, que pretendía afianzar su débil control en Italia. Poco después de conseguir tales logros, que serían de vital importancia para el futuro del Imperio, León falleció en el año 474. Nombró heredero a su nieto de siete años León II; su padre, Zenón, actuaría como regente. Pero el pequeño León murió ese mismo año y Zenón le sucedió en el trono.

A punto de cumplir cincuenta años, Zenón era un avezado conspirador, aunque se le despreciaba por combinar la tosquedad de los isaurios con una tortuosidad nada isauria. Era impopular en Constantinopla y hubiera sido preferible que continuase manejando el poder desde la sombra a hacerlo como emperador. Poco después de haber sido coronado, su suegra Verina, su hermano Basílico y el ostrogodo Teodorico Estrabón tramaron una conspiración para derrocarlo: Basílico ocupó su lugar en el trono y Zenón tuvo que huir a Anatolia con un grupo de isaurios leales a su causa. Aunque los conspiradores esperaban que fuese un buen gobernante, Basílico demostró ser insensato y obstinado. Ofendió a la mayoría de los habitantes de Constantinopla al favorecer el monofisismo y concedió el mando del ejército que debía enfrentarse a Zenón a un compañero de éste, el isaurio Illo.

Illo se unió a Zenón; con su ayuda, el emperador depuesto recuperó la capital un año después de haberla perdido. Ya que había prometido no ejecutar a Basílico, Zenón lo encerró y lo dejó morir por inanición. El emperador se reconcilió con su suegra Verina y la emperatriz pronto le dio otro hijo, pero expulsó al desleal Teodorico Estrabón de su mando teórico; le sustituyó Teodorico el Amalo, líder de los ostrogodos de Occidente. Zenón hizo que el Amalo desplazara a sus ostrogodos a una parte de Tracia próxima a la de los ostrogodos de Estrabón, con la esperanza de que ambos grupos se enfrentasen.

Mientras Zenón empezaba a recuperar un precario equilibrio en el Imperio de Oriente, en el año 476 el general bárbaro Odoacro depuso en Ravena al impotente emperador occidental, Rómulo. En lugar de colocar en el trono a otro hombre de paja, Odoacro declaró su lealtad a Zenón como emperador de Oriente y de Occidente, y solicitó que le

reconociera comandante de Italia. Zenón se negó porque había aceptado a otro emperador en la zona occidental de Iliria, aunque tampoco combatió a Odoacro puesto que tenía otras ocupaciones más urgentes. En los años siguientes, Teodorico el Amalo saqueó de nuevo los Balcanes y Teodorico Estrabón se le unió tras otro intento fallido de deponer a Zenón. Los saqueos continuaron durante el año 480, el mismo en que Odoacro se hizo con las tierras del último emperador occidental, Nepote. A partir de entonces, la única parte superviviente del imperio sería la de Oriente, o Imperio Bizantino.

Como único emperador, Zenón intentó solucionar la persistente disputa religiosa del monofisismo. Consciente de que muchos de los que rechazaban el Concilio de Calcedonia aceptaban de él que Cristo era plenamente humano, el emperador buscó el modo de unir a la inmensa mayoría de los cristianos que utilizaban un lenguaje diferente para expresar los mismos conceptos. En el año 482, con la aprobación del patriarca de Constantinopla Acacio, Zenón promulgó un edicto deliberadamente ambiguo, el *Henoticon* (Decreto de Unión). Sin confirmar ni repudiar el Concilio de Calcedonia, el *Henoticon* rechazaba, al igual que el concilio, la doctrina monofisita extrema que negaba la plena humanidad de Cristo. Esta fórmula obtuvo la tibia aceptación de la mayoría de los seguidores de ambos bandos, aunque no de todos.

Teodorico Estrabón falleció en un accidente de equitación. Teodorico el Amalo unió los ostrogodos de Estrabón a los suyos e inició una nueva campaña de saqueos. Zenón lo apaciguó nombrándolo de nuevo comandante *praesentalis* y otorgando a su gente nuevas tierras en el nordeste de Iliria y el noroeste de Tracia. Cuando el general de Zenón Illo proclamó emperador a un rebelde de Antioquía, Zenón lo derrotó con un ejército reforzado por sus recién recuperados aliados ostrogodos. Teodorico y sus ostrogodos continuaron saqueando Tracia poco después de haber contribuido a la derrota de Illo, aunque posteriormente aceptarían una tregua. El Papa condenó el *Henoticon* y excomulgó al patriarca Acacio. Esta ruptura con el papado, conocida como Cisma de Acacio, no supuso ninguna seria amenaza para Zenón.

El astuto emperador concibió el más inteligente de sus planes para enfrentar a sus enemigos entre sí. En el año 488 persuadió a Teodorico para que dirigiese a sus ostrogodos hacia Italia, y así castigar a Odoacro por haber provocado la caída del Imperio de Occidente. Teodorico logró conquistar Italia y fundar allí un reino ostrogodo, pero Zenón consiguió también su verdadero objetivo: asegurarse Tracia y el este de Ili-

ria tan pronto como los ostrogodos abandonaron el territorio bizantino. Zenón disfrutó de tres años de paz y seguridad antes de fallecer por enfermedad en el año 491.

Aunque tanto León I como Zenón se mantuvieron en el poder con grandes dificultades, a su muerte dejaron un Imperio mucho más fortalecido. Entre ambos redujeron el elemento bárbaro de sus ejércitos de campaña a una proporción aceptable, realizando sólo una moderada reducción en el número de soldados. Finalmente Zenón liberó al Imperio de los ostrogodos, lo que le aseguró el control de los Balcanes por primera vez desde hacía más de un siglo. A pesar de la derrota de León en su expedición africana y las numerosas incursiones ostrogodas, las arcas imperiales se mantuvieron solventes. Aunque sin la habilidad de ambos emperadores Bizancio quizás habría sucumbido a la dominación bárbara, o por bancarota y anarquía, su éxito también sugiere que se estaba produciendo una recuperación económica y demográfica. Ambos emperadores siempre consiguieron reclutar nuevas tropas y recaudar dinero para mantenerlas.

Puesto que el segundo hijo de Zenón había muerto poco después que su padre, Ariadna, la emperatriz viuda e hija de León I, decidió la sucesión mediante su matrimonio con el chambelán Anastasio, que se convirtió en emperador con el consentimiento del Senado. Anastasio tenía poco más de sesenta años y era un hombre muy culto, inteligente, buen administrador y, a diferencia de casi todos sus predecesores, procedía de una familia de habla griega. Aunque el nuevo emperador era un monofisita moderado, esta doctrina era compatible con el *Henoticon* de Zenón; asimismo, como condición previa a su coronación el patriarca le obligó a prometer que no repudiaría el Concilio de Calcedonia.

Anastasio se enfrentó a la oposición de los isaurios y de los partidos de los verdes y de los azules, patrocinadores de las carreras de cuádrigas y los espectáculos teatrales que se habían hecho populares tras la prohibición de otros deportes más cruentos. La mayoría de los isaurios del ejército preferían como emperador a Longino, hermano de Zenón, y se rebelaron. Anastasio envió un ejército que los obligó a retroceder a Isauria; después los deportó a Tracia. Los verdes y los azules, que no apreciaban a Zenón porque su rival Longino había colaborado con ellos, desplegaron una creciente tendencia a las rebeliones y al caos. Aunque Anastasio redujo a los rebeldes isaurios sin problemas, tuvo dificultades con los verdes y los azules a lo largo de todo su reinado.

Anastasio dio prioridad a ciertos problemas administrativos que habían permanecido largo tiempo olvidados y se interesó por la economía del Imperio, algo bastante atípico en los emperadores bizantinos. Siempre que fue posible, prefirió el metálico a la especie en los pagos y requisas gubernamentales; tal cambio facilitó el cálculo, ayudó a reducir las malversaciones y eliminó los gastos en tiempo y dinero que suponía transportar y almacenar los artículos por todo el Imperio. El emperador recaudó en metálico muchos de los impuestos que antes se recaudaban en especie y revocó un inconveniente impuesto sobre el comercio urbano que se recaudaba cada cinco años. Sustituyó la distribución de armas y uniformes a los soldados de campaña por generosas pagas en metálico, que les permitían adquirir suministros y conservar el dinero sobrante. Anastasio también sustituyó la inestable moneda de aleación de cobre por una moneda estable de cobre puro, el *folles*. Por primera vez desde principios del siglo III, tanto los *folles* como sus fracciones proporcionaron pequeñas unidades, convenientes tanto para el gobierno como para los ciudadanos. El programa de monetización de Anastasio no habría funcionado con tanta eficacia sin estas pequeñas monedas, que hicieron más flexible el sistema monetario.

Parece que el éxito de éstas y otras medidas dirigidas a evitar la corrupción oficial fue enorme. La administración recaudó más impuestos, mientras que con frecuencia los contribuyentes pagaban menos que antes. Las cargas que el Estado imponía a la economía disminuyeron, en tanto que el funcionamiento gubernamental siguió como antes o incluso mejoró, en particular el ejército. Aunque las tropas de guarnición continuaron siendo una fuerza inferior, las pagas más elevadas del ejército de campaña atrajeron una amplia gama de buenos reclutas, muchos de ellos nativos de Bizancio. El gobierno ya no dependía de bárbaros empobrecidos y descontentos ni de isaurios para mantener la fortaleza de su ejército.

En el año 502 los persas invadieron Siria por primera vez desde hacía sesenta años, mientras que los búlgaros, una federación de tribus próximas a los hunos, saquearon Tracia. Durante los reinados de León I o Zenón, tales ataques podrían haber tenido consecuencias desastrosas e incluso hubiesen logrado que Aspar o los ostrogodos se hiciesen con el poder en Constantinopla de forma permanente. En este caso, los persas saquearon varias ciudades fronterizas importantes, pero Anastasio reunió cincuenta y dos mil hombres, casi tantos como los que Juliano había conseguido para su expedición contra los persas cuando tenía el mando

de los ejércitos de Oriente y de Occidente. Al cabo de dos años, los bizantinos habían expulsado a los invasores y estaban realizando incursiones en territorio enemigo; un año después, el monarca persa accedió a firmar una tregua. Anastasio construyó una enorme base fortificada en la zona fronteriza de Dara, para contener futuros ataques persas.

Esos éxitos hicieron que el emperador se decidiese a promover más abiertamente el monofisismo. En el año 512 depuso al patriarca de Constantinopla, defensor del Concilio de Calcedonia, y lo reemplazó por un monofisita, lo que provocó revueltas populares en la capital. Un año después el general Vitalio, partidario del Concilio de Calcedonia, dirigió una rebelión en Tracia y derrotó a un ejército imperial. Cuando Vitalio se dirigía a las puertas de la capital, Anastasio lo nombró comandante del ejército de Tracia e inició negociaciones con el Papa para resolver el cisma de Acacio. No obstante, dos años después un ejército imperial derrotó a Vitalio y le obligó a huir al norte de Tracia. El anciano emperador ostentaba un poder indiscutible cuando falleció repentinamente en el año 518.

A pesar de las costosas campañas bélicas, las reducciones de los impuestos y los aumentos de la paga militar, Anastasio dejó en su tesoro una reserva de veintitrés millones de nomismata, cantidad que casi triplicaba el presupuesto anual del Imperio y superaba en más del triple las reservas del año 457. Dicha cantidad demuestra la eficacia de Anastasio para reducir la corrupción y el despilfarro, así como la extensión de ambos antes de su reinado. Sin embargo, una suma tan elevada también demuestra algo más: la creciente prosperidad de Bizancio. Al igual que León I y Zenón, Anastasio se enfrentó a rebeldes tenaces y a invasores poderosos, pero los derrotó con mucha más facilidad que sus predecesores. Durante el reinado de Anastasio, el Imperio parecía mucho más sólido de lo que nunca había sido durante su existencia como entidad independiente.

JUSTINIANO EL RECONQUISTADOR

Puesto que la esposa de Anastasio había muerto y el emperador no había nombrado heredero, sus cortesanos eligieron como emperador a Justino, jefe de la guardia de los excubitores. A punto de cumplir setenta años, Justino era una persona sin cultura, inactivo y poco dotado para el mando. Sin embargo, tenía un hijo adoptivo: su querido sobrino Jus-

tiniano, de treinta y seis años, con la suficiente formación y con capacidad y ambición más que sobradas para gobernar el Imperio. Ambos procedían de familias campesinas del norte de Iliria, el latín era su lengua materna y eran firmes seguidores del Concilio de Calcedonia. Aunque Justiniano consideraba Constantinopla como su hogar, nunca olvidó las provincias perdidas del Imperio de Occidente que compartían su lengua latina y la fe ratificada en Calcedonia; también decidió que se debía hacer un buen uso de las considerables reservas de oro y el eficaz ejército que Anastasio había legado. Aunque en un principio sólo era un consejero influyente, Justiniano pronto recibió el mando de uno de los ejércitos *praesentales*.

Justino y Justiniano respaldaron el Concilio de Calcedonia y negociaron una solución para el cisma de Acacio con el Papa y la Iglesia de Occidente. Se libraron del rebelde calcedonio Vitalio nombrándolo comandante de otro ejército *praesental*, y después lo hicieron asesinar. Consiguieron imponer la doctrina de Calcedonia a la jerarquía eclesiástica de todo el Imperio a excepción de Egipto; en esta provincia, el monofisismo estaba tan arraigado que se permitió a todos los obispos monofisitas permanecer en su cargo. El devoto emperador y su sobrino también iniciaron una guerra contra Persia al aceptar el protectorado del reino cristiano de Lazica, anterior vasallo de los persas.

A medida que Justino envejecía, Justiniano tomó progresivamente las riendas del Imperio. Seguidor de los azules, uno de los partidos que controlaba las carreras de cuádrigas y los espectáculos teatrales, Justiniano se enamoró de una de sus actrices, Teodora, conocida por su belleza y su talento a la hora de mostrarla. Aunque una ley prohibía que los senadores desparasen a antiguas actrices a causa de la obscenidad de sus representaciones, Justiniano consiguió que su tío dispensara a las que se arrepentían y se casó con Teodora. Fue una esposa fiel e importante colaboradora; compartía con Justiniano su procedencia humilde y una voluntad de hierro, aunque diferían en que Teodora era monofisita. Poco después del matrimonio, Justino nombró a Justiniano emperador asociado y murió en el año 527.

Al inicio de su reinado, la guerra contra Persia ocupó gran parte de la enorme energía de Justiniano. Creó un nuevo ejército de Armenia en la parte septentrional de la frontera, con lo que casi dobló la fuerza de su ejército de campaña. En el sector meridional, dio el mando del ejército de Oriente al general Belisario, que había demostrado su talento como subordinado de Justiniano en el ejército *praesental*. Dada la re-

ciente constitución del ejército de Armenia, la guerra continuó varios años sin que se consiguieran victorias decisivas. Sin embargo, Justiniano logró enviar una pequeña expedición terrestre y marítima para anexionarse Crimea, cuyo rey había sido asesinado después de convertirse al cristianismo. Aunque de escasas proporciones, la conquista de Crimea es significativa, ya que desde hacía mucho tiempo los emperadores sólo mostraban interés en conquistar territorios que el Imperio había perdido recientemente.

Justiniano designó una comisión para codificar las leyes del Imperio, que se habían compilado durante años sin ninguna ordenación apropiada. La compilación anterior, el *Código teodosiano* de Teodosio II, no se había diseñado para incluir todas las leyes válidas de cada tema, que era lo que pretendía el emperador en su *Código justiniano*. Además de recopilar antiguas leyes y rechazar las obsoletas, Justiniano promulgó otras muchas. Intentó reducir la corrupción burocrática, hizo que la pederastia se castigara con la castración y expulsó a los paganos de la enseñanza pública. Satisfecho de la labor legal que había realizado la comisión, nombró principal consejero de asuntos internos y prefecto de Oriente a su presidente, Juan el Capadocio.

Los ejércitos bizantinos de Tracia e Iliria repelieron las incursiones de los búlgaros y de sus vecinos occidentales los eslavos, pero la actuación de los ejércitos de Armenia y de Oriente contra Persia no fue tan satisfactoria, a pesar de que se ganara terreno en Armenia. En el año 530 los vándalos del noroeste de África depusieron a su monarca, que mantenía relaciones amistosas con Justiniano, y el emperador se dispuso a iniciar una expedición de castigo contra ellos. Éste era un proyecto mucho más ambicioso que la conquista de Crimea y mucho más agresivo que la expedición que León I había enviado contra los vándalos para ayudar al Imperio de Occidente, que por aquel entonces aún existía. Para poder dedicarse plenamente a la campaña de Occidente, Justiniano negoció una paz permanente con los persas. En el año 532, a cambio de una considerable suma en metálico, los persas aceptaron.

Cuando Justiniano se disponía a enviar a su general favorito, Belisario, contra los vándalos, los partidos de los azules y los verdes se unieron para rebelarse contra él. Aunque al principio sólo pretendían obtener el perdón para algunos de sus miembros acusados de ciertos crímenes, al advertir su poder los rebeldes se unieron a algunos senadores que pretendían derrocar a Justiniano y sustituirlo por un sobrino del emperador Anastasio. Al grito de *Nika* («¡Vence!»), que se utilizaba para ani-

mar a los aurigas, los verdes y los azules incendiaron y saquearon gran parte del centro de Constantinopla. Finalmente, Belisario puso fin a la revuelta masacrando a gran parte de los amotinados. Justiniano aprovechó la destrucción para reconstruir la capital a gran escala. Entre numerosos edificios espléndidos destaca la atrevida, original y gigantesca reconstrucción de la principal iglesia de la ciudad, Santa Sofía.

El alzamiento de los verdes y los azules, conocido como Revuelta Nika, no impidió que Justiniano intentara conquistar el reino vándalo. En el año 533 Belisario inició la travesía por mar hacia África, con un cuerpo expedicionario de unos dieciocho mil soldados. Su llegada cogió por sorpresa a los vándalos. Cuando Belisario se enfrentó al ejército vándalo cerca de la capital, Cartago, los obligó a retirarse y se dirigió hacia la ciudad. Los vándalos se reagruparon, pero Belisario los derrotó de nuevo en una segunda batalla. Tras el sitio de su último baluarte, el rey de los vándalos Gelimer se rindió con sus hombres. Sólo en un año Belisario había conquistado todo el reino vándalo, Cerdeña, Córcega y las islas Baleares incluidas, así como casi toda la costa mediterránea de África al oeste del Egipto bizantino.

Belisario había demostrado ser un general soberbio y el ejército bizantino había probado su superioridad ante las fuerzas más numerosas de los vándalos. La mayor parte de la población africana no apreciaba a los vándalos y recibieron con agrado la conquista bizantina. El noroeste de África era un importante productor de grano y un territorio relativamente fácil de defender, aunque en ocasiones sufría las incursiones de los moros del interior. Probablemente sólo las arcas de los vándalos ya cubrían la expedición de Justiniano; además, el emperador esperaba que las recaudaciones de sus nuevas provincias africanas cubriesen la nómina del nuevo ejército de África, así como un generoso excedente que podría enviar a Constantinopla.

El triunfo sobre los vándalos de África hizo que Justiniano se animase a emprender la más difícil tarea de arrebatar Italia a los ostrogodos. En el año 535 el asesinato de la reina ostrogoda le proporcionó una excusa plausible. Belisario capturó Sicilia con una pequeña tropa y el ejército de Iliria, tras un revés inicial, conquistó la zona occidental de Iliria, que se hallaba en manos de los ostrogodos, al año siguiente. Mientras tanto, Belisario desembarcó en el sur de Italia y se dirigió hacia el norte, conquistando primero Nápoles y después la misma Roma. Pero contaba con escasos hombres para continuar y los ostrogodos lo cercaron en Roma. Un motín del nuevo ejército de África, que las contribuciones

africanas no habían alcanzado a financiar, también demostró que Justiniano intentaba excederse en Occidente sin contar con los hombres suficientes y sin apenas gastos.

Consciente de su error, aunque con cierto retraso, el emperador envió refuerzos a Belisario en varias etapas; entonces el general avanzó hacia el norte hasta llegar a Milán. Los refuerzos que llegaron en el año 537 probablemente habrían logrado decidir la guerra si el general al mando de las tropas, el eunuco Narsés, no se hubiera negado a seguir las órdenes de Belisario. Las disputas entre ambos generales permitieron a los ostrogodos recuperar y saquear Milán. Justiniano retiró a Narsés y los bizantinos continuaron el avance. En el año 540 Bizancio ya había conquistado toda Italia al sur del río Po a excepción de la capital, Ravena, donde Belisario había cercado al rey ostrogodo Vitiges. Los ostrogodos solicitaron la paz.

Justiniano deseaba que Belisario regresara a Oriente porque los persas parecían dispuestos a romper el tratado de paz e invadir Siria. Por tanto, el emperador ofreció a los ostrogodos la posesión pacífica de los territorios italianos al norte del Po a cambio de Ravena y la mitad de su tesoro. Belisario, reacio a abandonar Italia sin haber completado su conquista, persuadió a los ostrogodos para que se le sometieran, fingiendo que pretendía gobernar con su apoyo como emperador independiente. Tomó posesión de Ravena, del rey y del tesoro ostrogodo y después embarcó hacia Oriente. A excepción de algunos ostrogodos consternados y unas pocas fortalezas en el lejano norte, Belisario había conquistado Italia.

Como Justiniano temía, los persas invadieron Siria durante la ausencia de Belisario. Tras cruzar la casi desprotegida frontera y arrasarlo rápidamente los territorios rurales, tomaron por sorpresa y saquearon la metrópoli de Antioquía. El rey de Lazica, cliente de Bizancio, transfirió su lealtad de los bizantinos a los persas. Cuando Belisario llegó a Siria, con muchos de sus soldados y algunos ostrogodos recién alistados, detuvo el avance persa y como represalia penetró en la zona de Mesopotamia que pertenecía a Persia. A la postre, la invasión persa había sido poco más que una incursión masiva.

Por consiguiente, los bizantinos habían logrado extensas conquistas en África, Iliria e Italia sin sufrir pérdidas en Oriente, a excepción de Lazica. Justiniano había promulgado una versión final de su *Código justiniano*, además de completar la construcción de Santa Sofía y de otros edificios soberbios. Incluso había impuesto la ortodoxia en la Iglesia de

Egipto, reteniendo a sus obispos monofisitas en Constantinopla y evitando que consagrasen nuevos obispos. Juan el Capadocio había reducido el tamaño y mejorado la eficacia de la burocracia; acabó con la venta de puestos gubernativos y abolió la totalidad del entramado burocrático de las diócesis antes de caer en desgracia por un enfrentamiento con Teodora y ser despedido en el año 540.

Tales logros parecen confirmar que Bizancio continuaba aumentando en prosperidad y poder. Justiniano era más ambicioso que sus predecesores, pero también tenía mayor libertad de actuación y mejores instrumentos de los que servirle. Gastaba con liberalidad, aunque no derrochaba, gracias a las reservas que había dejado Anastasio y los importantes tesoros capturados a los vándalos y a los ostrogodos. Tanto África como Italia eran valiosas conquistas, aunque Italia no disfrutase de la prosperidad y las buenas defensas de África. En cualquier caso, Justiniano tomó la posición razonable de seguir interesado en Occidente aunque su emperador hubiese desaparecido. Sin descuidar las tierras y los súbditos que ya gobernaba, Justiniano había dado un uso apropiado a sus recursos en Occidente, antes de dirigirlos de nuevo a Oriente cuando los persas no acataron el tratado de paz.

JUSTINIANO Y LA PESTE

Una vez concluido el asunto persa, es muy posible que Justiniano hubiera continuado sus conquistas en la Hispania visigoda, o en otras zonas de Occidente, si un desastre imprevisible no hubiese azotado el Imperio en el año 541. La peste bubónica, desconocida en tierras mediterráneas, llegó a Egipto, supuestamente procedente de Etiopía. Transmitida por pulgas o por ratas, la enfermedad solía seguir las rutas de transporte de grano, del que las ratas se alimentaban. El contagio se extendió de las embarcaciones a las zonas rurales, el ejército y sobre todo las ciudades, aunque las tierras más secas y con escasez de alimentos y ratas, como el interior de Siria y las zonas de Egipto apartadas del Nilo, no sufrieron sus consecuencias. A principios del año 542 la peste había atacado la mayoría de ciudades orientales, así como los ejércitos persa y bizantino que se hallaban en la frontera.

La mortandad fue asombrosa. Unas tres cuartas partes de los que sufrieron la enfermedad fallecieron. Un historiador calculó que Constantinopla superó la cifra de doscientos treinta mil muertos, probable-

mente más de la mitad de la población de la ciudad. Otro historiador, que por aquel entonces se encontraba en la capital, calculó que el número de fallecidos era similar al de supervivientes, incluidos aquellos que habían sufrido la enfermedad y se habían recuperado. Puesto que la peste afectó en menor medida a las zonas rurales, la pérdida global de población se aproximaría a una cuarta parte, una proporción similar a la mortandad que en el siglo XIII causaría la misma enfermedad.

Justiniano también enfermó, por lo que Teodora asumió el control del gobierno y presumiblemente de la sucesión. Cuando la noticia llegó al ejército de Oriente, sus oficiales consideraron proclamar emperador a Belisario si Justiniano fallecía; al conocer tales planes, Teodora depuso al gran general. Como monofisita, también permitió que los depuestos obispos monofisitas consagraran más obispos desde su encierro en Constantinopla. Uno de los nuevos consagrados, Jacobo Baradeo, viajó por todo Oriente, ordenó a numerosos sacerdotes y fundó congregaciones monofisitas independientes, que se conocerían como Iglesia jacobita.

Cuando el emperador recuperó la salud, a finales del año 542, descubrió que todo aquello por lo que había trabajado se tambaleaba. Los monofisitas tenían más poder que nunca. La peste había reducido los ingresos estatales tan drásticamente como la población, precisamente cuando los gastos militares y aquellos derivados de la construcción de edificios habían aumentado. Los ostrogodos habían sufrido en menor grado las consecuencias de la peste, gracias a su posición en tierras del interior y a su organización más primitiva. Dirigidos por su nuevo rey Totila, empezaban a recuperar Italia de las mal dirigidas tropas bizantinas. Los moros que rodeaban las nuevas provincias bizantinas en África disfrutaban de ventajas similares y pronto iniciaron nuevas incursiones. Aunque los persas también sufrían las consecuencias de la peste, tenían menos enemigos que los bizantinos. La interferencia de Teodora hacía que Justiniano se enfrentara a la crisis militar y financiera sin contar con Juan el Capadocio ni con Belisario, sus mejores administrador y general, respectivamente.

El emperador encontró un sustituto aceptable para Juan: el *comes sacrarum largitionum* Pedro Barsymes, que se convirtió en prefecto de Oriente. Para hacer frente a la pérdida de ingresos estatales causada por la peste, Pedro reanudó la venta de puestos gubernamentales y recaudó grandes sumas de senadores adinerados mediante confiscaciones y préstamos obligatorios. Pospuso, y finalmente canceló, la insignificante paga de las poco importantes tropas de guarnición; también retrasó cuanto

pudo el pago de los sueldos, mucho más considerables, de los ejércitos de campaña. Como es lógico, el ejército de guarnición se debilitó aún más y las tropas de campaña se amotinaron, e incluso se produjeron desertiones en el bando ostrogodo en Italia y en el de los moros en África. La peste dejó de ser activa en el año 544, pero la hambruna subsiguiente se cobró nuevas vidas.

Ya que Jacobo Baradeo había frustrado los intentos de suprimir el monofisismo, Justiniano quiso conciliar a la mayoría moderada de los monofisitas, cuyos principios eran muy cercanos a los de la ortodoxia. Su argumento de más peso contra el Concilio de Calcedonia era que su doctrina estaba imbuida de nestorianismo; asimismo, los monofisitas moderados consideraban que el concilio no había logrado condenar a tres obispos que simpatizaban con Nestorio. Para contrarrestar tales argumentos, Justiniano condenó de forma explícita, en un documento conocido como Edicto de los Tres Capítulos, las doctrinas favorables al nestorianismo de los tres obispos. Los patriarcas de Oriente favorables al concilio aceptaron el documento con muchas reservas, pero el Papa consideró que las condenas póstumas eran excesivas y lo rechazó. Jacobo Baradeo continuó su misión.

Puesto que los ostrogodos de Totila seguían avanzando, Justiniano hizo que Belisario regresara a Italia. Sin contar con suficientes hombres ni dinero, ni tampoco con la plena confianza del emperador, el victorioso general apenas podía sostener la suya. Perdió Roma ante Totila y la recuperó de nuevo, pero los ostrogodos siguieron conservando el resto de Italia a excepción de Ravena. Los moros invadieron gran parte de África, cuyas tropas bizantinas no sólo se amotinaron, sino que se rebelaron en toda regla. Los búlgaros y los eslavos realizaron repetidas incursiones en Iliria.

Finalmente, los persas aceptaron una tregua con la única exclusión de Lazica, que seguía en su poder. Poco después el rey de Lazica pidió a Justiniano que restaurase el protectorado bizantino y expulsó a los persas de gran parte de su reino. En África, el comandante bizantino infligió una decisiva derrota a los moros y restauró el orden. El estado de emergencia ya se había superado en el año 548, cuando murió la emperatriz Teodora. Aunque siempre parecieron estar muy unidos, Teodora había frustrado en cierto modo los planes de Justiniano, quien ahora los acometió de nuevo con energía renovada.

El emperador ordenó el regreso de Belisario e inició los preparativos para una nueva expedición a Italia, a cargo de su primo Germano.



FIGURA 4. Mosaico de Justiniano (emperador entre los años 527 y 565) y su corte procedente de la iglesia de San Vitale, Ravena. Es probable que el hombre con barba a la derecha de Justiniano sea el gran general Belisario, que reconquistó el noroeste de África a los vándalos y la mayor parte de Italia a los ostrogodos. Posiblemente el mosaico original data de los años 544-545, cuando se conmemoró el compromiso entre la hija de Belisario y el nieto de la emperatriz Teodora (quizás el joven que se encuentra a la derecha de Belisario). El mosaico fue modificado en torno al año 548, para sustituir a Víctor por su sucesor, el arzobispo Maximiano de Ravena (indicado como «Maximianus»). (Fotografía: Irina Andreescu-Treadgold.)

Sin embargo, varios impedimentos retrasaron la campaña hasta el 550, año en que murió Germano. El año siguiente, el emperador se preparó para enviar un ejército aún mayor a Italia bajo el mando de Narsés, quien había compartido jefatura con Belisario doce años antes. Justiniano había recuperado la confianza en sus planes para reconquistar Occidente. Cuando rebeldes del reino visigodo de Hispania pidieron ayuda a Bizancio, el emperador consintió enviar una pequeña tropa a la península Ibérica, además de seguir con sus planes de Italia.

En el año 552 Narsés cruzó Iliria y penetró en el norte de Italia con unos veinte mil hombres. Se enfrentó a Totila en una batalla entre Ravena y Roma y logró una aplastante victoria en la que Totila resultó fatalmente herido. Narsés reocupó Roma, que había caído de nuevo en poder de los ostrogodos, y consiguió rodear al grueso del ejército ostrogodo

restante en los alrededores de Nápoles. Allí acabó con casi todos los hombres y con el rey que había sucedido a Totila. Ambas derrotas redujeron a los ostrogodos a unas pequeñas tropas de guarnición y varios grupos nómadas, sin un monarca y claramente inferiores en fuerza al ejército de Narsés. Mientras tanto, otras fuerzas bizantinas desembarcaron en Hispania y derrotaron al rey visigodo. Se establecieron en el sudeste de la Península, que pronto convirtieron en una provincia bizantina.

Jacobo Baradeo seguía consagrando sacerdotes e incluso obispos monofisitas para su Iglesia jacobita. El emperador decidió que había llegado el momento de conseguir la plena aceptación de su Edicto de los Tres Capítulos y convocó un concilio ecuménico en Constantinopla, en el año 553. En este Segundo Concilio de Constantinopla, la abrumadora mayoría de los obispos de Oriente aprobó el edicto imperial. La Iglesia de Occidente, que se había resistido a aceptar el edicto, mostró su disgusto ante el concilio por considerarlo una respuesta desproporcionada a un asunto de escasa importancia. El Papa, retenido por Justiniano en Constantinopla, aceptó el edicto tras una larga resistencia. Sin embargo, parece que el Concilio no logró frenar la expansión de la Iglesia jacobita.

Los bizantinos completaban la conquista de Italia, extendían sus adquisiciones en Hispania y mantenían Lazica frente a los persas cuando una nueva epidemia de peste bubónica azotó sus territorios en el año 558. Este brote, menos grave que el de los años 541 a 544, probablemente anuló los efectos de la recuperación demográfica y provocó una nueva caída de los ingresos fiscales cuando los gastos estatales seguían siendo elevados. Justiniano nombró de nuevo a Pedro Barsymes prefecto de Oriente y permitió que utilizara alguno de sus brutales e impopulares métodos anteriores para mantener el equilibrio presupuestario.

Mientras los efectos de la peste se extendían, los avances bizantinos en Italia y en España se estancaban. Al igual que con la primera epidemia, la peste afectó en menor medida a los pueblos nómadas que a los sedentarios bizantinos y contribuyó a que los búlgaros, eslavos y los hunos conocidos como kotrigures se internaran en los Balcanes. Los kotrigures derrotaron a un ejército bizantino y avanzaron hacia Constantinopla, que en aquellos momentos contaba con escasas defensas. Justiniano hizo llamar al retirado general Belisario, que les rechazó. El emperador se hizo entonces con el mando del ejército para compartir parte del mérito por la victoria, aunque en realidad sobornó a los hunos para que se retiraran. Se comprometió a pagar un tributo anual a un pueblo huno más numeroso y fuerte, los ávaros, para que no invadiesen el Imperio.

En el año 561 el rey persa aceptó finalmente firmar un tratado de paz de cincuenta años, en el que se reconocía el protectorado bizantino sobre todo el reino de Lazica y la cesión de algunos puestos fronterizos a cambio de un pequeño tributo anual. De este modo, Justiniano recuperaba todos los territorios arrebatados por los persas. El mismo año Narsés completó la pacificación de Italia, cuando los últimos ostrogodos cruzaron los Alpes. Tras una reconquista lenta, aunque continuada y completa, Narsés administró la provincia con el título de patricio y también obtuvo el mando del nuevo ejército de Italia. No obstante, la prolongada contienda con los ostrogodos había causado graves daños, sobre todo a Roma, que había cambiado de dueño en cinco ocasiones.

Con su imperio y sus conquistas por fin aseguradas, el anciano Justiniano intentó de nuevo reconciliar a los monofisitas. En esta ocasión esperaba, con escaso realismo por su parte, ganarse a los monofisitas extremos, quienes creían que la naturaleza plenamente divina de Cristo le impedía pecar o sufrir dolor. En el año 565 el emperador promulgó un edicto que adoptaba esta creencia y el aparentemente incompatible Concilio de Calcedonia, que había afirmado la plena humanidad de Cristo. La explicación obvia para el excéntrico comportamiento de Justiniano es que, a los ochenta y tres años, su mente ya no estaba a la altura de sus ambiciones. La mayor parte de su jerarquía eclesiástica se las arregló para retrasar pronunciarse al respecto, hasta que el emperador falleció a finales de ese mismo año.

Justiniano tenía su labor en alta estima, algo que podría considerarse plenamente justificado. Sus edificios y su código legal le han proporcionado una fama bien merecida hasta nuestros días. Las conquistas en Italia, África, Iliria, Hispania y Crimea fueron extensas. A excepción de Crimea, el resto era, en un sentido estricto, territorio reconquistado; las otras provincias habían formado parte del Imperio Romano de Occidente, del que Bizancio era la contrapartida oriental y el heredero institucional. No obstante, tales territorios se habían perdido antes del nacimiento de Justiniano: el hecho de que los reclamara fue un acto tan clarividente como audaz. Aunque sus propios consejeros dudaban del éxito de la expedición africana, el emperador consideró, con acierto, que los reinos vándalo, ostrogodo y visigodo eran más débiles que el Imperio Bizantino y podían ser vencidos a un precio razonable. Justiniano también supo ver que África, Italia e Hispania eran bazas de gran importancia para el Imperio.

No obstante, muchos de los planes de Justiniano fracasaron. Tras la interrupción de Teodora, sus prolongados esfuerzos para hacer que los monofisitas regresaran a la ortodoxia fueron vanos. Abandonó su campaña en contra de la corrupción burocrática cuando tuvo que reanudar la venta de cargos gubernamentales, una medida temporal obligada por la urgencia de la presión fiscal. Puesto que su código legal estaba escrito en latín, la mayoría de los juristas orientales sólo podían usarlo, si lo hacían, con dificultad. A finales de su reinado, aunque Bizancio era mucho más extenso de lo que había sido tras la muerte de Anastasio, la prosperidad y el poder del Imperio se tambaleaban.

Algunos cálculos someros del presupuesto estatal muestran lo que había sucedido. Alrededor del año 540, cuando Justiniano ya poseía la mayor parte de los territorios que había pretendido conquistar, parece que su programa de edificación, unido a los gastos militares, elevaron su presupuesto a unos 11,3 millones de nomismata, lo que superaba en casi un tercio el presupuesto de la época de Anastasio. En el año 565, cuando Justiniano apenas había aumentado sus conquistas pero había cancelado la paga de sus tropas fronterizas y finalizado la mayoría de sus edificios, el presupuesto parece que se redujo a unos 8,5 millones de nomismata, una cuarta parte inferior al del año 540 y casi el mismo que se calcula para la época de Anastasio. Un cuarto de la riqueza del Imperio parecía haberse esfumado.

La explicación evidente del declive presupuestario es la misma que para la mayor parte de los fracasos de Justiniano: los efectos de la peste del año 541. Esos efectos se distinguían hasta tal punto, tanto en magnitud como en extensión, de otros acontecimientos históricos que inevitablemente fueron infravalorados por gran parte de los historiadores bizantinos, así como por muchos historiadores modernos. Ni siquiera la reaparición de la peste en el siglo XIII provocó estragos de proporciones similares, puesto que produjo menos recurrencias y redujo una población más densa. Si el primer brote hubiese acabado con Justiniano, como casi sucedió, quizá se hubiese producido un hundimiento fiscal y militar que Justiniano logró contener. Si la peste no hubiera existido, las conquistas de Justiniano habrían fortalecido en gran medida al Imperio Bizantino.

La peste modificó profundamente el Imperio e incrementó sus dificultades. Incapaces de economizar sus gastos militares, los bizantinos se encontraron, una vez más, sujetos a la carga de su aparato estatal. Las ciudades se hundieron; los ayuntamientos, que sufrían desde antaño las res-

ponsabilidades de recaudar los impuestos, fueron totalmente incapaces de desempeñar esas funciones después de la peste. El declive de las ciudades afectó a la educación, la literatura y el arte, cuya oferta y demanda dependía en gran medida de los habitantes de las ciudades. Respecto a la educación, es muy probable que la peste tuviese mayores consecuencias que el veto imperial a que los paganos practicasen la docencia, que al parecer no se hizo efectivo.

A pesar de tantas tribulaciones, Bizancio conservó un poder muy superior al de sus vecinos. Tras las conquistas de Justiniano, el Imperio doblaba en población y en recursos a Persia, su único rival de importancia, que también sufrió en gran medida los efectos de la peste. La conversión mayoritaria de los bizantinos al cristianismo compensó su división respecto al monofisismo. Puesto que la economía del Imperio era predominantemente rural, la leve decadencia de sus ciudades no tuvo repercusiones importantes. La burocracia y el ejército bizantinos seguían funcionando y el ejército de campaña, formado por ciento cincuenta mil hombres, superaba en la mitad el tamaño que tenía en tiempos de Anastasio. Aunque el Imperio no era más fuerte que antes de Justiniano, tampoco se había debilitado en exceso.

LOS SUCESESORES DE JUSTINIANO

Según el chambelán que atendió al moribundo Justiniano, el anciano emperador había nombrado heredero a su sobrino Justino, casado con Sofía, sobrina de Teodora. Esta historia bastó para asegurar los derechos de Justino, que era el sucesor más obvio y, además, se había labrado amistades influyentes durante su prolongado servicio como supervisor de palacio. No obstante, tal vez porque dudaba de su capacidad, su tío nunca le había encomendado tareas de importancia. Cuando accedió al trono, Justino II tendría unos cuarenta y cinco años y deseaba desprenderse de la sombra de su tío, ya que rápidamente anuló algunas de las medidas más impopulares de Justiniano: tuvo la prudencia de abandonar el reciente edicto sobre el monofisismo, la sensatez de devolver los préstamos obligatorios a los senadores y cometió el error de suspender los pagos a los ávaros.

Los ávaros no atacaron Bizancio de inmediato, pues estaban muy ocupados expandiéndose hacia Occidente. Los lombardos, una tribu germánica que habitaba el noroeste de Iliria, fueron desplazados por los

ávaros y en el año 568 emigraron a Italia, donde Justino, sin ningún motivo aparente, había retirado a Narsés de su cargo. Sin Narsés, el ejército bizantino de Italia se demostró incapaz de frenar el avance de los lombardos, que conquistaron la región septentrional que desde entonces se ha denominado Lombardía. Mientras tanto, los visigodos invadieron la Hispania bizantina y los moros atacaron los territorios bizantinos en África. Justino, obsesionado por ahorrar dinero, apenas hizo nada para defender las posesiones occidentales que con tanto esfuerzo había conquistado Justiniano.

Justino estaba más interesado en Oriente, donde vislumbró la oportunidad de reconciliarse con los monofisitas moderados. Algunos monofisitas extremos habían empezado a insistir en que si Cristo, como una persona, tenía una naturaleza, la Trinidad, formada por tres personas, tenía por tanto tres naturalezas. Los monofisitas moderados denunciaron esta doctrina como triteísmo, o fe en tres dioses. Para refutarlo, sin embargo, debían aceptar el argumento del Concilio de Calcedonia de que «persona» difería de «naturaleza», por lo que Cristo podía tener dos naturalezas y una persona a la vez. Tras varias conferencias organizadas por Justino, los obispos monofisitas moderados, dirigidos por el mismo Jacobo Baradeo, reconocieron que los seguidores del Concilio de Calcedonia eran ortodoxos y en el año 571 aceptaron un edicto de unión. No obstante, casi de inmediato sus obispos y sus fieles enfurecidos les obligaron a retractarse. Indignado por su repudio de la unión, el emperador declaró el monofisismo fuera de la ley, lo que no hizo más que empeorar el cisma.

En lugar de defender Italia de los lombardos, África de los moros y Hispania de los visigodos, donde unos pocos refuerzos habrían supuesto una diferencia crucial, los intereses orientales del emperador le llevaron a romper la paz con Persia que Justiniano habían cultivado con tanto esmero. Justino alentó una revuelta armenia contra los persas, retiró su tributo anual, se negó a negociar e invadió su territorio. Los persas se desquitaban en el año 573 con el sitio y la captura de Dara, que desde tiempos de Anastasio era el pilar de la frontera bizantina. Para Justino, la caída de Dara fue una prueba dolorosa del error cometido al atacar a los persas, hasta el punto de hacerle perder la razón e intentar suicidarse. Su esposa Sofía encomendó el gobierno del Imperio a Tiberio, amigo de Justino y jefe de la guardia de los excubitores.

Tiberio, a quien el emperador demente pronto nombró César, se convirtió en un eficaz gobernante del Imperio cuando se encontraba a me-

diados de la treintena. De orígenes ilirios, como la familia de Justiniano, Tiberio era un militar de cierto talento y con más sentido común que Justino II. Sin embargo, consideraba que recuperar Dara era una cuestión de honor, aunque supusiera iniciar una guerra costosa y arriesgada. Utilizó algunos de los ahorros de Justino para comprar cuatro años de tregua con los persas, pero éstos se negaron a hacerla extensible a Armenia, donde la guerra seguía sin resolverse. Durante dicha tregua, Tiberio no sólo transfirió numerosas tropas de los ejércitos de Iliria y Tracia a la frontera con Persia, sino que incrementó de modo permanente el ejército de Oriente con quince mil nuevos reclutas. Estas medidas complicaron el presupuesto estatal y pusieron en peligro la frontera del Danubio, pero Tiberio esperaba que le asegurarían una rápida victoria contra Persia. Cuando la tregua finalizó en el año 578, el general de Tiberio, Mauricio, logró algunas victorias significativas. El demente Justino falleció ese mismo año y su César le sucedió como Tiberio II.

Tiberio ofreció intercambiar el territorio que Mauricio había arrebatado a los persas en Armenia por Dara, pero los persas rechazaron el acuerdo. Aunque con la ayuda de Tiberio Bizancio había mejorado ligeramente sus posiciones en Italia y en Hispania, además de haber logrado importantes avances en África, los ávaros empezaban a amenazar la mal defendida frontera de los Balcanes; asimismo, tribus eslavas habían cruzado el Danubio y se habían internado hacia el sur hasta llegar a Grecia. Mauricio consiguió varias victorias e incluso se aproximó a Ctesifonte, pero los persas no cedieron. El general interrumpió su campaña en el año 582, cuando Tiberio, que se hallaba enfermo, le convocó en la capital. Antes de morir, el emperador casó a Tiberio con su hija y le nombró su heredero.

Mauricio parecía ser el emperador que Bizancio necesitaba. Originario de Anatolia central, de cuarenta y tres años, con buena formación y un excelente historial militar, el nuevo emperador era inteligente, honrado y decidido hasta la obstinación. Como bien sabía, se enfrentaba a problemas complejos y de carácter urgente. La guerra contra Persia no estaba decidida y reducir el ejército en Oriente la prolongaría aún más. Sin embargo, se necesitaba desesperadamente al grueso del ejército para combatir a los ávaros y a los eslavos en los Balcanes, por no mencionar a los lombardos en Italia. Los gastos militares y fiscales de Tiberio habían dejado el tesoro bajo mínimos, por lo que Mauricio empezó a retrasar los pagos al ejército de Oriente. La delicada situación militar y fiscal no tenía una fácil solución.

Evidentemente, Mauricio deseaba una victoria rápida en Oriente. Durante dos años envió grandes ejércitos al territorio persa, pero no obtuvo avances decisivos. Entonces el emperador transfirió algunas tropas a los Balcanes, donde los ávaros y los eslavos causaban demasiados problemas como para seguir haciendo caso omiso de ellos. A pesar del traslado, los bizantinos continuaron venciendo a los persas y realizando incursiones en su territorio, pero no consiguieron forzar un acuerdo de paz. Los soldados que habían llegado a los Balcanes apenas podían contener a los ávaros, que ocupaban casi toda la frontera del Danubio, ni a los eslavos, que ocupaban gran parte del interior.

Puesto que los gastos de ambas guerras se multiplicaban, como medida de ahorro Tiberio declaró que el gobierno suministraría armas a los soldados en lugar de los generosos suplementos para armas instaurados desde la época de Anastasio. Indignados por este recorte de sus ingresos reales, los ejércitos orientales se amotinaron. Destituyeron a su comandante Prisco, eligieron un nuevo comandante y saquearon las tierras de Siria. Los persas, encantados, cruzaron la frontera y se dispusieron a atacar. Sin embargo, el comandante elegido por las tropas amotinadas resultó ser leal y responsable: restauró el orden, derrotó a los persas y los expulsó de territorio bizantino. El motín terminó cuando Mauricio instauró de nuevo las pagas a los soldados, aunque los persas habían aprovechado la confusión reinante para capturar la ciudad fronteriza de Martirópolis, que los bizantinos no lograron recuperar. Mientras, los ávaros avanzaron y asaltaron Tracia.

Bizancio sufría las dificultades de la guerra, pero en Persia la presión de ésta era aún mayor. En el año 590, tras dieciocho años de guerra, la exasperación de algunos persas acabó por estallar en dos revoluciones independientes. La primera derrocó al monarca y lo reemplazó por su hijo Cosroes II. La segunda expulsó a Cosroes para sustituirlo por un general rebelde. Al escapar a Bizancio con algunos fieles seguidores, Cosroes declaró que cedería a Bizancio Martirópolis y Dara, así como los protectorados persas sobre Iberia y gran parte de Armenia, a cambio de ayuda para recuperar el trono persa. Su rival usurpador ofreció a Mauricio Martirópolis, Dara y la ciudad fronteriza de Nisibis, que Bizancio había perdido mucho tiempo atrás, simplemente a cambio de su no interferencia.

Si se considera lo que sucedió a continuación, hubiera sido preferible que Mauricio eligiese al usurpador: ofrecía una paz favorable sin coste alguno y un gobierno persa inestable e ilegítimo. Mauricio, sin embargo,

apoyó a Cosroes. Posiblemente el emperador bizantino creyó, con cierta razón, que Armenia e Iberia eran más valiosas que Nisibis y, también, que una paz estable y amistosa con Persia tenía más posibilidades de mantener la concordia. Envío un gran ejército al mando de su general Narsés con Cosroes, quien se ganó el apoyo popular a lo largo del avance. Los aliados tomaron Martirópolis y Dara para Bizancio, restituyeron a Cosroes en la capital persa de Ctesifonte y derrotaron al ejército del usurpador antes de que finalizase el año 591. Cosroes cedió Armenia e Iberia, tal como había prometido.

Mauricio había concluido triunfalmente la guerra con Persia: no sólo obtenía para Bizancio la frontera oriental más favorable desde tiempos de Juliano, sino también una paz en apariencia fiable con los persas. Su prestigio era tan considerable que consiguió convencer a la Iglesia de Iberia, así como a gran parte de la de Armenia, para que pasaran del monofisismo al calcedonismo. Entonces el emperador trasladó gran parte de las tropas de Oriente a los Balcanes, para iniciar la laboriosa tarea de expulsar a los eslavos del territorio bizantino y restaurar la frontera del Danubio.

Para acelerar el proceso, Mauricio decidió atacar a los eslavos en su propio territorio al norte del Danubio, donde el ejército bizantino los había vencido en dos ocasiones. Para reducir los gastos de la expedición, en el año 593 ordenó al ejército que invernará al norte del Danubio, viviendo de los territorios circundantes. La perspectiva era tan desagradable que los soldados estuvieron a punto de amotinarse; Prisco, el comandante destituido cinco años antes en el motín de Oriente, aceptó conducirlos a Tracia, un lugar más seguro y agradable para pasar el invierno. Los eslavos prosiguieron el ataque contra el norte de Iliria y el emperador, irritado, destituyó a Prisco.

El año siguiente, Mauricio continuaba con sus economías y declaró la cancelación de los pagos suplementarios no sólo para armas, sino también para uniformes, que a partir de entonces se proveerían en especie. Para compensar a los soldados por la pérdida de ingresos, garantizó que los hijos de los caídos en combate podrían ocupar el puesto de sus padres y que los incapacitados por heridas de guerra continuarían recibiendo su paga de racionamiento como pensión. Los hombres seguían amenazando con amotinarse. Su nuevo comandante tuvo que abonar los antiguos suplementos y confirmar las costosas disposiciones que se habían acordado para suplirlos.

A pesar de ser costosos y de su descontento, los soldados lucharon admirablemente. Prisco derrotó a los eslavos y a los ávaros y aseguró la

mayor parte de Iliria y Tracia. Sin embargo, mientras obligaba a los eslavos a retirarse, los ávaros contraatacaron: en el año 597 arrasaron el norte de Iliria y de Tracia, y amenazaron a Constantinopla. Sólo se retiraron al cabo de un año, afectados por el nuevo brote de peste que azotaba al Imperio. Prisco contraatacó un año después; invadió el territorio ávaro del norte de Iliria y les infligió repetidas derrotas. Mauricio podía dar por ganada su guerra de los Balcanes, aunque los gastos militares y la peste habían dejado exhausto al Imperio.

En el año 602 el emperador volvió a ordenar a las tropas de los Balcanes que pasaran el invierno al norte del Danubio. Los soldados tal vez hubiesen obedecido si las condiciones climáticas no hubiesen empeorado considerablemente; tal vez su comandante, un hermano de Mauricio llamado Pedro, podría haber sofocado el motín rescindiendo la orden. Pero no lo hizo, pues sabía que tales concesiones a los soldados siempre implicaban la destitución. Entonces sus desesperados hombres se rebelaron abiertamente, eligieron a un oficial llamado Focas como comandante y se dirigieron a Constantinopla.

Mauricio apenas contaba con tropas para defender la capital y también descubrió que sus recortes económicos le habían granjeado la impopularidad entre los habitantes de Constantinopla. Los rebeldes ofrecieron el trono al primogénito de Mauricio, Teodosio, que rechazó la oferta; a continuación propusieron al suegro de Teodosio, Germano, que tampoco se decidió. Mientras Mauricio y su familia escapaban de la capital, los rebeldes proclamaron emperador a su líder, Focas. Éste capturó y ejecutó a Mauricio, así como a su hermano y a sus cinco hijos más jóvenes. El único que logró escapar fue Teodosio, que se hallaba en Persia para solicitar la ayuda de Cosroes, que antes había recibido socorro de Mauricio. Tanto Cosroes como Narsés, el comandante del ejército de Oriente, se negaron a reconocer a Focas y se prepararon para entablar batalla.

Focas era el primer emperador desde Diocleciano que ostentaba un poder absoluto sin contar con derechos hereditarios o legales; también había llevado a cabo la primera toma de poder violenta en el Imperio de Oriente desde que Constantino derrotara a Licinio. Aunque Basilio había desplazado momentáneamente a Zenón y varios emperadores de Oriente habían perdido sus tronos con consecuencias ruinosas para el Imperio, una de las grandes bazas de Oriente era su tradición de sucesiones estables. Dicha tradición se interrumpió en un momento en que el Imperio había estado realizando prolongados esfuerzos para

mantener el equilibrio y apenas era capaz de enfrentarse a una crisis interna.

Sin lugar a dudas, los tres sucesores de Justiniano podían haber gobernado mejor. Los remordimientos de Justino II por la caída de Dara eran justificados: su guerra con Persia fue innecesaria e insensata y tendría que haber utilizado sus recursos para defender Italia de los lombardos. Probablemente, tanto Tiberio como Mauricio deberían haber aceptado la pérdida de Dara y firmado la paz con Persia en lugar de vaciar las arcas públicas y permitir que ávaros y eslavos asolaran los Balcanes. En cualquier caso, independientemente de la precaria situación del tesoro público, Mauricio debería haber aprendido de los tres primeros motines militares para evitar la revuelta que acabó con él.

Por otra parte, hasta la evitable caída de Mauricio, Bizancio no había sufrido catástrofes absolutas. Sus nuevas provincias de África eran autosuficientes para defenderse de los ataques de los moros. Conservaba las ciudades principales y gran parte de los mejores territorios de Italia con una escasa inversión en hombres o dinero; asimismo, con un pequeño esfuerzo habría podido expulsar a los lombardos por completo. A pesar del casi absoluto descuido de los emperadores, Bizancio conservó la mitad de sus provincias en Hispania. También salió vencedor de la guerra con Persia y obtuvo una victoria decisiva sobre los ávaros y los eslavos. Los soldados que se amotinaron contra Mauricio tenían razones para considerar que habían luchado correctamente y merecían mantener todas sus pagas suplementarias. Evidentemente, el Imperio todavía conservaba cierta solidez.

UNA SOCIEDAD REBELDE

Desde mediados del siglo V hasta mediados del VI, Bizancio disfrutó de una gran prosperidad y venció a sus enemigos tanto internos como externos. Los avances políticos, económicos y militares se multiplicaron y se apoyaron mutuamente. Que León I liberase al ejército y al gobierno del control bárbaro fue un paso importante, como también lo fue la recuperación del norte de los Balcanes de manos de los ostrogodos, llevada a cabo por Zenón, o la labor de fortalecimiento del tesoro público y del ejército realizada por Anastasio. Las conquistas de Justiniano, el logro más notable de la historia bizantina, fueron paralelas a unas profundas reformas legales y administrativas, así como a un espléndido progra-

ma de edificación. En la última etapa del reinado de Justiniano, sin embargo, las necesidades de un Imperio más extenso obligaron a incrementar tanto el ejército como la burocracia.

Mientras, el gobierno imperial, el cristianismo y la cultura griega fracasaron en su tarea de continuar el proceso de unificación de la sociedad bizantina, algo que tal vez era de esperar. Las provincias ya se habían adaptado por completo a la omnipresente administración introducida por Diocleciano. Cuando la gran mayoría de los bizantinos se había convertido al cristianismo, lo que era una realidad a finales del siglo VI, poco más podía hacer esta religión para unificar el Imperio. A finales del siglo VI, el conocimiento del griego había alcanzado sus límites naturales, reemplazando casi por completo a las lenguas indoeuropeas en Tracia y Anatolia aunque sin lograr imponerse a idiomas menos compatibles, como las lenguas hamíticas o semíticas (copto y siríaco). Asimismo, Justiniano había reconquistado varios millones de habitantes que hablaban el latín, que apenas conocían el griego y que no era probable que lo aprendieran. Por tanto, en el siglo VI Bizancio se componía de tres zonas: un centro muy helenizado, una zona oriental helenizada superficialmente y un oeste latinizado.

La zona central incluía Grecia, Tracia y Anatolia, que más tarde constituirían la totalidad del Imperio y que por aquel entonces ya empezaban a formar el corazón de Bizancio. Casi todos los habitantes de estas regiones acabaron por hablar griego a finales del siglo VI, aunque menos de la mitad de sus antepasados habían sido griegos. Las únicas minorías lingüísticas significativas que quedaban eran los armenios del Lejano Oriente, los latinohablantes del norte y algunos ilirios del este que no habían participado de la helenización ni de la latinización por vivir aislados en las montañas que separaban ambas zonas lingüísticas. La metrópoli de dicha zona era Constantinopla, capital incuestionable del Estado y, sin lugar a dudas, la mayor ciudad del Imperio. El patriarcado de Constantinopla incluía casi todo el territorio de habla griega; Grecia, que dependía del papado, era la excepción. La mayoría de los cristianos de la región eran seguidores del Concilio de Calcedonia, aunque se mostraban favorables a una reconciliación con los monofisitas moderados.

La mayoría de los emperadores, generales y burócratas provenían de esta región central; la zona norte, donde se hablaba latín, era la principal fuente de reclutas para el ejército y la cuna de un número desproporcionado de emperadores y generales, entre ellos León I, Justiniano, Belisario, Tiberio y Mauricio, por no mencionar a Focas. A pesar de los

esfuerzos de estos hombres para defender su tierra natal, el norte de Iliria y Tracia siguieron tan míseros y vulnerables como antes. Numerosos campesinos se alistaron en el ejército porque el panorama doméstico era desolador y los principales consumidores de sus pequeños excedentes eran los soldados de la frontera del Danubio. En cuanto al sur, Grecia se hallaba en una situación similar de pobreza, sobre todo a raíz de las incursiones eslavas de finales del siglo VI. El sur de Tracia había padecido las invasiones en menor grado y se beneficiaba del mercado que proporcionaba Constantinopla. Anatolia, tan bien situada como Tracia para aprovecharse del estímulo económico de la capital, disfrutaba de una situación pacífica —a excepción de ocasionales brotes de bandolerismo— y prosperó hasta la aparición de la peste. A principios del siglo VI, la población de Constantinopla se acercaría a los cuatrocientos mil habitantes. Justamente entonces la epidemia devastó la capital, así como otras ciudades de Anatolia y Grecia, hundiendo la economía en casi todo el Imperio.

La región de Oriente, formada por Egipto y Siria, nunca había sido homogénea. El limitado conocimiento del griego y el rechazo parcial al Concilio de Calcedonia apartaba a Egipto y Siria del núcleo griego sin que por ello ambas se uniesen entre sí, pues el copto y el siríaco, sus lenguas principales y también las lenguas de sus Iglesias monofisitas, eran mutuamente ininteligibles. Puesto que la atención de Justiniano estaba orientada a Occidente y Constantinopla había eclipsado a Antioquía y Alejandría, Siria y Egipto ocupaban en menor medida la atención del gobierno, en comparación con épocas anteriores. La peste afectó en mayor grado a las ciudades y al litoral, donde se hallaban los barcos que habían transportado las ratas y pulgas infectadas; por tanto, las zonas de habla griega de Egipto y Siria, más que las zonas rurales y el interior, sufrieron una mayor despoblación, dejando la zona menos helenizada. Sin embargo, según los hallazgos arqueológicos, el siglo V y los inicios del siglo VI se caracterizan por un extraordinario crecimiento demográfico y económico tanto en Siria como en Palestina, cuando su comercio y su agricultura se expandieron. La peste apenas afectó el interior de Siria, aunque las consecuencias en el interior de Egipto debieron de ser graves debido al tráfico fluvial del Nilo.

La parte occidental del Imperio (las reconquistas de Justiniano en África, Italia e Hispania) fue siempre la zona más empobrecida y pronto su situación empeoró todavía más. Los tres territorios conquistados tenían el latín como lengua común, pero estaban aislados geográfica-

mente entre sí y respecto a Oriente. Hasta el año 540 Belisario había conquistado África y casi toda Italia sin causar excesivas alteraciones ni daños, pero las luchas posteriores contra los moros, ostrogodos y lombardos, así como la epidemia, sí provocaron graves trastornos. África fue la zona reconquistada que corrió mejor suerte, ya que los bizantinos vencieron a los moros y establecieron una paz duradera. La Hispania bizantina nunca fue mucho más que un conjunto de puestos fortificados. En Italia, los bizantinos apenas habían derrotado a los ostrogodos cuando los lombardos iniciaron una guerra interminable y pronto conquistaron más de la mitad de la península. Italia se transformó en un territorio deficientemente poblado y ruralizado; Roma disminuyó de tamaño, hasta convertirse en una pequeña ciudad. Los sucesores de Justiniano, preocupados por los problemas de Oriente, dejaron que sus posesiones en Occidente se las arreglaran por sí solas.

La actuación del ejército bizantino en los numerosos conflictos militares fue muy superior a la del período anterior. No sólo conquistó grandes extensiones en Occidente, sino que luchó con firmeza en varias campañas defensivas, a pesar de la ocasional falta de apoyo de sus emperadores. El aumento de las pagas a los soldados de campaña establecido por Anastasio produjo un cambio crucial, pues mejoró la moral de las tropas y atrajo a los suficientes voluntarios autóctonos para igualar al número de bárbaros. El total de soldados de campaña pasó de noventa y cinco mil a ciento cincuenta mil con la creación de los cuatro nuevos ejércitos de Armenia, África, Italia e Hispania llevada a cabo por Justiniano.

Sin embargo, los ejércitos de guarnición, cuyo valor ya era limitado, fueron de mal en peor. Anastasio sólo aumentó ligeramente su sueldo y Justiniano dejó de abonarles un salario regular, suministrándoles simplemente algunas pagas suplementarias. Aunque Justiniano mantuvo la paga de los ejércitos de campaña al nivel establecido por Anastasio, las presiones fiscales hicieron que retrasara los pagos, provocando con ello graves motines en África e Italia. Posteriormente Mauricio intentó reducir la paga de los ejércitos de campaña y éstos lo derrocaron. Eficaz y leal cuando se le pagaba bien y a tiempo, el ejército del siglo VI también resultaba costoso; durante el transcurso del siglo se hizo cada vez más difícil de mantener.

Además de la actuación del ejército, otra mejora notable posterior al año 457 fue el fin de los sucesivos emperadores débiles. Aunque la debilidad de los tres monarcas anteriores y la duración de sus reinados podrían ser frutos casuales de la herencia o la longevidad, la otra cara de la

moneda fueron las difíciles hazañas de León I y Zenón. A excepción del joven León II y del anciano Justino I (que contaban con Zenón y Justiniano, respectivamente, para gobernar en su lugar), ninguno de los emperadores de este período fue pasivo o poco apto. Empezando por León I, los emperadores no sólo truncaron el poder de los generales bárbaros, sino que sometieron la insubordinación de comandantes nativos como Illo o Vitalio. También parece que los gobernantes reafirmaron su control sobre cortesanos y burócratas, reduciendo la corrupción y mejorando la eficacia del aparato estatal. Tras recuperar dicho control en tiempos de prosperidad, los emperadores supieron mantenerlo en condiciones no tan prósperas ni pacíficas.

El sistema fiscal mejoró paralelamente a la burocracia. La reforma de Anastasio, que dio preferencia al metálico en muchos pagos y levas que antes se abonaban en especie, fue de una utilidad indudable. Aunque la clase de los decuriones seguía en declive, Anastasio los reemplazó en todas las ciudades por funcionarios encargados de la recaudación de impuestos. Dichos funcionarios mantenían un alto nivel de ingresos, ayudados por los escasos decuriones que aún se veían obligados a pagar lo que no era posible recaudar. Anastasio logró aumentar el presupuesto y acumular un excedente sin precedentes, lo que demuestra que los ingresos iban en aumento.

Aunque unos ingresos elevados también serían indicativos de expansión económica, ésta, por sí sola, sólo habría derivado en una mayor evasión de impuestos si los recaudadores hubiesen reducido su actividad. Cuando se produjo la epidemia, la eficacia de los funcionarios de Justiniano para mantener el nivel de ingresos, por las buenas o por las malas, se mostró particularmente sorprendente. Es indudable que los contribuyentes de escasos medios económicos sufrieron las consecuencias, pero parece que el gobierno concentró sus esfuerzos fiscales en obtener recaudaciones de senadores y decuriones. Justiniano optó por elegir funcionarios de orígenes humildes que, como Juan el Capadocio, guardaban lealtad al emperador en lugar de privilegiar a amigos ricos e influyentes.

A finales del siglo V parece que el gobierno logró evitar que los escasos decuriones que quedaban escapasen de sus obligaciones convirtiéndose en senadores. El Senado dejó de ser un órgano hereditario y se hizo exclusivo de aquéllos que habían ocupado puestos importantes en la burocracia. Los antiguos decuriones, excluidos de la lista del Senado, tuvieron que seguir con su labor en los ayuntamientos, a no ser que el

empobrecimiento les impidiese cumplir con sus funciones. Justiniano, de origen campesino, no simpatizaba con la aristocracia; por tanto, no tuvo reparos en gravar y confiscar las fortunas de los senadores, sobre todo después de que algunos apoyasen la Revuelta Nika. En Occidente, el declive de Italia y de la ciudad de Roma había arruinado a los senadores occidentales. Los de la zona oriental, antes menos prósperos que los senadores de Occidente, eran a finales del siglo VI los hombres más ricos del Imperio, aunque también eran cada vez más escasos, pobres y dependientes del emperador. Mientras tanto aumentaba el poder de los obispos y se incrementaban sus recursos; se les tenía en cuenta para elegir a los gobernadores provinciales y recibieron la jurisdicción de algunos casos civiles.

Todo el período se distingue por una considerable inquietud en el campo y en las ciudades. En algún momento del siglo V el gobierno concedió a las asociaciones deportivas de los verdes y los azules la responsabilidad de los espectáculos públicos, tal vez para evitar que los funcionarios honorarios que antes se encargaban de los juegos y los espectáculos ganasen popularidad. El resultado imprevisto fue que los verdes y los azules se hicieron sumamente populares y poderosos. Fueron con frecuencia los responsables de revueltas, tanto en Constantinopla como en otras ciudades, en general por el puro placer de alborotar, aunque en ocasiones también para mostrar su desacuerdo con el gobierno. Estas asociaciones deportivas agravaron una tendencia a la rebelión que antes ya era evidente, e incluía el bandolerismo en las zonas rurales. La nueva prosperidad, la nueva pobreza y los numerosos trastornos derivados de la peste demostraron que la actual distribución de riqueza y poder podía modificarse, posiblemente por medios violentos.

Los hallazgos arqueológicos muestran que hasta la llegada de la peste hubo crecimiento urbano, seguido de una contracción generalizada y, durante todo el período, cambios graduales en las pautas de vida urbana. Nuevos edificios invadieron las calles amplias y uniformes, así como las plazas abiertas de la época helenística y romana. Los comercios ordenados que flanqueaban las plazas del mercado dieron paso a tiendas desordenadas que salpicaban las callejuelas más estrechas. Se edificaron numerosas iglesias allí donde había terreno disponible, con escasa consideración por la anterior planificación urbana. Después de la peste, cuando los invasores amenazaban más al Imperio, las ciudades se protegieron con nuevas murallas de perímetro más reducido, lo que refleja un indudable descenso de la población.

En la mayoría de las ciudades, no sólo los templos paganos y los gimnasios, sino también los hipódromos, los teatros y los baños empezaron a abandonarse o a adaptarse a otros usos. Los ayuntamientos desaparecían y con ellos la necesidad de grandes edificios y espacios públicos. La desaprobación eclesiástica continuó presionando para acabar con los espectáculos que incluyeran violencia o desnudos; finalmente se clausuraron los hipódromos, teatros y baños públicos de la mayoría de las ciudades. Aunque las viviendas particulares no eran menores o menos confortables que antes, es muy probable que los comerciantes dispusieran de una selección más limitada de artículos y atracciones. Sólo las ciudades de mayor tamaño, como Constantinopla, Alejandría y Tesalónica se resistieron a esta tendencia.

Después de la peste las ciudades menguaron en tamaño y se hicieron más escasas. En Italia y en Iliria las constantes guerras transformaron algunos núcleos urbanos en ciudades fantasma, mientras que la mayoría quedaron reducidos a la categoría de aldeas insignificantes. Antioquía nunca se recuperó de la devastación causada por los terremotos y los saqueos persas. A pesar de que Justiniano reconquistó un territorio considerable, el número de ciudades que contaban con una población superior a diez mil habitantes posiblemente disminuyó de treinta a unas veinte. En Occidente, quizá la única ciudad de ese tamaño, tras la ruina de Roma, era Cartago. En Iliria, sólo Tesalónica conservó dicha categoría, aunque después de que los eslavos arrasaran las antiguas ciudades griegas.

El cambio fue menos pronunciado para la gran mayoría que habitaba en los pueblos; éstos eran menos tentadores para los invasores, menos dependientes de la importación de alimentos y menos vulnerables a la peste. En el interior de Siria, donde la tierra nunca fue especialmente fértil, la construcción de grandes viviendas se prolongó hasta finales del siglo VI.

El comercio, cuya principal función era abastecer a las ciudades con alimentos del campo, creció antes de la peste y después de ésta se contrajo. La expansión económica del siglo V y principios del VI proporcionó más dinero para adquirir artículos importados de todo tipo. El comercio de la seda prosperó considerablemente para abastecer a los ricos; en época de Justiniano se desarrolló una industria sedera autóctona con gusanos importados de China. Es probable que las gentes más humildes que producían excedentes alimentarios adquiriesen especias de India para conservar los alimentos o para mejorar su sabor cuando empezaban

a pudrirse. Posiblemente el creciente comercio de especias que llegaba a Egipto desde India, a través del mar Rojo, aceleró la llegada de la peste, cuyos primeros brotes, procedentes de Etiopía, se declararon en Egipto.

Sin lugar a dudas, la contracción económica y demográfica que siguió a la peste influyó de forma muy diversa en los supervivientes. Puesto que la economía del Imperio se concentró en la agricultura de subsistencia, el comercio sufrió un declive mucho más acentuado que la economía en general. Cualquier descenso demográfico hace que la mano de obra adquiera valor y que la posesión de tierra lo pierda, por lo que tiende a beneficiar a las clases humildes a expensas de los terratenientes, así como a los productores agrícolas frente a los consumidores urbanos. En consecuencia, la prosperidad de los grandes terratenientes y del Estado disminuyó, con el consiguiente declive de las grandes propiedades y de los ingresos estatales. Como resultado, a finales del siglo VI los senadores, decuriones y otros terratenientes y comerciantes perdieron poder y capacidad económica, mientras que el Estado bizantino afrontaba sus gastos con graves dificultades.

UNA CULTURA VARIADA

A finales del siglo VI, sin que la persecución apenas fuese necesaria, la Iglesia había extinguido el paganismo. Algunos vestigios de prácticas paganas permanecieron en forma de tradiciones populares, sobre todo en las áreas rurales; aunque ya estaban desposeídas de su significado religioso, algunos predicadores seguían denunciándolas de vez en cuando. A excepción de los judíos, que se hallaban dispersos en numerosas ciudades del Imperio y de los que había una pequeña concentración en el norte de Palestina, casi todo el Imperio estaba bautizado como cristiano. El arrianismo y el nestorianismo habían desaparecido casi por completo; la única herejía que contaba con un número significativo de seguidores era el monofisismo, sobre todo en su forma moderada, que sólo se distinguía de la ortodoxia en poco más que meras cuestiones semánticas. Los cristianos no solían estar a la altura de las exigencias de su fe; de todos modos, gracias a su doctrina del pecado original, la Iglesia tampoco esperaba la perfección humana en vida.

Las riquezas eclesiásticas provenían de las donaciones voluntarias de los miembros de la Iglesia. La gran mayoría de donantes eran simples ciudadanos, aunque los emperadores y los burócratas cristianos también

contribuían, en ocasiones con fondos públicos. Puesto que los donantes no sólo proporcionaban dinero para la construcción de iglesias, monasterios e instituciones dedicadas a la caridad, sino también para su mantenimiento, la Iglesia adquirió propiedades que producían rentas y otras fuentes de ingresos independientemente de las donaciones en curso. Gran parte de los beneficios se destinaban a aliviar a los necesitados, sobre todo a los pobres de las ciudades. A los donantes también les gustaba exhibir su magnificencia financiando edificios espectaculares para la Iglesia, que por norma general los aceptaba.

La Iglesia mantenía a sus obispos, sacerdotes, diáconos y empleados seglares con sueldos que iban de lo miserable a lo principesco. Cuando los obispos y sacerdotes empezaron a disfrutar de cierta posición social, algunos obtuvieron la ordenación mediante sobornos, a pesar de la prohibición de tales prácticas, condenadas como simonía. No parece que la corrupción del clero fuese una práctica extendida, aunque cierta proporción de los miles de monjes y clérigos del Imperio se desviaron de los preceptos y reglas, estrictos y con frecuencia incoherentes, que regulaban su comportamiento.

Era inevitable que una organización tan amplia, influyente y próspera desarrollara una política interna propia. Por una parte, la Iglesia desconfiaba de la ambición personal y consideraba que todo el que codiciase la ordenación no merecía obtenerla; por otra, para los obispos y sacerdotes era una ambición legítima proteger lo que consideraban ortodoxo y con frecuencia deseaban defender o extender las prerrogativas tradicionales de sus sedes. Aunque el Concilio de Calcedonia había contribuido a aclarar las reglas de la jurisdicción patriarcal y episcopal, éstas siguieron siendo una mezcla de tradiciones cristianas e imitaciones de la administración civil.

Como norma, cada ciudad con ayuntamiento también contaba con un obispo. Al obispo de la capital de cada provincia civil se le daba el título de metropolitano y tenía bajo su jurisdicción a los otros obispos de la provincia. No obstante, esta ordenación constaba de excepciones y ambigüedades; asimismo, el significado exacto del término «jurisdicción» tampoco estaba claro. Se reconocía cierta autoridad del Papa sobre los obispos, pero ésta no sobrepasaba la precedencia honorífica y un derecho limitado a escuchar las apelaciones contrarias a las decisiones de otros obispos.

El enriquecimiento y la politización de la Iglesia entorpecieron sus esfuerzos para resolver la querrela del monofisismo. La reconciliación

temporal con los monofisitas moderados lograda por Justino II demostró que la solución era posible en teoría, aunque virtualmente imposible en la práctica. Podían definirse términos teológicos que resolvieran el cisma, pero en los años que siguieron al Concilio de Calcedonia no surgió ninguna personalidad eclesiástica con la autoridad suficiente para imponerlos. Finalmente los dos bandos se hicieron irreconciliables, obcecados por la ya tradicional defensa de sus respectivas doctrinas.

El auge del monofisismo coincidió con la victoria final del cristianismo sobre el paganismo y el fin de la época de los grandes Padres de la Iglesia, como los santos Anastasio y Basilio. Probablemente los tres fenómenos estén relacionados. En el siglo VI la Iglesia ya no tenía claros enemigos. Se esperaba que cuidase de los necesitados, se financiase y mantuviera sus edificios, y se la criticaba si no cumplía tales expectativas; también eran muchos los que no aprobaban que la Iglesia manejase grandes sumas de dinero. A medida que los eclesiásticos adquirían una posición acomodada, se parecían menos a los santos y más a los políticos; en consecuencia, carecían del prestigio necesario para resolver la controversia monofisita.

También los monjes perdieron parte de su prestigio inicial. Eran tiempos en que se respetaba más a los santos difuntos que a los actuales, como muestra una atenta lectura de la hagiografía de la época. Los santos más populares seguían siendo los primeros mártires cristianos, los primeros eremitas y los perseguidos por oponerse al arrianismo. Los monjes y ascetas contemporáneos eran demasiado numerosos y sus posibilidades de llevar a cabo actos heroicos eran demasiado limitadas, lo que les impedía obtener la fama y la autoridad de sus predecesores. Asimismo, la mayoría de la población nunca había visto a un ermitaño vivo, pero todos habían oído hablar de los primeros santos y eran muchos los que visitaban sus santuarios. Por tanto, los monjes apenas tenían más posibilidades que los obispos para ganar la causa del monofisismo o de la ortodoxia.

Después de que Zenón y Anastasio, siguiendo el precedente de Constantino, Constancio II y Valente, prohibieran la discusión de temas teológicos, Justiniano dio un paso más audaz para llenar el vacío existente en el liderazgo eclesiástico. A raíz de sus primeros éxitos políticos y militares casi adquirió el suficiente prestigio para acabar con el monofisismo, pero la intervención de Teodora y los problemas acaecidos a finales de su reinado frustraron el intento. Tanto Justiniano como Teodora añadieron elementos cristianos a la ley civil; Teodora, cuya madre la

había prostituido cuando era niña, convenció a Justiniano para que prohibiera legalmente la prostitución no consentida y el abuso infantil. Justiniano también abolió la antigua práctica romana del divorcio por consentimiento mutuo, aunque Justino II la restituyó a petición popular. En ocasiones Justiniano legisló temas eclesiásticos; hizo legalmente obligatoria, por ejemplo, la costumbre del celibato entre los obispos.

Las exigencias eclesiásticas superaban el mero cumplimiento de las leyes civiles; no obstante, la Iglesia suavizó las antiguas penitencias para los pecados cometidos después del bautismo. Los pecadores no sólo se sometían a penitencias menos severas, sino que, además, podían repetir las más de una vez antes del arrepentimiento final en el lecho de muerte. En el siglo VI varios clérigos recopilaron los conjuntos de leyes canónicas derivadas de las decisiones tomadas en los concilios ecuménicos y locales. No obstante, la ausencia de una única versión de cánones en griego y en latín hizo que las prácticas eclesiásticas empezaran a diferir de unas regiones a otras, sobre todo en la jurisdicción dependiente del Papa respecto a la de los patriarcas de Oriente.

La Iglesia de Occidente, por ejemplo, prohibía la ordenación de los hombres casados, algo permitido por la Iglesia de Oriente, que únicamente prohibía el matrimonio posterior a la ordenación. La Iglesia de Occidente tampoco permitía que los divorciados volvieran a casarse, mientras que en Oriente se aceptaba el matrimonio de los divorciados de un cónyuge adúltero. En Occidente se permitía que los viudos se casaran tantas veces como desearan, mientras que en Oriente se había establecido un límite de tres matrimonios, incluso para aquellos que enviudaban repetidas veces. En ocasiones la Iglesia de Occidente concedía dispensas totales de tales cánones; la Iglesia de Oriente, por el contrario, optaba por las indulgencias, que declaraban la excepción permisible, aunque pecaminosa. Dicha condenación seguida del permiso se aplicaba a los segundos y terceros matrimonios en Oriente. Asimismo, la Iglesia de Occidente permitía matar en el campo de batalla, mientras que Oriente mantenía la posición de Basilio de Cesarea: matar en tal caso era necesario, pero también pecaminoso. Tales divergencias entre las prácticas orientales y las occidentales se desarrollaron sin que ninguna de ambas partes fuera muy consciente de ellas.

En cuanto a la alta cultura, el predominio del griego clásico ya no estaba tan extendido en todo el Imperio. En Occidente, la antigua tradición que hacía imprescindible el conocimiento de los clásicos griegos para cualquier hombre cultivado había empezado a decaer incluso antes

de las invasiones bárbaras. En la época de las reconquistas de Justiniano, los occidentales que leían griego ya eran escasos; sólo lo hablaban habitualmente los descendientes de los antiguos griegos que habían colonizado Sicilia e Italia meridional. En Oriente, donde algunos de los últimos paganos se dedicaban a la enseñanza, los cristianos temían que la alta cultura tradicional mantuviese al paganismo con vida. Entre tales temerosos se encontraba Justiniano, que en el año 529 intentó prohibir que los paganos se dedicasen a la docencia, como antes Juliano había intentado prohibir que los cristianos se dedicasen a la enseñanza de los textos clásicos. Aunque el edicto de Justiniano se llevó a la práctica sólo de forma esporádica, probablemente aceleró la desaparición de los maestros paganos que compartían las creencias religiosas de los autores que enseñaban.

La extinción del paganismo no tuvo en sí grandes consecuencias en la docencia. El Imperio ya contaba con muchos cristianos de extensa formación clásica; los maestros cristianos conocían los textos paganos tan bien como los maestros paganos y los enseñaban de forma muy similar. Para lograr cargos burocráticos de importancia seguía siendo necesario poseer una buena formación clásica escrita y hablada; casi todos los senadores y la mayoría de los decuriones, obispos y sacerdotes habían recibido dicha formación. Los autores más ambiciosos, tanto paganos como cristianos, continuaron escribiendo en el griego clásico, ahora artificial, que los lectores esperaban de ellos. No obstante, los decuriones e incluso los senadores menguaban en número y en importancia, mientras que cada vez había menos obispos, sacerdotes y legos que considerasen necesario el currículo académico y el estilo literario tradicionales.

En un principio, la literatura tradicional siguió demostrando un gran vigor. Hasta mediados del siglo VI, una edad de oro literaria produjo una serie de poetas e historiadores de primera categoría, tanto laicos como religiosos, aunque no todas sus obras han sobrevivido íntegras hasta nuestros días. El último historiador pagano fue el mediocre Zósimo, que vivió en los alrededores del año 500. En la siguiente generación, sin embargo, un cristiano de Palestina llamado Procopio de Cesarea está considerado como uno de los grandes historiadores de todos los tiempos. A partir de su experiencia como secretario del general Belisario, Procopio escribió un fascinante y extenso relato de las guerras del general contra los persas, los vándalos y los ostrogodos, así como un mordaz ataque a Justiniano y Teodora, no publicado: *La historia secreta*. Una serie de historias de

estilo clasicista continuaron su obra hasta finales del reinado de Mauricio. El continuador inmediato de la historia de Procopio, Agatias de Mirina, también pertenecía a un círculo de poetas clasicistas. Un poeta clasicista latino de la reconquistada África, Corippo, obtuvo gran renombre primero en Cartago y después en Constantinopla.

Cuando pretendían imitar a los clásicos, estos autores eran capaces de escribir como si nunca hubiesen oído hablar del cristianismo; sin embargo, también ponían su talento al servicio de la Iglesia. Agatias y sus colegas escribían poesía tanto erótica como religiosa y el poeta en griego de mayor talento en la época, el sirio Romano el Meloda, únicamente escribía himnos cristianos. A finales del siglo V un teólogo extraordinario que hizo gran uso de la filosofía neoplatónica incrementó la reputación de su obra usando el nombre de Dionisio el Areopagita, discípulo de san Pablo. Como sugiere el seudónimo, Pseudo Dionisio se habría sentido más cómodo en la época de los Padres de la Iglesia, quienes a menudo se habían inspirado en la filosofía para escribir teología. La mayoría de los teólogos de la época, fuesen calcedonios o monofisitas, eran más convencionales y menos cultos.

A finales del siglo VI, el declive en la calidad y la cantidad de todas las formas literarias se hace evidente. Empezó a considerarse que los cristianos debían estudiar la Biblia en lugar de los clásicos paganos y escribir en el griego comparativamente sencillo del Nuevo Testamento y de la traducción que Septuaginta hizo del Antiguo Testamento. Surgió una literatura escrita en una lengua similar al griego hablado, que incluía no sólo hagiografía y otras obras de inspiración, sino también una crónica del mundo de Juan Malalas de Antioquía. También se compusieron en siríaco las vidas de algunos santos y varias crónicas cristianas, aunque la mayor parte de las obras en siríaco, copto y armenio continuaron siendo traducciones de literatura religiosa escrita en griego. A finales del siglo VI, lo poco que se escribía en la zona latina del Imperio tenía un contenido mayoritariamente religioso. La literatura laica se hizo menos frecuente en griego y prácticamente desapareció en las otras lenguas. Las escuelas y la literatura laicas escaseaban cada vez más en el Imperio. La edad de oro, que había alcanzado su punto culminante en época de Justiniano, llegaba a su fin.

El arte y la arquitectura siguieron una dinámica similar a la de la literatura: un avance, continuado por una meseta y el declive. Desde mediados del siglo V hasta mediados del VI se vivió un florecimiento del arte bizantino temprano, que alcanzó su máximo esplendor durante los

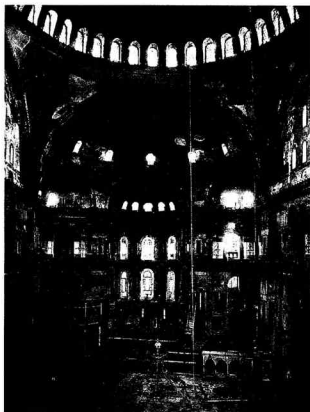


FIGURA 5. Interior de la iglesia de Santa Sofía, Constantinopla, que muestra la cúpula y el ábside. Santa Sofía (más exactamente la Sagrada Sabiduría, en referencia a Cristo como la Palabra de Dios) fue la iglesia bizantina de mayor tamaño y suntuosidad jamás construida. Aunque la arquitectura data de época de Justiniano, la mayor parte de los mosaicos son posteriores y el mobiliario que aparece en la imagen es turco. (Fotografía: Dumbarton Oaks, Washington D. C., © copyright 1999.)

primeros años del reinado de Justiniano. En Constantinopla, la abundante construcción de iglesias y monumentos de principios del siglo V continuó a buen ritmo. Durante el gobierno de Zenón se construyeron elaboradas iglesias incluso en su remota y primitiva tierra natal, Isauria. Santa Sofía es una obra maestra indiscutible por sus enormes dimensiones, su complejidad estructural y lo imponente de su presencia; no obstante, sólo es la más famosa de las numerosas iglesias, fortificaciones y otras obras arquitectónicas construidas en tiempos de Justiniano, que transformaron Constantinopla y otros muchos enclaves del Imperio. Aunque las pinturas y los mosaicos no han sobrevivido en condiciones similares a la arquitectura, los que han llegado hasta nuestros días muestran una calidad comparable y parecen ser obra de un amplio círculo de artistas sumamente productivos.

El auge arquitectónico finalizó con Justiniano y sus sucesores legaron escasos monumentos. Incluso en la más modesta construcción privada, como las casas rurales de Siria, el notable crecimiento iniciado en el siglo V se lentificó claramente a mediados del siglo siguiente. Como ya se ha comentado, cuando las ciudades menguaron de tamaño la edificación se volvió descuidada y menos monumental. Estas modificaciones en el arte, la arquitectura, la literatura y la docencia pueden considerarse declives, pues la producción global de todos ellos se limitó y las obras que continuaron produciéndose mostraron un virtuosismo, una versatilidad y una competencia mucho menores.

En ciertos casos, particularmente en la literatura, es posible que algunos cristianos consideraran la simplicidad como una virtud. No obstante, no es probable que las casas e iglesias de menor tamaño y peor factura se contemplaran como un cambio favorable. Simplemente la población tenía que arreglárselas con lo que estuviese disponible y fuese asequible. Los moralistas cristianos consideraban que la ausencia de riquezas era buena para la gente, pero aquellos que se empobrecieron posiblemente no compartían tal opinión. La ignorancia, aunque menos impopular que la pobreza, solía ser un resultado secundario de la búsqueda de santidad más que un objetivo positivo en sí.

En los albores del siglo VII, Bizancio sufría un exceso de extensión. Se habían conseguido unas fronteras casi tan amplias como las del Imperio Romano del siglo IV, aunque se conservaban menos territorios en Occidente y también se habían reducido la población, la economía y un ejército capaz de defenderlos. Casi todas las fronteras del Imperio se hallaban amenazadas por persas, ávaros, lombardos, visigodos, mu-

sulmanes y otros pueblos. Las ciudades, tradicionalmente centros administrativos, económicos y culturales, empezaban a decaer; asimismo, defenderlas y mantener sus monumentos era una carga cada vez más pesada. Después del año 602, con unos recursos muchos menores que los del siglo III, el Imperio se debería enfrentar a una crisis externa e interna tan grave como la que había estado a punto de derribarlo en el siglo III.

Capítulo 4

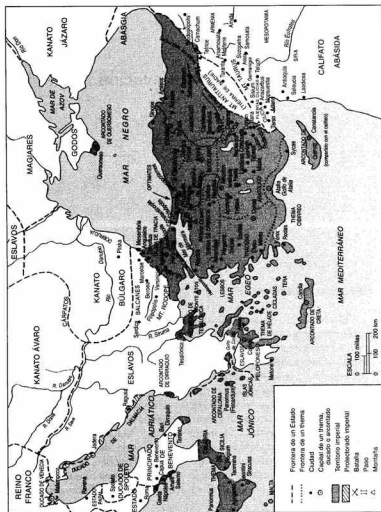
Catástrofe y contención (602-780)

HERACLIO EL DEFENSOR

El reinado de Focas estaba condenado desde sus inicios. Al igual que varios de sus predecesores, Focas era un simple soldado de los Balcanes; tenía cincuenta y cinco años de edad y la suficiente astucia para suplir su inexperiencia en temas políticos, pero no para compensar su falta de derechos legales al trono. Cualquiera de los miembros del anterior gobierno podía conspirar contra él; a mayor número de ejecuciones entre éstos, más aumentaba el temor y la hostilidad de los restantes.

Al principio, aparte de Mauricio y de sus parientes varones más cercanos, Focas sólo ejecutó a dos miembros del gobierno. Un año después de su acceso al trono, cuando Constantina, viuda de Mauricio, conspiró para proclamar emperador a Germano, suegro de su hijo, Focas simplemente les obligó a entrar en la Iglesia. Sin embargo, dos años más tarde, ante una nueva conspiración de Constantina y Germano, Focas optó por ejecutarlos.

Focas declaró haber encontrado y dado muerte al primogénito de Mauricio, Teodosio. Sin embargo, el comandante de Oriente Narsés afirmó que Teodosio se hallaba bajo su protección. Es difícil afirmar cuál era



MAPA 3. El Imperio, aprox. en el 780.

la versión verdadera, aunque Narsés tenía menos motivos para mentir que Focas. El rey persa Cosroes reconoció al supuesto Teodosio y atacó en su nombre los ejércitos de Focas en Oriente. Focas trasladó tropas desde los Balcanes, lo que abrió una brecha en la zona que aprovecharon los eslavos. Tras varias cruentas batallas, las fuerzas de Focas finalmente capturaron y asesinaron al bizantino Narsés, aunque fueron derrotadas en repetidas ocasiones por los persas, que destruyeron la ciudad fronteriza de Dara. Focas no ganó nada afirmando que Teodosio había muerto, ya que Cosroes, aun sin un legítimo heredero al que respaldar, empezó a conquistar los territorios fronterizos de Bizancio, gran parte de Armenia incluida.

Desde finales del siglo VI, África e Italia bizantinas habían incrementado su autonomía mediante unos comandantes civiles y militares conocidos como exarcas. En el año 608, el exarca de África Heraclio se rebeló contra Focas; Nicetas, sobrino del exarca, se dirigió por tierra a Egipto, donde tras una cruenta batalla contra Focas aseguró el territorio para su tío. A continuación los rebeldes de Nicetas avanzaron hacia el sur de Siria, mientras los persas tomaban Siria oriental y cruzaban Anatolia hasta llegar a las inmediaciones asiáticas de la capital. Los eslavos invadieron el norte de Iliria y los verdes y los azules empezaron a pelear entre sí en varias ciudades del Imperio. Finalmente el exarca Heraclio envió una expedición a Constantinopla bajo el mando de su hijo, también llamado Heraclio. En el año 610 el joven Heraclio llegó a Constantinopla, capturó y ejecutó a Focas y lo sustituyó como emperador.

Sin embargo, el nuevo emperador no parecía estar a la altura de la ingente tarea que tenía ante sí: enderezar un imperio que se derrumbaba. Heraclio tenía unos treinta y cinco años y era de procedencia armenia, aunque apenas estaba familiarizado con algo más que África; su experiencia política y militar era limitada y, para defender su derecho legítimo al trono, sólo podía aducir haber eliminado a un usurpador. Cosroes lo consideraba tan ilegítimo como Focas. Por otra parte, no quedaba con vida nadie con más derechos al trono bizantino y Heraclio poseía una obstinación melancólica y un sentido estratégico que le permitieron sobrevivir y aumentar su poder.

Heraclio mantuvo a su primo Nicetas como comandante de sus hombres en Egipto y nombró a Prisco, antiguo general de Mauricio, comandante del ejército más numeroso de Anatolia. En el año 611 un ejército persa abrió una brecha entre ambos al conquistar Antioquía y el resto de Siria septentrional, mientras otra tropa burlaba a Prisco y pe-

netraba en Anatolia central. El emperador destituyó a Prisco y tomó el mando del ejército de Anatolia, convirtiéndose en el primer emperador desde Teodosio I que luchaba personalmente contra el enemigo. Atacó a los persas en las proximidades de Antioquía en el año 613; tras varias escaramuzas, los persas le obligaron a retroceder, avanzaron hacia Palestina y conquistaron Jerusalén. Allí se apoderaron de la que se consideraba la verdadera cruz de Cristo, deportaron a la mayoría de cristianos de la ciudad y permitieron que los judíos la repoblaran. Por aquel entonces los ávaros se habían impuesto a los eslavos y ambos pueblos se unieron para invadir casi toda Iliria de punta a cabo, a excepción del litoral.

Cuando casi se había perdido la mitad del Imperio, Heraclio redujo a la mitad el sueldo del ejército, probablemente mediante la sustitución de las pagas en metálico por distribuciones gratuitas de armas y uniformes, como ya trató de hacer Mauricio más de veinte años antes. Aunque el amotinamiento de las tropas había frustrado los planes de Mauricio, la situación era tan desesperada que en esta ocasión los soldados aceptaron la misma medida sin protestar. Heraclio también redujo en la misma proporción los sueldos de sus funcionarios, evidentemente sin compensaciones de ningún tipo. Poco después el emperador interrumpió la distribución de grano en Constantinopla, que databa de tiempos de Constantino. A pesar de estas drásticas medidas, el Imperio Bizantino continuó al borde de la bancarrota.

Mientras el ejército del norte de Persia arrasaba Anatolia, el ejército del sur inició la conquista de Egipto. Durante la incorporación de Egipto y Siria a su Imperio, los persas se ganaron el favor de los monofisitas locales expulsando a los judíos de Jerusalén. Los persas completaron la conquista de Egipto en el año 620, cuando Nicetas rindió Alejandría. Puesto que Cosroes se negó a iniciar conversaciones de paz incluso después de tan vastas conquistas, es muy probable que planeara continuar extendiendo sus territorios a Anatolia e incluso Constantinopla.

Heraclio comprendió que su única posibilidad era el ataque. Para conseguir los fondos necesarios e iniciar una ofensiva incondicional contra los persas, obtuvo permiso del patriarca Sergio para tomar prestados y fundir el oro y la plata de las iglesias del Imperio. Parece que Heraclio se había esforzado para conservar la mayor parte posible del ejército, pues unos tres cuartos de sus tropas habían sobrevivido a las catastróficas derrotas anteriores. Tras ceder los últimos posesiones bizantinas en España a los visigodos y retirar a la mayoría de sus tropas de Tracia

gracias a una tregua con los ávaros, Heraclio concentró unos cincuenta mil hombres en Anatolia.

En el año 622 el emperador condujo su ejército al este de Anatolia, donde se encontraba el grueso del ejército persa al mando de su mejor general, Sharvaraz. Tras una serie de prolongadas maniobras, Heraclio se enfrentó al general persa y lo derrotó. Aunque no fuese avasallado, se trataba de la primera victoria bizantina de la guerra: reanimó la moral de Bizancio y logró que los persas evacuasen Anatolia. Cuando el emperador se preparaba para avanzar hacia Armenia, los ávaros rompieron la tregua e invadieron el sur de Tracia. Después de un tiempo de arduas negociaciones, durante las cuales casi fue capturado por los ávaros, Heraclio logró pactar otra tregua.

El emperador se preparaba para asestar un golpe definitivo a los persas en su propio territorio. Regresó junto al ejército de Anatolia el año 624, acompañado por su esposa Martina, mientras el patriarca Sergio se hacía cargo del gobierno de Constantinopla. Heraclio cruzó Armenia y penetró en la provincia persa de Atropatene (el actual Azerbaiján). Aunque Cosroes reunió un ejército para resistir e hizo llamar a Sharvaraz, el ejército bizantino le superaba en número y Heraclio le obligó a huir de Atropatene. Los bizantinos invernaron en el Cáucaso, donde contrataron los servicios de mercenarios locales. Al año siguiente las tropas persas eran más numerosas que antes, pero a lo largo de una prolongada campaña Heraclio las derrotó en tres ocasiones.

La respuesta de Cosroes fue aliarse con los ávaros para llevar a cabo un ataque conjunto sobre Constantinopla. En el año 626, Sharvaraz se abrió camino rodeando al ejército bizantino y llegó a los suburbios de la capital. El kan ávaro sitió la ciudad e indicó a sus aliados eslavos que transportaran a los persas al otro lado del estrecho en canoa; sin embargo, durante el trayecto de regreso los bizantinos hundieron las canoas y con ellas a los eslavos y a los persas. A continuación los bizantinos interceptaron una carta de Cosroes en la que ordenaba la ejecución de Sharvaraz. Se la entregaron al general persa, que se retiró con sus tropas para planear su venganza. Sin el apoyo persa, los ávaros y los eslavos también abandonaron el sitio de Constantinopla.

La balanza se había inclinado a favor de los bizantinos. Sharvaraz se negó a obedecer a su soberano y retuvo para sí Egipto y Siria con su ejército. Los ávaros y los eslavos empezaron a luchar entre sí. Heraclio pactó una alianza con los jázaros, un pueblo turco del norte del Cáucaso, y derrotó a los persas en Iberia. En el año 627 el ejército del emperador,

reforzado por las tropas que ya no eran necesarias en Constantinopla, sumaba unos setenta mil bizantinos y soldados aliados. Con ellos Heraclio cruzó Armenia y Atropatene para dirigirse al corazón del Imperio Persa en Mesopotamia. A finales del mismo año, cerca de las ruinas de Nínive, infligió una cruda derrota al único ejército del soberano persa. A principios del año 628 Heraclio amenazaba Ctesifonte, la capital persa. Ante la negativa de Cosroes de pactar la paz, su hijo Kavad II lo depuso y ordenó su ejecución.

El nuevo gobierno persa aceptó liberar a todos los cautivos que tenía en su poder y devolver las conquistas obtenidas desde el inicio de la guerra. Esas concesiones no eran tan importantes como parece, pues la mayor parte de los territorios conquistados se hallaba en manos del rebelde Sharvaraz. Sin embargo, en el año 630, tras el fallecimiento de Kavad, probablemente a causa de la peste, Sharvaraz aceptó entregar Egipto, Siria y la verdadera cruz de Cristo a cambio de su reconocimiento como rey de Persia por los bizantinos. El general consiguió el trono persa, pero fue asesinado dos meses después. Mientras tanto Heraclio había restaurado las fronteras anteriores a la guerra y había devuelto la cruz a Jerusalén. Finalmente inició un regreso triunfal a la capital, acompañado de su fiel esposa Martina.

Tales reveses de fortuna no son frecuentes en la Historia. En buena parte, los motivos deberían buscarse en la inicial división de los bizantinos causada por el usurpador Focas y su excesiva expansión posterior, mientras que después, durante la guerra, eran sus enemigos quienes se habían extendido en exceso y se hallaban divididos entre Cosroes y Sharvaraz, así como entre ávaros y eslavos. Una defensa firme aventaja a un ataque imprudente; asimismo, los tesoros eclesiásticos y las murallas de Constantinopla fueron bazas singulares de los bizantinos. Sin embargo, Heraclio merece gran parte del crédito por no perder la cabeza, preferir salvar soldados a territorio y, finalmente, por llevar a cabo un hábil contraataque en el momento oportuno.

El emperador aprovechó la gloria obtenida para abordar el exasperante cisma monofisita. Junto con el patriarca Sergio propuso una doctrina de compromiso, conocida como monoenergismo, según la cual Cristo tenía dos naturalezas pero una sola «energía», un término deliberadamente vago. Apoyado por el prestigio del emperador victorioso, el monoenergismo reconcilió con celeridad a la mayoría de los monofisitas y calcedonios. Puesto que Heraclio había recuperado gran parte del territorio perdido y seguía pagando la mitad del sueldo a soldados y fun-

cionarios, consiguió equilibrar el presupuesto y empezó a devolver las deudas contraídas con la Iglesia. La guerra había dañado al Imperio, pero en el bando persa y ávaro los estragos eran aún mayores. Asimismo, por aquel entonces tampoco había otros enemigos poderosos en perspectiva.

Sin embargo, en aquel preciso momento surgió un nuevo enemigo. Antes de fallecer en el año 632, el profeta Mahoma casi había concluido su tarea: hacer de la península arábiga un único Estado musulmán. Su poder pasó a unos nuevos líderes políticos y religiosos denominados califas; el primero de ellos inició ataques contra Bizancio y Persia al año siguiente. Cuando los árabes derrotaron a los bizantinos en Palestina, Heraclio envió al ejército de Oriente, bajo el mando de su hermano Teodoro. Los árabes derrotaron a Teodoro e invadieron Siria. Los bizantinos contraatacaron en el año 636 y se enfrentaron a los árabes en las cercanías del río Yarmuk. Los árabes consiguieron una victoria aplastante: despeñaron al grueso del ejército bizantino por un acantilado, en la garganta del Yarmuk.

Al igual que en su anterior enfrentamiento con los persas, Heraclio optó por una retirada estratégica más que por la defensa desesperada. Tras ordenar el traslado de la verdadera cruz de Jerusalén a Constantinopla, retiró sus tropas de casi toda Siria para resistir a los árabes en Egipto. Mientras tanto, éstos aplastaron a los persas en Mesopotamia y tomaron su capital, Ctesifonte. Los persas, menos afortunados que los bizantinos por tener una capital tan próxima al territorio árabe, habían utilizado gran parte de sus recursos en una defensa avanzada y no lograron recuperarse de la derrota. Evidentemente, la hostilidad entre persas y bizantinos seguía siendo demasiado candente como para que ambos hicieran frente común contra su enemigo.

Mientras los ejércitos de Heraclio perdían una y otra vez ante los árabes, su doctrina del monoenergismo también empezó a tambalearse. El Papa y el patriarca de Jerusalén la rechazaron por considerar que hacía demasiadas concesiones a los monofisitas, y los monofisitas de Siria y Egipto se opusieron por considerar que hacía demasiadas concesiones a los calcedonios. En el año 638 el emperador y el patriarca Sergio propusieron una nueva solución de compromiso, el monotelismo, doctrina según la cual Cristo tenía dos naturalezas pero una sola voluntad. Aunque en cierto modo era más coherente que el monoenergismo, el monotelismo se enfrentó con la misma reticencia a realizar concesiones por ambas partes.

Los bizantinos se prepararon para defender Egipto en el delta del Nilo; tras una difícil batalla, consiguieron frenar a los primeros invaso-

res árabes. Pero en el año 640 los árabes se reagruparon y atacaron de nuevo: dispersaron a los bizantinos y se extendieron por todo el país. Era difícil tomar Alejandría por asalto, pero no tanto dejarla desfallecer de hambre una vez aislada de su entorno. Aunque Heraclio reforzó las tropas de Egipto en varias ocasiones, ya era un anciano enfermo de sesenta y seis años. Falleció el año 641, poco después de haber abandonado el monotelismo, que el Papa había condenado.

Siempre alabado por su victoria sobre los persas y culpado por su derrota ante los árabes, Heraclio había seguido una estrategia muy similar en ambos casos: ofrecer una resistencia vigorosa aunque limitada, manteniendo siempre suficientes tropas en reserva para continuar resistiendo en caso de derrota. Sólo había lanzado un contraataque a gran escala contra los persas unos veinte años después de que éstos invadieran por primera vez el Imperio y cuando ya llevaba más de diez años en el trono; cuando murió, la invasión árabe sólo se hallaba en su octavo año. Aunque es evidente que, en aquel momento, una victoria sobre los árabes no parecía probable, tampoco lo había sido la victoria absoluta sobre los persas en un estadio equiparable de la guerra contra Persia. Sin embargo, en ambos casos Heraclio evitó un completo desastre, como el que ya se cernía entonces sobre el Imperio Persa.

No obstante, la supervivencia del Imperio Bizantino tampoco estaba clara. El avance árabe no mostraba indicios de debilidad; tras las conquistas de Siria, Egipto y Persia, los árabes se disponían a atacar Anatolia. El Imperio aún contaba con un ejército de unos ciento nueve mil hombres, cuya nómina apenas podía hacerse efectiva, ni siquiera bajo mínimos; pero incluso los soldados que no estaban enzarzados en la defensa de las lejanas África e Italia habían luchado irregularmente contra los persas y de forma mediocre contra los árabes. Una vez más, los bizantinos se enfrentaban a un dilema que se repetía desde la primera aparición de la peste: su territorio apenas producía suficientes ingresos para pagar al ejército, pero reducir el ejército o la paga de los soldados suponía arriesgar la pérdida de más territorio.

CONSTANTE II EL REFORMADOR

En el año 641 Bizancio necesitaba con urgencia un gobernante fuerte y con talento, pero las disposiciones sucesorias de Heraclio eran irregulares y poco afortunadas. Según la costumbre, su sucesor debía ser el

primogénito de su primer matrimonio, Constantino III, de veintinueve años y tuberculoso; si Constantino fallecía pronto, lo que era de esperar, su hijo Constante, de once años, era el siguiente en la línea sucesoria. Sin embargo, a causa del amor que profesaba a Martina, su segunda esposa y compañera de sus campañas, Heraclio estableció que Constantino III gobernarse conjuntamente con el hijo mayor que sobrevivía de su matrimonio con Martina: Heraclonas, de quince años, que pronto se convertiría en emperador único tras la muerte de Constantino. La opinión pública se oponía a Heraclonas, pues era favorable a la sucesión por primogenitura; además consideraban el matrimonio con Martina incestuoso, pues ésta era sobrina de Heraclio.

Constantino III sólo gobernó tres meses antes de fallecer a causa de la tuberculosis, dejando a Heraclonas en el trono con su madre Martina como regente. Sin embargo, Constantino había nombrado comandante del ejército de Oriente a un fiel seguidor, Valentino, que decidió defender la causa del hijo de Constantino. Mientras Valentino marchaba hacia Constantinopla, ciudadanos amotinados hicieron que Martina nombrase emperador asociado a Constante. Heraclonas llevaba seis meses en el trono cuando Valentino llegó a la capital con su ejército y depuso al joven emperador y a su madre; cortó a Martina parte de la lengua y a Heraclonas parte de la nariz para inutilizarlos como gobernantes. Tras nombrar emperador al hijo de Constantino, que accedió al trono con el nombre de Constante II, el general casó a su hija con el emperador menor de edad y se hizo con el control del Imperio. Dos años después intentó nombrarse emperador asociado, pero acabó linchado por una multitud fiel a Constante.

Constante se convirtió en gobernante independiente contando sólo catorce años. Aunque consultaba a sus consejeros, como haría cualquier emperador sensato, Constante era precoz, enérgico y pronto empezó a tomar decisiones por cuenta propia. Su primera iniciativa de importancia fue intentar recuperar Egipto, cuya conquista acababan de completar los árabes. Un año después de la muerte de Valentino, los bizantinos desembarcaron en Alejandría, donde recibieron la entusiasta acogida de los egipcios. El ejército bizantino avanzó hasta el delta del Nilo, pero fue derrotado por los árabes y tuvo que abandonar el país. En el año 646 el exarca de África se rebeló y dos años después los árabes invadieron su exarcado. Afortunadamente para Constante, los invasores árabes asesinaron al exarca rebelde; su sucesor compró a los árabes para librarse de ellos y se declaró leal al Imperio Bizantino.

El siguiente objetivo de los árabes era el protectorado bizantino de Armenia, tierra natal de la dinastía heracliana. Puesto que la mayoría de los armenios se oponían al Concilio de Calcedonia pero mostraban cierto interés en el monotelismo, el emperador proclamó un edicto que toleraba esta doctrina de compromiso. El Papa condenó el edicto de Constante y el exarca de Italia lo utilizó como excusa para rebelarse; sin embargo, cuando el exarca murió a causa de la peste, Constante hizo arrestar al Papa por traidor y lo depuso. El emperador luchó intensamente por Armenia, pero en el año 654 los árabes ya habían conquistado todo el protectorado bizantino. También habían formado una gran flota que en el año 655 derrotó a la armada bizantina, dirigida por el propio Constante.

El mismo año estalló una cruenta guerra civil entre la dinastía árabe de los omeyya y su rival en pugna por el califato, Ali, yerno de Mahoma. Esas hostilidades frenaron por primera vez el ininterrumpido avance árabe. Mientras los árabes se desgastaban en luchas internas, Constante recuperó el protectorado bizantino sobre Armenia. En el año 659 el gobernador omeyya de Siria firmó una tregua formal con el Imperio e incluso pactó el pago de un tributo a los bizantinos, para así concentrar sus tropas en la lucha contra los seguidores de Ali. La tregua duró tres años, hasta que los omeyyas vencieron a los partidarios del asesinado Ali.

Los bizantinos aún debían demostrar que podían contener la ofensiva árabe sin la ayuda de los propios árabes; éstos siempre habían conquistado todo lo que deseaban, incluidos los territorios bizantinos de Egipto, Siria y Armenia, y siempre habían realizado todas las incursiones que les apetecía, por ejemplo en África y Anatolia bizantinas. El terreno accidentado de Armenia y Anatolia simplemente había aminorado la rapidez de su avance; en un breve espacio de tiempo, habían construido una flota capaz de derrotar a la curtidada flota bizantina. Desde la muerte del último rey de Persia, en el año 651, los persas ya no representaban ninguna amenaza para los árabes. El califato, que ya había derrotado a Bizancio cuando era mucho más pobre y reducido que el imperio, ahora era mucho mayor y próspero que el agotado Imperio Bizantino.

Los años de tregua con los árabes, que abarcan del 659 al 661, coinciden casi exactamente con la formación de una de las más importantes y enigmáticas instituciones bizantinas: las unidades militares conocidas como *themata* (*themata*, en griego). Cuando la tregua finalizó en el año 662, Constante partió hacia Italia con un gran ejército, dejando a su

primogénito Constantino, apenas adolescente, a cargo de Constantinopla. Por entonces, Constante parecía satisfecho con sus medidas defensivas en Oriente. La primera evidencia de *themata* específicos data del año 668; las fuentes señalan que un *thema* se hallaba en Oriente y partes de otros tres, también de Oriente, todavía se hallaban en Occidente con Constante. Puesto que es poco probable que el emperador crease *themata* en Oriente mientras se hallaba en Occidente, posiblemente los cuatro *themata* ya existían antes de su partida en el año 662.

La palabra *thema* significa algo similar a emplazamiento; los *themata* eran ejércitos acantonados en un determinado territorio, también denominado *thema*. Estaban formados por las tropas de campaña de los primeros tiempos y conservaban, de forma helenizada, sus antiguos nombres latinos. Los anteriores ejércitos de Armenia, Oriente y Tracia se convirtieron, por tanto, en los *themata* Armeniaco, Anatólico y Tracesio, aunque a la sazón se encontraran en Anatolia oriental, central y occidental, respectivamente. El *thema* de Opsikion, derivado del vocablo latino que designaba al séquito del emperador, estaba formado por dos de los anteriores ejércitos *praesentales*, ahora destinados a Tracia y al noroeste de Anatolia. El origen del *thema* Carabisiano, un cuerpo de fuerzas marítimas cuyo nombre derivaba del vocablo griego «navío», no está tan claro, pero probablemente se trataba del antiguo ejército de Iliria, ahora destinado a Grecia y al sur de Anatolia. Estos *themata* cubrían todo el Imperio, a excepción de los exarcados de África e Italia y algunos puestos aislados. Esa reestructuración sólo podía llevarse a cabo durante un período de paz, que proporcionó la tregua de los años 659-661.

En años posteriores, los soldados de los *themata* recibían gran parte de su sueldo y suministros en forma de concesiones de tierras dentro del territorio al que pertenecía su *thema*, pero que tal disposición coincidía con la creación de los *themata* sigue siendo motivo de debate entre los historiadores. El principal argumento en contra es que las fuentes no mencionan una distribución de concesiones de tierras en este período; sin embargo, ninguna fuente menciona la distribución en otras fechas y, en este período de escasez de fuentes, esa omisión es menos extraña que en épocas posteriores. El motivo evidente para establecer las tropas en territorios determinados es que los soldados recibían tierras en la región asignada; el propósito de esas concesiones era mantener los sueldos bajos, algo necesario tras las pérdidas territoriales del Imperio y la dificultad para recaudar fondos. Probablemente las concesiones provenían de las antiguas propiedades imperiales, que eran

extensas en el siglo VI pero ya se habían reducido considerablemente en el siglo IX.

Aunque los soldados siguieron recibiendo en nomismata la mitad de su ya reducida paga, es muy probable que adquiriesen las armas y los uniformes por cuenta propia, con las rentas de sus tierras. A partir del año 659, los sellos de plomo que se conservan de documentos desaparecidos revelan una red de almacenes estatales extendida por todo el Imperio; parece que esos almacenes vendían armas y municiones a las tropas. Además de sugerir la función militar de dichos almacenes, los sellos muestran que el administrador de al menos cinco de ellos, entre los años 659 y 668, era al mismo tiempo el primer logoteta militar, o ministro encargado de pagar al ejército, del que se tiene noticia.

Parece ser que las reformas de Constante también incluían la reorganización de la burocracia central. Los principales funcionarios eran tres nuevos ministros, llamados logotetas: el logoteta militar, encargado de los pagos al ejército; el logoteta general, dedicado a la recaudación de impuestos, y el logoteta postal, con funciones diplomáticas y de seguridad interna. Estos cargos reemplazaron a los anteriores ministros de Finanzas, *comes sacrarum largitionum* y *comes rei private*. El *protoasecretis*, otro nuevo cargo, se responsabilizaba de los archivos gubernamentales; el *quaestor* siguió siendo el responsable de los asuntos legales. Se denominaba estratega al jefe de cada thema (o conde, en el thema de Opsikion); sus funciones eran tanto la de gobernador militar como la de comandante de sus tropas. Los exarcas ya poseían similares atribuciones en África e Italia, aunque su creciente independencia demostraba los peligros de tales disposiciones.

El principal objetivo de la expedición de Constante a Occidente era reafirmar el control de África e Italia. Parece que su fuerza expedicionaria se componía de los themas Carabisiano, Anatólico y de Opsikion. En el año 663 llegó a Italia; visitó Roma para presentar sus respetos al Papa y recaudar fondos. A continuación el emperador viajó a Sicilia, donde consiguió más dinero. Cuando el semiindependiente exarca de África se negó a pagar lo que se le ordenaba, fue depuesto por sus propios hombres y Constante nombró un nuevo exarca. No se sabe con certeza si Constante hizo cesiones de tierras a los soldados de África e Italia durante este período, aunque cabe tal posibilidad: los sellos muestran que ambos exarcados pronto contaron con almacenes; posteriormente, parte de los dos exarcados se convirtieron en themas.

Mientras tanto, los árabes habían reconquistado Armenia e iniciaban de nuevo incursiones en África y en Anatolia, sobre todo en el nuevo thema Armeniaco de la frontera. En el año 668 el estratega de este thema se rebeló con el apoyo del califa, pero la revuelta se truncó cuando el estratega murió a consecuencia de un accidente. Sin embargo, el mismo año el conde del thema de Opsikion, que se hallaba con el emperador en Sicilia, asesinó a Constante y se proclamó emperador. Dicha rebelión también fracasó, sofocada por los soldados de África e Italia; no obstante, demostró que Constante había delegado un poder excesivo en los comandantes de los themas.

En otros aspectos, el sistema de los themas y de las concesiones territoriales a los soldados supuso grandes ventajas para el Imperio. Al recortar las pagas a la mitad y trasladar los gastos en uniformes, armas, forraje y caballos del Estado a los propios soldados, el sistema redujo en casi dos tercios los gastos militares básicos, lo que aseguró la solvencia del Imperio para afrontar un futuro previsible. Asimismo, las concesiones permitieron que los soldados estuviesen mejor abastecidos que en épocas anteriores; el proceso de asentamiento situó a los soldados cerca de cualquier punto que el enemigo decidiese atacar y fomentó la defensa de dichos puestos, ya que era allí donde poseían tierras. Aunque los soldados podían retirarse ante una ofensiva enemiga, tenían buenas razones para regresar cuando los atacantes se hubiesen marchado. Durante todo el período en que los themas se mantuvieron vigentes, a los enemigos del Imperio les fue difícil mantener conquistas duraderas a expensas de Bizancio.

En años posteriores, Constante II fue el menos aclamado de los grandes emperadores bizantinos. No consiguió conquistas ni victorias contra el enemigo, había seguido una política religiosa impopular, murió asesinado y vivió durante uno de los períodos menos documentados de la historia bizantina. Sin embargo, sus logros, iniciados cuando apenas era adolescente, demostraron su talento tanto en la planificación como en la ejecución, y fueron de vital importancia para el futuro del Imperio. Además de crear los themas y organizar la burocracia, Constante dirigió meticulosamente las finanzas imperiales, frenó la dinámica independentista de África e Italia y construyó un gran número de fortificaciones imprescindibles en Anatolia. Por tanto, preparó a Bizancio para que sobreviviese a la prolongada lucha que libraría contra los árabes.

INCURSIONES Y REVOLUCIONES

Aunque menos brillante que su padre y probablemente menor de veinte años cuando accedió al trono, Constantino IV, el hijo de Constante, era sensato, decidido y experimentado. Cuando tuvo noticia del asesinato de su padre, reunió un ejército y se embarcó rumbo a Sicilia. Encontró el orden restablecido, ejecutó al asesino de su padre y en la primavera del año 669 devolvió a los temas orientales las tropas que se habían desplazado a Occidente. Ese mismo año los árabes saquearon Sicilia e invadieron África y Anatolia, pero la mayor parte de África continuó en manos bizantinas y Constantino expulsó a los árabes de Anatolia pocos meses después.

El califa omeya no tardó en urdir planes más ambiciosos contra el Imperio. Tras apropiarse de algunas zonas fronterizas y varias islas bizantinas, en el año 674 envió una gran expedición naval que se estableció en Cycico, no lejos de Constantinopla. Los árabes se instalaron a largo plazo y recibieron refuerzos por tierra dos años después. Sus incursiones en toda la región y la amenaza que representaban para la misma capital hicieron que Constantino descuidase otras zonas del Imperio: los esclavos aprovecharon la oportunidad para sitiar Tesalónica y los lombardos para conquistar Calabria, el tacón de la bota italiana. La mayoría de los calabreses huyeron, llevándose consigo el nombre de su tierra natal a la punta todavía bizantina de la bota, conocida desde entonces como Calabria.

Durante tres años los árabes saquearon y paralizaron el Imperio desde Cycico, hasta que finalmente Constantino decidió contraatacar. La marina bizantina utilizó una nueva arma, que más tarde se conocería como «fuego griego»: una sustancia que se extendía sobre el agua, prendía e incendiaba las embarcaciones enemigas. Una batalla con fuego griego fue suficiente para expulsar al enemigo. Cuando se retiraban, los árabes sufrieron importantes bajas: el resto de su flota se encontró con una tormenta y su ejército se enfrentó a las tropas de los temas anatólicos. Después de que Constantino derrotara a los esclavos y reconquistara las islas de Egeo, el califa aceptó una tregua.

El emperador aprovechó el respiro para convocar un concilio ecuménico en Constantinopla. El objetivo era tratar el tema del monotelismo, que su padre había tolerado pero pocos parecían favorecer, a excepción de algunos armenios. Ahora que Armenia se hallaba bajo soberanía árabe, el concilio condenó el monotelismo y afirmó que Cristo tenía dos

voluntades, al igual que tenía dos naturalezas. Aunque este descubrimiento hizo aún más difícil un compromiso con el monofisismo, la mayoría de los monofisitas vivían en tierras conquistadas por los árabes. El sexto concilio ecuménico, reunido del 680 al 681, fue el último donde se discutiría la naturaleza de Cristo.

Mientras el concilio seguía reunido, los búlgaros, presionados por los jázaros en el este, cruzaron el Danubio y emigraron a Tracia, donde se impusieron a los esclavos locales. Consciente de que los búlgaros eran unos vecinos peligrosos, Constantino dirigió una expedición en su contra. Sin embargo, el emperador padecía gota y a media campaña tuvo que abandonar el campamento para buscar tratamiento; el ejército huyó tras él. Los búlgaros se instalaron en el norte de Tracia, tomando algunas ciudades costeras bizantinas además del interior eslavo. El emperador reconoció mediante un tratado las nuevas fronteras de los búlgaros y para reforzar sus defensas creó un tema separado para Tracia, formado por la parte europea del thema de Opsikion.

La tregua con los árabes se mantuvo porque los omeya y los descendientes de Alí se habían enzarzado en nuevas guerras civiles. Los habitantes de Armenia e Iberia aprovecharon la oportunidad para rebelarse contra el califa y solicitar la protección bizantina; el emperador les concedió el protectorado y a continuación recuperó los territorios fronterizos que había perdido a manos de los árabes. El preocupado califa, sin embargo, accedió a pactar una nueva tregua en el año 685, el mismo en que Constantino falleció de disentería. En el momento de su muerte, Constantino conservaba todo el territorio que había heredado de su padre. Había rechazado sucesivos ataques enemigos, perdiendo sólo una pequeña parte de Italia a manos de los lombardos, algo de Tracia contra los búlgaros y una zona de África a manos de los árabes. Aunque sin duda Constantino era un emperador capaz, gran parte del éxito de su defensa se debió al sistema de los temas.

Justiniano II, hijo de Constantino, empezó a gobernar cuando contaba dieciséis años, una edad algo superior a la de su padre y la de su abuelo cuando accedieron al trono. Justiniano era más agresivo y no tan paciente como su padre. Puesto que Bizancio parecía más fuerte y el avance árabe se había estancado, el nuevo emperador decidió revivir el nombre que compartía con Justiniano I y restaurar la grandeza del Imperio. Lo que el joven Justiniano no comprendió fue que el poder de Bizancio era básicamente defensivo y que la debilidad árabe sólo era temporal.

Cuando los árabes intentaron reconquistar Armenia e Iberia, Justiniano envió un ejército que los derrotó. A continuación llegó a un acuerdo con el califa para compartir el control de Armenia, Iberia y Chipre, así como para reinstalar en Bizancio a ciertos piratas cristianos llamados mardaitas que asolaban la Siria árabe. Justiniano alistó a los mardaitas como remeros permanentes en su flota del thema Carabisiano, que hasta entonces había contratado remeros temporales. También transformó la parte balcánica de dicho thema en el thema independiente de Hélade, que contaba con sus propios remeros mardaitas.

Justiniano aprovechó la favorable tregua que mantenía con los árabes para llevar a cabo una campaña contra los eslavos en la región que separaba Tracia de Tesalónica. Aunque sólo añadió un pequeño territorio a la zona bizantina que rodeaba Tesalónica, el emperador apresó a numerosos eslavos, los instaló en Anatolia y después reclutó a treinta mil de ellos para que formaran parte del ejército bizantino. Un año después, antes de que los reclutas estuviesen preparados para el servicio, Justiniano rompió la tregua y atacó el califato. Puesto que la guerra civil árabe seguía en pie, parece que el califa compró a Justiniano cediéndole el control absoluto de Armenia, Iberia y Chipre.

El emperador respetó el nuevo tratado durante algún tiempo. Sin embargo, en el año 692 empezó a acuñar nomismata de oro en las que aparecía grabada la efigie de Cristo; el califa, que debía pagar su tributo en copias de monedas bizantinas, se enfadó. Cuando el califa hizo efectivo el pago en monedas de oro sin la imagen de Cristo, Justiniano le declaró la guerra. Mientras se disponía a invadir el califato con sus nuevos soldados eslavos, los árabes se le adelantaron e invadieron el Imperio. Durante la batalla que se libró en el thema Armeniaco, la mayoría de los eslavos de Justiniano desertaron al bando árabe, que resultó vencedor. Mientras el emperador vendía como esclavos al resto de sus soldados eslavos y encarcelaba a su general Leoncio, los árabes ocuparon Armenia y reanudaron sus incursiones en Anatolia oriental.

Para evitar que los bizantinos prestasen demasiada atención a la derrota, Justiniano convocó un concilio en Constantinopla, que trataría asuntos referentes a la ley canónica. Con dicho concilio se pretendía completar la obra iniciada en los anteriores quinto y sexto concilios, por lo que fue conocido como el «Quinto-Sexto» o Quinisexto Concilio. Puesto que casi todos los obispos participantes eran de Oriente, se codificaron las prácticas de la Iglesia de Oriente y se condenaron algunas de la Iglesia de Occidente. El Papa rechazó el concilio; Justiniano ordenó que



FIGURA 6. Nomisma de oro de Justiniano II (emperador entre los años 685 y 695 y de nuevo entre los años 705 y 711) sosteniendo una cruz, con un busto de Cristo en el reverso. El tamaño es dos veces y medio superior al real. La acuñación de esta moneda en el año 692 provocó una guerra entre bizantinos y árabes, después de que el califa se negara a pagar tributo en una moneda tan explícitamente cristiana. (Fotografía: Dumbarton Oaks, Washington D. C., © copyright 1999.)

el ejército del exarcado de Italia lo arrestara, pero las tropas se negaron a obedecer.

A continuación Justiniano intentó obtener fama mediante la ampliación del palacio imperial. Financió las obras con exacciones impuestas a los ricos de la capital, lo que aumentó su ya considerable impopularidad. En el año 695, cuando intentaba aplacar a sus enemigos con la liberación del general Leoncio, se formó una conspiración para nombrar emperador al general. Los conspiradores lograron que la población de Constantinopla se rebelara, capturase a Justiniano y proclamara emperador a Leoncio. El nuevo emperador ordenó que cortaran la lengua y la nariz de Justiniano y lo exilió a Crimea.

Por tanto, Leoncio se convirtió en el segundo emperador de Oriente que, desde Diocleciano, accedía al poder sin ningún derecho legítimo y derrocaba a un emperador que no era intolerable, aunque hubiese cometido ciertos errores. Leoncio era honrado y competente, pero pronto descubrió, como antes le había sucedido a Focas, que ser un usurpador era personalmente agotador y además minaba la estabilidad del Imperio: la falta de legitimidad fomentaba los ataques árabes y las conspiraciones de sus compatriotas bizantinos.

Un año después del acceso de Leoncio al trono, los árabes invadieron en masa el África bizantina; al cabo de un año, capturaron la capital del exarca en Cartago. Leoncio envió una flota del thema Carabisiano con un ejército que recuperó Cartago y algunos territorios del interior, pero en el año 698 los árabes contraatacaron y obligaron a la tropa bizantina a reembarcar. En el trayecto de vuelta se detuvieron en Creta y,

conscientes de su fracaso, los soldados se rebelaron y proclamaron emperador a su segundo oficial de máximo rango, Apsimar, que tomó el nombre de Tiberio III. Tiberio navegó hacia Constantinopla y sitió la ciudad. Cuando ésta se entregó, el nuevo emperador rebanó la nariz de Leoncio, le obligó a hacerse monje y tomó su lugar.

Menos prudente que Leoncio, y situado en una posición incluso menos justificable, Tiberio intentó demostrar su capacidad como gobernante con una incursión en la Siria árabe. Los árabes respondieron con un ataque a la frontera oriental, pero la incursión bizantina también fomentó una revuelta armenia contra los árabes que los mantuvo algo ocupados. En Occidente, Tiberio renunció a África, aunque convirtió las islas que quedaban del exarcado en el débil *thema* de Cerdeña, y la parte meridional del exarcado italiano en el más sólido *thema* de Sicilia.

Mientras tanto, el depuesto y mutilado Justiniano había escapado de su exilio en Crimea hacia territorio jázaro. Allí desposó con la hija del kan, a la que bautizó con el significativo nombre de Teodora. Cuando los jázaros parecían a punto de rebelarse contra él, Justiniano huyó a territorio búlgaro y se ganó el favor de su kan, Tervel, que le proporcionó un ejército para atacar Constantinopla. En el año 705 Justiniano penetró en la capital a través de un acueducto roto y reclamó el trono.

Justiniano capturó a Tiberio III, sacó a Leoncio del monasterio y ejecutó a ambos, así como a varios de sus partidarios. A pesar del resentimiento que sentía por haber sido depuesto y desfigurado, Justiniano evitó hacerse más enemigos y actuó como el gobernante legítimo del Imperio. Invitó al Papa a Constantinopla para solucionar sus diferencias respecto al Quinisexto Concilio y en el año 711 acordaron que el papado sólo aceptaría aquellos cánones del concilio que fueran compatibles con las prácticas de Occidente.

Los árabes habían sometido Armenia y asolaban Anatolia con más ferocidad que nunca, venciendo a todas las tropas que se enviaban en su contra. No obstante, lo que acabó con Justiniano fue una revuelta, en apariencia de menor importancia, de los bizantinos de Crimea apoyados por los jázaros, probablemente provocada por las medidas de Justiniano contra aquéllos que le habían ofendido durante su exilio. Los rebeldes proclamaron emperador al exiliado bizantino Bardanes, un armenio que tomó el nombre griego de Filípico. Justiniano envió una expedición naval en su contra, pero ésta se unió a la causa de Filípico. La flota tomó la ciudad de Constantinopla mientras Justiniano regresaba de una campaña contra los árabes. El usurpador ejecutó a numerosos seguidores de

Justiniano y el ejército imperial también abandonó a su emperador. Filípico hizo decapitar a Justiniano.

Filípico demostró ser el usurpador con menos talento que había llegado al trono hasta la fecha. Además de propiarse ejecutando a los seguidores de Justiniano, como monoteísta insistió en repudiar el sexto concilio ecuménico y depuso al patriarca de Constantinopla por defenderlo. También luchó con ineptitud contra los árabes, quienes conquistaron toda la zona fronteriza con Bizancio hasta la cadena montañosa del Taurus y realizaron repetidas incursiones que sobrepasaban dicho punto. Los búlgaros penetraron en Tracia. En el año 713 el conde del *thema* de Opsikion apresó a Filípico y lo cegó, con la intención de hacerse con el trono.

El conde fue superado en estrategia por el *protoasecretis* Artemio, que lo cegó por deslealtad y se proclamó emperador con el nombre de Anastasio II. Además de haber castigado a un usurpador y haber accedido al trono en ausencia de un pretendiente legítimo, Anastasio contaba con la ventaja de ser un gobernante muy capacitado. Evitó las ejecuciones y reafirmó de inmediato la validez del sexto concilio ecuménico. Sin embargo, precisamente entonces los árabes planearon un ataque masivo contra Constantinopla, por tierra y por mar, para completar la caída de un Imperio que parecía inmerso en un proceso de autodestrucción.

Anastasio reforzó las murallas de la capital y almacenó provisiones para hacer frente al sitio. En el año 715 envió una expedición a Rodas, con la intención de sorprender a una flota árabe que se hallaba en sus inmediaciones. Sin embargo, algunos soldados del *thema* de Opsikion, a cuyo anterior comandante Anastasio había cegado, se rebelaron en la isla. Desembarcaron en Anatolia y proclamaron emperador contra su voluntad a un funcionario fiscal, que tomó el nombre de Teodosio III. Anastasio se enfrentaba no sólo a una invasión árabe, sino a una guerra civil contra el *thema* de Opsikion. Mientras dirigía un ejército a Nicea para enfrentarse a los rebeldes de Opsikion, éstos atacaron Constantinopla, que los admitió. Anastasio reconoció su derrota y se exilió como monje.

El nuevo emperador, Teodosio, tenía razones para resistirse a su proclamación, pues era totalmente incapaz de enfrentarse a la enorme concentración terrestre y marítima que los árabes dirigían contra él. Tampoco contaba con la lealtad de gran parte del ejército bizantino de Anatolia, donde los *themata* Anatólico y Armeniaco se negaban a reconocerlo. Cuando sólo había transcurrido un año de su proclamación, el estratega del *thema* anatólico, León el Sirio, se proclamó emperador con

el apoyo del thema Armeníaco. León eludió a los árabes y se dirigió a Constantinopla, donde Teodosio pactó la rendición. León entró en la capital en el año 717.

Los themas habían sido, en gran parte, responsables de frenar el avance árabe durante los gobiernos de Constante II y Constantino IV, pero también lo fueron de las siete revoluciones acaecidas entre los años 695 y 717. La concesión de tierras les permitía prescindir de la paga que recibían de Constantinopla y además combinaban una autoridad sobre vastas extensiones territoriales con grandes ejércitos. Cualquier comandante de un thema tenía el poder suficiente para ser un serio aspirante al trono. Hasta el momento, el thema de Opsikion había causado el asesinato de Constante II y el derrocamiento de Filípico y de Anastasio. El thema Carabisiano había depuesto a Leoncio; una flota, probablemente perteneciente al thema Carabisiano, había provocado el segundo derrocamiento de Justiniano II, y el thema Anatólico le había arrebatado el trono a Teodosio III. El thema Armeníaco, sin proclamar un emperador propio, había incitado una importante revuelta durante el reinado de Constancio y había colaborado en la caída de Teodosio. Aunque en un principio la legitimidad de Constante II, Constantino IV y Justiniano II contribuyó a evitar la rebelión de los themas, la oleada de revueltas posteriores al año 695 había demostrado la vulnerabilidad de los emperadores. Desde entonces, las revueltas de los themas casi habían logrado hundir el Imperio.

TRES EMPERADORES ICONOCLASTAS

León III el Sirio, un veterano y astuto comandante de unos cuarenta años, fue nombrado emperador cuando Bizancio se enfrentaba a un peligro sin precedentes. Se decía que el avance árabe contaba con ciento veinte mil hombres y mil ochocientas embarcaciones, sin lugar a dudas una fuerza muy superior a la del ejército y la marina de Bizancio. Incluso los persas y los ávaros habían supuesto una seria amenaza para Constantinopla con unos efectivos terrestres y marítimos menos numerosos. Cuatro meses después de la coronación de León, las tropas árabes iniciaron el sitio de la ciudad en la zona que lindaba con tierra: el campamento árabe se extendía a lo largo de toda la muralla, de un extremo a otro. El grueso de la marina árabe llegó dos meses después.

León estaba preparado. Ya había pactado una alianza con los búlgaros, quienes veían a los árabes como un vecino más peligroso que Bizancio. Tan pronto como la flota árabe intentó sobrepasar la ciudad, León atacó con fuego griego, aterrizando al enemigo de tal modo que las embarcaciones regresaron a puerto y allí se quedaron. De esta forma, los bizantinos mantuvieron el control marítimo, lo que les permitía abastecer Constantinopla siempre que lo desearan. Las tropas árabes se encontraron atrapadas entre las murallas de la capital y los atacantes búlgaros y bizantinos; acabaron sus provisiones y tuvieron que soportar las nieves de un invierno inusualmente crudo para Constantinopla. Muchos árabes perecieron, junto con gran parte de los caballos y el ganado que habían llevado consigo.

En la primavera del año 718, el califa envió a los sitiadores un ejército de refuerzo desde Siria, así como nuevas embarcaciones procedentes de Egipto y África. Sin embargo, gran parte de las tripulaciones egipcias y africanas, de mayoría cristiana, desertaron a favor del emperador: contribuyeron a hundir sus propios barcos y a robar sus suministros. León tendió una emboscada, derrotó y expulsó al nuevo ejército árabe antes de que pudiera unirse a los sitiadores. A finales de verano, el resto de los sitiadores, maltratados por el hambre, la enfermedad y los búlgaros, abandonaron el cerco. Aunque el grueso del ejército pudo regresar a su territorio sin oposición, gran parte de la flota naufragó a causa de una tormenta y el resto ardió debido a una erupción volcánica en el mar Egeo. Tras esta flagrante derrota, que acarreo innumerables pérdidas, los árabes nunca intentarían sitiar de nuevo Constantinopla a gran escala.

Aun reconociendo la mala fortuna de los árabes, León merece cierto crédito por su bien planeada defensa. Sus éxitos se prolongaron con la recuperación de algunos territorios fronterizos que los árabes habían conquistado poco antes y con avances en el interior de Armenia. Cuando los búlgaros apoyaron las pretensiones al trono de Anastasio II, León los redujo y ejecutó a Anastasio. No obstante, durante el sitio árabe Bizancio había perdido el control de su lejano thema de Cerdeña. Asimismo, las fuerzas árabes seguían conservando su poder e iniciativa: en el año 720 reanudaron la ofensiva recuperando las recientes conquistas de León en Armenia e iniciando nuevas incursiones en el interior de Anatolia.

Decepcionado por los persistentes problemas del Imperio, León los atribuyó, siguiendo la costumbre medieval, a la cólera divina. Sin embargo, tardó algún tiempo en decidir cuál era el motivo de tal enfado. En el

año 722 obligó a los judíos bizantinos a pasar por el bautismo. En el 726 promulgó un breve código legal en griego que, a pesar de titularse *Écloga* («Selección»), no era una mera selección del *Código justiniano*, sino que incluía nuevas disposiciones que reforzaban la moralidad bíblica. Restringía aún más las causas de divorcio, prohibía el aborto y reducía las penas (de la ejecución a la mutilación) para muchos crímenes, aunque en el caso de las prácticas homosexuales las incrementaba, pasando de la mutilación a la ejecución. Ni siquiera tales medidas consiguieron evitar otra erupción volcánica en el Egeo ese mismo año que, a diferencia de la del 718, únicamente afectó a los bizantinos y no a los árabes.

León empezó a plantearse que Dios podía estar furioso porque los bizantinos rezaban ante iconos de Cristo y de los santos, lo que parecía infringir la ley mosaica contraria a la adoración de imágenes. Los musulmanes siempre habían rechazado las imágenes religiosas y recientemente un califa había prohibido todas las imágenes en el califato, incluidas las cristianas. Un reducido número de bizantinos, entre ellos dos obispos, ya condenaba los iconos; no obstante, la mayoría de la población se había acostumbrado a las imágenes sagradas y las aprobaba. Cuando León hizo retirar una imagen de Cristo de las puertas de palacio, desencadenó una revuelta. En un principio promulgó un edicto contra los iconos, sin esforzarse demasiado en llevarlo a la práctica. Sin embargo, cuando sus tropas obtuvieron nuevas victorias contra los árabes, León se convenció de la necesidad de una iconoclasia absoluta: la destrucción de los iconos.

En el año 730, desconfiando de que un concilio ecuménico lo respaldara, León convocó un consejo de burócratas que ratificaron la iconoclasia. El patriarca Germano, que se había negado a acudir, abdicó y fue reemplazado. El emperador prohibió oficialmente los iconos y ordenó que se retiraran todos los que ocupaban espacios públicos, aunque no tomó medidas en contra de los iconóculos; parece que consideraba la veneración de los iconos una superstición, no una herejía. No obstante, los cristianos que vivían en territorio árabe rechazaron la iconoclasia; un año después, el Papa convocó un concilio que la declaró herética.

León envió una flota a Roma en el año 733, con la probable intención de arrestar al Papa, pero una tormenta la hizo naufragar antes de que llegara a puerto. Puesto que el emperador no tenía un control real sobre Roma, como represalia confiscó las sustanciales propiedades papales del thema de Sicilia. También transfirió al patriarcado de Cons-

tantinopla la tradicional jurisdicción papal en Sicilia, Calabria y lo que quedaba de la Grecia bizantina. El papado perdió su autoridad sobre los territorios de habla griega de Italia meridional, Sicilia y Grecia; casi todas las zonas de habla griega quedaron sometidas al patriarcado de Constantinopla.

Este ajuste de los límites eclesiásticos a la división cultural entre griegos y latinos demostró ser permanente, y se hizo portentosa al sumarse a la disputa teológica sobre la iconoclasia y las diferencias entre las prácticas eclesiásticas que ya había revelado el Quinisexto Concilio de Justiniano II. Por aquel entonces, el control de Bizancio sobre los maltrechos restos del exarcado de Italia era tan débil que León no se atrevió a arrebatarlos a la autoridad papal. Alrededor del año 738 los lombardos ocuparon brevemente Ravena, y el exarcado sólo consiguió recuperarla gracias a la ayuda papal.

Los árabes continuaban arrasando Anatolia, pero en el año 740 León derrotó a una partida enemiga. Aunque no supuso ninguna diferencia duradera, las victorias eran tan escasas que León lo consideró un signo de aprobación divina de la iconoclasia. No obstante, los iconóculos también interpretaron como una muestra de cólera divina por la iconoclasia el terremoto que sacudió Constantinopla y las regiones circundantes ese mismo año, así como la muerte por hidropea de León el año siguiente. Los hechos innegables eran que el emperador iconoclasta había capeado un violento sitio árabe y había fallecido en su lecho tras un largo y, en gran parte, próspero reinado.

Sin embargo, en el año 741 la sucesión del hijo de León, Constantino IV, estuvo plagada de incidentes. Constantino tenía veintidós años y la legitimidad, el vigor y la inteligencia de su parte; pero el hombre más poderoso del Imperio era el mucho mayor Artavasdo, conde del poderoso thema de Opsikion, que había apoyado a León III antes de su acceso al trono y estaba casado con la hija del difunto emperador. Poco después de su coronación, cuando Constantino se internó en el thema de Opsikion como parte de una campaña contra los árabes, Artavasdo lo atacó; Constantino huyó y Artavasdo tomó Constantinopla. Tras ser coronado en la capital, permitió la restitución de los iconos.

Tras obtener el apoyo de los temas Anatólico y Tracesio, Constantino inició una guerra civil para recuperar el trono. El año siguiente Artavasdo invadió el thema Tracesio, donde fue derrotado por Constantino. Después de vencer al hijo de Artavasdo, comandante del thema Armeniaco, Constantino cercó a su rival en Constantinopla. Durante el

sitio, que se prolongó más de un año, Artavasdo no logró que su rival se retirase. Después de reducir a los ciudadanos a la inanición, Constantino tomó las murallas en un ataque sorpresa. Cegó a Artavasdo y a sus hijos; a finales del año 743 había ganado la guerra.

Constantino V fue quizás el primero en entender que el *thema* de Opsikion, el más rebelde del Imperio, era demasiado extenso y se hallaba demasiado cerca de la capital. Poco después de la derrota de Artavasdo, el emperador redujo tanto su tamaño como su proximidad transformando una parte del *thema* en una nueva división del ejército, los *tagmata* («regimientos»). Estableció seis *tagmata*, de los cuales tres eran unidades de caballería con cuatro mil hombres por unidad. Los *tagmata* de caballería de los *Scolae*, los *Excubitores* y de la Guardia, que tomaron sus nombres de antiguos cuerpos que se habían hecho insignificantes con el paso de los años, formaron un nuevo ejército móvil. Los tres *tagmata* restantes eran los *Numera* y de las Murallas, que actuaban como guarnición permanente de Constantinopla, y los *Optimates*, un cuerpo compuesto por guías con mulas que transportaban los pertrechos del ejército durante las campañas. Los comandantes de los *tagmata* se denominaban domésticos, a excepción del *drongario* del *tagma* de la Guardia y el conde del *tagma* de las Murallas. El doméstico de los *Scolae* se convirtió en el comandante en jefe del emperador.

Los hombres de los *tagmata* siguieron conservando las concesiones de tierras que habían recibido como soldados del *thema* de Opsikion, pero además recibieron sus monturas, víveres, forraje, armas y uniformes del Estado. A excepción de los *Optimates*, que poseían un pequeño territorio propio entre lo que quedaba del *thema* de Opsikion y la capital, los soldados de los *tagmata* estaban dispersos en las regiones de Tracia y Anatolia que rodeaban Constantinopla, de modo que el emperador podía reunirlos con facilidad, pero no así un rebelde o un conspirador. Al crear los *tagmata*, Constantino no sólo dividió el *thema* de Opsikion, sino que se aprovisionó de una fuerza de gran movilidad y bien equipada capaz de realizar campañas por sí misma o con tropas de los *themas*.

Constantino inició una campaña de incursiones en las zonas fronterizas del califato, aprovechando que otra guerra civil enfrentaba a los omeyas con los rebeldes abásidas. Sin intentar llevar a cabo conquistas, reunió a los cristianos locales y los trasladó a Tracia, donde estaba avanzando la frontera hacia territorio eslavo. En el año 747, después de que un brote de peste bubónica exterminase a gran parte de la población de

Constantinopla, el emperador repobló la ciudad con colonos de Grecia y de las islas. Afortunadamente para Bizancio, ésta fue la última de las recurrencias periódicas de la epidemia que había aparecido dos siglos antes.

Durante los diez años posteriores a la revuelta de Artavasdo, que se había mostrado favorable a los iconódulos, Constantino apenas tomó medidas para imponer la iconoclasia. La prohibición de los iconos instituida por León siguió siendo de ley en todo el Imperio excepto en Italia central, donde el Papa era prácticamente independiente y los exarcas resistían con dificultad, hasta que los lombardos conquistaron definitivamente Ravena en el año 751. Sin embargo, Constantino creía en la iconoclasia; en el año 753 se sintió lo bastante afianzado como para convocar un concilio eclesiástico que la ratificara. El concilio se reunió en el palacio imperial de Hieria, cerca de Calcedonia. Los obispos, casi en su totalidad nombrados por Constantino o por su padre, condenaron la veneración de los iconos como herejía. Aceptaron el argumento, concedido por el propio Constantino, de que un icono de Cristo lo representaba o bien como hombre en una persona separada (lo que implicaría nestorianismo), o bien como humano y divino con una única naturaleza, lo que conduciría al monofisismo. No obstante, después del concilio el emperador no actuó en contra de quienes veneraban iconos en privado.

La victoria absoluta de los abásidas en la guerra civil árabe hizo que el califato se transformara en un adversario unificado y de gran magnitud. Tras algunas escaramuzas, Constantino pactó una tregua con los árabes y concentró sus esfuerzos militares en Tracia, donde había conquistado suficiente territorio eslavo para amenazar a los búlgaros, a quienes atacó como medida de prevención. Los derrotó en dos ocasiones, pero sin obtener mucho a cambio de las importantes bajas ocurridas durante la campaña.

En el año 765 Constantino, exasperado por las simpatías iconódulas de muchos de sus funcionarios, arrestó al monje iconódulo Esteban y lo hizo linchar por los *Scolae*. A continuación el emperador exigió que todos sus obispos jurasen que no venerarían iconos. Al cabo de un año Constantino descubrió un gran complot iconódulo en su contra del que formaban parte su logoteta postal y los comandantes del *tagma* de los *Excubitores*, del *thema* de Opsikion y del *thema* Tracesio. Constantino ejecutó al logoteta y al doméstico de los *Excubitores*, cegó al resto y dividió de nuevo el *thema* de Opsikion mediante la creación del *thema* de los Bucelarios. Al advertir que los monjes compartían una clara

sitio, que se prolongó más de un año, Artavasdo no logró que su rival se retirase. Después de reducir a los ciudadanos a la inanición, Constantino tomó las murallas en un ataque sorpresa. Cegó a Artavasdo y a sus hijos; a finales del año 743 había ganado la guerra.

Constantino V fue quizás el primero en entender que el *thema* de Opsikion, el más rebelde del Imperio, era demasiado extenso y se hallaba demasiado cerca de la capital. Poco después de la derrota de Artavasdo, el emperador redujo tanto su tamaño como su proximidad transformando una parte del *thema* en una nueva división del ejército, los *tagmata* («regimientos»). Estableció seis *tagmata*, de los cuales tres eran unidades de caballería con cuatro mil hombres por unidad. Los *tagmata* de caballería de los Scolae, los Excubitores y de la Guardia, que tomaron sus nombres de antiguos cuerpos que se habían hecho insignificantes con el paso de los años, formaron un nuevo ejército móvil. Los tres *tagmata* restantes eran los Numera y de las Murallas, que actuaban como guarnición permanente de Constantinopla, y los Optimates, un cuerpo compuesto por guías con mulas que transportaban los pertrechos del ejército durante las campañas. Los comandantes de los *tagmata* se denominaban domésticos, a excepción del drongario del *tagma* de la Guardia y el conde del *tagma* de las Murallas. El doméstico de los Scolae se convirtió en el comandante en jefe del emperador.

Los hombres de los *tagmata* siguieron conservando las concesiones de tierras que habían recibido como soldados del *thema* de Opsikion, pero además recibieron sus monturas, víveres, forraje, armas y uniformes del Estado. A excepción de los Optimates, que poseían un pequeño territorio propio entre lo que quedaba del *thema* de Opsikion y la capital, los soldados de los *tagmata* estaban dispersos en las regiones de Tracia y Anatolia que rodeaban Constantinopla, de modo que el emperador podía reunirlos con facilidad, pero no así un rebelde o un conspirador. Al crear los *tagmata*, Constantino no sólo dividió el *thema* de Opsikion, sino que se aprovisionó de una fuerza de gran movilidad y bien equipada capaz de realizar campañas por sí misma o con tropas de los *themas*.

Constantino inició una campaña de incursiones en las zonas fronterizas del califato, aprovechando que otra guerra civil enfrentaba a los omeyas con los rebeldes abásidas. Sin intentar llevar a cabo conquistas, reunió a los cristianos locales y los trasladó a Tracia, donde estaba avanzando la frontera hacia territorio eslavo. En el año 747, después de que un brote de peste bubónica exterminase a gran parte de la población de

Constantinopla, el emperador repobló la ciudad con colonos de Grecia y de las islas. Afortunadamente para Bizancio, ésta fue la última de las recurrencias periódicas de la epidemia que había aparecido dos siglos antes.

Durante los diez años posteriores a la revuelta de Artavasdo, que se había mostrado favorable a los iconódulos, Constantino apenas tomó medidas para imponer la iconoclasia. La prohibición de los iconos instituida por León siguió siendo de ley en todo el Imperio excepto en Italia central, donde el Papa era prácticamente independiente y los exarcas resistían con dificultad, hasta que los lombardos conquistaron definitivamente Ravena en el año 751. Sin embargo, Constantino creía en la iconoclasia; en el año 753 se sintió lo bastante afianzado como para convocar un concilio eclesiástico que la ratificara. El concilio se reunió en el palacio imperial de Hieria, cerca de Calcedonia. Los obispos, casi en su totalidad nombrados por Constantino o por su padre, condenaron la veneración de los iconos como herejía. Aceptaron el argumento, concebido por el propio Constantino, de que un icono de Cristo lo representaba o bien como hombre en una persona separada (lo que implicaría nestorianismo), o bien como humano y divino con una única naturaleza, lo que conduciría al monofisismo. No obstante, después del concilio el emperador no actuó en contra de quienes veneraban iconos en privado.

La victoria absoluta de los abásidas en la guerra civil árabe hizo que el califato se transformara en un adversario unificado y de gran magnitud. Tras algunas escaramuzas, Constantino pactó una tregua con los árabes y concentró sus esfuerzos militares en Tracia, donde había conquistado suficiente territorio eslavo para amenazar a los búlgaros, a quienes atacó como medida de prevención. Los derrotó en dos ocasiones, pero sin obtener mucho a cambio de las importantes bajas ocurridas durante la campaña.

En el año 765 Constantino, exasperado por las simpatías iconódulas de muchos de sus funcionarios, arrestó al monje iconódulo Esteban y lo hizo linchar por los Scolae. A continuación el emperador exigió que todos sus obispos jurasen que no venerarían iconos. Al cabo de un año Constantino descubrió un gran complot iconódulo en su contra del que formaban parte su logoteta postal y los comandantes del *tagma* de los Excubitores, del *thema* de Opsikion y del *thema* Tracesio. Constantino ejecutó al logoteta y al doméstico de los Excubitores, cegó al resto y dividió de nuevo el *thema* de Opsikion mediante la creación del *thema* de los Bucelarios. Al advertir que los monjes compartían una clara

tendencia iconódula, inició una persecución indiscriminada no sólo contra iconódulos, sino contra monjes y monjas en general; también confiscó numerosos monasterios y sus posesiones.

Aunque los árabes reanudaban los ataques en Anatolia, Constantino prosiguió su lucha contra los búlgaros. Los derrotó una vez más, pero en una segunda campaña, en el año 775, cayó enfermo y murió. Dejó un ejército reforzado por la creación de los tagmata, a los búlgaros en cierto modo intimidados y a los árabes tan problemáticos como de costumbre. También dejó un Bizancio dividido por la iconoclasia, pues su persecución había exacerbado una disputa que antes se consideraba de menor importancia. A pesar del temor impuesto por Constantino, los iconódulos del Imperio parecían superar en número a los iconoclastas. Constantino había contrariado de tal modo a sus súbditos que algunos le acusaron de homosexualidad y le llamaron Coprónimo, traducible por «Nombre de excremento».

El sucesor de Constantino fue su hijo León IV, un joven prudente de veinticinco años. Sin repudiar la iconoclasia, León intentó reducir el resentimiento de los iconódulos y dio por finalizada la persecución de monjes y monjas. Tras realizar una incursión en el califato, el nuevo emperador encajó bien las incursiones que los árabes llevaron a cabo como represalia. Sin embargo, en el año 780 sufrió un percance: descubrió que sus cortesanos de más confianza traían iconos a su mujer, Irene. Sintiéndose traicionado y preocupado por su seguridad personal, León destituyó y castigó a los cortesanos y dejó de acostarse con su esposa. Murió pocos meses después, supuestamente fulminado mientras se probaba una corona que había robado de Santa Sofía. Una causa más probable sería que su mujer, ayudada por ciertos cortesanos nunca descubiertos, lo envenenara.

En el año 780 Bizancio se había librado por fin de las grandes oleadas de invasiones iniciadas en el año 602 por los persas y los ávaros, seguidas por el avance de árabes y búlgaros. Las pérdidas territoriales del Imperio habían aminorado gradualmente en tamaño y frecuencia hasta llegar a León IV, el primer emperador desde Mauricio que no había perdido territorio bizantino durante su reinado. Asimismo, el ejército bizantino parecía capaz de defender lo que quedaba del Imperio. Constantino IV había logrado contener la tendencia a la rebelión de los temas con la división del thema de Opsikion y la creación de los tagmata. Aunque la iconoclasia seguía siendo un problema interno innecesario, no mostraba consecuencias fatales. Tras un largo período de derrotas y

peligros, Bizancio ya no luchaba por su supervivencia y había conseguido una relativa seguridad.

UNA SOCIEDAD ATRINCHERADA

Durante los siglos VII y VIII se produjeron profundos cambios en Bizancio. En el año 780, el Imperio apenas conservaba una tercera parte del territorio que poseía en el año 602. Acostumbrado desde tiempos de los romanos a ser la mayor potencia de los alrededores, había pasado a ser mucho más débil que el califato abásida y no mucho más poderoso que el Imperio Franco. Antes se había mostrado prácticamente inmune a todo ataque que no fuese periférico, e incluso en tales zonas solía mantener una convivencia pacífica con sus vecinos; sin embargo, durante este período el Imperio sufrió ataques enemigos en todo su territorio. Con las pérdidas de Siria, Egipto, África, Armenia y gran parte de Italia y los Balcanes, Bizancio se convirtió en una potencia básicamente anatólica, mayoritariamente de habla griega y seguidora del cristianismo propugnado por el Concilio de Calcedonia, con un nivel de urbanización menor que en épocas anteriores y una economía más primitiva. No obstante, aunque sus derrotas demostraron las graves debilidades del Imperio, su supervivencia final también probó su solidez. A medida que se hundía, Bizancio ganó sobriedad, resistencia y cohesión.

En realidad, gran parte del territorio que los bizantinos perdieron durante los siglos VII y VIII ya no les pertenecía en el 620, año en que los persas se anexionaron Egipto, Siria y Armenia y los ávaros y los eslavos ocuparon gran parte de los Balcanes. Aunque Heraclio recuperó las conquistas persas, a finales de su reinado, en el año 641, ya había perdido gran parte de ellas a manos de los árabes, quienes pronto se hicieron con el resto. Mientras tanto, el Imperio se esforzaba por mantener su posición en las distantes África e Italia; finalmente perdió todos los territorios de la primera y aproximadamente la mitad de las posesiones italianas del siglo VII. Sin embargo, eran regiones que desde mucho antes se encontraban en peligro y tenían una importancia secundaria para el gobierno central. Desde mediados del siglo VII, Bizancio defendió Anatolia, las islas que aún conservaba y sus enclaves balcánicos, con ocasionales pérdidas o conquistas de escasa importancia.

A lo largo de todas las batallas que libró, el Imperio conservó más de la mitad de su antiguo ejército de campaña, aunque sus viejas tropas

fronterizas desaparecieron con las antiguas fronteras. Como sucedió con las pérdidas territoriales, el Imperio sufrió las mayores pérdidas de sus efectivos militares alrededor del año 641, e incluso antes, en el año 620. El ejército contaba con ciento cincuenta mil soldados de campaña en el año 565, con unos ciento nueve mil hombres en el 641 y con ochenta mil hombres en el año 780. Sólo se perdieron por completo los ejércitos de África e Hispania, al igual que sus respectivos territorios. Los otros ejércitos de campaña pasaron a ser *themata* y partes del *thema* de Opsikion finalmente se transformaron en los *tagmata*. En el año 780 los *themata* contaban con sesenta y dos mil soldados y los *tagmata* con dieciocho mil.

Los *themata* eran menos móviles que los antiguos ejércitos de campaña, pues los soldados que los formaban esperaban regresar a sus tierras militares después de cada temporada de campaña, aunque podían y acudían regularmente a éstas. Los *tagmata* eran más móviles, a pesar de poseer también sus propios territorios militares. Mientras los territorios de los *themata* cubrían casi todo el Imperio, la mayoría de sus hombres se hallaban acantonados en el interior, siendo relativamente pocos los que defendían las regiones fronterizas. Puesto que, de todas formas, los bizantinos no esperaban evitar las incursiones árabes, se contentaban con conservar las principales fortalezas durante las incursiones y reocupar el resto del territorio cuando los árabes lo abandonaban.

La presión de los ataques enemigos hizo que los *themata* se convirtieran no sólo en divisiones militares del Imperio, sino también en unidades administrativas que sustituyeron a las antiguas provincias y prefecturas. El estratega de un *thema* era, por tanto, comandante militar y gobernador territorial. Cada *thema* constaba de dos a dieciocho subdivisiones territoriales y militares llamadas *drongos*; cada una contaba con mil soldados que poseían tierras militares y tenían la responsabilidad de defenderlas. Los *drongos* se agrupaban en *turmas*; cada *drongo* estaba comandado y administrado por un *drongario* y cada *turma* por un *turmarca*.

Los estrategas y sus subordinados tenían plenos poderes para enfrentarse a los ataques enemigos de sus regiones. Puesto que los soldados gozaban de independencia económica gracias a sus tierras militares y podían prescindir de la paga anual, los estrategas también tenían capacidad e independencia para organizar las numerosas rebeliones contra el gobierno central que se iniciaron en el año 668 y se hicieron habituales entre los años 695 y 717. Con la división del gigantesco *thema* de

Opsikion y la creación de los *tagmata* para que sirvieran de contrapeso a los *themata*, Constantino V redujo el riesgo de tales rebeliones, aunque el ejército mantuvo una sustancial independencia.

La pérdida de dos tercios del territorio imperial hizo disminuir los ingresos fiscales. Con la concesión a los soldados de casi todas las propiedades imperiales en forma de tierras militares, el Estado redujo aún más sus ingresos. No obstante, la burocracia central de Constantinopla siguió en funcionamiento, aunque el número de funcionarios pasó de ser unos dos mil quinientos a unos seiscientos. El gobierno siguió manteniendo una relación de sus soldados y de las tierras que poseían, abonando a cada uno de ellos una considerable paga anual, con salarios relativamente altos para los estrategas y otros oficiales de rango. Aunque menos centralizado y más militarizado que en épocas anteriores, el Imperio continuó siendo un Estado burocrático, similar al de los primeros tiempos del Imperio Romano.

Esta organización administrativa fue el principal motivo de que Constantinopla conservara el rango de gran ciudad, aunque su tamaño fuese mucho menor que durante su época esplendorosa del siglo VI. Cuando Constantino V la repobló para reemplazar a las numerosas víctimas de la peste que había remitido en el año 748, la capital pasó a tener unos cien mil habitantes; el incremento de la población hizo que Constantino restaurase los acueductos que los ávaros habían destruido más de un siglo antes. Las murallas, los mercados y los puertos de la ciudad continuaron en activo, al igual que Santa Sofía y el Hipódromo, aunque el número de carreras de cuádrigas disminuyó y los verdes y los azules dejaron de amotinarse.

La necesidad de proteger y proveer la capital obligó al Imperio a conservar el sudeste de Tracia que, de lo contrario, habría abandonado a manos de los eslavos, como sucedió con gran parte de los Balcanes. Los eslavos ocuparon casi todo el interior de Tracia y probablemente también la antigua metrópoli de la región, Adrianópolis; parece que Constantino V la reclamó a mediados de su reinado, después de recuperar y repoblar parte del anterior territorio eslavo. Por entonces, el *thema* Tracesio había sufrido gravemente con la peste y los ataques de eslavos, ávaros y búlgaros; carecía de fronteras naturales y ninguna zona de la región era segura, a excepción de la que protegían las murallas de Constantinopla.

El núcleo anatolio del Imperio siempre había estado formado por dos territorios diferenciados, los llanos del litoral y el altiplano del inte-

rior. Los llanos se hallaban en el thema Tracesio, en lo que se conservaba del thema Carabisiano que pasó a denominarse thema Cibirreo y en el reducido thema de Opsikion después de la división de Constantino V. Los llanos eran el territorio más poblado y fértil que conservaba el Imperio, así como la zona más segura: se hallaba alejada de las principales rutas de los invasores que se iniciaban en los pasos de las fronteras; los árabes sólo realizaban infrecuentes incursiones en el territorio y los persas apenas habían intervenido.

El altiplano estaba dividido entre los themas Anatólico, Armeniaco y Bucelario. Contaba con una población dispersa y en su mayor parte estaba formado por pastos; abierto a las incursiones árabes, éstos aparecían de vez en cuando para robar parte del ganado local. La frontera natural de Anatolia eran las montañas del Taurus y el Antitaurus, que constaban de varios pasos que los árabes cruzaban sin dificultad excepto en invierno, cuando presentaban más problemas a causa de la nieve y el frío. Por este motivo, las incursiones casi anuales de los árabes nunca se convirtieron en una ocupación completa de las tierras situadas en la ladera bizantina de las montañas.

Aparte de Tracia y Anatolia, Bizancio sólo conservaba islas y pequeñas zonas costeras de Grecia, Dalmacia, Italia y Crimea. También mantenía su propia flota e incluso logró que los árabes cedieran parte del control sobre Chipre, a pesar de que la isla estaba muy cerca de la costa árabe de Siria. El Imperio mantenía sus puestos fronterizos en Grecia, Italia y Dalmacia, pues los eslavos y los lombardos no poseían embarcaciones ni tampoco técnicas para tomar ciudades amuralladas. Los árabes tuvieron que librar duras batallas para conquistar territorios bizantinos más allá de las montañas del Taurus y el Mediterráneo, mientras que los lombardos, eslavos, ávaros y búlgaros emigraron a regiones italianas y balcánicas que los bizantinos apenas se molestaron en defender. Las prioridades de Bizancio eran la defensa de Anatolia y enfrentarse a sus enemigos más peligrosos, los persas y los árabes.

En cierto modo, el nivel de urbanización del Imperio disminuyó a raíz de la pérdida de los territorios más urbanizados (Siria y África), pero sobre todo por el declive de las ciudades que seguían formando parte del Imperio. La principal evidencia de dicho declive, de carácter poco fiable si se considera en detalle, pero decisiva en un contexto global, son las excavaciones de emplazamientos urbanos. Aunque fueron escasas las ciudades que se abandonaron, e incluso algunas bases militares aumentaron de tamaño, parece que la mayoría de las ciudades perdió una media de la

mitad de su población respecto a la que tenían en el siglo VI. También perdieron lo que quedaba de sus monumentos urbanos, a excepción de algunas iglesias. La necesidad de proteger las ciudades con murallas más inexpugnables y limitadas las hizo más densas, con calles más estrechas y menos espacios abiertos.

Es indudable que los ataques enemigos contribuyeron al declive de las ciudades en el altiplano anatolio y en las pequeñas zonas de Europa que aún seguían en manos bizantinas. Muchas ciudades cayeron ante las incursiones enemigas en un momento u otro; también, de vez en cuando, vieron reducidas sus provisiones de alimentos a causa de los ataques o los sitios. No obstante, parece que las ciudades del litoral anatolio, que apenas sufrían incursiones enemigas, se redujeron en una proporción similar a la de las ciudades más expuestas. Aunque la peste afectó más a las ciudades que al campo, el incremento natural de la población y el flujo de refugiados proveniente de territorios conquistados tendrían que haber compensado el exceso de mortalidad derivado de las guerras y los brotes de peste. Puesto que el descenso demográfico global parece que fue insignificante, es poco probable que fuera responsable del declive de las ciudades.

Las principales causas del declive urbano se hallarían en las transformaciones económicas del período, que fueron desfavorables a los intereses de las ciudades. Los centros urbanos, sea cual sea su tamaño, dependen del comercio para conseguir alimentos, y el período que nos ocupa no era favorable para ningún tipo de negocio. Después de las conquistas árabes, el comercio entre lo que quedaba del Imperio y las posesiones árabes de Siria, Egipto y África declinó de forma considerable. El gobierno bizantino ya no pudo encargar ni subvencionar las enormes exportaciones de grano procedentes de África y Egipto que habían abastecido Constantinopla y otras ciudades de Oriente. Sin los envíos de grano, la capital tuvo que abastecerse con los excedentes de los llanos anatolios. El comercio interior entre las regiones del Imperio también sufrió las incursiones árabes marítimas y terrestres.

Asimismo, los hallazgos arqueológicos indican que durante este período también disminuyó la cantidad de moneda en circulación; como consecuencia, los comerciantes tuvieron que depender del trueque con más frecuencia que en épocas anteriores. La carencia de metálico era de esperar, pues las pagas militares se habían reducido a la mitad en dos ocasiones y éstas eran el principal medio para poner monedas en circulación. Sin embargo, el trueque era un método incómodo y poco eficaz

para intercambiar productos. En tales circunstancias, la agricultura de subsistencia de los campesinos se hizo aún más dominante que en épocas anteriores y restringió en gran manera el papel económico que desempeñaban las ciudades.

No obstante, el Imperio todavía conservaba ciudades de cierto tamaño, probablemente unas diez, cuya población superaba los diez mil habitantes. La administración seguía recaudando impuestos en metálico de casi todos sus súbditos y pagaba a todos sus soldados y funcionarios. Las monedas, aunque más escasas que en épocas anteriores, aún circulaban de forma generalizada. Los sellos de los almacenes imperiales que se hicieron habituales desde mediados del reinado de Constante II indicarían cierto grado de actividad económica. Esos almacenes, dirigidos por comerciantes particulares que tenían contratos con el gobierno para vender armas a los soldados a cambio de los productos de las tierras militares, también sirvieron como puntos de intercambio comercial para productos de todo tipo, entre ellos seda y esclavos. Los propietarios parecían dispuestos a vender, comprar o comerciar con todo lo que implicara beneficios, lo que facilitaba la circulación monetaria y el trueque.

El declive urbano y de la administración central, así como la agitación política iniciada con la usurpación de Focas, hizo que la antigua aristocracia de los senadores y los decuriones decayese hasta su virtual desaparición. Aunque aquellos que ostentaban altos cargos políticos siguieron recibiendo el título de senador, en el siglo VIII eran escasos los que podían remontar sus orígenes a los senadores del siglo VI y los que poseían verdaderas fortunas. Asimismo, en las ciudades provinciales que sobrevivieron pocos terratenientes o comerciantes se habrían considerado ricos según los estándares del siglo VI. Los más beneficiados fueron los más humildes, así como aquellos que pasaron a ser de arrendatarios a propietarios de sus tierras y muchos de los relativamente escasos esclavos que recuperaron su libertad.

Sin embargo, en el altiplano anatolio empezaba a formarse una nueva aristocracia. Aunque las frecuentes incursiones árabes arruinaban con facilidad a los que poseían pequeñas parcelas de tierra o escaso ganado, allí también surgió una clase de ganaderos con los recursos suficientes para sobrevivir a los asaltos y que posiblemente compraron las partes de los menos afortunados. Muchos de estos ganaderos no aspiraban a cargos burocráticos en la lejana Constantinopla, sino a nombramientos como estratega u otros altos cargos en los *themata*. Dada su familiaridad con las guerras y las condiciones locales, el emperador tenía buenos

motivos para concederles los puestos que deseaban, lo que les permitía, al igual que a los soldados rasos de los *themata*, defender sus propias tierras mientras defendían al Imperio.

Esos mismos magnates organizaron varias de las rebeliones de los *themata*, aunque éstas fuesen un riesgo del sistema que finalmente Constantino V logró mitigar. De todos modos, estos magnates sólo eran ricos y poderosos según los modestos estándares de su tiempo, ya que el altiplano anatolio era muy pobre y básicamente consistía en tierras militares y en lo que quedaba de las posesiones campesinas. La mayor virtud de dichos nobles era la tenacidad, compartida con los otros habitantes del altiplano que conservaban sus propiedades contra los árabes.

Las invasiones del siglo VII y el declive de las ciudades del Imperio tuvieron consecuencias que afectaron a toda la sociedad bizantina. Todos advirtieron el cambio, incluso los campesinos cuyas tierras no eran asaltadas ni conquistadas por los enemigos del Imperio. Todos los agricultores pagaban menos impuestos, pero les era más difícil reunir el dinero. Incluso con la ayuda del trueque, tenían que prescindir de una serie de productos que antes podían adquirir. Las condiciones inestables trastornaron la administración, dejaron los caminos en malas condiciones y facilitaron el incremento del bandolerismo. En los llanos del litoral, muchos de los antiguos arrendatarios se convirtieron en propietarios; en el altiplano de Anatolia, algunos de los propietarios pasaron a la condición de arrendatarios. Asimismo, ni el más ignorante e indiferente de los campesinos podía pasar por alto que el Imperio se hallaba en fase de retroceso.

Bizancio había mostrado signos de declive desde la época de la peste, a mediados del siglo VI. La usurpación de Focas, la subsiguiente guerra civil y las invasiones simultáneas de los persas y los ávaros cuando el Imperio afrontaba graves problemas internos contribuyeron a la debilidad bizantina ante las conquistas árabes. A la vista del extraordinario vigor y entusiasmo de los árabes, lo que cabe preguntarse no es por qué derrotaron a los bizantinos, sino cómo logró sobrevivir Bizancio. La creación de los *themata* era necesaria para dicha supervivencia; frenó el alarmante hundimiento ante las primeras incursiones árabes y sentó las bases de una defensa harto eficaz de Anatolia. No obstante, es muy probable que el Imperio hubiese caído a no ser por las barreras defensivas del Taurus y el Antitaurus, el respiro que proporcionaron las guerras civiles árabes o la capacidad de emperadores como Constante II y León III, así como por el espíritu de resistencia de los bizantinos, que se hizo más fuerte a medida que el período avanzaba.

Según las más obvias medidas objetivas, los desastres de los siglos VII y VIII empobrecieron profundamente la cultura bizantina. A no ser que todos los indicadores disponibles mientan, disminuyeron los autores que escribieron, los maestros que enseñaron, los artistas y artesanos que crearon y los constructores que construyeron. La calidad de lo que se escribió, enseñó, creó y construyó también empeoró notablemente. La mayoría de los bizantinos reconocían que tales cambios eran para peor, y también consideraban que sus reveses militares y políticos se debían a la cólera divina. En gran parte, lo que se discutía en la controversia iconoclasta era en qué se había molestado a Dios. Sin embargo, la civilización bizantina sobrevivió y su época oscura pudo haber sido mucho más tenebrosa de lo que fue.

Durante esta época, la Iglesia bizantina reflejó tanto la desmoralización como la resistencia de la sociedad bizantina en conjunto. Aunque los líderes eclesiásticos no pudieron librarse de su parte de responsabilidad por las consecuencias de la cólera divina, el pueblo culpó principalmente a los emperadores por los fracasos políticos y militares del período. Se reconoció a la Iglesia el apoyo moral y financiero prestado a Heraclio en su victoriosa campaña contra los persas zoroástricos. La jerarquía eclesiástica también contribuyó a resistir los peores ataques de los árabes musulmanes, sobre todo el sitio de Constantinopla de los años 717 y 718.

Los emperadores, más que la Iglesia o cualquier sentimiento popular, fueron los principales instigadores de la introducción del monoenergismo, el monotelismo y la iconoclasia, así como los culpables del fracaso de las dos primeras doctrinas y de las largas y amargas divisiones que desató la tercera. Las pérdidas de Egipto, Siria y Armenia dejaron al Imperio sin un número significativo de monofisitas, por lo que el monofisismo dejó de ser un asunto problemático para los bizantinos. Por consiguiente, el monoenergismo y el monotelismo, que los emperadores habían intentado utilizar para conciliar el monofisismo y la ortodoxia, dejaron de servir al propósito para el que se habían creado. La mayoría del clero nunca simpatizó con la iconoclasia y sólo aceptó a regañadientes el fomento imperial de la doctrina.

En realidad, las tribulaciones de los siglos VII y VIII fueron más benéficas para la reputación de la Iglesia que la prosperidad de los siglos V y VI. La Iglesia daba lo mejor de sí cuando tenía dificultades a las

que enfrentarse, fueran éstas enemigos infieles o emperadores heréticos, y el consuelo que ofrecía el cristianismo tenía más demanda en tiempos difíciles. De la Iglesia surgieron varios líderes de importancia, como el patriarca Sergio, que ayudó a Heraclio en su lucha contra los persas, o el patriarca Germano, que se opuso a la iconoclasia de León III. El monje Máximo el Confesor ganó renombre por oponerse a la tolerancia que Constantino II mostraba ante el monotelismo. Posteriormente otros monjes obtuvieron un prestigio similar por resistirse a la iconoclasia defendida por los emperadores, mientras que el clero seglar tuvo que aceptarla o perder su trabajo.

Un signo de la creciente popularidad de la Iglesia se vislumbra en las numerosas obras sobre las vidas de santos, obispos y monjes recientemente fallecidos, que destacaban no sólo la perfección espiritual de éstos, sino también los favores concedidos a sus hermanos cristianos. Los hagiógrafos suministran muchos más detalles acerca de las vidas y las épocas de sus sujetos que sus predecesores, quienes escribían sobre santos que habían muerto en períodos muy anteriores. Entre los ejemplos del siglo VII se incluyen las vidas del y obispo ermitaño Teodoro de Syceon y del patriarca de Alejandría Juan el Limosnero, así como *El prado espiritual*, una colección de historias breves sobre monjes de Oriente escrita por Juan Mosco, el patriarca de Jerusalén en el exilio. La celebración de los santos recientes mediante las vidas o los iconos mejoró en gran medida la reputación de la Iglesia.

Con la iconoclasia del siglo VIII no sólo los iconos, sino también las vidas de los santos, se hicieron menos frecuentes, probablemente porque tanto los protagonistas como los autores de la hagiografía eran monjes e iconóduos. Uno de los motivos por los que León III y Constantino V impusieron la iconoclasia fue reclamar para los emperadores parte de la autoridad moral que ostentaban la Iglesia en general y los monjes en particular. Con la persecución de los iconóduos, los emperadores confiscaron para el tesoro público numerosas propiedades eclesiásticas y sobre todo monásticas, tanto porque estaban decoradas con imágenes como simplemente porque eran propiedad de iconóduos.

En el año 780 la iconoclasia ya había desvalijado los monasterios y había desalentado a la jerarquía eclesiástica, aunque no se había ganado a la mayoría de los bizantinos. Para muchos de los creyentes, los iconos eran medios muy útiles para lograr que Cristo y los santos parecieran reales y presentes. El teólogo y monje sirio Juan de Damasco, que se hallaba fuera de la jurisdicción imperial y escribía en griego, argumentó

acertadamente que los adoradores no pretendían honrar a los iconos en sí, sino a las personas representadas en tales iconos.

La iconoclasia fue siempre una doctrina anómala, sin profundas raíces ni claras implicaciones teológicas. Puesto que la Iglesia se había servido de los iconos durante siglos sin provocar objeciones por parte de santos de reconocido prestigio, León III sólo estaba en posición de afirmar que los iconos podían derivar en idolatría, no que siempre lo hicieran. Constantino V puso al descubierto la confusión teológica de la iconoclasia al argumentar que el uso de iconos conducía al nestorianismo o al monofisismo. Si León y Constantino esperaban que la iconoclasia les concediera popularidad, debieron de sentirse decepcionados. Aunque contaban con el poder del ejército y del Estado para defender su radical doctrina, la mayoría de los bizantinos sólo la aceptaron a regañadientes. El único argumento de la iconoclasia que parece haber surtido efecto fue que el éxito relativo de los emperadores iconoclastas demostraba que Dios estaba de su parte.

A pesar del conflicto iconoclasta, los siglos VII y VIII presenciaron la consolidación del cristianismo bizantino y la consecuente homogeneización de la sociedad bizantina. El paganismo y las controversias cristológicas dejaron de ser un problema. El Quinisexto Concilio de Justiniano II estandarizó numerosos temas del derecho canónico. La *Écloga* de León III proporcionó un código jurídico tan imbuido de cristianismo que reforzó el papel del derecho canónico en los asuntos civiles. En otra obra de codificación, Juan de Damasco compuso un exhaustivo resumen en griego de la fe ortodoxa, *La fuente del conocimiento*, que pronto se ganó el favor de los iconóclastos del Imperio.

Aunque perdidas para el Imperio, las regiones de Armenia, Siria, Egipto e incluso el norte de África no estaban totalmente perdidas para la civilización bizantina. Desde finales del siglo VII los cristianos sirios y egipcios, que seguían siendo mayoría, hicieron circular la profecía de que el emperador bizantino regresaría pronto para reconquistar Oriente. En una fecha tan tardía como el año 718, los marinos africanos y egipcios enviados para reforzar el sitio árabe de Constantinopla desertaron al bando bizantino. Finalmente, los califas permitieron que los patriarcas calcedonios de Antioquía, Alejandría y Jerusalén residieran en dichas ciudades como líderes de la ortodoxia cristiana, junto con el patriarca jacobita de Antioquía y un patriarca copto de Alejandría para los monofisitas. Se denominaba melquitas (proimperialistas) a los calcedonios que residían en territorio árabe. Aunque nunca aceptaron la iconoclasia, que ésta

fuera tema de debate para Juan de Damasco y para otros melquitas muestra que aún les preocupaba lo que sucedía en Bizancio. En teoría el Papa seguía siendo súbdito bizantino y estaba interesado por los asuntos del Imperio. Los Balcanes era la única zona en que los ávaros y los eslavos habían expulsado a tantos de sus antiguos habitantes que el cristianismo y la influencia bizantina habían desaparecido.

En Bizancio, la influencia de la moralidad cristiana siguió aumentando de diversas formas. A pesar de las numerosas revueltas y revoluciones violentas del período, era infrecuente que los vencedores ejecutaran a los vencidos. Los castigos habituales para los conspiradores eran la mutilación, la relegación a un monasterio o ambas, aunque el mutilado Justiniano II o el tonsurado Anastasio II fueron ejecutados cuando tomaron las armas por segunda vez. Las leyes exigían una estricta castidad y prohibían cualquier práctica supersticiosa que pareciera de origen pagano. El declive de las ciudades limitó drásticamente las representaciones de teatro, aunque sobrevivió en Constantinopla para escándalo de algunos espectadores piadosos.

Las transformaciones sociales fueron más pronunciadas entre los habitantes de las ciudades, puesto que acabaron por convertirse en un grupo social diferenciado. Tras la desaparición de los decuriones, la nueva aristocracia de los magnates y los oficiales militares no habitaba en las ciudades, sino en fortalezas o en aldeas. Los nombres familiares de tradición romana, que al menos la clase senatorial bizantina había adoptado, desaparecieron a lo largo del siglo VII. A finales del siglo VIII, cuando aparecieron algunos nuevos nombres, pocas familias, si las había, podían remontar su genealogía a más de un siglo. Algunos burócratas, mercaderes y artesanos de la capital y otras ciudades probablemente eran descendientes de los que habían ocupado similares oficios en siglos anteriores, pero apenas eran conscientes de ello.

Aunque para todo bizantino de cierta posición social todavía era indispensable poseer cierto nivel cultural, tales personas eran cada vez más escasas y se contentaban con una educación muy inferior a la de épocas anteriores. El gobierno seguía exigiendo que sus funcionarios fuesen hombres cultivados, ya que su trabajo les obligaba a consultar registros escritos. No obstante, la reducida clase de los profesores, los únicos que se habían dedicado a la investigación y ofrecían una educación elevada, disminuía gradualmente con el marchitamiento de Atenas, las pérdidas de Alejandría y Antioquía y el declive de Constantinopla. Las cátedras docentes instauradas en la capital en el siglo V desaparecieron

después del reinado de Heraclio; las razones de su desaparición no fueron de cariz económico, pues esas cátedras siempre habían representado una parte insignificante del presupuesto y Heraclio siguió patrocinando a los profesores a pesar de sus dificultades económicas. Sin embargo, tras un siglo de declive, parece que la alta educación simplemente pasó de moda.

A mediados del siglo VII los profesores se habían extinguido como clase, y con ellos una comunidad intelectual que se había iniciado en Atenas en el siglo V a.C. Si quedaba algún erudito serio en campos como la filosofía o la ciencia, se trataba de una figura singular y aislada. Los mejores maestros disponibles sólo suministraban a los aspirantes a burócrata y a los clérigos más reputados una educación secundaria, lo que se traducía en la lectura de una docena de autores griegos, como Homero y Demóstenes. El resto del clero, los funcionarios de menor categoría, los mercaderes y los oficiales del ejército se las arreglaban con una formación primaria, que consistía en leer y escribir en el griego de la Biblia.

Además de la disminución del número de personas cultivadas, también escaseaban aquellas capaces de leer el griego clásico y casi nadie podía escribirlo o leer latín. Por tanto, sólo un puñado de eruditos tenía acceso a la vasta literatura griega de los primeros tiempos, y pocos leían las nuevas obras literarias. Algunos manuscritos antiguos se perdieron o fueron destruidos; eran escasos los que se copiaron de nuevo. Apenas se escribían nuevas obras y en su mayor parte eran de carácter religioso (himnos, sermones, hagiografía y algo de teología); se leían en voz alta o se cantaban en las iglesias y monasterios, y sólo los leían en privado algunos clérigos o funcionarios devotos.

Por tanto, la larga sucesión de historias de estilo clásico griego finalizaron con un mediocre relato del reinado de Mauricio escrito por Teofilacto Simocata en época de Heraclio. El reinado de Heraclio también contó con un gran número de poetas clasicistas, cuyo último representante fue Jorge de Pisidia, un escritor de talento cuyos poemas laicos celebraron la victoria de Heraclio sobre los persas. En las dos generaciones siguientes, Máximo el Confesor y el patriarca de Constantinopla Germano fueron importantes como teólogos, pero no como estilistas literarios. En la generación que siguió a la de Germano, el único autor griego de importancia fue Juan de Damasco, que nunca visitó el Imperio. Después de la muerte de Juan, alrededor del año 750, parece que la literatura bizantina murió con él. Los registros históricos que se mantuvieron fueron rudimentarios y no han sobrevivido en su forma original.

Aunque nadie parecía apreciar el valor de la alta cultura, pues no salvable almas, ni alimentaba bocas, ni era rentable ni ganaba batallas, el deterioro de la educación tuvo sus desventajas prácticas. En el año 726 León III se lamentaba, en el prefacio de su *Écloga*, de que sus burócratas no podían utilizar eficazmente los antiguos libros de derecho. Poco después, los iconoclastas y los iconódulos se acusaban mutuamente, con razón, de ser ignorantes en materia de teología. Los ingresos fiscales también disminuyeron porque los registros gubernamentales no se mantenían correctamente. Nadie situado en una posición que le permitiera llevar a cabo las modificaciones pertinentes pensó que tales hechos estuvieran relacionados con una formación deficiente.

El arte y la arquitectura parece que siguieron una dinámica similar a la literatura, aunque las evidencias que han llegado hasta nuestros días muestran que el declive fue menos pronunciado. Las invasiones y las incursiones enemigas obligaron a los bizantinos a construir nuevas fortificaciones y murallas. Sin embargo, por lo general los constructores hicieron su trabajo con prisa; solían utilizar material de otros edificios o monumentos y trabajaban sin la minuciosidad o la elegancia de los anteriores ingenieros militares romanos y bizantinos. Construidas por soldados en activo con cualquier material que tuviesen a mano, tales estructuras apenas supusieron gastos para el Estado.

A pesar de que era un trabajo necesario, aunque costoso, la reparación de los acueductos de Constantinopla se pospuso durante más de un siglo. Las construcciones de lujo desaparecieron; la única excepción fue la ampliación del palacio imperial llevada a cabo por Justiniano II, que fue financiada mediante confiscaciones a la clase acomodada y que contribuyó a iniciar una revuelta. La falta de restos arqueológicos de edificios emblemáticos refleja los problemas financieros del Estado y la relativa pobreza de la aristocracia en este período.

En comparación con la arquitectura de lujo, otras obras artísticas eran más económicas y los bizantinos siguieron produciéndolas en cierta medida. Aunque las piezas que sobreviven de este período son escasas si se las compara con la época precedente, tal escasez se podría deber al empleo de materiales más baratos y perecederos, así como a la destrucción del arte religioso por parte de los iconoclastas. En el siglo VII, a juzgar por las fuentes del conflicto iconoclasta, las iglesias y los hogares bizantinos estaban repletos de iconos, en su mayoría pintados sobre las paredes o sobre madera. Los escasos iconos en madera de aquel siglo que han llegado a nuestro días, gracias al clima seco del monasterio de Santa



FIGURA 7. Icono del siglo VII que representa a la Virgen y el Niño entre los santos guerreros Jorge (*izquierda*) y Teodoro (*derecha*) con ángeles al fondo, procedente del monasterio de Santa Catalina, en el monte Sinaí. Posiblemente sea el icono sobre madera más hermoso que se conserva del periodo anterior a la iconoclasia. (Fotografía: cortesía de la expedición Michigan-Princeton-Alejadria al monte Sinaí.)

Catalina, en el monte Sinaí, muestran una considerable habilidad artística, aunque posiblemente su calidad se hallase por encima de la media.

Los mejores artistas aún tenían una buena formación. Desde el año 681 hasta el 698 la ceca imperial acuñó nomismata de oro de una belleza fuera de lo común que ilustraban detallados retratos de los emperadores y, en época de Justiniano II, un majestuoso busto de Cristo, probablemente copiado de un icono. Como es lógico, la iconoclasia paralizó el arte religioso figurativo durante el siglo VIII; sin embargo, los iconoclastas no mostraban objeciones a los temas seculares, fuesen o no figurativos, ni tampoco a las cruces o a los diseños abstractos. Constantino V encargó varios mosaicos de ese tipo para la capital. Esas evidencias sugieren que las tradiciones artísticas bizantinas se mantuvieron mejor que las literarias.

Siguiendo los rasgos desfavorables que se apuntaban a finales del anterior período de la historia bizantina, los siglos VII y VIII fueron tiempos de derrotas militares, inestabilidad política, regresión económica y declive cultural. En casi todos los aspectos, el Imperio se volvió más pobre y débil de lo que había sido en el siglo VI. Sin embargo, en comparación con el Occidente europeo, Bizancio siguió siendo una sociedad avanzada que contaba con sus propios ejército, burocracia profesional, economía monetaria y una clase secolar culta, lo que no eran más que lejanos recuerdos para los reinos franco o lombardo. El califato árabe, aunque más fuerte y rico que Bizancio, no estaba mejor organizado y su nivel cultural sólo era algo superior. Asimismo, en el año 780 el califato había pasado su momento de auge, mientras que Bizancio había superado su punto más bajo.

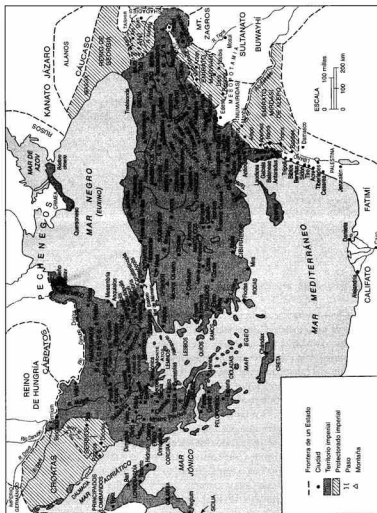
Capítulo 5

Recuperación y victoria (780-1025)

EL RENACIMIENTO DEL IMPERIO

Tras la muerte de León IV, su viuda Irene pasó a ser regente de su hijo de nueve años, Constantino VI. Una emperatriz que no contase con el apoyo de un emperador fuerte siempre era una desventaja en la corte bizantina, y los cinco hermanos menores de León eran los obvios competidores del poder imperial. Sin embargo, Irene, que contaría unos veinticinco años, era inteligente, tenía una voluntad de hierro y estaba seriamente comprometida con la causa iconódula, lo que ya le había granjeado aliados en la corte. Dos meses después de la muerte de León, Irene frustró una conspiración que pretendía la proclamación de uno de los hermanos de aquél y obligó a todos los hermanos a entrar en un monasterio.

Irene se apoyó en los burócratas, que eran de mayoría iconódula; en eunucos, que no podían optar al trono, y en sacerdotes, que compartían ambas características. Como logoteta fiscal y consejero de confianza eligió al eunuco Estauracio. En el año 781 lo envió al noroeste de Anatolia para frenar las incursiones de un ejército árabe; sin embargo, después de acorralar a los árabes fue traicionado por unos generales bizantinos, que lo entregaron al enemigo. La emperatriz destituyó a los generales



MAPA 4. El Imperio, aprox. en el 1025.

y pagó el rescate del logoteta; a continuación lo envió al oeste de Tracia, para que iniciase la conquista de la zona, dominada por los eslavos. Sin encontrar demasiada resistencia, Estauracio conquistó el territorio hasta los Balcanes y abrió la ruta que unía la capital con el enclave bizantino de Tesalónica. Irene pronto creó un nuevo thema, el de Macedonia, que incluía sus nuevas conquistas.

Cuando el patriarca de Constantinopla falleció en el año 784, Irene lo sustituyó por su *protoascretis* Tarasio, que exigió la celebración de un concilio ecuménico que condenase la iconoclasia. Al cabo de dos años la emperatriz convocó un concilio, pero se vio forzada a disolverlo tras una manifestación de los soldados iconoclastas de los tagmata. Como respuesta, la emperatriz ordenó a los tagmata que marcharan en campaña contra los árabes y a continuación destituyó a los cabecillas iconoclastas tan pronto como salieron de la ciudad. Después convocó otro concilio ecuménico, al que acudieron representantes del Papa y de los patriarcas melquitas de Oriente. El concilio, celebrado en Nicea en el año 787, condenó la iconoclasia como herejía y declaró que la veneración de iconos era equivalente a venerar al personaje allí representado. Los obispos consagrados bajo la iconoclasia, que eran mayoría, se retractaron de su anterior doctrina y conservaron sus puestos.

Un año después Irene eligió, entre un grupo selecto de jóvenes nobles, una prometida para Constantino, su hijo de diecisiete años, que no fue del agrado de éste. Constantino ya estaba en edad de gobernar y quería a su madre, pero le molestaba sentirse subordinado a sus deseos. Culpó de ello al eunuco Estauracio y en el año 790 conspiró en su contra; aunque Irene descubrió la conspiración y encarceló a Constantino, la mayoría del ejército respaldó al joven emperador, e insistió en que asumiera el poder. No obstante, las responsabilidades imperiales superaron al joven y, tras dos años de gobierno en solitario, restituyó a su madre para compartir de nuevo el gobierno. Al cabo de dos años de tenso gobierno conjunto, Constantino perjudicó su ya escasa popularidad divorciándose de su bonita esposa y casándose de nuevo. En el año 797 soldados leales a Irene apresaron y cegaron a Constantino, que probablemente murió a causa de las heridas; fuese como fuese, nunca más se supo de él.

Irene se convirtió en la primera mujer de la historia romana o bizantina que gobernó en solitario. Aunque contaba con numerosos partidarios en la Iglesia, la burocracia y el ejército, pocos la consideraban adecuada para ocupar tal cargo. En el año 800 el Papa proclamó empe-

rador, en Roma, al rey franco Carlomagno; el argumento del Papa era que una mujer no podía ser emperador y que, por lo tanto, el trono romano estaba vacante. Carlomagno intentó resolver el asunto ofreciendo casarse con Irene. Mientras la emperatriz sopesaba la extraordinaria propuesta, fue arrestada por un grupo de cortesanos que proclamaron emperador al logoteta general Nicéforo, quien relegó a Irene a un convento. La emperatriz se había ganado el favor de muchos por restaurar los iconos, pero ni siquiera cegando a su hijo había logrado superar la desventaja de ser mujer.

Con poco más de cincuenta años cuando accedió al trono, Nicéforo era uno de los numerosos burócratas iconóduos que Irene había promovido. Parece que había servido como estrategia del thema Armeniaco antes de convertirse en logoteta general; combinaba una gran pericia financiera y militar con una inteligencia y una energía fuera de lo común. Aunque no tenía ningún derecho hereditario al trono, tampoco había otros que lo poseyeran, con la dudosa excepción de Irene. Su posición se hizo claramente segura tras el fallecimiento de Irene y tras sofocar la rebelión de varios themas anatolios a principios de su reinado.

Aunque llevó a cabo algunas escaramuzas contra los árabes, sus principales planes de expansión, como los de Irene, se dirigían a los territorios eslavos de los Balcanes. En el año 804 su estrategia de Hélade conquistó el Peloponeso occidental de manos de los eslavos y empezó a poblar la zona con bizantinos. En el año 807, el mismo emperador avanzó la frontera de Tracia hasta Serdica (la actual Sofía). El mismo año, Nicéforo ordenó un nuevo censo del Imperio, el primero que se llevaba a cabo desde hacía años; frenó gran parte de la evasión de impuestos, suprimió numerosas exenciones fiscales y aumentó los ingresos del Estado.

En el año 809 Nicéforo estableció, en lo que había sido el territorio eslavo en Grecia, tres nuevos themas: Peloponeso, Tesalónica y Cefalonia, donde instaló a numerosos bizantinos de Anatolia. Estos themas, así como el nuevo tagma de los Hicanati, incrementaron el ejército bizantino en diez mil hombres. Los nuevos themas en Grecia, que fueron ocupados sin apenas problemas, expandieron las tierras de cultivo bizantinas y los ingresos fiscales, una vez asentados los nuevos pobladores. Tales asentamientos pronto transformaron una Grecia básicamente eslava en otra de mayoría griega, como había sido antes del siglo VII.

No es sorprendente que la expansión bizantina en Tracia y Grecia alarmase a Krum, el kan búlgaro. Cuando Krum saqueó Serdica en el año 809, Nicéforo devastó el territorio búlgaro en represalia. Dos años

después el emperador llevó a cabo otra campaña contra los búlgaros; tras ser derrotado en dos ocasiones, Krum logró atrapar al ejército bizantino en un barranco de los Balcanes. Los búlgaros eliminaron a un gran número de bizantinos, entre ellos el mismo emperador, antes de que el resto consiguiera escapar. Krum convirtió el cráneo de Nicéforo en un cuenco para beber. A pesar de sus importantes logros, Nicéforo fue el primer emperador caído en combate desde Valente, que corrió la misma suerte en el año 378.

El único hijo de Nicéforo, Estaurocio, quedó inválido por una herida recibida en la misma batalla; aunque fue proclamado emperador, se hallaba demasiado débil para gobernar. Poco después, los altos cargos del Imperio acordaron proclamar al yerno de Nicéforo, Miguel Rhangabe, y enviar a Estaurocio a un monasterio. Atractivo y bien nacido, Miguel, el primer emperador bizantino con apellido, era afable, pero totalmente falto de decisión. Mostró una actitud titubeante ante el avance de Krum en la Tracia bizantina y, cuando por fin se decidió a marchar contra los búlgaros, el ejército bizantino huyó. Entonces el ejército proclamó emperador al estratega del thema Anatólico León el Armenio, quien probablemente había provocado la desbandada teniendo su proclamación en mente. Miguel se retiró a un monasterio.

Dejando a un lado su traicionero acceso al trono, León V, de unos treinta y cinco años, era un hombre astuto y despierto, procedente de una noble familia armenia. En un principio, su actuación ante Krum no fue mucho mejor que la de Miguel, y el kan se presentó casi de inmediato ante las puertas de Constantinopla. Después de que León intentara asesinarle durante unas pretendidas negociaciones, el furioso kan se dedicó a saquear Tracia durante dos años y se llevó a Bulgaria la población de Adrianópolis y de otras ciudades. León nunca se atrevió a presentarle batalla. Krum planeaba el asalto de Constantinopla cuando falleció repentinamente, lo que interrumpió el ataque búlgaro.

Para solucionar el problema búlgaro, León planeó reinstaurar la iconoclasia. Su razonamiento era que los cinco gobernantes posteriores a la restauración de los iconos había acabado mal, a diferencia de los tres emperadores iconoclastas que los habían precedido. En el año 815 León exilió al patriarca Nicéforo y a varios obispos y eligió un nuevo patriarca que reconoció el Concilio de Hieria, celebrado en tiempos de Constantino V, como ecuménico. De nuevo los iconos fueron destruidos por orden imperial, aunque en esta ocasión se formó una fuerte resistencia iconódula, organizada por el abate Teodoro de Studius.

Un año después de haberse declarado iconoclasta, León emprendió una campaña contra los búlgaros que volvían a saquear Tracia. Tras fingir que huía del ejército búlgaro, León tendió una emboscada y lo derrotó. Ambos bandos pactaron una tregua de treinta años. León renunció a las partes de Tracia recuperadas en época de Irene y Nicéforo, mientras que los búlgaros devolvieron todos los territorios que habían sido bizantinos con anterioridad a esa época, mantuvieron parte del resto y dejaron las zonas restantes en manos de eslavos independientes. León se dedicó a restaurar las ciudades de Tracia que había recuperado. También creó el nuevo thema de Paflagonia y el nuevo ducado de Cالدia en la costa septentrional de Anatolia, probablemente para desviar el avance de los rus, vikingos que enviaban partidas de asalto al sur, hacia el mar Negro.

En el año 820 León fue asesinado por unos conspiradores que proclamaron emperador al encarcelado doméstico de los Excubidores, Miguel II el Amorío. Miguel, también conocido como el Tartamudo, era un tosco soldado de unos cincuenta años a quien poco importaban los iconos, pero que mantuvo la iconoclasia por no molestarse en cambiarla. Casi de inmediato se enfrentó a la firme oposición de la mayoría de los themas anatolios, que se negaron a reconocer su toma de poder y proclamaron emperador a Tomás el Esclavo, segundo oficial del thema Anatólico. Puesto que Miguel no tenía más derechos al trono que Tomás, se inició una importante guerra civil.

Cuando Tomás cercó Constantinopla por tierra y por mar en el año 821, Miguel sólo conservaba la capital y la mayoría de los themas de Armenia y de Opsikion. Sin embargo, el asalto de Tomás a las murallas de la ciudad fracasó. Miguel hizo arder gran parte de la flota de su oponente con fuego griego y persuadió a los búlgaros para que atacaran la retaguardia del ejército de Tomás, que tuvo que abandonar el sitio de la capital. En el año 823 Miguel derrotó a las tropas de su oponente, le obligó a salir del baluarte de Tracia por falta de alimentos y lo ejecutó. Miguel acabó con los últimos partidarios de Tomás un año después.

Los tres años de guerra civil habían dañado al ejército y, sobre todo, a la flota. En el año 826 unos rebeldes se hicieron con el thema de Sicilia y solicitaron la ayuda de los árabes de África. Cuando la flota bizantina navegaba hacia Sicilia, una partida de árabes procedente de Hispania se apoderó de Creta, que al no ser un thema carecía de tropas de guarnición apropiadas. Obligado a luchar contra los árabes en dos islas diferentes con una flota debilitada, Miguel perdió la parte occidental de

Sicilia y la totalidad de Creta. Falleció en el año 829, tras un reinado no demasiado glorioso.

El sucesor de Miguel fue su hijo de dieciséis años Teófilo, uno de los gobernantes más singulares de Bizancio. Elió a su encantadora emperatriz, Teodora, en uno de los concursos nupciales que eran habituales desde tiempos de Irene. Su tutor había sido Juan el Gramático, un clérigo famoso por sus conocimientos y por su iconoclasia, dos rasgos que transmitió a Teófilo. Precoz, refinado y ambicioso, Teófilo se labró la reputación de justo y de ser accesible a sus súbditos.

Teófilo esperaba probar la legitimidad de la iconoclasia mediante los éxitos de su reinado. Pronto derrotó a una partida árabe en el thema Armeniáco, lo que sólo provocó que los árabes enviaran a su vez una partida más numerosa y derrotasen a los bizantinos. Mientras el califa preparaba una expedición de mayores proporciones, en el año 833 el emperador promulgó un edicto que ordenaba el encarcelamiento de todo aquel que rechazara comulgar con la iconoclasia. Dos meses después el califa falleció súbitamente durante la campaña en territorio bizantino, que su sucesor abandonó. Para Teófilo, la muerte del califa fue una señal inequívoca de la aprobación divina de la iconoclasia.

Durante varios años la suerte sonrió a Teófilo. Miles de miembros de una secta herética musulmana, conocidos como jorremitas, huyeron del califato y acordaron convertirse al cristianismo y servir en el ejército bizantino. El emperador envió una expedición para recuperar la franja costera que se hallaba entre Tracia y Tesalónica, recientemente entregada a los eslavos por un tratado con los búlgaros. A continuación, con la ayuda de los jorremitas conversos, Teófilo asaltó la región fronteriza del califato.

El enfurecido califa preparó una gran expedición contra Bizancio en el año 838. Antes de que la expedición se pusiera en camino, Teófilo nombró a su tutor Juan el Gramático patriarca de Constantinopla e intensificó la persecución de los iconódulos. Estas medidas demostraron ser inadecuadas. El califa dirigió una invasión que barrió al ejército bizantino y saqueó Ancira y Amorion, los cuarteles generales de los themas Bucelario y Anatólico. Los treinta mil jorremitas conversos se rebelaron y tomaron parte del thema Armeniáco. Al descubrir que la iconoclasia no garantizaba las victorias militares, Teófilo se conmovió de tal modo que cayó enfermo.

Una vez recuperado, el emperador preparó una campaña contra los jorremitas rebeldes y les obligó a rendirse. En el año 840 los asignó a

diferentes temas en grupos de dos mil, lo que incrementó en un tercio su ejército regular. Durante el proceso creó tres nuevos distritos militares a lo largo de la frontera árabe, denominados *cleisurae* (pasos) y dos nuevos temas: Dirraquio, en la actual Albania, y de los Climata en Crimea. Teófilo también dividió los drongos de mil hombres de los temas en cinco partidas de doscientos hombres, cada una bajo la autoridad de un conde. Además ordenó que se doblase la paga de todos los soldados. Gracias a la mejora resultante de la moral, en años futuros el ejército se rebeló con menos frecuencia y luchó mucho mejor.

Teófilo murió de disentería en el año 842, dejando como legado un reinado marcado por importantes errores y aún más importantes éxitos. Aunque desde principios de su gobierno gastó considerablemente en palacios, incluso después de su generoso aumento de sueldo al ejército las arcas públicas contaban con una reserva de siete millones de nomismata, más del doble del presupuesto anual. Las reformas fiscales y las anexiones en Grecia llevadas a cabo por Nicéforo I contribuyeron a aumentar los ingresos estatales, pero tal excedente también demostraría un incremento demográfico y una mayor prosperidad a partir del siglo VIII, cuando los excedentes eran menores aunque los gastos fuesen más reducidos. Apenas dañado por derrotas aparentemente importantes, como ante los búlgaros y los árabes, Bizancio se había fortalecido y gozaba de mayor prosperidad.

EL IMPERIO RESTABLECIDO

Puesto que a la muerte de Teófilo su hijo Miguel III sólo tenía dos años, el poder real pasó a manos de la madre de Miguel, Teodora, que aún no había cumplido treinta años. Como Irene, Teodora era una mujer activa e inteligente cuyo principal consejero era un eunuco, en este caso el logoteta postal Teoctisto. Sin embargo Teodora, que se hallaba en una posición más afianzada que Irene, ni necesitó ni recurrió a la crueldad de su predecesora. Teodora era una iconódula convencida; asimismo, después de que la persecución iconódula de Teófilo no lograra victorias militares, la opinión bizantina, nunca partidaria de la iconoclasia, parecía haberse vuelto definitivamente en su contra. La historia inventada por la emperatriz, según la cual Teófilo había abjurado de la iconoclasia en el lecho de muerte, logró una amplia aceptación.

Un año después de la muerte de su esposo, Teodora y Teoctisto lograron que una asamblea cuidadosamente seleccionada de burócratas, sacerdotes y monjes (pero no obispos, pues todos se habían visto obligados a profesar la iconoclasia durante años) reconociera como ecuménico el Segundo Concilio de Nicea, organizado por Irene. Teodora destituyó al patriarca Juan el Gramático y lo reemplazó por Metodio, un monje iconódulo de Sicilia encarcelado por Teófilo. Metodio destituyó a casi todos los obispos, aunque la mayoría, excepto Juan el Gramático, repudiaban la iconoclasia. El primer domingo de Cuaresma, fecha en que el concilio iconódulo anunció su decisión, se celebra desde entonces en la Iglesia de Oriente como el Domingo de la Ortodoxia. El concilio marcó el final de las controversias teológicas importantes, que ya nunca se producirían en siglos venideros.

A continuación Teoctisto envió una expedición a Creta, a la sazón en poder de los árabes, para demostrar que la iconodulia conseguiría la victoria donde la iconoclasia había fracasado. Tras un inicio alentador, el logoteta regresó para enfrentarse a una partida árabe en el Bósforo, fue derrotado y nunca volvió a Creta, donde los árabes expulsaron a los bizantinos. A pesar de tales reveses, Teoctisto conservó el poder y el consenso bizantino a favor de los iconos se mantuvo firme. Poco después de que el tratado con los búlgaros expirara, en el año 846, el gobierno bizantino expulsó a una partida búlgara y obligó al kan búlgaro a pactar un nuevo tratado de paz.

Por razones ajenas a Bizancio, el califato árabe empezaba a desmembrarse en Estados independientes o virtualmente independientes, como los emiratos de Melitene y Tarso, ambos fronterizos con Bizancio, que reanudaron las incursiones árabes en territorio imperial. Los dos emiratos se beneficiaron de una alianza con un pequeño Estado fundado en la frontera por los paulicianos, una secta dualista cristiana que consideraba a Cristo como el dios del bien y al Dios del Antiguo Testamento como el dios del mal. No obstante, esta impía alianza no podía compararse al ejército de un califato unificado. Los bizantinos devastaron gravemente el emirato de Tarso en el año 855.

El mismo año Teodora celebró el habitual concurso para desposar a Miguel, su hijo de quince años. Pero Miguel ya tenía una amante, Eudoxia Ingerina, y se enojó con su madre por la vulgar esposa con quien le forzaba a casarse. Miguel encontró un aliado en Bardas, hermano de Teodora, que hizo asesinar a Teoctisto. Miguel se impuso a su afligida madre y la obligó a retirarse a principios del año 856. La regencia de Teodo-

ra había sido eficaz; la emperatriz se sentía orgullosa de haber restaurado los iconos e incrementado levemente las reservas del tesoro a 7,8 millones de nomismata.

Miguel III, posteriormente conocido como el Beodo, estaba más interesado en la bebida, el derroche, los caballos y su amante Eudoxia que en gobernar. Delegó la mayor parte de sus responsabilidades en su tío Bardas, que se convirtió en doméstico de los Scolae y demostró ser un gobernante competente. Miguel y Bardas pronto se enemistaron con el patriarca de Constantinopla Ignacio, un monje sombrío que Teodora había elegido. En el año 858 forzaron la abdicación de Ignacio y lo reemplazaron por el *protoascretis* Focio, el erudito más famoso del momento. Sin embargo, hasta el momento de su apresurada consagración Focio era laico, por lo que el Papa la invalidó.

En el año 863 Focio aceptó la petición del príncipe de Moravia, un Estado eslavo situado al noroeste de Bulgaria, que solicitaba misioneros bizantinos para completar la conversión de su país iniciada por los misioneros francos. La misión bizantina, dirigida por los hermanos Cirilo y Metodio, reivindicó Moravia para la Iglesia de Oriente. Cirilo tradujo la liturgia griega al eslavo, inventando el medio de escribir eslavo en un alfabeto griego modificado que posteriormente se transformaría en el actual cirílico.

El mismo año los bizantinos masacraron una partida árabe en Anatolia oriental y asaltaron la Armenia árabe, eliminando en el proceso al emir de Melitene, al antiguo emir de Tarsos y al líder de los paulicianos. A continuación atacaron Bulgaria; el kan búlgaro Boris se vio obligado a firmar una alianza, aceptar a los misioneros bizantinos y a ser bautizado con el nombre cristiano de Miguel, ceremonia en la que Miguel III actuó como padrino. Bizancio parecía pasar por un buen momento, tanto en su frontera oriental como en la occidental.

Tales éxitos se debían en gran parte a Bardas, que recientemente había sido nombrado César. No obstante, al cabo de un año cayó víctima de la irresponsabilidad de Miguel III: cuando su amante Eudoxia se quedó embarazada, Miguel decidió casarla con su chambelán y compañero de bebida Basilio el Macedonio. El emperador permitió que Basilio asesinara a Bardas y a continuación adoptó al chambelán, treinta años mayor que él, con la aparente intención de asegurar la sucesión del hijo natural que engendraría Eudoxia.

Basilio no ejercía en Miguel una influencia similar a la de Bardas, por lo que nadie estaba a cargo del Imperio. Miguel derrochaba a des-

tajo y entregaba a sus amigos vastas sumas de dinero. Los paulicianos iniciaron nuevas incursiones en Anatolia y también los árabes de Sicilia en los restos de la Italia bizantina. El rechazo papal de Focio como patriarca había provocado un cisma con la Iglesia de Occidente, en el cual las Iglesias de Bulgaria y Moravia apoyaron al Papa. En el año 867 un concilio convocado por Focio declaró la deposición del Papa, basándose en que el papado permitía prácticas como usar pan ácimo en la eucaristía y que alteraba el Credo de Nicea al afirmar que el Espíritu Santo procedía del Padre «y del Hijo» (en latín, *filioque*). Aunque tales diferencias no habían causado un cisma con anterioridad, posteriormente serían fuente de graves problemas entre ambas Iglesias.

Un mes después del concilio de Focio, Basilio, inseguro de su influencia en el emperador, hizo asesinar a Miguel III. Pocos bizantinos lamentaron el fallecimiento de su legítimo soberano, cuyos escasos intentos de gobierno no habían hecho más que interferir el trabajo de Teodora, Teoctisto, Bardas y Basilio. No obstante, durante el reinado de Miguel el progreso gradual del Imperio se había acelerado; principalmente gracias a los esfuerzos de Bardas y sus generales, Bizancio había adquirido fortaleza mientras que los árabes se debilitaban, hasta que el equilibrio de poder se había inclinado a favor de los bizantinos.

Basilio era de sangre armenia, aunque se le llamaba el Macedonio por ser nativo del thema de Macedonia. Cuando accedió al trono tenía cincuenta y cinco años; de orígenes humildes, había demostrado un gran talento para la intriga y a la sazón ya contaba con cierta experiencia como gobernante. En un principio había adquirido poder por ser el marido de Eudoxia, la amante del emperador, quien probablemente era el padre de los presuntos hijos del matrimonio, León y Esteban. Puesto que tenía un hijo propio de un matrimonio anterior como heredero, Basilio prefirió seguir casado con Eudoxia en lugar de resolver su compleja vida privada con un divorcio. Los regalos de Miguel a varios aduladores habían vaciado las arcas públicas, pero Basilio reunió 4,3 millones de nomismata reclamando la mitad de los regalos a todos los beneficiados, a excepción de él mismo y Eudoxia.

Para solucionar el cisma con el papado, el nuevo emperador reemplazó al patriarca Focio por su predecesor Ignacio, anuló el reciente concilio antipapista celebrado por Focio y pidió al Papa que enviase legados para llevar a cabo un nuevo concilio. Éste se celebró a finales del año 869 y acordó condenar a Focio en aras de la unidad eclesiástica. A principios del año siguiente la Iglesia búlgara volvió a someterse al

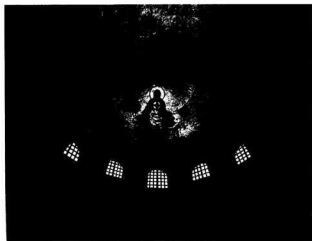


FIGURA 8. Mosaico de la Virgen y el Niño en el ábside de Santa Sofía, Constantinopla. Advértase el ángel de la derecha, que originariamente estaba acompañado por otro a la izquierda. Este elegante mosaico, que sustituyó al mosaico original destruido por los iconoclastas, data del año 867, época en que Focio era patriarca de Constantinopla. (Fotografía: Dumbarton Oaks, Washington D. C., © copyright 1999.)

patriarcado de Constantinopla; el patriarcado también se ganó a los serbios, que solicitaron y recibieron misioneros bizantinos, aunque Moravia continuó bajo la jerarquía del papado.

Los esfuerzos militares de Basilio se tradujeron en más éxitos que fracasos. Un ejército bizantino derrotó y ejecutó al líder de los paulicianos; sin embargo, cuando Basilio dirigió una partida contra los árabes de Melitene no consiguió nuevos resultados. El emperador reforzó de manera permanente la flota imperial con un cuerpo de marinos profesionales y derrotó a los árabes de Sicilia en varias ocasiones. Los árabes sólo lograron apropiarse de la mayor parte de la Sicilia bizantina cuando Basilio desvió la flota para transportar un cargamento de mármol destinado a la construcción de una iglesia. Ejércitos bizantinos derrotaron a los árabes de Melitene y Tarso; en el año 879 conquistaron el resto de los territorios paulicianos y su bastión de Tefrice.

El mismo año, Focio, a quien Basilio había restituido en el patriarcado tras el fallecimiento de Ignacio, convocó un concilio para resolver sus diferencias con el papado. Cuando el Papa ofreció reconocer a Focio a cambio de recuperar la jurisdicción papal sobre la Iglesia búlgara, Focio borró dicha condición de la traducción griega de la carta papal y obtuvo el reconocimiento deseado. El emperador acabó por confiar en Focio; éste se convirtió en tutor de sus hijos e inició una obra de recodificación general de las leyes del Imperio.

Entonces murió el hijo y heredero de Basilio, lo que convertía en heredero a León, en realidad hijo de Miguel III. Las relaciones entre el emperador y su heredero se hicieron abiertamente hostiles cuando Basilio obligó a León a que abandonara a su amante Zoe para desposarse con una casta joven a la que éste aborrecía. Basilio le acusó de conspirador y le sometió a tres años de arresto domiciliario. En el año 886 Basilio cedió su cargo a León por consejo de sus asesores; poco después murió en un accidente de caza, presuntamente preparado por amigos de León. A pesar de sus victorias contra los árabes y del fortalecimiento de la Iglesia bizantina en los Balcanes, los dudosos medios que Basilio había utilizado para llegar al trono finalmente supusieron su perdición.

Su sucesor, el joven de diecinueve años León VI, compartía la opinión generalizada de que era hijo de Miguel III. León era cerebral, aunque bastante perezoso, y al principio no estaba muy seguro de sus capacidades. Depuso al patriarca Focio por considerarlo aliado de Basilio y adoptó como hombre de confianza al padre de su amante Zoe, Estiliano Zautzes, que se convirtió en logoteta postal. Inteligente y corrupto, Zautzes continuó el proyecto de revisión jurídica iniciado por Focio y en el año 888 el gobierno promulgó la *Basílica* («Código Imperial»), una versión griega modificada del *Código justiniano* con numerosas adiciones.

En el año 894 Zautzes provocó injustificadamente a los búlgaros al conceder a varios amigos el monopolio del comercio búlgaro con Bizancio. Simeón, kan de Bulgaria, invadió territorio bizantino y venció al ejército imperial. Aunque el emperador incitó a los magiares para que atacasen a sus vecinos búlgaros, el episodio sólo fue una distracción temporal para Simeón, que derrotó de nuevo a los bizantinos. El Imperio tuvo que ceder parte de su territorio fronterizo y pagar un tributo anual para recuperar sus numerosos prisioneros de guerra y restaurar la paz. Se hizo evidente que una Bulgaria cristiana aún podía suponer una amenaza para Bizancio.

La influencia de Zautzes sobre el emperador se desvanecía cuando la emperatriz falleció inesperadamente un año después, lo que permitió que León desposara a su amante Zoe, la hija de Zautzes. No obstante, el matrimonio sólo duró un año, antes de que Zoe y su padre también muriesen. León exilió al resto de familiares y amigos de los Zautzes y empezó a gobernar en solitario. Acabó con el lucro sin escrúpulos que había fomentado y se centró en extender la frontera oriental del Imperio, aunque nunca entró personalmente en combate. Parece que León concedió una mayor movilidad a los *themas* incrementando los efectivos de caballería en muchos de ellos.

El emperador inició la ofensiva en el año 900, con el asalto al emirato de Tarso y la captura de su emir. A continuación las fuerzas bizantinas iniciaron un lento avance en Armenia occidental, anexionando partes del territorio fronterizo. La tierra era tan pobre y accidentada que los anteriores gobernantes no se habían molestado en conquistarla, pero su anexión amplió la frontera bizantina y la aproximó a otras posesiones árabes más valiosas. Los árabes respondieron con ataques navales; uno de ellos sorprendió y saqueó Tesalónica en el año 903. Aunque el saqueo de la segunda ciudad más importante del Imperio fue humillante y devastador, demostró más falta de preparación que debilidad por parte de los bizantinos.

Mientras tanto, el emperador había enviudado por tercera vez y seguía sin hijos; su único sucesor era su hermano Alejandro, con el que apenas mantenía relaciones. En un principio, León prefirió no desafiar el derecho canónico bizantino, que prohibía contraer matrimonio por cuarta vez, y tomó una amante, Zoe Carbonopsina. Sin embargo, cuando Zoe engendró un hijo, decidió casarse con ella. Tras forzar la abdicación del hostil patriarca Nicolás el Místico, León obtuvo la dispensa papal, ya que la Iglesia de Occidente permitía que los viudos se casasen tantas veces como desearan. Sin embargo, incluso el nuevo patriarca Eutimio consideraba abominable el cuarto matrimonio de León y logró hacerle declarar que, en el futuro, todo cuarto matrimonio supondría una violación tanto del derecho canónico como del civil.

Una flota bizantina asaltó la costa siria como represalia por el saqueo de Tesalónica y los bizantinos continuaron su lento avance en Anatolia oriental. En el año 911 León envió una gran expedición para reconquistar Creta a los árabes; sin embargo, la flota árabe aún era muy poderosa y aplastó a la expedición bizantina antes de que alcanzara la isla. León falleció al año siguiente, tras un reinado que combinaba los éxitos y los

fracasos. La derrota ante los búlgaros, el saqueo árabe de Tesalónica y el fracaso de la campaña para recuperar Creta causaron una mala impresión, mas no grandes daños. Las anexiones de León en Oriente, la conclusión de la *Basilica* y el aumento de la caballería en los *themas* fueron menos relevantes, aunque tuviesen consecuencias de mayor importancia.

RIVALIDADES Y PROGRESO

El nuevo emperador Alejandro, que nunca había mantenido buenas relaciones con su hermano León, se encontró compartiendo el trono con su sobrino de seis años, Constantino VII. Sin descendencia y aquejado de una grave enfermedad, posiblemente cáncer testicular, Alejandro invirtió algunas de las decisiones políticas de su hermano. Dejó de pagar el tributo anual a los búlgaros y expulsó del palacio a Zoe, la viuda de León; también depuso al patriarca Eutimio y restituyó en el cargo al patriarca Nicolás el Místico. En el lecho de muerte nombró a Nicolás regente de su joven sobrino.

Cuando el pequeño Constantino VII accedió al trono en el año 913, estaba separado de su madre, se hallaba sometido a un regente que lo consideraba un hijo bastardo y los búlgaros amenazaban con invadir territorio bizantino. Nicolás no estaba preparado para combatir a los búlgaros, pero consiguió hacer las paces mediante el pago del tributo, el compromiso de Constantino con la hija del kan búlgaro Simeón y la coronación de Simeón como emperador de los búlgaros. No obstante, las dos últimas condiciones eran tan humillantes para el Imperio que provocaron un golpe de estado que depuso al regente y lo reemplazó por la madre del emperador, Zoe.

Cuando Zoe repudió el compromiso de Constantino con la hija de Simeón, el emperador búlgaro inició una campaña de incursiones en territorio bizantino. Los bizantinos atacaron Bulgaria, pero Simeón logró una victoria aplastante. Tras varios reveses, la regencia de Zoe se vio envuelta en una serie de conspiraciones y contraconspiraciones. El nuevo líder del Imperio era el comandante de la flota imperial, Romano Lecapeno, que casó a su propia hija con Constantino VII. En el año 920 exilió a Zoe en un monasterio y se coronó emperador asociado de Constantino.

Romano tenía unos cincuenta años y era hijo de un campesino armenio que se había instalado en Bizancio. Hábil y capacitado, sentía afi-

nidad hacia los generales de familias armenias y albergaba el propósito de recuperar el territorio armenio. A Simeón de Bulgaria le enfureció que fuese Romano, y no él, quien se convirtiera en suegro de Constantino; un año después, el ejército de Bizancio derrotó a Simeón en las afueras de Constantinopla y al cabo de tres años de escaramuzas Simeón aceptó una tregua a cambio de un nuevo tributo. Murió en el año 927, dejando agotada a Bulgaria; su hijo y sucesor, Pedro, se desposó con la nieta de Romano y pasó a ser un aliado de los bizantinos.

La paz con Bulgaria permitió que Romano concentrara su atención en la frontera oriental. Primero ordenó a su compañero armenio y doméstico de los Scolae Juan Curcuas que atacase el emirato de Melitene; tras la absoluta devastación de su territorio, el desesperado emir aceptó la soberanía bizantina. Toda la frontera árabe parecía a punto de desplomarse ante los bizantinos cuando un invierno crudísimo, el de los años 927 a 928, provocó una terrible crisis de subsistencia en el Imperio.

La hambruna redujo a la indigencia a la mayoría del campesinado. Muchos pequeños propietarios prefirieron vender sus tierras a ricos magnates antes que morir de inanición, por lo que pasaron a convertirse en arrendatarios de sus anteriores propiedades. A Romano le preocupaba que los nuevos propietarios, en su mayoría burócratas o militares, no pagasen todos o parte de los impuestos que gravaban sus posesiones. La misma primavera promulgó una ley que sólo permitía a los campesinos vender tierras a sus vecinos de aldea. Parece que la ley no surtió efecto, pero en el año 934 Romano promulgó otra ley que exigía la devolución al vendedor, sin compensación, de cualquier propiedad adquirida ilegalmente después de la hambruna. Aunque la riqueza e influencias de los compradores hizo que tal ley apenas se llevase a la práctica, sí se produjeron algunas reclamaciones de tierras.

A pesar de las consecuencias de la hambruna, poco después los bizantinos reanudaron los ataques contra los árabes. En el año 934 Juan Curcuas conquistó todo el emirato de Melitene y expulsó a todos los musulmanes que se negaron a convertirse al cristianismo. Dos años más tarde, una gran tribu árabe de Mesopotamia desertó al bando bizantino y se convirtió al cristianismo, lo que añadió doce mil soldados de caballería al ejército de Bizancio. Los nuevos efectivos contribuyeron a la conquista y la guarnición de cinco nuevos temas que extendieron el territorio bizantino más allá del este de Melitene.

Tras la caída de Melitene, el principal poder árabe en la frontera era el enérgico general Saif al-Daulah, que logró detener el avance bizantino

y establecer un control nominal en la mayor parte de Armenia. A continuación Saif atacó el sur de Anatolia, lo que provocó varias expediciones de represalia por parte de Juan Curcuas. El doméstico atacó el sur de Armenia y el norte de Mesopotamia, saqueó las ciudades más importantes y sitió Edesa, exigiendo que sus ciudadanos le entregasen la reliquia del *Mandilion*, una tela con el rostro de Cristo milagrosamente estampado.

Satisfecho por tales victorias, Romano pretendía casar a la hija de Curcuas con el joven hijo habido del matrimonio entre su propia hija y Constantino VII, también llamado Romano. Pero los hijos del viejo emperador, temiendo que tal matrimonio ayudase a Constantino a recuperar el poder, hicieron que su padre abandonara sus planes y despidiese a Curcuas. En el año 944, cuando finalmente los habitantes de Edesa entregaron el *Mandilion*, los hijos de Romano intentaron asegurar su sucesión enviando a su padre a un monasterio. Este acto grosero ofendió a los partidarios del anciano Romano y fue utilizado por los seguidores de Constantino VII: en la capital, una multitud aclamó a Constantino, que se hizo con el poder y reunió al viejo Romano con sus hijos en un compartido retiro monástico.

Constantino VII, emperador titular desde los siete años, se convirtió en el verdadero gobernante a la edad de treinta y nueve. Hasta entonces, su mayor logro había sido patrocinar una serie de investigaciones sobre antiguiedades, que incluía algunas obras tan mediocres que incluso es posible que fuesen suyas. Tímido y estudioso, Constantino también poseía las capacidades básicas necesarias para gobernar, sobre todo la de saber cuándo buscar consejo. Aunque no admiraba a Romano Lecapeno, apenas modificó la política seguida por el anterior emperador asociado. Ordenó de nuevo a los terratenientes que devolviesen las tierras adquiridas en contra de la ley de Romano y reanudó la ofensiva bizantina en la frontera oriental.

Constantino intentó reconquistar Creta, pero los árabes de la isla aplastaron la expedición bizantina, que contaba con escasos efectivos porque el emperador no deseaba arriesgar más hombres. Su excesiva cautela hizo que dejara tantas tropas bizantinas en Oriente que consiguió frenar una importante ofensiva árabe y además tomar el bastión árabe de Teodosiópolis. Saif al-Daulah, ahora emir de Alepo, luchó encarnizadamente, pero apenas pudo mantener posiciones. Dos brillantes generales bizantinos, los futuros emperadores Nicéforo Focas y Juan Tzimiscas, lo acosaron sin descanso, acabaron con sus hombres, destruyeron sus fortalezas y asolaron sus dominios.

Constantino falleció en el año 959, mientras preparaba otra expedición contra Creta. Durante su largo reinado y corto gobierno, Bizancio había superado las discordias internas y las invasiones búlgaras; también había logrado una ventaja decisiva sobre los árabes. Aunque Constantino VII no logró personalmente las victorias, tampoco lo había hecho Romano Lecapeno, ni muchos de los otros emperadores. Constantino también evitó cometer errores graves durante su reinado y recuperó el poder para él y su dinastía cuando éste parecía definitivamente perdido.

El sucesor de Constantino fue su disipado hijo Romano II, de veinte años de edad. Romano se había enamorado de Teófano, hija de un tabernero, con quien su indulgente padre le había permitido casarse. El nuevo emperador se mostró encantado de que los magníficos generales del Imperio siguiesen cosechando nuevos triunfos. Probablemente por consejo de tales generales, incrementó los efectivos del tagma de los Scolae y lo separó en dos divisiones, una oriental y otra occidental, con comandantes distintos para Anatolia y los Balcanes, el doméstico de Oriente y el doméstico de Occidente. Como doméstico de Oriente eligió a su mejor general, Nicéforo Focas, cuya primera misión fue dirigir la expedición contra Creta que Constantino había planeado.

Un año después del acceso al trono de Romano, Focas navegó rumbo a Creta con un ejército y una flota de considerables dimensiones, en total setenta y siete mil soldados y remeros. Tras desembarcar en la isla sin problemas, forzó la retirada de los árabes y los sitió en su fortaleza de Chándax durante todo el invierno, para atacar llegada la primavera. Tras ser un nido de piratas árabes durante más de un siglo, Creta se transformó en un thema bizantino y los misioneros del Imperio volvieron a convertir al cristianismo a su población. Nicéforo inició su regreso triunfal a Constantinopla. Mientras tanto, su hermano León Focas, el doméstico de Occidente, aniquiló en Oriente al ejército de Saif al-Daulah.

Nicéforo se dirigió con un ejército a Oriente para sacar partido a la victoria de su hermano. Invadió el emirato de Tarso con un gran número de efectivos y derrotó a su emir. Aunque Saif al-Daulah intentó reunir a los defensores, tuvo que retirarse cuando Nicéforo y Juan Tzimisce regresaron con unos setenta mil hombres. Barrieron el desafortunado emirato de Tarso, penetraron en Siria y cayeron sobre Alepo, la capital de Saif. Tras forzar la huida del general árabe, asaltaron, saquearon e incendiaron la ciudad a excepción de su ciudadela; después regresaron, sin encontrar resistencia, a territorio bizantino.

Allí se enteraron de la prematura muerte del joven Romano II, que se había agotado en exceso durante una cacería. Aunque Romano sólo había presidido una conquista importante, la de Creta, las victorias de sus generales sobre los árabes de Oriente demostraban que Bizancio podía extender su frontera oriental siempre que lo deseara. Los bizantinos ya habían conquistado suficientes territorios para amortiguar y alejar las incursiones árabes en Anatolia. Ahora debían decidir si estaban satisfechos con sus actuales fronteras o si empezaban a reclamar el territorio que los árabes les habían arrebatado hacía más de dos siglos y medio.

NICÉFORO II Y JUAN I, LOS CONQUISTADORES

Romano dejó viuda, Teófano, y dos hijos, el mayor de los cuales, Basilio II, sólo tenía cinco años en el 962. Teófano contaba con escasos partidarios en el gobierno, por lo que invitó a la capital al general más importante del Imperio, Nicéforo Focas, para que celebrase sus victorias contra los árabes. Cuando llegó a Constantinopla, el viudo Nicéforo aceptó desposar a la emperatriz. Sin embargo, tan pronto como salió de Constantinopla, los enemigos de Teófano iniciaron una conspiración contra ella. Nicéforo se anticipó a los conspiradores haciendo que los ejércitos de Anatolia lo proclamasen emperador; después regresó a la capital y la tomó con el apoyo de multitudes entusiastas. El general se casó con Teófano y adoptó a sus dos hijos, quienes heredarían el Imperio, ya que Focas tenía cincuenta y un años y carecía de descendencia.

El devoto y servicial Nicéforo II no era el marido ideal para Teófano, que por su edad podría ser su hija. De todas formas, Nicéforo no pensaba gobernar tranquilamente desde Constantinopla, sino regresar al frente árabe. Era poco habitual que los emperadores dirigiesen personalmente al ejército después de su acceso al trono; por lo general, sólo ordenaban a sus generales que realizaran incursiones en territorio enemigo o anexionasen bases que se usaban para atacar Bizancio, como era el caso de Creta. Nicéforo, un guerrero de una familia militar de la zona fronteriza de Capadocia, pretendía seguir luchando en persona y, además, extender el Imperio Bizantino a Siria.

Antes de partir hacia Oriente, Nicéforo concedió altos cargos burocráticos a algunos de sus amigos y familiares. También intentó conven-

cer al patriarca Polieucto de que honrase como mártires a los soldados bizantinos caídos en la lucha contra los árabes, pero el patriarca defendió la doctrina tradicional, según la cual matar en el campo de batalla era un pecado que requería penitencia. Entonces Nicéforo promulgó una ley que prohibía futuras donaciones territoriales a la Iglesia, que estaba acumulando grandes propiedades por las que apenas pagaba impuestos; sin embargo, también patrocinó la fundación de monasterios en tierras desocupadas y disponibles.

El emperador partió en campaña contra los árabes en el año 964. Envío dos expediciones navales: una para rescatar el resto de la Sicilia bizantina, que fracasó, y otra para capturar Chipre, que triunfó. El propio Nicéforo se dedicó a completar la conquista del emirato de Tarso en un año. Estableció nuevos temas no sólo en Cilicia, donde se encontraba el emirato, sino también en las tierras orientales inmediatas. El emperador expulsó de sus nuevos temas a todos los musulmanes que rechazaron convertirse al cristianismo y dio facilidades a los cristianos de Siria y Armenia para que se instalaran en dichas tierras, fértiles aunque des pobladas.

Nicéforo volvió a atacar en el año 966; asoló el norte de Siria y sitió brevemente Antioquía. La resistencia árabe se desmoronaba, sobre todo tras la muerte de Saif al-Daulah en el año 967. Precisamente entonces el emperador anexionó gran parte de Armenia oriental, territorio que, en su mayor parte, fue cedido voluntariamente por sus ineptos príncipes. Nicéforo organizó estas adquisiciones en más de una docena de pequeños temas; cada uno contaba con una pequeña guarnición que podía ser de utilidad en futuras campañas. El emperador también creó un nuevo cuerpo de caballería pesada para que acompañase a su ejército.

Puesto que las relaciones de Bizancio con el emperador búlgaro no eran fluidas, en lugar de desviar su atención de la guerra árabe, Nicéforo sugirió al príncipe ruso Sviatoslav que invadiese Bulgaria, sin importarle que tal príncipe fuese pagano. Sviatoslav derrotó al ejército búlgaro en el año 967 e inició la incorporación de Bulgaria oriental en un principado ruso ampliado. Un año después, el emperador germánico Otón I, cuya propuesta de casar a su hijo con una princesa bizantina había sido rechazada por Nicéforo, penetró en las propiedades bizantinas del sur de Italia. Mientras tanto, una nueva crisis de subsistencia, unida a los crecientes gastos de la campaña contra los árabes, empezaba a minar la popularidad del emperador.

Nicéforo siguió atacando, sin atender a otras distracciones. En esta ocasión conquistó Edesa, que contaba con una considerable población cristiana. Realizó incursiones en todo el norte de Siria, pero su principal objetivo era una ciudad todavía importante y de mayoría cristiana: Antioquía. Nicéforo tomó las principales fortalezas de los alrededores y sitió la ciudad. Puesto que una hambruna local dificultó los suministros de su propio ejército, sólo una pequeña fuerza mantuvo el cerco en invierno. Cuando llegó la primavera, los bizantinos tomaron la ciudad por sorpresa. Al mismo tiempo, el comandante bizantino apostado en Italia derrotó al ejército de Otón de Germania, mientras que el comandante bizantino en Armenia asaltaba el resto de la Armenia árabe y saqueaba su capital.

A pesar de todas sus victorias en las fronteras, Nicéforo había perdido el favor de la población y de los burócratas de Constantinopla, que el emperador sólo visitaba ocasionalmente. La hambruna persistía y algunos personajes poderosos se sentían abandonados por su emperador, entre ellas la emperatriz Teófano y el doméstico de Oriente Juan Tzimiscas. La emperatriz y el general urdieron una inteligente conspiración para eliminar a Nicéforo, casarse y reinar junto a los hijos de la emperatriz. A finales del año 969, Tzimiscas y algunos partidarios asesinaron al emperador mientras éste dormía en palacio.

Éste fue probablemente el asesinato menos justificable de un emperador en toda la historia bizantina hasta la fecha. No obstante, después de que Juan destituyese a algunos de los seguidores de Nicéforo, casi nadie en la capital puso objeciones al crimen. El patriarca Polieucto, que había criticado el matrimonio de Nicéforo y su legislación sobre las tierras de la Iglesia, aceptó coronar a Juan a condición de que donase sus propiedades personales a los necesitados, castigase a sus cómplices y exiliara a Teófano. Juan aceptó; ejecutó a dos de sus amigos, envió a Teófano a un convento y fue coronado emperador.

A pesar de haber accedido al trono mediante el asesinato y la usurpación, Juan no se deshizo de los otros emperadores legítimos, por aquellos entonces menores de edad, y pronto se unió a la dinastía desposando a una tía de éstos. Apuesto, carismático y bien relacionado, este armenio de cuarenta y cuatro años, sobrino de Nicéforo, era un brillante general por méritos propios. Al igual que su tío, Juan quería invertir su tiempo en conquistar territorios para el Imperio, por lo que confió gran parte de las tareas administrativas al gran chambelán Basilio Lecapeno, un hijo bastardo de Romano I.

El reinado de Juan se inició con buen pie: finalizó la crisis de subsistencia, que se había prolongado durante tres años, y el emirato de Aleppo se rindió y pasó a ser un Estado cliente de Bizancio. Antes de iniciar nuevos avances, Juan subordinó los aproximadamente treinta pequeños *themas* creados por Nicéforo en la frontera oriental a tres ducados: Caldia en el norte, Mesopotamia en el centro y Antioquía en el sur. Para poder luchar libremente contra los árabes, hizo las paces con Otón de Germania enviando a su sobrina Teófano como prometida para el hijo de Otón. Sin embargo, el príncipe Sviatoslav seguía instalado en Bulgaria oriental y amenazaba con dirigirse a Constantinopla.

Sviatoslav invadió la Tracia bizantina, pero Juan le obligó a retroceder. A pesar de haberle derrotado, el emperador bizantino decidió iniciar una campaña a gran escala contra los rusos. En un principio tuvo que sofocar una rebelión instigada por Bardas Focas, un sobrino de Nicéforo II que pretendía vengar a su tío y acabó en el exilio. Finalmente, en el año 971 Juan dirigió unos cuarenta mil hombres contra Sviatoslav. Sin apenas problemas, los bizantinos derrotaron a los rusos en dos ocasiones y sitiaron a Sviatoslav en la fortaleza de Dristra, en el Danubio. Tres meses después, el príncipe ruso aceptaba abandonar Bulgaria a cambio de alimentos para su famélico ejército.

Juan exigió la abdicación del emperador búlgaro Boris II, a quien Sviatoslav había encarcelado, y se anexionó la mayor parte de los territorios de Boris. El emperador creó seis nuevos *themas* en Bulgaria oriental, dependientes de los nuevos ducados de Adrianópolis y Tesalónica. Aunque adquiridas casi por accidente, estas conquistas eran valiosas para el Imperio, pues eran fértiles y protegían Tracia de los atacantes del norte. Juan también deseaba extender la autoridad bizantina a Bulgaria occidental, donde creó dos nuevos *themas*. Los hijos del anterior gobernador búlgaro conservaron el resto del territorio montañoso; para Bizancio, expulsarlos suponía demasiado trabajo a cambio de un escaso beneficio.

El año siguiente Juan inició otra ofensiva contra los árabes en el emirato de Mosul, la siguiente potencia árabe en Oriente. En ausencia del emperador, sin embargo, un ejército de Mosul derrotó y capturó al doméstico de Oriente, que murió en una prisión árabe. En el año 974 Juan regresó a Oriente en persona. Tras aliarse con el rey de la parte independiente de Armenia, atacó de nuevo el emirato y, tras arrasarlo por completo, pactó con el emir el pago de un tributo anual.

Un año después el emperador atacó el más sólido de los Estados musulmanes, el califato de los fatimíes, que estaba establecido en Egipto

aunque también poseía el sur de Siria. Juan y su nuevo doméstico de Oriente, Bardas Scleros, avanzaron al norte de Palestina, visitaron los lugares sagrados de Galilea y recaudaron tributos de las ciudades circundantes. El emperador prefirió evitar las guarniciones fatimíes de las ciudades del litoral palestino y atacó los territorios del norte. Entró en Berytus (Beirut), recaudó tributo de Sidón y saqueó Biblos. Aunque Trípoli se resistió, Juan conquistó toda la costa siria hacia el norte, donde instauró varios *themas* que añadió al ducado de Antioquía.

Probablemente, Juan exageraba cuando aseguró a sus aliados armenios que esperaba conquistar Jerusalén en dicha campaña. Antes de poder aventurarse con seguridad al lejano sur, tendría que haber infligido una contundente derrota a los fatimíes y conquistar Siria central. Sin embargo, con algo más de tiempo, ambas operaciones hubieran sido posibles. Los fatimíes eran más débiles que los bizantinos y sus posesiones en Siria no estaban afianzadas; si Juan hubiese mantenido durante seis años más el ritmo de conquistas de los seis años precedentes, podría haber conquistado sin problemas toda Palestina.

Tras la temporada de campañas, el emperador regresó a Constantinopla, pero cayó enfermo durante el trayecto y murió poco después de su llegada, a principios del año 976. Se dijo que el gran chambelán Basilio Lecapeno había envenenado a Juan para evitar que éste investigara las presuntas acusaciones por corrupción de Basilio. En siete años Bizancio había perdido a dos grandes emperadores militares, que habían encauzado el creciente poder militar del Imperio para llevar a cabo conquistas de gran importancia. Nicéforo Focas y Juan Tzimíscas habían incrementado el territorio bizantino en un cuarto, anexionando la mayor parte de Bulgaria, el emirato de Tarso y Armenia. No obstante, quedaba por ver si Bizancio podría seguir expandiéndose con gobernantes menos extraordinarios.

BASILIO II EL TRIUNFADOR

A la muerte de Tzimíscas heredó el trono Basilio II, que tenía dieciocho años y ya no necesitaba regente. Basilio era inteligente, pero parecía más interesado en perseguir mujeres que en enfrentarse al gran chambelán Basilio Lecapeno, quien actuaba como verdadero gobernante. El joven emperador Constantino VIII era incluso más frívolo que su hermano. Aunque el chambelán era un intrigante experimentado e inte-

ligente, los partidarios de los dos emperadores previos lo detestaban, pues Lecapeno era uno de los conspiradores que había asesinado a Niceforo Focas y también se le consideraba culpable de la muerte de Tzimisces. Finalmente, cuando el chambelán intentó destituir a Bardas Scleros, doméstico de Oriente y lugarteniente de Juan, Scleros se declaró emperador de Melitene.

Los amigos y admiradores de Tzimisces se unieron a Scleros, cuyas intenciones, en apariencia, no eran deponer a Basilio II y Constantino VII, sino gobernar para ellos como antes había hecho Tzimisces. El doméstico de Oriente contaba con numerosos partidarios en Armenia y Siria; derrotó a los ejércitos legitimistas primero en el oeste y después en el centro de Anatolia central y en el año 977 ya había conquistado casi toda la parte asiática del Imperio. A pesar de contar con el apoyo del thema naval de Cibirreos, la flota imperial los derrotó e hizo imposible que Scleros cruzase a Europa.

Los búlgaros aprovecharon la guerra civil para recuperar la mayoría de Bulgaria occidental. Romano, hermano del depuesto emperador búlgaro Boris II, escapó de su cautiverio en Bizancio y los líderes de la resistencia búlgara lo acogieron como su emperador. La guerra civil de Bizancio también permitió que el emir de Alepo dejase de pagar tributo al Imperio, mientras que el sultán de Bagdad conquistaba no sólo el emirato tributario de Mosul, sino también la ciudad bizantina de Edesa.

Desesperado por vencer a Scleros, Basilio el Chambelán convocó al exiliado Bardas Focas, sobrino de Niceforo II, y lo nombró doméstico de Oriente. Focas deseaba enfrentarse a Scleros, pues éste había sido partidario de Juan Tzimisces, el asesino de su tío. Se dirigió a Anatolia oriental con un pequeño contingente de hombres; allí reunió un ejército de amigos y parientes de la familia Focas. Scleros se le enfrentó en dos batallas encarnizadas aunque poco decisivas, obligándole a retirarse al este. Sin embargo, Focas logró el apoyo de algunas tropas aliadas en Iberia y en el año 979 aplastó al ejército de Scleros. Tras una rendición generalizada, Scleros huyó a Bagdad.

La guerra con Scleros sólo había debilitado a Bizancio de forma temporal, aunque el Imperio hubiera perdido Edesa y sus posesiones en Bulgaria occidental. Basilio el Chambelán siguió al frente del gobierno, con Bardas Focas como comandante en jefe del ejército. Una breve campaña de Focas fue suficiente para convencer al emir de Alepo de que reanudara el pago del tributo. Cuando el emir se retrasó en los pagos,

Focas invadió el emirato en el año 985, posiblemente con intenciones de conquistarlo.

Entonces, inesperadamente, el joven emperador Basilio II detuvo a Basilio el Chambelán y ordenó a Bardas Focas que interrumpiese su campaña contra Alepo. El emperador sólo degradó a Focas a duque de Antioquía, pero exilió al chambelán y empezó a gobernar por su cuenta. Basilio tenía veintisiete años y derecho legítimo al trono, pero por otra parte se había labrado fama de mujeriego y apenas contaba con experiencia militar ni administrativa.

Obviamente necesitado de glorias militares, Basilio planeó una campaña contra los búlgaros, quienes tras haber expulsado a los bizantinos de Bulgaria occidental empezaban a atacar el norte de Grecia. Puesto que habían logrado tales victorias cuando el Imperio apenas oponía resistencia, Basilio supuso que un gran ejército con oficiales experimentados derrotaría a los búlgaros sin problemas. En el año 986 el emperador condujo a su ejército a Serdica, próxima a territorio bizantino, y la sitió. Sin embargo, el sitio se prolongó más de lo esperado, Basilio se quedó sin provisiones y decidió retirarse. El jefe búlgaro Samuel sorprendió a los bizantinos en un paso de montaña y los obligó a huir con un importante número de bajas.

Al enterarse de la humillación de Basilio, Bardas Scleros regresó de Bagdad e inició otra rebelión. Apoyado por los árabes y por numerosos armenios, Scleros conquistó gran parte de las zonas bizantinas de Armenia y Siria. El emperador, alarmado, restituyó a Bardas Focas como doméstico de Oriente y lo envió contra Scleros. No obstante, un año después Focas se proclamó emperador. En un principio llegó a un acuerdo con Scleros, a quien permitió conservar la región fronteriza como prueba de su alianza. Más tarde Focas consideró que Scleros no le era necesario, lo encarceló y asumió el mando de sus ejércitos. En un año Focas se aseguró el control de la práctica totalidad de Anatolia y Crimea.

En urgente necesidad de ayuda, el emperador la solicitó del príncipe ruso Vladimir, un gobernante poderoso, aunque pagano. Basilio ofreció casar a su hermana Ana con Vladimir si éste se convertía al cristianismo y enviaba sus tropas contra Focas. La princesa bizantina suponía tal trofeo que Vladimir aceptó sin vacilaciones: recibió el bautismo, desposó a Ana, adoptó el cristianismo como religión oficial del Estado ruso y envió seis mil soldados a Constantinopla. Basilio los alistó en un cuerpo permanente denominado la guardia varangiana, que se completaría con tantos mercenarios como fuese necesario.



FIGURA 9. Miniatura contemporánea procedente del Salterio de Venecia, de Basilio II Bulgaróctonos (emperador entre los años 963-1025) coronado por Cristo, bendecido por los ángeles, flanqueado por santos y triunfando sobre sus postrados enemigos. Los enemigos pueden ser búlgaros, árabes, georgianos, armenios, rebeldes bizantinos o una combinación de ellos; Basilio los derrotó a todos. (Fotografía: Biblioteca Marciana, Venecia.)

El emperador distrajo a Focas con el desembarco de un ejército en el noroeste de Anatolia, que avanzó por la Armenia bizantina reclutando efectivos, con toda probabilidad antiguos partidarios de Scleros. Como respuesta, Focas reclutó tropas aliadas en Iberia. A principios del año 989, Basilio, al mando de su guardia varangiana, desembarcó en Crisópolis, en la otra orilla de Constantinopla, donde sorprendió y derrotó a los hombres de Focas. A continuación, el emperador y su hermano marcharon contra el grueso del ejército de Focas, que se encontraba en Abydos, al noroeste de Anatolia. Focas falleció durante el combate a causa de una apoplejía y su ejército se convirtió en una presa fácil. Aunque la viuda de Bardas liberó a Scleros, quien se proclamó de nuevo emperador, antes de que terminase el año éste aceptó rendirse a cambio del perdón.

Bizancio era un Imperio poderoso, pero los tres años de la segunda guerra civil lo habían debilitado y empobrecido. Los búlgaros habían aprovechado la oportunidad para recuperar casi todos sus antiguos territorios, algo que los árabes no habían conseguido por hallarse, al igual que Bizancio, enzarzados en luchas internas. La conmoción que le produjo haber estado a punto de perder el trono hizo que Basilio se volviese severo y vengativo; decidió mantener su posición a toda costa y desarmar o destruir a cualquier enemigo potencial. Puesto que ya había superado la edad habitual para contraer matrimonio, decidió no arriesgarse a tomar una esposa que pudiera conspirar contra él o interferir en sus planes, o que tuviese parientes conspiradores o entrometidos. Basilio prefirió dedicarse a la vida militar, no tanto para extender su Estado sino más bien para defenderlo agresivamente.

En primer lugar el emperador atacó Iberia, como represalia por la ayuda prestada a Bardas Focas. Derrotó al principal aliado de Focas en Iberia; éste, para aplacar a Basilio, le nombró heredero de todos sus dominios en el sur de Iberia. A continuación Basilio atacó a los búlgaros. Los expulsó del norte de Grecia y capturó a su emperador Romano pero no a Samuel, su comandante militar. Basilio también envió un ejército contra otro antiguo aliado de Scleros, el emirato marwaní del sur de Armenia, al que obligó a aceptar el protectorado bizantino. El emperador pretendía proseguir su guerra contra los búlgaros, pero durante varios años tuvo que enviar tropas de ayuda al Estado cliente de Alepo, que los fatimíes intentaban conquistar.

En el año 996 Basilio promulgó una nueva ley contra los poderosos burócratas que compraban tierras a los campesinos. Tras confirmar la ley de Romano I, promulgada en el año 934, ordenó que toda tierra ad-

quirida de forma ilegal fuese devuelta al vendedor o a sus herederos sin compensación alguna. Aunque, como era habitual, muchos de los compradores conservaron sus tierras a pesar de la ley, Basilio la utilizó para desmembrar las propiedades de algunos terratenientes enemigos. El emperador también reclamó todas las propiedades imperiales cedidas por el anterior chambelán Basilio Lecapeno, a excepción de las concesiones personalmente aprobadas por el emperador.

Mientras tanto, Samuel de Bulgaria había reanudado los ataques en el norte de Grecia. Los bizantinos lo rechazaron y Samuel se ofreció a aceptar el protectorado de Bizancio; sin embargo, al enterarse de la muerte en cautividad del emperador búlgaro Romano, se proclamó emperador en su lugar. En consecuencia, la guerra continuó. En el año 999 el emperador capturó Serdica, que había sitiado sin éxito durante su primera campaña. Aunque tuvo que interrumpir la campaña para luchar contra los fatimíes, las fuerzas bizantinas prosiguieron en su ausencia; perdieron Dirraquio, aunque recuperaron gran parte de Bulgaria oriental.

El año siguiente falleció el príncipe de Iberia meridional, que legó al emperador sus dominios, tal como había prometido. Basilio lo anexionó como el nuevo ducado de Iberia. Tras pactar una tregua de diez años con los fatimíes regresó al frente de Bulgaria, donde la guarnición de Dirraquio se había rendido a los bizantinos. El emperador terminó de expulsar a los búlgaros del norte de Grecia y avanzó hacia el territorio que Samuel conservaba en Bulgaria occidental, donde conquistó varias fortalezas. Luego utilizó los gastos de la guerra contra Bulgaria como pretexto para promulgar una ley draconiana, que hacía a los grandes terratenientes responsables de los impuestos que los pequeños propietarios de los alrededores no pudiesen pagar. Sin embargo, tras varias incursiones más, Basilio suspendió las operaciones contra los búlgaros en el año 1004.

Basilio había recuperado las fronteras que tenía el Imperio tras la muerte de Juan Tzimíscas, y parece que con ello se sentía satisfecho. Durante varios años su mayor preocupación fue llenar de nuevo las arcas públicas, un cometido fácil gracias a la ley que obligaba a los grandes terratenientes a pagar los impuestos de los necesitados. Renovó la tregua con los fatimíes durante diez años más, pero nunca llegó a un acuerdo con Samuel de Bulgaria. Finalmente, tal vez para persuadir a Samuel de que aceptara su protectorado, Basilio reanudó las incursiones en Bulgaria.

En el año 1014 el emperador consiguió atrapar en un paso de montaña al grueso del ejército búlgaro y capturó quince mil soldados. Posiblemente habría aceptado un trato para liberarlos si, unos días después, los búlgaros no hubiesen tendido una emboscada a una tropa bizantina. Furioso por la temeridad de los búlgaros, Basilio cegó a todos sus prisioneros, a excepción de uno por cada cien, a quienes sólo dejó tuertos para que guiasen al resto hacia el territorio de Samuel. Su aparición trastornó de tal modo al emperador búlgaro que murió de un infarto. Basilio, sin embargo, no intentó atacar en el acto, sino que tomó algunas fortalezas para después retirarse a sus cuarteles de invierno.

Gabriel, el hijo de Samuel, heredó un Imperio tambaleante, confiado a una parte de Bulgaria occidental. Aunque ofreció convertirse en cliente de Bizancio, Basilio dudó de su sinceridad y reanudó los ataques. Gabriel murió poco después y fue sustituido por su primo Juan, que repitió la oferta de su predecesor. En esta ocasión Basilio aceptó, pero al enterarse de que Juan planeaba atacar el Dirraquio bizantino, el furioso emperador se dirigió a la capital búlgara de Ohrid, tomando prisioneros a su paso y cegándolos. Saqueó Ohrid y sus generales tomaron varias fortalezas búlgaras.

Empeñado en proseguir su guerra búlgara hasta el final, Basilio no se molestó en abandonar dicho frente cuando el rey Jorge de Georgia invadió el ducado bizantino de Iberia y los fatimíes conquistaron el protectorado bizantino de Alepo. Juan de Bulgaria recuperó Ohrid y retuvo otras fortalezas en Bulgaria oriental, aunque fue perdiendo territorio de forma continuada. A principios del año 1018 Juan murió durante un intento desesperado de tomar Dirraquio. Al conocer la noticia, Basilio reunió rápidamente un ejército y se dirigió al interior de Bulgaria. Los principales generales búlgaros y la viuda de Juan capitularon y Basilio entró en Ohrid. Abandonó su idea del protectorado y convirtió sus conquistas de Bulgaria occidental en el ducado bizantino de Bulgaria.

El emperador agradeció su victoria en la catedral de Atenas y en el antiguo Partenón, y celebró su bien justificado triunfo en Constantinopla. Sus generales redondearon las conquistas balcánicas del Imperio con la captura de los enclaves búlgaros del Danubio central, que pasaron a convertirse en el nuevo ducado de Sirmium. Las fronteras del Imperio en el Danubio se extendían de nuevo desde Sirmium hasta el mar Negro; las posesiones bizantinas en los Balcanes volvían a ser las mismas que existían antes del siglo VII. Asimismo, los serbios y los croatas se convirtieron voluntariamente en clientes bizantinos.

Tras la rendición de Bulgaria, Basilio dirigió sus energías a sus desatendidos intereses en Iberia y Alepo. Cuando el gobernador fatimí de Alepo se rebeló y pidió convertirse en tributario bizantino, lógicamente el emperador aceptó. Basilio también estaba dispuesto a conceder términos favorables a Jorge de Georgia. Sin embargo, después de atacar la Iberia bizantina, el monarca de Georgia consideró que había ido demasiado lejos para que le perdonaran, por lo que decidió aliarse con los fatimíes y también con el rey armenio de Ani. Como respuesta, Basilio invadió Georgia, saqueó el territorio y cegó a todos los cautivos, como venía siendo su costumbre.

Jorge pidió la paz y ésta le fue concedida en términos harto favorables: ceder parte del territorio fronterizo que legalmente era del Imperio y aceptar el protectorado bizantino. El rey de Ani no sólo aceptó el protectorado, sino que prometió legar su reino al Imperio después de su muerte. El príncipe armenio de Kars también se convirtió en cliente bizantino, mientras que el rey armenio de Vaspurkán simplemente cedió su reino a Basilio, que lo convirtió en un nuevo ducado. El dominio bizantino del Cáucaso se había completado.

A pesar de las victorias de Basilio, en el año 1022, Nicéforo Focas, hijo del antiguo rebelde Bardas Focas, se proclamó emperador en Anatolia. Los reyes de Georgia y Ani apoyaron a Nicéforo, pero éste fue asesinado poco después y su rebelión fracasó. Basilio sometió rápidamente a los reyes de Georgia y Ani. Con amplias reservas de oro, y consciente de que sus conquistas apenas se habían traducido en grandes beneficios para sus súbditos, el emperador suprimió los impuestos territoriales e inmuebles durante dos años, aunque siguió vigente la ley que responsabilizaba a los terratenientes de los impuestos impagados.

El triunfante emperador empezó a planear una nueva campaña para reconquistar Sicilia a los árabes. En el año 1025 envió una fuerza expedicionaria a la Italia bizantina, con instrucciones de que esperaran su llegada. Pero Basilio falleció repentinamente antes de conseguir embarcar, a la edad de sesenta y siete años. Había reinado durante todos los años de su vida a excepción de los cinco primeros, un lapso inigualado por ningún emperador previo, fuese romano o bizantino. Sus logros territoriales eran mayores que los conseguidos por ningún emperador desde Justiniano I y, a diferencia de éste, Basilio había llevado a cabo la mayor parte de sus conquistas en persona. Tampoco dejó un Imperio empobrecido, como había hecho Justiniano. Incluso después de financiar todas

sus guerras y anular los impuestos durante dos años, Basilio conservó en el tesoro público la considerable suma de 14,4 millones de nomismata.

UNA SOCIEDAD EN EXPANSIÓN

En el año 1025 Bizancio era claramente más extenso, fuerte y próspero de lo que había sido en el año 780. Tras conquistar Grecia occidental y septentrional, la mayor parte de Armenia, el norte de Siria y toda Bulgaria, con la única pérdida de Sicilia, el Imperio casi había doblado su extensión. La influencia política y cultural de Bizancio se propagó, más allá de sus fronteras, a sus numerosos Estados cliente y al recién convertido principado de Rusia. Tras la conquista de Bulgaria y la caída del califato, por primera vez en su historia Bizancio era más fuerte que todos sus vecinos. El ejército bizantino se había triplicado y las pagas de los soldados casi se habían doblado, pero el gobierno podía afrontar los gastos sin tener que aumentar los impuestos. La economía prosperaba y la población parecía satisfecha, además de ser leal a la dinastía macedónica y a la jerarquía de la Iglesia ortodoxa. El Imperio había recuperado el vigor, la unidad y la seguridad en casi todos los aspectos.

Esta recuperación se había iniciado de forma gradual y parece que el absoluto desarrollo del poder bizantino, a mediados del siglo X, cogió por sorpresa a los propios bizantinos. Tal vigor no era fruto de una planificación a largo plazo urdida por los emperadores u otras personas. Durante la mayor parte de este período las adquisiciones bizantinas fueron escasas, poco importantes y, por lo general, se hallaban en zonas fronterizas despobladas.

Irene, Nicéforo I y Teófilo, como Constantino antes que ellos, anexionaron algunos territorios balcánicos apenas habitados por eslavos y sólo lucharon contra los búlgaros cuando éstos iniciaron el ataque. Hasta mediados del siglo IX, las campañas bizantinas contra los árabes eran defensivas o meras represalias; los territorios conquistados en dicho frente fueron escasos. Los ataques de Basilio I, León VI y Romano I a los árabes fueron más ofensivos, pero sus conquistas sólo perduraron en los territorios yermos situados entre las montañas del Taurus y el Antitaurus. El Imperio luchó empecinadamente para conquistar Tefrice, Melitene y Creta; no por el valor intrínseco de dichos territorios, sino porque eran la base de frecuentes incursiones enemigas en territorio bizantino.

La posición defensiva de Bizancio se modificó profundamente en el año 963, con el acceso al trono de Nicéforo Focas, quien dos años antes había conquistado Creta. Nicéforo II no sólo era un general brillante, sino que además demostró un afán de conquista desconocido desde tiempos de Justiniano I. Mientras tanto los árabes, que habían luchado encarnizadamente contra los bizantinos a pesar de sus propias divisiones internas, mostraban claros signos de caída inminente; los búlgaros, que habían derrotado poco antes a los bizantinos, se hallaban exhaustos y temporalmente impotentes. Rompiendo con la dinámica precedente, Nicéforo inició una rápida expansión por territorio árabe, más allá del Taurus. Aunque su reinado fue breve, su sucesor Juan Tzimisce destacó como conquistador incluso más hábil y emprendedor que Nicéforo. Entre ambos conquistaron gran parte de Siria y Mesopotamia septentrional, así como la mayoría de Armenia y Bulgaria. Basilio II, un conquistador menos ávido, recuperó y redondeó las conquistas que se habían perdido durante las guerras civiles producidas en los primeros años de su reinado.

De haber sido más ambicioso, Basilio podría haber extendido sus conquistas sin problemas; no obstante, en cierto modo el Imperio había alcanzado sus límites naturales. La frontera septentrional era casi la misma del Imperio Romano de Occidente en el año 395; asimismo, los clientes serbios y croatas hacían que la frontera se asemejara a la del Imperio de Oriente en tiempos de Diocleciano. Aunque Italia había sido bizantina en época de Justiniano, se hallaba fuera de los márgenes regionales de la cultura griega, a excepción del sur, que Bizancio conservaba, y Sicilia, que Basilio planeaba reconquistar. Los puertos italianos de Venecia, Gaeta, Nápoles y Amalfi eran teóricamente bizantinos, aunque en la práctica funcionasen como ciudades-Estado independientes. Al nordeste, la frontera de Basilio difería de la de Diocleciano porque el primero había anexionado una parte mayor de Armenia: la región del Cáucaso que conservaban los protectorados de Armenia e Iberia era menor que en tiempos de Diocleciano. Obviamente los emperadores no se plantearon atacar Hungría, los Estados pontíficos o Georgia; no los consideraban enemigos o no parecía compensarles tomarse la molestia de conquistar dichos territorios.

Sólo al sur la frontera de Basilio no alcanzó los límites del antiguo Imperio Romano de Oriente; ni Basilio, ni ninguno de sus predecesores, reclamaron el interior de Siria, Palestina o Egipto, aunque Alepo ya era cliente bizantino. Nicéforo tomó Edesa, que Basilio perdió durante el

período de guerras civiles y nunca recuperó. Juan, por su parte, cruzó el norte de Palestina sin intentar conservarlo. Si Basilio hubiese pretendido anexionarse Edesa, Alepo o Palestina, probablemente lo hubiera logrado; incluso habría podido conquistar el Egipto fatimí, que no era mucho más poderoso que el Imperio Búlgaro de Samuel, aunque se encontraba más alejado y mejor protegido por sus defensas naturales.

Sin embargo, una vez en manos bizantinas, tales territorios árabes habrían sido unas conquistas mucho más problemáticas para el Imperio; los bizantinos nunca habían gobernado sobre amplias minorías musulmanas y no estaban habituados a hacerlo con ninguna minoría religiosa, a excepción de los judíos. Todas las conquistas de Bizancio eran ya cristianas, como Bulgaria o Armenia, o contaban con el suficiente número de cristianos para ser mayoría si se expulsaba o convertía a los musulmanes locales o se instalaba a pobladores cristianos, como era el caso de Creta o el norte de Siria. En el siglo X Egipto, el interior de Siria y Palestina todavía contaban con numerosos habitantes cristianos, como sucede en la actualidad, pero su mayoría musulmana era demasiado numerosa para ser convertida o expulsada rápida o fácilmente. Basilio no parecía dispuesto a asumir dicha tarea de asimilación. Probablemente, ni siquiera Juan Tzimisce lo habría intentado más allá de Palestina, cuyo especial atractivo como Tierra Santa compensaba las dificultades de conservarla. Por tanto, los bizantinos tenían buenas razones para no avanzar sus fronteras más allá de las conseguidas en el año 1025, a excepción, quizá, de Edesa y Sicilia.

Dentro de tales fronteras, el Imperio ya había conquistado algunos territorios apenas poblados y económicamente atrasados. Las conquistas imperiales en Bulgaria occidental eran en su mayor parte rurales y sus habitantes seguían pagando los impuestos en especie. Su principal valor para Bizancio era defensivo: ponían tierra por medio para llegar a Grecia y Tracia. Grecia disfrutaba de un desacostumbrado período de paz y prosperidad después de que Nicéforo I recuperase y repoblase las zonas ocupadas por los eslavos. Tracia también parecía prosperar, a pesar de las ocasionales incursiones búlgaras. Los diminutos pueblos de los Balcanes crecieron, aunque nunca llegaron a tener un tamaño considerable. Constantinopla se expandía a un ritmo continuado y, al igual que otras ciudades y pueblos de la Europa bizantina, como mínimo dobló su población entre los siglos VIII y XI. Durante el siglo X la ciudad sufrió ocasionales crisis de subsistencia, pero los problemas de abastecimiento se resolvieron incrementando la producción agrícola en Tracia y Anatolia.

Los llanos costeros de Anatolia seguían siendo la zona más rica del Imperio; en la región predominaba un pequeño campesinado que trabajaba sus propias tierras. Parece que la legislación territorial imperial del siglo X consiguió proteger a estos pequeños propietarios, a juzgar por la casi absoluta ausencia de grandes familias terratenientes en los *themata* de Opsikion, Tracesio y Cibirreo. Los Focas, Scleros y otras familias de magnates vivían en el altiplano anatolio, donde poseían haciendas que ya eran muy extensas antes de la ley territorial. Sin duda, tales magnates se hicieron más ricos y poderosos, en gran medida debido al auge de la agricultura tras el cese de las incursiones árabes. Puesto que la gente sólo quería tierras si podía sacar provecho de ellas, la demanda territorial atestiguada por la ley parece demostrar un auge demográfico y productivo. Los viajeros árabes del siglo X encontraron granjas prósperas y un activo comercio en las rutas terrestres de Anatolia.

Las adquisiciones bizantinas más allá del Taurus y el Antitaurus eran en su mayoría territorios marginales, que los años de guerra entre bizantinos y árabes habían despoblado, incluso en los fértiles llanos de Cilicia y el norte de Siria. Sin embargo, la conquista bizantina pacificó gran parte de la región fronteriza; esta nueva paz, unida a la repoblación y a la distribución de pagas a las tropas locales, ayudó a revivir tanto el comercio como la agricultura. Los territorios armenios, siempre pobres y desprotegidos frente a las incursiones e invasiones, eran una fuente tradicional de soldados y colonos; los *themata* de Armenia siguieron suministrando muchos de los mejores oficiales y soldados del Imperio.

A pesar de la legislación territorial del siglo X, los emperadores y el ejército fueron más a menudo aliados que rivales. Las revueltas militares se hicieron menos frecuentes tras el aumento de la paga militar instaurado por Teófilo. El último emperador depuesto por el ejército fue el incapaz Miguel I, en el año 813. El ejército respetaba las dinastías amoriana y macedónica, pero también exigía emperadores vigorosos y con talento. Si intervino en política, fue para proporcionar a un joven emperador la ayuda de un colega de mayor edad y poder, como Romano Lecapeno respecto a Constantino VII o lo que habría sido Bardas Scleros para Basilio II. Por parte del emperador, el principal propósito de las leyes territoriales no era desmembrar las propiedades ya existentes de los magnates, sino impedir que los nuevos y poderosos burócratas se convirtieran en grandes terratenientes.

Los emperadores, que nombraban a cuantos generales gustasen, solían elegir a miembros de las grandes familias aristocráticas del altipla-

no anatolio, simplemente porque la tradición y la experiencia de tales hombres los convertía en los más cualificados para el mando. Incluso Basilio II, a pesar de haber combatido en un momento u otro a casi toda la aristocracia anatolia, escogió a aristócratas anatolios como generales. Basilio sabía que los magnates desconfiaban más de sus iguales que del emperador: las familias Focas y Scleros habían sido facciones rivales durante generaciones y la discordia entre Bardas Focas y Bardas Scleros fue de gran ayuda para Basilio durante el período de guerras civiles. Asimismo, toda la aristocracia compartía el interés del emperador respecto a la fortaleza militar del Imperio, necesaria para defender sus propiedades y proporcionarles gloria y botines de campaña. Los emperadores dominantes del siglo X acertaron al desviar las energías de sus magnates: en lugar de dedicarlas a la adquisición de tierras de los campesinos, las utilizaron para conquistar las tierras de árabes y búlgaros.

Durante este período el ejército llevó a cabo una eficaz transición: pasó de ser una fuerza básicamente defensiva a ser sobre todo ofensiva. Las primeras reformas militares de los emperadores sólo pretendían mejorar la capacidad defensiva de las tropas, como hizo Nicéforo al reclutar nuevas guarniciones en Grecia, o Teófilo al utilizar a los conversos jorremitas para reforzar los *themata* ya existentes y sus nuevos *cleisurae* en la frontera oriental. Sin embargo, al aumentar la paga militar e instaurar una organización más estricta, Teófilo también mejoró la lealtad y la profesionalidad de las tropas. La importancia de tales modificaciones se hizo evidente después de su reinado, cuando por primera vez la balanza del poder militar pasó de los árabes a los bizantinos. En años posteriores, Basilio reclutó marinos profesionales para la flota imperial, León IV aumentó los efectivos de caballería en los *themata* y, tanto León como Romano I, crearon y protegieron con tropas de guarnición los nuevos *themata* de la frontera oriental. Todas estas mejoras militares posibilitaron las victorias de Nicéforo II, Juan Tzimisce y Basilio II.

Puesto que toda conquista bizantina generaba en nuevos *themata* y sus correspondientes guarniciones, la expansión del Imperio provocó un importante incremento del ejército, al menos sobre el papel. A finales del reinado de Basilio II, el ejército contaba con unos doscientos cincuenta mil soldados, aunque el número de soldados que constaba en las listas sólo fuese teórico. Hacia el año 1025 el Imperio tenía más soldados de los que necesitaba y las guarniciones de los antiguos *themata*, ahora alejadas de las nuevas fronteras, apenas eran de utilidad. En realidad, la parte del ejército que se utilizaba en las campañas eran los *tagmata* y los

themas próximos a las fronteras, que Juan Tzimisces había agrupado bajo la autoridad de los duques. Los otros soldados sólo luchaban durante las guerras civiles, se hallaban faltos de instrucción y cobraban un sueldo sin hacer casi nada a cambio. De vez en cuando, el gobierno les exigía contribuciones en metálico a cuenta de los servicios que los soldados no realizaban y, en ocasiones, les pagaba en nomismata de peso inferior; sin embargo, por lo general prefería evitar problemas y pagaba a su excedente de tropas con excedentes en metálico.

La burocracia creció más lentamente que el ejército, tanto en número de empleados como en influencia. Aunque el logoteta postal todavía actuaba como ministro de Seguridad y de Exterior, el logoteta general como responsable fiscal y el logoteta militar como encargado de los pagos al ejército, los tres cargos fueron perdiendo importancia. Los emperadores empezaron a retener gran parte de sus conquistas como tierras de la corona supervisadas por diferentes burócratas; las rentas de esos territorios se convirtieron en la principal fuente de ingresos junto con los impuestos. Por regla general, el cargo de mayor importancia dentro de la burocracia era el gran chambelán, sencillamente porque era la persona más próxima al emperador. No obstante, como norma, incluso los más altos cargos de la burocracia civil eran menos poderosos que el comandante en jefe del ejército —el doméstico de los *Scolae*— o, cuando dicho cargo fue dividido, los domésticos de Oriente y de Occidente.

La burocracia no siguió el ritmo expansivo del Imperio porque los nuevos temas solían estar administrados por cargos militares. Aunque los principales funcionarios civiles intentaron ingresar en la verdadera aristocracia de los magnates mediante la compra de propiedades y algunos adquirieron tierras en los Balcanes, parece que la ley territorial de los emperadores limitó sus ambiciones. A partir de Nicéforo I se hace evidente que los emperadores hicieron frente a la corrupción burocrática. El enorme crecimiento de los ingresos estatales entre los siglos VIII y XI indica que la burocracia funcionaba con una eficacia razonable y sin una corrupción excesiva.

La base de las numerosas conquistas bizantinas se hallaba en una pronunciada expansión económica; probablemente, la base de dicha expansión económica fue el acusado crecimiento demográfico. Aunque las anexiones territoriales contribuyeron al aumento de la población, la mayoría de los territorios conquistados en Bulgaria, Grecia y las zonas fronterizas árabes estaba menos poblada que las tierras del Imperio. Por tanto, el grueso de la expansión demográfica se correspondería con un

aumento natural de la población en Anatolia y Tracia, facilitado por el fin de la peste y por unas condiciones más pacíficas. Puesto que los bizantinos poblaron tierras antes deshabitadas, tanto en los alrededores de poblaciones ya existentes como en las fronteras, la cantidad de tierra cultivada y las cabezas de ganado también aumentaron. La cría de más bueyes para las labores de arado incrementó, asimismo, la productividad agrícola.

No obstante, el aumento demográfico tuvo que iniciarse antes. Parece que el Imperio simplemente participó de una recuperación generalizada de la población, que se produjo en toda Eurasia tras la remisión de la peste bubónica. Una dinámica demográfica y económica similar tuvo que beneficiar al mundo árabe y a Bulgaria que, sin embargo, cayeron ante Bizancio. Hay que reconocer que tanto árabes como búlgaros se dañaron a sí mismos. Con la caída del califato abásida, los árabes desperdiciaron sus energías en guerras internas. Aunque es evidente que Bulgaria aumentó su poder entre los siglos VIII y X, las guerras de Simeón y Samuel contra Bizancio fueron ruinosas para el país. Sin embargo, si las guerras de Nicéforo II, Juan Tzimisces y Basilio II fortalecieron a Bizancio, fue porque el Imperio superaba a Bulgaria desde un principio. La capacidad bizantina para superar sus propias guerras civiles sin arrastrar daños duraderos también muestra una fortaleza que el califato no pudo igualar.

Las ventajas de los bizantinos respecto a Bulgaria eran claras: Bizancio era más extenso, próspero, poblado y urbanizado que Bulgaria, así como mejor organizado; en consecuencia, estaba más capacitado para superar inconvenientes y sacar mayor partido de sus victorias. Aunque Bizancio era menos extenso, próspero, poblado y, en cierto modo, menos urbanizado que el califato, globalmente estaba más organizado y unificado. Muchos, si no la mayoría, de los súbditos de los califas no hablaban árabe y no eran musulmanes ortodoxos, mientras que la gran mayoría de los bizantinos hablaba griego y profesaba el cristianismo ortodoxo. Sin un ejército o una burocracia tan experimentados ni disciplinados como los de Bizancio, finalmente los califas perdieron el control de sus provincias y acabaron dominados por sus propios soldados y burócratas. Estas ventajas de Bizancio demostraron ser cruciales, pues sin ellas los árabes se encontraron ante un califato demasiado extenso, rico y poblado para conservarlo unido.

Mientras tanto, los bizantinos aprovecharon al máximo su recuperación económica. Nicéforo I reestructuró la burocracia y el sistema fiscal;

Teófilo incrementó el suministro de monedas de oro y de cobre para aumentar los sueldos del ejército, y el dinero penetró rápidamente en la circulación general. A medida que el trueque se hacía menos necesario y se suprimían las incursiones y la piratería árabes, el comercio interior y exterior se hizo más fácil. Los clientes pasaron a ser más numerosos y más prósperos; por tanto, el comercio logró mayores beneficios. Aunque el intercambio comercial entre Bizancio y Europa occidental estaba principalmente en manos de ciudades-Estado italianas, en teoría súbditas del Imperio, los comerciantes bizantinos seguían controlando el comercio de la seda con China vía Trebisonda, el comercio de pieles con Rusia a través de Crimea y la ruta de las especias con India vía Antioquía y Atalia. Constantinopla seguía siendo la mayor ciudad y el centro comercial más importante del mundo mediterráneo.

Las ciudades de Anatolia no parecían haber seguido el ritmo de crecimiento global de la población bizantina, mientras que las ciudades de los Balcanes crecieron con mayor rapidez a causa de su reducido tamaño inicial, en ocasiones casi inexistente. Ahora que la aristocracia provincial urbana de inicios del Imperio había desaparecido, muchos de los grandes magnates anatólios vivían en aldeas y apenas necesitaban las ciudades. Ya no se requerían poblaciones amuralladas para refugiarse de los invasores; los cuarteles generales de los temas no solían estar en las grandes ciudades y apenas atraían población, puesto que la mayoría de sus soldados se hallaban dispersos en los territorios de los temas. En Anatolia central es probable que los cerdos, las ovejas y el resto del ganado superaran ampliamente en número a los habitantes de la zona. Una economía de tales características sólo requería mercados de tamaño medio y algunos puertos. El incremento demográfico se dio sobre todo en los pueblos, donde habitaba la mayoría de la población bizantina.

Hacia el año 1025 los bizantinos habían prosperado y conseguían victorias sin permitirse lujos excesivos. El gobierno destinaba la mayor parte del presupuesto al ejército y el resto lo ahorra para las arcas públicas. Los emperadores estaban ocupados conquistando territorios y humillando a los enemigos, cada vez más débiles, del Imperio. La aristocracia bizantina estaba formada por austeros hacendados a quienes les gustaba guerrear. La burocracia seguía siendo relativamente reducida y eficaz. Las organizaciones militares y administrativas que habían permitido contener a árabes y búlgaros se habían convertido en medios efectivos para someterlos. Ahora que el Imperio había conquistado a los búlgaros y a tantos árabes como podía absorber, el problema más

molesto de los bizantinos era decidir qué hacer con toda la riqueza y el poder conseguidos.

UN RENACIMIENTO CULTURAL

Mientras el Imperio extendía sus fronteras y ganaba nuevos Estados-cliente, la conversión de los eslavos expandió la influencia cultural de Bizancio en un área incluso más amplia. Al igual que la expansión política, la expansión cultural bizantina no fue fruto de un plan concreto. Los moravos, serbios y búlgaros solicitaron misioneros bizantinos por propia iniciativa, mientras que la conversión de Rusia fue casi el resultado accidental de la ayuda militar que Basilio II solicitó del príncipe ruso Vladimir. El deseo de los eslavos de aceptar el cristianismo bizantino demuestra su admiración por la civilización bizantina, de la que adoptaron muchos rasgos además de la religión. Durante este período, el desarrollo de la civilización bizantina fue considerable; el Imperio dejó atrás su época oscura y recuperó su cultura griega originaria.

Hacia finales del siglo VIII los bizantinos lograron aprovechar una educación y una cultura que la gran mayoría compartía para acabar con la disputa iconoclasta. Como parte de los preparativos del Segundo Concilio de Nicea del año 787, el patriarca y erudito Tarasio encargó a varios clérigos que buscasen, en las obras de los Padres griegos, fragmentos que favoreciesen los iconos o que refutasen los argumentos iconoclastas. Dicha labor requirió una lectura exhaustiva, ya que los Padres de la Iglesia apenas mencionaban las imágenes religiosas; el resultado, no obstante, tuvo una acogida favorable en el concilio.

Una nueva generación de monjes iconófilos encabezada por Teodoro, abad del monasterio de Studius en Constantinopla, prosiguió la investigación patristica. A medida que tomaba cuerpo la idea de que los monjes no sólo debían orar, sino también copiar manuscritos, leer y escribir teología, los monjes de Studius y otros muchos monasterios empezaron a copiar obras teológicas en una cursiva minúscula que aceleraba el proceso de copiado y facilitaba la producción de manuscritos. La Iglesia seglar y la burocracia estatal también desarrollaron un mayor interés por la educación en tiempos del emperador Nicéforo I y su patriarca Nicéforo, ambos antiguos funcionarios.

Cuando León V reintrodujo la iconoclasia, patrocinó una investigación para demostrar que los Padres de la Iglesia desaprobaban los iconos;

encomendó la tarea al erudito y futuro patriarca Juan el Gramático. El emperador Teófilo, que había estudiado con Juan y le había nombrado patriarca, fue un activo mecenas de eruditos; sin embargo, era muy supersticioso y siempre insistía en que le predijesen el futuro. En el año 838 eligió a un pariente de Juan, León el Matemático, para que inaugurase la primera escuela pública que se abría en Bizancio desde hacía dos siglos; según parece, básicamente ofrecía una elevada formación a los aspirantes a burócrata o clérigo. Aunque después Teófilo nombró a León arzobispo de Tesalónica, tras el fin de la iconoclasia León regresó a su escuela para dirigir un cuerpo docente de tres profesores. Por aquel entonces, el renacimiento cultural y docente de Bizancio ya se hallaba encaminado y el futuro patriarca Focio, exiliado durante el período iconoclasta, empezó a ganar renombre como erudito.

Aunque la condena de la iconoclasia resolvió la última querrela teológica de importancia en Bizancio, también inició un período turbulento dentro de la Iglesia bizantina. Tras la destitución masiva de los obispos que habían colaborado con los emperadores iconoclastas, en un principio fueron los monjes iconódulos quienes dominaron la jerarquía eclesiástica. Los monjes vivían apartados de las ciudades, en lugares como el monte Olimpo, en el thema de Opsikion, o el monte Atos, en las proximidades de Tesalónica; en años venideros, continuaron gozando de un mayor prestigio que los obispos u otros clérigos seglares.

Uno de los monjes iconódulos elevado a la jerarquía eclesiástica fue el patriarca Ignacio, que perdió su cargo ante Focio por razones de política cortesana. La Iglesia bizantina no tardó en dividirse entre partidarios de Focio o de Ignacio; los seguidores de éste último, respaldados por el Papa, no reconocían a Focio como patriarca. La restitución de Ignacio, el nuevo nombramiento de Focio tras la muerte de Ignacio y la destitución final de Focio resolvieron el cisma con el papado, aunque siguió cuestionándose la validez de las ordenaciones sacerdotales otorgadas por este patriarca.

La Iglesia bizantina se dividió de nuevo a causa del cuarto matrimonio de León VI. La mayoría de los seguidores de Focio apoyaron al patriarca Nicolás el Místico en el rechazo del matrimonio, mientras que los partidarios de Ignacio aprobaron el enlace, al igual que el Papa y el patriarca de León, el venerado monje Eutimio. Los partidarios de Nicolás discutieron las ordenaciones de Eutimio, hasta que un acuerdo restauró la unidad eclesiástica en el año 920. A partir de entonces, los emperadores evitaron enfrentamientos con la Iglesia y ésta evitó enfrentarse a

los emperadores. En consecuencia, la Iglesia se sometió a las leyes de Nicéforo II que reducían las donaciones a los monasterios y Nicéforo aceptó el rechazo eclesiástico a su propuesta de considerar mártires a los soldados caídos en lucha contra los musulmanes. Los bizantinos también mantuvieron buenos términos con la Iglesia de Occidente, a pesar de las diferencias acerca del *filioque* y el pan ácimo utilizado en la eucaristía que Focio había sacado a colación durante el breve cisma que protagonizó.

Mientras tanto, el auge de la erudición bizantina continuaba gracias al patronazgo del César Bardas y los emperadores Basilio I, León IV y Constantino VII. Por primera vez desde hacía trescientos años, la *Basílica* de Basilio y León, así como las *Novellas* que León había añadido para actualizarla, permitieron a los juristas hacer pleno uso del *Código justiniano*. No obstante, al igual que la *Táctica* de León, referente a la organización militar, la *Basílica* y las *Novellas* incluían un copioso material claramente obsoleto o provisiones imposibles de llevar a la práctica, una prueba más de la pasión por el conocimiento típica de la cultura bizantina de la época, que a menudo chocaba con las necesidades prácticas del Imperio. Durante la edad oscura, los jueces, generales y burócratas bizantinos habían aprendido a confiar más en la experiencia y en la tradición que en los libros, y muchos de ellos siguieron en la misma línea.

El renacimiento cultural se inició con el redescubrimiento de los Padres griegos de la Iglesia; poco después le llegó el turno a la literatura laica griega. Los primeros estudios de Focio se conservan en una voluminosa y desordenada relación de sus lecturas privadas, que más tarde se denominaría la *Bibliotheca*. De los aproximadamente cuatrocientos libros descritos, la mitad son obras cristianas y la otra mitad laicas; cerca de la mitad de esos textos no han llegado hasta nuestros días, lo que hace de la *Bibliotheca* una fuente de gran interés en la actualidad. En el siglo IX también se compilaron varios diccionarios de griego clásico, que hicieron más accesible el idioma originario.

Una pasión por lo antiguo totalmente falta de crítica desfigura la mayor parte de las recopilaciones patrocinadas por Constantino VII, como *De la administración del imperio* o *De las ceremonias*, que combinan información útil y actual con curiosidades obsoletas. Entre las mejores recopilaciones del siglo X se encuentra una voluminosa enciclopedia llamada la *Suda* («Foso»), que registra una amplia gama de conocimientos clásicos, y la inapreciable *Antología palatina*, que incluye una selec-

ción de poesía griega desde los primeros tiempos hasta su época. Asimismo, la mayor parte de la literatura clásica griega ha llegado a nuestros días gracias a los manuscritos copiados por los bizantinos en los siglos IX y X.

Este redescubrimiento del saber clásico por los eruditos bizantinos no les incitó a rivalizar con sus brillantes predecesores; más bien les desesperó, ya que eran incapaces de escribir algo comparable. Los bizantinos más cultos se mostraban especialmente inclinados a copiar el estilo y la gramática de los antiguos griegos; independientemente de hasta qué punto lo lograran, el resultado fue siempre una prosa afectada y artificial. Como es lógico, los primeros iconódulos escribieron ampliamente sobre teología. Han llegado hasta nuestros días varios tratados, sermones y cartas de Teodoro de Studium, el patriarca Nicéforo, Focio y otros, en su mayor parte interesantes como documentos históricos. Los hagiógrafos relataron los sufrimientos de los principales santos iconódulos durante el período iconoclasta. A finales del siglo X Simón Metafrastes («el Parafraste») recopiló y reescribió muchas de las primeras vidas de santos, sustituyendo el griego simple y coloquial de los textos originales por un lenguaje más retórico, al gusto de los bizantinos instruidos.

El entusiasmo por la erudición consiguió que los bizantinos reanudaran la narración histórica, aunque se preferían las crónicas recopiladas de los libros a las narraciones contemporáneas escritas por sus protagonistas. A principios del siglo IX, Jorge Syncellus redactó una crónica del período comprendido entre la creación del mundo y la época de Diocleciano. Teófanos el Confesor aprovechó el material legado por Jorge y continuó la historia hasta el acceso al trono de León V, incluyendo un relato iconódulo de la primera etapa de la iconoclasia. Ninguna de las obras tenía pretensiones literarias; sin embargo, gran parte de lo que se conoce en la actualidad acerca del período posterior a Heraclio se debe a la crónica de Teófanos, organizada en artículos separados por años. El patriarca Nicéforo también escribió una breve historia de los siglos VII y VIII sin añadir demasiado a lo narrado por Teófanos, aparte de revivir el antiguo estilo clasicista.

A excepción de algunos fragmentos relativos al reinado de León V y una esquemática crónica monástica, las siguientes historias que han llegado a nuestros días son fruto de la actividad académica del siglo X y prosiguen la crónica de Teófanos. La más minuciosa, una recopilación anónima conocida simplemente como *Theopanes Continuatus* («Teófanos continuado»), fue encargada por Constantino VII como una histo-

ria oficial y, por tanto, apenas menciona los embarazosos orígenes de la dinastía macedónica. Una fuente más fiable es la crónica de Simeón el Logoteta, aunque éste hizo poco más que copiar fielmente sus propias fuentes.

A finales del siglo X, León el Diácono escribió un relato sobre los reinados de Romano II, Nicéforo II y Juan Tzimisce, siguiendo el modelo de las primeras historias clasicistas contemporáneas. Cabe destacar que aunque León expone los dramas de las grandes conquistas, evita glorificar tanto a los emperadores como a su glorioso período. Curiosamente el reinado de Basilio II, un tema histórico ideal por su profusión de sucesos y victorias, no atrajo a ningún historiador griego contemporáneo.

La única obra creativa de interés que quizá pertenezca al final de este período es la redacción original del poema épico *Digenis Akritas* («El pionero de dos sangres»); celebra las legendarias hazañas de un noble de sangre árabe y bizantina en la frontera anatólia, a finales del siglo IX o principios del X. Puesto que el poema sólo se ha conservado en versiones posteriores y su compilador se basó en baladas anteriores a su época, es difícil conjeturar su forma y su fecha originales. Sin embargo, parece haberse compuesto para un público de magnates anatólios y sus partidarios. Está impregnado de un espíritu heroico acorde con el período de conquistas bizantinas y no comparte los gustos de la literatura del momento compuesta por los clasicistas de la capital.

El arte y la arquitectura se beneficiaron de la recuperada prosperidad bizantina. Al principio los arquitectos no estaban familiarizados con las técnicas de construcción de grandes monumentos, pero fueron adquiriendo experiencia con la edificación de un palacio, varias iglesias y algunas fortificaciones para Irene y sus sucesores. Teófilo pudo construir más edificios de lujo que ningún otro emperador desde tiempos de Justiniano I; se hizo famoso por su lujosa ampliación del Gran Palacio y por decorar la sala del trono con rugientes leones mecánicos y pájaros de oro que cantaban, para sorpresa de los visitantes. Muchos de los emperadores posteriores también dejaron su huella en las construcciones, desde los establos imperiales de Miguel III hasta las iglesias y monasterios de Basilio I, León VI y Romano I. Por lo general, estos edificios eran elegantes, aunque de proporciones reducidas; un ejemplo representativo es la iglesia-monasterio construida en Constantinopla por Romano, casi la única que sobrevive en la actualidad. En el siglo X algunos magnates siguieron la moda imperial en materia de construcción y financiaron iglesias y monasterios en las provincias.

Puesto que incluso los iconoclastas, como Teófilo, toleraban los mosaicos y las pinturas seculares, los artistas bizantinos fueron capaces de plasmar nuevas imágenes religiosas tras el repudio de la iconoclasia. Los mejores que se conservan en la actualidad son algunos mosaicos de los muros de Santa Sofía; como iconos portátiles son magníficos, aunque quedan algo eclipsados por la grandiosidad arquitectónica de la iglesia. En el siglo X los bizantinos se decantaron por un estilo más naturalista y clasicista en la iluminación de manuscritos, probablemente porque los antiguos manuscritos que copiaban incluían ilustraciones que también debían reproducir. Sin duda copiaban algunas imágenes, como las que aparecían en los manuscritos de la Biblia, pero en otros casos tuvieron que adaptar el estilo clasicista a nuevos temas, como los retratos de recientes santos bizantinos en un manuscrito destinado a Basilio II. En las placas de marfil que representan a emperadores del período se observa un estilo similar.

Aunque el renacimiento cultural fue en parte un síntoma de las crecientes prosperidad y confianza bizantinas, también contribuyó a la recuperación económica y política del Imperio. Los principales autores y patronos de la educación y el arte eran burócratas y clérigos; al mejorar sus aptitudes para la lectura, la escritura y el cálculo, la burocracia se hizo más competente para manejar la compleja maquinaria estatal con la máxima eficacia y unos costes mínimos. Los funcionarios bizantinos recaudaron más impuestos, prepararon y abastecieron más expediciones militares, organizaron nuevos distritos militares y ejecutaron sus funciones diplomáticas con gran éxito. En gran parte, los eslavos solicitaron misioneros bizantinos porque sus enviados quedaban impresionados ante la prosperidad, el arte y los rituales imperiales y eclesiásticos de Bizancio. La amplia formación de los misioneros enviados a los eslavos, que les permitió inventar un alfabeto, contribuyó a la eficaz difusión del cristianismo bizantino.

La recuperación demográfica había sido el resultado natural de fuerzas impersonales, pero no así los avances políticos, militares, económicos y culturales de Bizancio. A pesar de todas sus ventajas, Bizancio podría haberse desintegrado como el califato abásida, el reino franco o el Imperio Búlgaro. Un progresivo declive de la docencia después del siglo VIII habría causado, con toda probabilidad, el colapso de la administración y la pérdida del control central sobre las provincias. Si los reinados de emperadores incompetentes, como Miguel I o Miguel III, hubiesen sido más prolongados, tal vez habrían causado la bancarrota

del Imperio y catastróficas rebeliones militares. En varias ocasiones, los rivales al trono bizantino podrían haber llevado a cabo guerras civiles más imprudentes, dividirse el Imperio o traicionar partes de éste a manos de árabes o búlgaros. Gobernantes menos astutos quizá no habrían aprovechado la oportunidad de convertir a los eslavos o de derrotar a los árabes y a los búlgaros. En gran medida, Bizancio prosperó porque desde Irene hasta Basilio II el Imperio gozó de unos gobernantes, clero, burócratas y generales extraordinariamente capacitados.

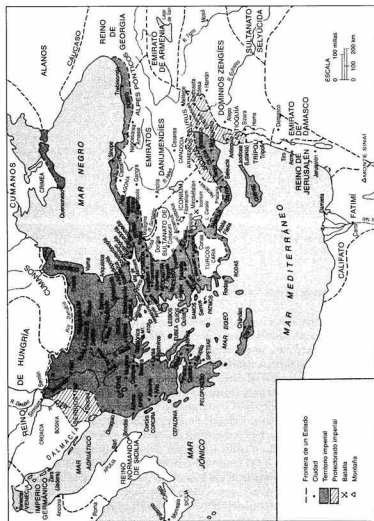
Capítulo 6

Prosperidad y debilidad (1025-1204)

TRECE EMPERADORES MENORES

La limitada concepción que Basilio II tenía de sus responsabilidades se hace patente en su desinterés por la cuestión sucesoria. Aunque le era difícil desheredar a su anciano y débil hermano Constantino VIII, al menos Basilio debería haber casado a una de las hijas de Constantino con un candidato apto al cargo de emperador, cuando éstas eran lo suficientemente jóvenes para engendrar un heredero. Sin embargo, tras un breve y mediocre reinado, Constantino sólo decidió casar a su hija Zoe cuando se hallaba en el lecho de muerte. A Zoe, de cuarenta y nueve años, sólo le interesaba la cosmética; los burócratas de Constantino le recomendaron como marido a Romano Argiro porque consideraron que podrían controlarlo. Lamentablemente, burócratas de cariz semejante iban a llevar las riendas del Imperio durante el siguiente medio siglo, favoreciendo siempre a candidatos manejables al trono.

Con unos sesenta años cuando llegó al poder en el año 1028, Romano III era un burócrata procedente de una familia terrateniente de Anatolia. Ya que las arcas públicas seguían rebosantes, Romano gastó amplias sumas de dinero en la construcción de iglesias y anuló el edicto de



MAPA 5. El Imperio, aprox. en el 1143.

Basilio II que obligaba a los ricos a hacerse cargo de las deudas de los necesitados. Su principal proyecto militar fue anexionar el emirato de Aleppo, un inofensivo cliente del Imperio. Después de intentar en vano sobornar al emir, Romano atacó el emirato a mediados del verano del año 1030; guió a sus sofocadas tropas hacia dos emboscadas que culminaron en una vergonzosa retirada. Sin embargo, un año después, el joven y brillante general Jorge Maniakes compensó la derrota con un asalto al emirato, que volvió a convertirse en cliente bizantino, y con la recuperación de Edesa, perdida durante las guerras civiles del reinado de Basilio II. El único error fatal de Romano fue descuidar a su esposa Zoe, que lo hizo asesinar en el año 1034 con ayuda de su amante, Miguel el Paflagonio.

Zoe desposó a Miguel y lo nombró emperador un día después del asesinato. Miguel IV fue el primer emperador de la clase de los comerciantes; no había cumplido los treinta años, pero padecía epilepsia y sus dotes como gobernante eran limitadas. Su principal consejero era su hermano Juan el Orfanotrofo, un eunuco encargado del orfanato estatal que logró que Zoe adoptase a su sobrino como sucesor. La principal iniciativa del indolente gobierno fue encomendar la conquista de Sicilia a Juan Maniakes. Sin embargo, cuando Maniakes tomó Siracusa, Juan lo encarceló bajo sospecha de deslealtad, lo que permitió a los árabes recuperar la ciudad y que mercenarios normandos rebeldes conquistaran el sur de Italia. Juan también ordenó que los búlgaros abonasen en metálico unos impuestos que siempre habían pagado en especie, lo que provocó una revuelta que hubiera tenido graves consecuencias de no mediar rencillas internas entre los búlgaros, que acabaron por rendirse.

En el año 1041 Miguel IV murió a consecuencia de su enfermedad. Sin ser brillante, su sobrino Miguel V intentó, al menos, escapar de la mediocridad que le rodeaba. Exilió a su tío Juan Orfanotrofo, liberó a Juan Maniakes y lo envió a combatir contra los normandos en el sur de Italia; en el año 1042 exilió incluso a su madre adoptiva, Zoe. Pero Zoe era la heredera legítima y, a pesar de su ineptitud, los habitantes de Constantinopla se alzaron en su favor. La multitud obligó al emperador a liberarla; aclamó el regreso de la emperatriz y de su hermana Teodora y también depuso y cegó a Miguel V. Sin interés por gobernar ni por cooperar con su hermana, Zoe pronto desposó a un tercer marido, Constantino Monomaco.

Con unos cuarenta años, afable y aristocrático, Constantino IX parecía algo más competente que sus cuatro predecesores. A diferencia de ellos, su estancia más prolongada en el trono infligió menos daños a la



FIGURA 10. Mosaico de Constantino IX Monomaco (emperador entre los años 1042 y 1055) y la emperatriz Zoe (que gobernó en el año 1042) presentando ofrendas a Cristo, procedente de la iglesia de Santa Sofía, Constantinopla. En el mosaico, la cabeza de Constantino y la inscripción sustituyen a las del primer marido de Zoe, Romano III Argiro (emperador entre los años 1028 y 1034). (Fotografía: Dumbarton Oaks, Washington D. C., © copyright 1999.)

seguridad y a las finanzas del Imperio. Sin embargo, aunque su derroche en edificios y dádivas no superó al de sus antecesores, durante su reinado se agotó la inmensa reserva legada por Basilio II. También entonces, el abandono en que se hallaba el ejército provocó su decadencia y el descontento entre las tropas. Cuando Constantino ordenó a Jorge Maniakes que regresara de Italia, el gran general se rebeló, cruzó el Adriático y probablemente hubiera conseguido el trono de no haber sufrido una herida fatal durante una batalla en la que vencía a las tropas del emperador.

Alrededor del año 1050, tras la muerte de la emperatriz Zoe, Constantino empezó a acuñar nomismata que sólo contenían tres cuartos de oro; era la primera vez, desde el siglo III, que un emperador adulteraba estas monedas. Aunque parece que aumentó proporcionalmente los salarios de sus cortesanos y burócratas, la alteración de la moneda devaluó en gran medida las pagas militares. Gran parte del ejército llevaba largo tiempo inactiva y era superflua; Constantino, que prefería los servicios de mercenarios temporales, logró que hasta sus mejores tropas se volvieran ineficaces. En el año 1053, a cambio de las pagas anuales, el emperador licenció los cincuenta mil efectivos que guarnecían los temas armenios de la frontera del nordeste. Durante los dos años siguientes, los musulmanes más agresivos de Oriente, los turcos selyúcidas, asaltaron sin oposición alguna dichos temas.

Cuando Constantino intentó detener la conquista normanda del sur de Italia mediante una alianza con el papado, los normandos derrotaron a los aliados y capturaron al Papa. A continuación, una embajada del papado enviada a Constantinopla en el año 1054 se enemistó con el patriarca Miguel Cerulario, que puso objeciones a la práctica de utilizar pan ácimo en la eucaristía, común en Occidente y en Armenia. A pesar de los esfuerzos del emperador para calmar la disputa, los legados papales y el patriarca se excomulgaron mutuamente. Las excomuniones iniciaron un alejamiento entre las Iglesias de Oriente y de Occidente difícil de zanjar, pues se basaba más en mutuas antipatías que en un problema concreto.

Constantino falleció un año después y Teodora, hermana de Zoe y última superviviente de la dinastía macedónica, asumió el poder cuando contaba más de setenta años de edad. Vivió sólo un año más y adoptó como heredero a otra nulidad: el logoteta militar de sesenta años Miguel Bringas. Puesto que procedía del ministerio que había pagado al ejército con nomismata adulterados, Miguel VI tuvo problemas con sus generales anatolios casi de inmediato. En el año 1057 los generales proclamaron a uno de los suyos, Isaac Comneno, que se dirigió a Constantinopla. Puesto que carecía de las lealtades dinásticas que habían apoyado a sus predecesores, Miguel VI perdió una batalla contra Isaac y luego abdicó.

Isaac Comneno, aristócrata anatolio de unos cincuenta años de edad, era el emperador más capacitado para el cargo desde Basilio II; no obstante, debía enfrentarse a un ejército en decadencia, un tesoro público en bancarrota, una corrupción y una inflación desenfrenadas, las incur-

siones de los selyúcidas en Anatolia y las victorias normandas en Italia. Sin poder contar con el apoyo de sus burócratas ni tampoco con muchos de sus generales, Isaac decidió abordar los problemas financieros antes que los militares. Sus esfuerzos para frenar las exenciones fiscales, reducir salarios y reclamar tierras imperiales le granjearon la impopularidad de sus súbditos; finalmente, desalentado y enfermo, abdicó en el año 1059. Isaac no tenía hijos; nombró como sucesor a un colega, el general anatolío Constantino Ducas.

Constantino X, de cincuenta y tres años, era de carácter más apacible que su predecesor y estaba menos dispuesto a emprender acciones que le granjearan enemigos. Por aquel entonces, los normandos ya habían conquistado casi toda Italia meridional, los turcos selyúcidas tomaban fortalezas en los *themas* armenios y los Balcanes sufrían el ataque de otros turcos, los pechenegos y los uzes. Cuando Constantino falleció en el año 1067, dejando a su viuda Eudoxia como regente de su joven hijo Miguel VII, la gravedad de la crisis era evidente para cualquier persona responsable y con sentido común. Tal era el caso de Eudoxia, que decidió casarse con el general Romano Diógenes, a pesar de que éste hubiese conspirado poco antes contra su marido.

Romano IV, un enérgico magnate de unos treinta años, era el primer emperador desde Basilio II que dio prioridad a las necesidades militares del Imperio. Aunque Romano había perdido toda esperanza de salvar de los normandos la Italia bizantina, estaba decidido a salvar Anatolia y los casi indefensos *themas* armenios que supuestamente le servían de escudo. Tras considerar que los tagmata y los mercenarios no eran suficientes para expulsar a los selyúcidas, Romano reunió a muchos de los hombres alistados en los *themas* anatolios, a pesar de su largo período de inactividad. Tras entrenarlos lo mejor que pudo, los condujo apresuradamente contra los turcos.

Aunque este improvisado ejército no consiguió atrapar a los selyúcidas que se batieron en retirada, sí venció a los que decidieron entablar batalla. Los turcos saquearon muchas de las indefensas ciudades bizantinas, pero apenas pudieron mantenerlas, a excepción de la ciudad fronteriza de Manzikert. En el año 1071, con la esperanza de forzar la retirada de los turcos mediante una gran batalla, Romano condujo sus tropas a Manzikert y la recuperó. A continuación atacó al grueso del ejército turco, que dirigía el sultán Alp Arslan. La batalla era favorable a Bizancio, pero un oficial de la familia Ducas, enemiga de Romano, extendió el rumor de que el emperador había abandonado a las tropas. Sus inex-

ertos soldados, presa del pánico, abandonaron a Romano, que fue capturado por Alp Arslan.

El emperador no perdió la cabeza y llegó a un acuerdo con el sultán. Para conseguir la paz y su libertad, Romano accedió a pagar un tributo a los selyúcidas y cederles una franja fronteriza que incluía Manzikert, Antioquía y Edesa. Dadas las circunstancias, el tratado era generoso; sin embargo, la liberación de Romano no alegró a la familia Ducas. Tras declarar su destitución, relegaron a un convento a su esposa Eudoxia y proclamaron emperador a Miguel VII. Los partidarios de la familia Ducas que se hallaban en el ejército forzaron la rendición de Romano en el año 1072; después lo cegaron con tal salvajismo que el emperador falleció a consecuencia de las heridas.

Miguel VII Ducas tenía veinte años; pasivo y estúpido, sus parientes apenas eran más competentes que él. El principal talento de su consejero mayor, el logoteta postal Niceforitzes, era la intriga palaciega. El gobierno de Miguel consiguió suprimir a algunos búlgaros rebeldes, pero nunca logró derrotar o someter al general de Romano Filareto Bracmio, que mantuvo el control de los tagmata orientales y de gran parte de la región fronteriza sudoriental. Tras dar un rodeo para evitar a Filareto y las ciudades de Antioquía y Edesa, varias partidas turcas avanzaron entre los *themas* armenios y penetraron en Anatolia.

Al no encontrar resistencia, los turcos prosiguieron su avance y pronto empezaron a plantearse no sólo el saqueo, sino la conquista. La ausencia de Romano hizo que los soldados que quedaban en los *themas* abandonasen las armas. El gobierno, lastrado por la caída de los ingresos, las crisis de subsistencia y una serie de rebeliones militares, devaluó aún más la moneda e incluso solicitó ayuda turca para combatir a los rebeldes. Puesto que tanto los mercenarios como los tagmata orientales y occidentales se habían rebelado, los turcos apenas encontraron resistencia cuando penetraron en el amplio altiplano de Anatolia. El talento militar escaseaba, por lo que el gobierno acudió a un comandante que aún no había cumplido veinte años, Alejo Commeno. En el año 1078 Alejo se declaró partidario del líder del trunco ejército oriental, Nicéforo Botaniates, y Miguel VII ingresó en un monasterio.

Nicéforo III, un débil emperador de setenta y seis años, se apoyó en sus cortesanos y generales, especialmente en Alejo Commeno. El nuevo gobierno, al igual que el anterior, prefirió someter a los rebeldes en lugar de enfrentarse a los invasores. Los pechenegos había tomado el norte de Tracia y los normandos de Italia meridional se preparaban para

invadir los Balcanes. Alejo sofocó varias rebeliones y Nicéforo obtuvo el reconocimiento de Filareto, cuyo feudo en los alrededores de Antioquía y Edesa habían cercado los turcos. El emperador intentó legitimar su cargo casándose con la esposa de Miguel VII que, como monje, ya no podía convivir con ella. Sin embargo, el matrimonio se consideró escandaloso; cuando Nicéforo anunció que su heredero no sería el hijo de Miguel, la familia Ducas se rebeló. En el año 1081 Alejo, casado con una Ducas, se dirigió a la capital y forzó la abdicación del emperador.

Las dos generaciones posteriores a la muerte de Basilio II son un claro ejemplo de los efectos de una prolongada ineficacia gubernamental. Partiendo de un Estado sumamente próspero y poderoso, tanto los míopes burócratas como los incapaces emperadores que aquéllos promovieron derrocharon gradualmente el tesoro público, arruinaron la moneda, hundieron el ejército y perdieron la mitad de su territorio a manos de bandas desorganizadas de turcos y normandos. No fue una debilidad económica, demográfica o estratégica la causante de tal desastre, sino una desafortunada combinación de la indiferencia de Basilio II ante la cuestión sucesoria, la inoportuna muerte de Jorge Maniakes, la insensata disolución de los *themas* armenios llevada a cabo por Constantino IX, la falta de perseverancia de Isaac Comneno y la traición de la familia Ducas a Romano IV. Todos estos factores dieron como resultado la práctica pérdida del corazón de Anatolia y que la supervivencia del Imperio se hallara en entredicho por primera vez desde el siglo VIII.

DOS EMPERADORES CAPACITADOS

En esta grave tesitura, Alejo Comneno fue coronado emperador a la edad de veinticuatro años. A pesar de su juventud, Alejo ya contaba con seis años de experiencia como general, durante los cuales había improvisado importantes proezas militares. Jamás había vivido una época de seguridad militar o de estabilidad política y había sido testigo del estrepitoso fracaso de sus mayores en el gobierno del Imperio. El nuevo emperador no estaba cansado ni tenía costumbres arraigadas; astuto y retorcido, en cierto modo era el más capacitado para enfrentarse a la crisis. Si podía frenar el colapso inmediato y permanecer en el trono, Bizancio aún poseía territorio y prosperidad suficientes como para recuperar gran parte de lo perdido. El Imperio sufría principalmente de anarquía y por otra parte sus oponentes no gozaban de una fortaleza excesiva.

La amenaza más grave provenía de los normandos de Italia meridional, que se preparaban para cruzar el Adriático. Alejo echó mano de varios recursos: buscó el apoyo de sus parientes en una forma poco habitual hasta entonces y otorgó a su madre, Ana Dalasena, poderes administrativos extraordinarios mientras él se hallaba en campaña. Puesto que carecía de fondos para ofrecer dádivas en metálico, concedió a otros parientes y rivales poderes especiales para recaudar y conservar los impuestos de algunos distritos designados. Consciente de que los dispersos puestos avanzados de Anatolia eran indefendibles contra los turcos, retiró a sus hombres de gran parte de la península y los enroló para que se enfrentaran a los normandos. El emperador recaudó algunos fondos mediante nuevas adulteraciones de la moneda, contrató a mercenarios turcos y solicitó ayuda de los venecianos.

Pocos meses después del acceso de Alejo al trono, el duque normando Roberto Guiscardo desembarcó con su ejército en las cercanías de Dirraquio y sitió la ciudad. El emperador atacó con casi todas sus tropas, pero la victoria de Roberto fue aplastante: destruyó los *tagmata* occidentales, el último de los antiguos ejércitos bizantinos a excepción de los aislados *tagmata* orientales sometidos a Filareto Bracamio. El emperador tuvo la fortuna de salir con vida, mientras los normandos conquistaban Dirraquio y se extendían por el noreste de Grecia. Alejo se apropió del oro y la plata de la Iglesia para contratar una nueva tropa de mercenarios, pero los normandos la derrotaron en dos ocasiones consecutivas.

Desesperado, Alejo contrató a más turcos y firmó un pacto con los venecianos que les concedía la exención de aranceles y un área comercial en Constantinopla a cambio de ayuda contra los normandos. Un año después, respaldado por una flota veneciana y los mercenarios turcos, Alejo expulsó a los normandos del Imperio. Aunque el año siguiente Roberto reanudó el ataque con bastante fortuna, falleció en el año 1085 y sus hijos retiraron las tropas a Italia. La perseverancia de Alejo había salvado al maltrecho imperio de una conquista en toda regla por parte de los normandos.

El emperador combatió entonces a los pechenegos, que desde su base del norte de Tracia realizaban incursiones en el sur. Éstos acabaron rápidamente con el ejército de mercenarios y, mientras Alejo intentaba reemplazarlos, continuaron sus incursiones. Mientras tanto, algunos turcos renegados se hicieron a la mar y empezaron a adueñarse de algunas islas del Egeo; por su parte, los gobernadores bizantinos de Chipre

y Creta se rebelaron. Sólo en 1091, con la ayuda de otro grupo de turcos, los cumanos, Alejo logró derrotar a los pechenegos y recuperar el norte de Tracia. A continuación reconstruyó la flota bizantina, que utilizó para recuperar las islas egeas de manos de los turcos, así como Chipre y Creta de los rebeldes.

Durante diez años de meticulosa administración, Alejo había amasado una pequeña reserva en el tesoro e inició la devolución de los préstamos tomados de la Iglesia. También empezó a emitir una moneda de oro relativamente puro, el *hyperpyron*, que equivalía a unos siete octavos del antiguo nomisma de oro puro. Lo que el emperador no había conseguido era recuperar ninguno de sus puestos en Anatolia, que ahora se hallaban en manos de los turcos, a excepción de las montañas del Taurus, donde aún quedaban algunas de las anteriores tropas del difunto Filaretos Bracamio. Tras haber salvado el territorio bizantino en Europa, Alejo parecía contentarse con que Bizancio fuese una potencia europea.

Sin embargo, el emperador recibió la sorprendente noticia de que su petición de mercenarios al papa Urbano II había inspirado a éste para, en el año 1095, convocar una cruzada con el fin de liberar de los turcos a los cristianos orientales. Los soldados de esta primera cruzada, reclutados en toda Europa occidental y muy superiores en número al ejército bizantino, se reunirían en Constantinopla antes de partir hacia Jerusalén. Aunque el Papa pretendía que los cruzados ayudasen a los bizantinos, para Alejo aquel ejército parecía más dispuesto a conquistar Bizancio que a recuperar Jerusalén. A pesar de sus reservas, el emperador era demasiado astuto para enemistarse con los formidables cruzados, dada la extrema debilidad del Imperio.

En el año 1097, mientras un ejército de unos treinta y cinco mil cruzados llegaba a Constantinopla, Alejo negoció cautelosamente con sus comandantes. Éstos juraron que le entregarían cualquier territorio capturado que hubiese pertenecido recientemente a Bizancio y que conservarían en calidad de vasallos los territorios restantes que conquistaran. Después los cruzados y los bizantinos se unieron para sitiar Nicea, en manos de los turcos, que se rindieron a los bizantinos para evitar el saqueo de la ciudad. Los cruzados no tenían un excesivo interés en Anatolia, pero mientras la atravesaban de camino a Antioquía aterrizaron a los turcos locales y permitieron que los bizantinos llevaran a cabo otras reconquistas.

Alejo actuó con cautela y esperó la mejor época del año para proseguir el avance desde Nicea. En el año 1098 envió un ejército, comanda-

do por su cuñado Juan Ducas, que retomó el litoral y los valles de Anatolia occidental sin demasiadas dificultades. No obstante, tan pronto como alcanzó el límite del altiplano anatolio, en lugar de conservar las ciudades Alejo se limitó a arrasarla, mientras repoblaba con cristianos los territorios que ya poseía. Entre tanto los cruzados habían tomado Antioquía, sólo para verse sitiados por un ejército turco. Solicitaron la ayuda de Alejo; éste, en lugar de prestarla con la mayor celeridad posible, regresó a Constantinopla.

Por consiguiente, Alejo sólo hizo un uso limitado de una excelente oportunidad para recuperar gran parte o la totalidad de Anatolia de manos de los turcos. Aunque carecía de tropas suficientes para reconquistar toda la península a la vez, no le habría sido difícil reclutar más mercenarios si así lo hubiese deseado. Es evidente que el emperador no pretendía recuperar el interior de Anatolia ni tampoco rescatar a los cruzados, a quienes consideraba una amenaza. Si hubiese aumentado los efectivos del ejército y reconquistado toda Anatolia, los magnates que le servían como oficiales militares habrían recuperado sus propiedades en el altiplano anatolio y se habrían fortalecido. En lugar de considerar a los magnates o a los cruzados como aliados, parece que Alejo los tenía por rivales.

Ante la sorpresa de Alejo, en el año 1099 los cruzados expulsaron a los turcos de Antioquía y extendieron sus conquistas hacia el sur, hasta Jerusalén. Puesto que el emperador no les había prestado ayuda, en lugar de cederle Antioquía permitieron que el noble normando Bohemundo, hijo de Roberto Guiscardo, la convirtiera en capital de su principado. La noticia de que sus antiguos enemigos, los normandos, habían tomado una antigua posesión bizantina hizo que Alejo pasara a la acción. Envío un ejército que arrebató gran parte del litoral anatolio meridional a Bohemundo, aunque no Antioquía. Poco después Bohemundo cayó en manos de los turcos, que estaban restableciéndose en el interior de Anatolia entre los bizantinos y los cruzados.

Durante los años siguientes, la desconfianza entre bizantinos y cruzados aumentó. Bohemundo se alió con los turcos que le habían capturado y preparó otra invasión normanda de Bizancio desde Italia. En el año 1107 desembarcó en las proximidades de Dirraquio, al igual que la expedición normanda de veintiséis años antes. Sin embargo, ahora el Imperio era más fuerte y Alejo contaba con más experiencia. Sin arriesgarse a presentar batalla a los normandos, al cabo de un año el emperador tenía rodeado a Bohemundo quien, para escapar, prometió hacer

de Antioquía un vasallo de Bizancio. Bohemundo nunca cumplió su promesa, pero el peligro inmediato de la amenaza normanda había pasado.

Ahora Bizancio poseía la mayor parte de las costas y los valles de Anatolia; era la zona más próspera y poblada de la península, aunque no la más extensa. Los turcos del altiplano realizaban frecuentes incursiones en los valles bizantinos y los bizantinos contraatacaban regularmente, sin que ninguno de ambos bandos obtuviese grandes ventajas. Cuando Alejo falleció, en el año 1118, Bizancio había disfrutado de veinte años de prosperidad y de una estabilidad relativa, lo que suponía una importante mejora si se considera la caótica situación del Imperio cuando Alejo llegó al poder. Sin embargo, al no lograr reconstruir un gran ejército, expulsar a los turcos de Anatolia o formar una sólida alianza con los cruzados, Alejo dejó a los bizantinos debilitados, a los turcos más fortalecidos y los cruzados más antibizantinos de lo que hubieran sido en otras circunstancias.

El sucesor de Alejo fue su primogénito Juan II Comneno, que contaba treinta años cuando accedió al trono. Activo e inteligente, Juan se enfrentó a algunos problemas que su padre había descuidado o incluso provocado. Alejo había concentrado el poder en manos de sus parientes, que le habían sido leales pero no guardaban la misma lealtad hacia su hijo. Poco después de tomar el poder, Juan tuvo que sofocar una conspiración instigada por su madre, su cuñado y especialmente su hermana, la futura historiadora Ana Comnena. Alejo había otorgado a los venecianos unos privilegios comerciales excesivamente generosos, que Juan revocó. También intentó extender el poder bizantino en Anatolia, una tarea compleja porque su padre había permitido que los turcos se atrincheraran en la zona durante cuarenta años.

Los limitados planes de Juan no parecían hallarse por encima de las posibilidades del Imperio. El emperador pretendía recuperar el control real sobre Antioquía y asegurar las rutas terrestres entre las principales posesiones bizantinas del noroeste de Anatolia y los litorales meridionales y septentrionales, entonces interrumpidas por territorio turco. Juan consiguió abrir una ruta precaria hacia el sur en el año 1120 aproximadamente, pero poco tiempo después le interrumpieron las incursiones de pechenegos y cumanos en Tracia, el saqueo de islas bizantinas por los venecianos, rebeliones de los gobernadores bizantinos en la costa septentrional de Anatolia, una guerra con Hungría y una revuelta serbia.

Tras derrotar a pechenegos, cumanos, húngaros y serbios, así como aplacar a los venecianos restituyendo sus privilegios comerciales, el emperador regresó a Anatolia. Los principales obstáculos para reconquistar la costa septentrional no eran los gobernadores rebeldes, sino su intrigante hermano Isaac, los turcos y el terreno montañoso que se extendía hasta el mar Negro. Tras seis años de luchas, Juan sólo recuperó la parte occidental del litoral, hasta que en el año 1137 encontró un pretexto para dirigirse contra Antioquía.

El emperador se abrió rápidamente camino hasta la ciudad y consiguió que el príncipe de ésta prometiera rendirse a cambio de ayuda bizantina para conquistar un nuevo principado de los alrededores de Alepo, que se hallaba en manos de los turcos. Cuando la empresa demostró ser demasiado ardua, Juan la abandonó para reanudar la lucha contra los turcos, que habían recuperado las reconquistas bizantinas del norte de Anatolia. Se reconcilió con su hermano Isaac y después de tres años de luchas recuperó toda la costa norte. En el año 1142 Juan volvió a abrir la ruta terrestre al sur, que los turcos locales habían invadido, y después se dirigió a Antioquía. Sin embargo, un año después el emperador murió no lejos de la ciudad, en un accidente de caza algo sospechoso.

Juan salió victorioso de numerosas batallas, pero sus logros fueron modestos y su estrategia global nada realista. Aunque hubiera conquistado o reconquistado todo lo que pretendía, el resultado habría sido un conjunto de estrechas franjas de territorio anatólico con largas fronteras indefendibles. Poco antes de su muerte, Juan consideraba otorgar a su hijo Manuel una especie de infantado que comprendía la costa meridional de Anatolia, Antioquía y Chipre, lo que demuestra que el mismo emperador comprendía la imposibilidad de gobernar Antioquía desde Constantinopla sin un control seguro de Anatolia.

Sin embargo, parece que Juan nunca consideró abandonar sus planes de Antioquía en favor de una ofensiva generalizada contra los dispersos y divididos turcos de Anatolia. Al igual que su padre, Juan quería ahorrar dinero, tratar los problemas del Imperio pausadamente y temía ser incapaz de gobernar un ejército demasiado numeroso y un territorio demasiado extenso. También, como Alejo, Juan desconfiaba de los extranjeros poderosos, incluidos los europeos occidentales, e incluso de los bizantinos poderosos, a excepción de sus no demasiado fiables parientes. Aunque en apariencia Alejo y Juan tuvieron éxito, su estrategia de limitar la fuerza de Bizancio y no hacer aliados implicó graves riesgos a largo plazo.

AMBICIÓN Y DESINTEGRACIÓN

Puesto que los dos hijos mayores de Juan II habían fallecido poco antes que el emperador, la mayoría de los bizantinos esperaba como heredero al tercer hijo, Isaac, que entonces se hallaba en Constantinopla. Sin embargo, parece que el emperador moribundo eligió a su benjamín, Manuel, que estaba en campaña y cuya complicidad en la muerte de su padre se hallaba, por tanto, libre de sospecha. Aunque sólo tenía veinticuatro años, Manuel ya era un personaje tan enérgico y habilidoso como su padre o su abuelo. Tenía más confianza en el poder del Imperio, que ahora parecía bien establecido, y también hacia los occidentales. Sin seguir una estrategia muy diferente a la de sus predecesores, Manuel era más osado y extravagante, por no decir temerario.

Aunque Manuel quería reconciliarse con los occidentales, compartía la hostilidad de sus predecesores hacia el Estado normando de Italia y el principado de Antioquía. Poco después de su coronación en Constantinopla, rechazó la oferta normanda de una alianza matrimonial, desposó a una pariente del emperador germano para obtener apoyo contra los normandos y atacó Antioquía. El ataque logró una sumisión teórica del príncipe de la ciudad, pero también impidió a éste ayudar al Estado vecino de Edesa, que pasó de los cruzados a los turcos. La caída de Edesa provocó una segunda cruzada, que fracasó entre las disputas de cruzados y bizantinos.

A continuación Manuel se preparó para atacar el reino normando, que acababa de asaltar Grecia. Como respuesta, el monarca normando fomentó los ataques de sus vasallos serbios, los húngaros, los armenios del sudoeste de Anatolia y los turcos de Anatolia y Siria contra Bizancio. Cuando Manuel consiguió rechazarlos con la única pérdida del sudoeste de Anatolia, el siguiente monarca normando incitó otra invasión húngara y una conspiración por parte de Andrónico, primo de Manuel. Tras frustrar ambos intentos, en el año 1155 Manuel desembarcó con un ejército en el sur de Italia, que los normandos derrotaron un año después. Al cabo de dos años, Manuel aceptó la paz que los normandos le habían ofrecido antes de que el emperador gastase vastas sumas de dinero y luchara contra todos sus vecinos.

El inquieto emperador desvió su atención de Italia hacia Oriente. Para ampliar su ejército, en lugar de pagar a mercenarios con el maltrecho tesoro concedió a soldados y a oficiales el privilegio de recaudar impuestos en varios distritos, que antes sólo se había otorgado a algunos

parientes y asociados de la familia imperial. Manuel utilizó su aumentado ejército para recuperar el sudoeste de Anatolia de manos de los armenios, lograr otra sumisión nominal del príncipe de Antioquía y humillar a los turcos anatólios. Cuando su emperatriz germánica falleció, Manuel desposó a una princesa normanda de Antioquía, aunque el matrimonio no le supuso otra ventaja que obtener una esposa más atractiva.

En el año 1162, el interés del emperador se volvió hacia Hungría. Tras no conseguir que su candidato accediera al trono, Manuel comprometió a su hija con el príncipe húngaro Bela, que gobernaría la franja de Hungría fronteriza con Bizancio como cliente bizantino. El emperador llevó a la práctica este acuerdo mediante una guerra con el monarca húngaro y nombrando a Bela heredero del Imperio, ya que Manuel carecía de hijos legítimos. El emperador también intentó zanjar el cisma con la Iglesia de Occidente mediante la peregrina oferta de nombrar patriarca de Constantinopla al Papa, a cambio de que éste se negara a reconocer al emperador germano. Manuel también aceptó unirse al monarca cruzado de Jerusalén para conquistar Egipto, sin que la campaña tuviese éxito.

Cuando la segunda esposa de Manuel le dio un hijo en el año 1169, el emperador rompió el compromiso de su hija con Bela y perdió parte de su interés en Occidente. Manuel canceló las concesiones comerciales que su padre y su abuelo habían otorgado a los venecianos y al mismo tiempo arrestó a todos los venecianos del Imperio y confiscó sus propiedades. Como represalia, Venecia asaltó las islas griegas y organizó una revuelta serbia, pero Manuel no modificó sus planes. Tras casar a su cuñada con Bela, ahora monarca de Bulgaria, el emperador pudo anexionarse el antiguo feudo de Bela en la frontera y someter a los serbios.

En el año 1175 el emperador declaró la guerra a los turcos anatólios. En un principio se apropió de las zonas fronterizas, rechazó los intentos de negociación del sultán turco y un año después condujo su ejército hacia Iconium, la capital del sultanato. Durante el trayecto, Manuel cayó en una emboscada de los turcos en Miriokéfalon y, para salvar su ejército y su persona, aceptó entregar sus recientes conquistas. Sin embargo, un año después los bizantinos derrotaron al ejército del sultán; la división de Anatolia entre bizantinos y turcos siguió siendo aproximadamente la misma.

Manuel tenía problemas de salud e intentó suavizar su sucesión mejorando las relaciones con sus vecinos. Para empezar, casó a Alejo, su hijo de diez años, con una princesa francesa de ocho; logró una tensa paz

con Venecia mediante la liberación de los venecianos que había encarcelado y se reconcilió con su rebelde primo Andrónico que, siguiendo el ejemplo de su también rebelde padre, Isaac, se había refugiado en territorio turco. Manuel falleció en el año 1180; aunque no había sacado gran provecho de sus costosos y ambiciosos planes, tampoco podían achacársele grandes fracasos. Bizancio gozaba de la misma seguridad que había disfrutado con sus inmediatos predecesores; la única diferencia era que, por primera vez en dicho siglo, el Imperio carecía de un monarca maduro y capacitado.

Alejo II, hijo de Manuel, sólo tenía once años y se hallaba sometido a la influencia de su madre, María de Antioquía. Aunque había tomado votos de monja, María también tenía tomado como amante a un sobrino de su esposo. Su procedencia normanda desagradaba a muchos bizantinos y algunos miembros de la familia Comneno intentaron deshacerse de ella. María permaneció pasiva cuando los serbios se rebelaron de nuevo, Bela de Hungría recuperó sus territorios fronterizos y los turcos y los armenios se apropiaron de los puestos fronterizos bizantinos en Anatolia. A pesar de haber jurado fidelidad a Alejo II, Andrónico Comneno inició una rebelión. La fragilidad del sistema de los Comnenos, disimulada durante mucho tiempo por los esfuerzos de Alejo I, Juan II y Manuel, empezaba a hacerse evidente.

En el año 1182 Andrónico se dirigió a Constantinopla, con el objetivo de gobernar para Alejo en el puesto de la incapaz y extranjera María. Los habitantes de la capital se rebelaron a favor de Andrónico, cegaron al amante de María y masacraron a gran parte de los mercaderes italianos de la capital. Tan pronto como finalizó la revuelta, Andrónico entró en la ciudad, envió a María al convento pertinente y asumió el control del Imperio como regente del joven Alejo. El año siguiente sofocó una conspiración contra su regencia y ejecutó a María, a quien culpaba de incitar una invasión a cargo del rey Bela de Hungría. A continuación, Andrónico aprovechó la excusa de una revuelta en Anatolia para nombrarse emperador asociado.

Antes de su coronación imperial, a la edad de sesenta y cinco años, Andrónico se había comportado con corrección; no obstante, la imprudencia y la crueldad pronto superaron su sentido común. Empezó a comportarse no como un emperador hereditario, un apelativo al que tenía ciertos derechos, sino como un usurpador y un intruso. Asesinó a su colega Alejo y desposó a la viuda púber del muchacho; el salvajismo con que sofocó la rebelión anatolia le desacreditó aún más. Andrónico ofen-

dió a quienes ostentaban algunos intereses poderosos al frenar la corrupción burocrática que se había extendido durante el reinado de Manuel y llegar a un acuerdo con los venecianos para compensarlos por las expropiaciones de éste.

Un emperador con escasos derechos legítimos era un objetivo fácil para los rebeldes. Isaac Comneno, sobrino-nieto de Manuel, se declaró emperador en Chipre; Andrónico, furioso, asesinó a varios parientes de Isaac. El emperador también cegó a un hijo bastardo de Manuel por conspirador y ejecutó a otros conspiradores. Los normandos afirmaron que tenían al legítimo, aunque difunto, Alejo II en Italia y en interés del fallecido emperador invadieron el norte de Grecia en el año 1185 y avanzaron hacia Tesalónica por tierra y por mar. Mientras un desconfiado Andrónico disputaba con sus generales, los normandos tomaron la segunda ciudad más importante de Bizancio y la saquearon.

En lugar de defender el Imperio contra los invasores, el emperador se dedicó a perseguir a enemigos reales o imaginarios en Constantinopla. Uno de ellos, el antiguo rebelde Isaac Ángel, se refugió en Santa Sofía. Una multitud apoyó a Isaac y el patriarca lo coronó emperador. Isaac permitió que la turba enfurecida saqueara el tesoro, mutilase a Andrónico y a sus hijos y, finalmente, despedazara al emperador. En gran parte, la destrucción de su dinastía y sentar un precedente para el caos y la violencia habían sido responsabilidad del propio Andrónico. Lo peor, sin embargo, era que Andrónico había mostrado a los enemigos extranjeros y a los rebeldes potenciales la vulnerabilidad de Bizancio.

Tras un inicio tan violento, el afable Isaac II Ángel se convirtió en emperador a la edad de veintinueve años, sin ningún derecho legítimo al trono más que el de haber subyugado a un usurpador. Sin ser un gobernante brillante, Isaac afrontó sus graves responsabilidades con seriedad. Confió la lucha contra los normandos a un buen general, Alejo Branas, que los sorprendió, derrotó y expulsó de Tesalónica. Isaac en persona concluyó la expulsión de los normandos de territorio bizantino. Hizo las paces con Hungría casándose con la hija del rey Bela y se alió con los venecianos para devolver a plazos la compensación que se les había prometido. También envió una flota para recuperar Chipre de su autoproclamado emperador, pero los normandos frustraron la expedición.

Mientras tanto, una importante revuelta de búlgaros y valacos a lo largo del Danubio llevó a la proclamación de un nuevo Imperio Búlgaro. Isaac combatió tenazmente para suprimirlo, al principio con cierto éxito. No obstante, cuando envió a Alejo Branas contra los búlgaros, el

general bizantino se declaró emperador e Isaac tuvo que invertir mucho tiempo y dinero en eliminarlo. Cuando el emperador reanudó el avance contra los búlgaros, se vio obligado a partir hacia Anatolia para combatir a un magnate rebelde. Cuando Isaac empezaba a suprimir la rebelión, en el año 1189 el emperador germano Federico Barbarroja llegó con la tercera cruzada, saqueando Tracia a su paso. Otros cruzados arrebataron Chipre a su emperador rebelde.

Tras negociar la paz con Federico, Isaac se enfrentó a los búlgaros y serbios que habían seguido a los cruzados en Tracia. En la Anatolia bizantina aparecía un rebelde tras otro y los ejércitos imperiales apenas podían mantenerse. Isaac envió un ejército contra los búlgaros al mando de su primo, que también se proclamó emperador; el nuevo rebelde fue traicionado y entregado a Isaac, pero los búlgaros siguieron penetrando en Tracia. En el año 1195 el emperador intentó atacar con otro ejército, pero su hermano mayor, Alejo, se rebeló contra él y lo cegó. Isaac no había logrado ninguna victoria decisiva, pero había luchado con tenacidad contra un gran número de rebeldes, para caer finalmente a manos de alguien en quien confiaba.

Alejo III Ángel, de poco más de cuarenta años, era desagradable, derrochador e indolente, aunque tenía cierto talento rudimentario para la supervivencia personal. Su toma de poder no hizo más que incitar más conspiraciones y revueltas en una época en que ya eran habituales. Mientras los búlgaros y los turcos asaltaban territorio bizantino, Alejo envió ejércitos contra un rebelde anatolio que afirmaba ser Alejo II, el último emperador hereditario. El emperador no obtuvo beneficios de la guerra civil que se desató entre los búlgaros, porque su propio ejército se amotinó y los valacos que se habían unido a él empezaron a desertar.

Alejo suspendió la indemnización prometida a los venecianos, aunque aún debía una cuarta parte del total. Mientras tanto, el reino normando pasó a manos del emperador germano Enrique IV, que exigió dinero a cambio de no invadir Bizancio. Alejo se avino a pagar el cuádruple del importe que había negado a los venecianos, pero Enrique falleció antes de recaudar el dinero. Felipe, hermano de Enrique y heredero de Alemania, aunque no de la Italia normanda, estaba en peores relaciones con Alejo porque su esposa era hija de Isaac II, a quien Alejo había depuesto, cegado y encarcelado.

Hacia 1200 Bizancio se desmoronaba. Un primo de Alejo, Miguel Ducas, se apropió de una parte de Anatolia, mientras que un magnate local se adueñaba de la otra. Los comandantes provinciales iniciaron

revueltas en Tracia central y en Grecia septentrional y meridional. Tales rebeldes no pretendían lograr el control de Constantinopla, sino adueñarse de dominios propios. Alejo sofocó con celeridad una rebelión en la misma Constantinopla, pero Alejo, hijo de Isaac II, aprovechó la confusión para escapar de la ciudad rumbo a Germania, donde solicitó ayuda de su cuñado Felipe.

A finales del año 1202 Felipe transmitió una oferta del príncipe Alejo al ejército de la cuarta cruzada, por aquellas fechas incapaz de pagar su pasaje a Egipto que había contratado con los venecianos. El príncipe Alejo ofrecía a los cruzados casi seis veces el importe de su deuda si ellos y los venecianos restituían a su padre Isaac en el trono bizantino. Los venecianos, ávidos de dinero y de aumentar su influencia en Constantinopla, convencieron a los cruzados; de nada sirvieron las protestas del legado papal, que rechazaba el acuerdo porque los cruzados tenían prohibido atacar a otros cristianos. La primavera siguiente, el joven Alejo y los cruzados iniciaron la conquista de las islas y los puertos griegos. En verano se hallaban ante Constantinopla.

Aunque el ejército de Alejo III era más numeroso que el de los cruzados, el emperador no adoptó una estrategia eficaz para combatirlos. Por otra parte, su flota era mucho peor que la veneciana; cuando éstos emprendieron un atrevido ataque contra las murallas marítimas de la capital, el emperador huyó, presa del pánico. Los habitantes de Constantinopla restituyeron al ciego Isaac II en el trono. En contra de lo que consideraba más conveniente, Isaac tuvo que pagar la suma prometida a los cruzados por su hijo Alejo, a quien nombró emperador asociado.

Isaac era un hombre ciego y cansado; Alejo IV se convirtió en el verdadero gobernante, pero apenas contaba veinte años y era bastante inexperto. Puesto que gran parte del Imperio se hallaba en manos de anteriores rebeldes o de Alejo III, que había escapado con una porción considerable del tesoro público, el nuevo emperador descubrió que la cantidad prometida a sus aliados occidentales era muy superior a sus posibilidades. Tras gravosas exacciones a los habitantes de Constantinopla, sólo le fue posible pagar la mitad de la deuda. Por aquel entonces ya se había enemistado no sólo con cruzados y venecianos, sino también con sus propios súbditos, que lo depusieron a principios del año 1204.

El nuevo emperador, Alejo V Ducas Murzuflo, tenía unos sesenta y cinco años, pero contaba con ánimos suficientes para abordar la desesperada situación del Imperio. Ejecutó a Alejo IV para que los cruzados no pudiesen exigir su reposición; el debilitado Isaac II también murió,

quizá sin ayuda. Alejo V se negó a pagar la suma que aún se debía a los cruzados y venecianos; éstos, indignados por la ejecución de su aliado y el repudio de su acuerdo, atacaron de nuevo Constantinopla, concentrándose, al igual que antes, en la zona de la muralla que daba al mar. Cuando consiguieron penetrar en la ciudad e incendiarla, los defensores bizantinos huyeron, junto con el emperador y el patriarca. Los cruzados y los venecianos entraron triunfales en la ciudad, reclamando la posesión del Imperio por derecho de conquista.

Por tanto, casi novecientos años después de su fundación, Constantinopla caía por primera vez frente a un ejército enemigo, una modesta fuerza de unos veinte mil cruzados. Alejo III, Alejo V y varios gobernadores bizantinos seguían en posesión de gran parte de Tracia, Grecia y Anatolia, pero la administración central bizantina, que descendía directamente de la burocracia del antiguo Imperio Romano, estaba destruida. Esta catástrofe había tenido lugar sólo un siglo y medio después de una de las cumbres del poder bizantino, y ni siquiera un cuarto de siglo después de que Bizancio pareciese, durante el reinado de Manuel Comneno, el Estado más poderoso y próspero del mundo occidental. El resultado sorprendió no sólo a los bizantinos sino también a los propios cruzados.

UNA SOCIEDAD INQUIETA

El declive de Bizancio que tuvo lugar entre la muerte de Basilio II y la cuarta cruzada fue político y militar, no económico o cultural. Aunque, en cierto modo, los reveses políticos y militares dañaron la economía, ésta siguió boyante a lo largo de todo el período. La tierra perdida en el altiplano anatolio siempre había sido pobre y poco poblada; excepto durante intervalos breves y escasos, el Imperio mantuvo su territorio más fértil y poblado en Anatolia occidental y los Balcanes, donde la agricultura y el comercio siguieron prosperando. El crecimiento era tan pronunciado que la población y los ingresos estatales fueron más elevados en el siglo XII que en el X, cuando el territorio bizantino superaba en casi un tercio su extensión. Los cruzados de 1204, que habían embarcado en Venecia, consideraron Constantinopla la ciudad de mayor tamaño y riqueza que jamás habían visto. Como los turcos selyúcidas, los cruzados y los venecianos eran mucho más pobres que los bizantinos, a quienes derrotaron.

La estrategia y la diplomacia bizantinas fracasaron rotundamente. Los inestables emperadores del siglo XI confiaron en la superioridad militar que habían heredado y apenas se preocuparon por las relaciones con el extranjero. Los emperadores que precedieron y siguieron a Romano IV no se percataron de la gravedad de la invasión selyúcida hasta que su avance fue imparable. Alejo I mantuvo un ejército reducido, concentró su atención en los Balcanes, sentía rencor contra los normandos y desconfiaba de todos los cruzados. Sus sucesores siguieron la misma política. La reconstrucción del ejército bizantino, dar prioridad a la reconquista del interior de Anatolia, aceptar el gobierno normando en Italia y Antioquía y aliarse con el grueso de los cruzados, desesperadamente faltos de ayuda, habría conseguido que los acontecimientos del Imperio tomaran un curso más prometedor. Por el contrario, los esfuerzos del gobierno bizantino en Anatolia se limitaron a intentar mantener abierta una ruta hacia Antioquía a través de territorio turco. El Imperio se enfrentó a los normandos en Antioquía e incluso en Italia mucho después de que éstos estuviesen dispuestos a hacer las paces y suscitara el antagonismo de los venecianos y los miembros de las tres primeras cruzadas, hasta el punto de provocar una gran confusión en la cuarta.

A pesar de todos sus errores, los bizantinos no sufrieron pérdidas demoledoras hasta el final de dicho período. A excepción de una breve sublevación, mantuvieron sus recientes conquistas en Bulgaria hasta el año 1185. Rechazaron dos importantes invasiones normandas en los Balcanes y al cabo de pocos años recuperaron el territorio conquistado por los normandos. Con la ayuda de los cruzados, los bizantinos recuperaron Anatolia occidental tras una ocupación turca de unos quince años. A excepción del altiplano anatolio, sus principales pérdidas se centraron en Armenia y el norte de Siria, que sólo habían conquistado recientemente, y en el sur de Italia, que nunca habían dominado con seguridad. Incluso el altiplano anatolio había sido vulnerable a las incursiones árabes hasta mediados del siglo X. Puesto que las conquistas imperiales en Bulgaria eran más valiosas que lo que se había perdido a manos de los turcos, el territorio que el Imperio poseía en el siglo XII no era peor que las tierras imperiales anteriores a las grandes conquistas.

Estos años fueron especialmente favorables para los Balcanes bizantinos que, por primera vez, se convirtieron en la parte más importante del Imperio. Alejo I instaló allí a muchos de los antiguos magnates anatolios que habían perdido sus tierras, quienes se unieron a una ya flore-

ciente aristocracia local. Parece que las incursiones ocasionales de normandos, pechenegos, húngaros y serbios fueron menos destructivas que las anteriores guerras entre búlgaros y bizantinos. Las escasas y pequeñas ciudades del norte de los Balcanes siguieron aumentando de tamaño. En Grecia, tanto la agricultura como las manufacturas, y con ellas las ciudades, se recuperaron hasta un nivel no visto desde la Antigüedad. Grecia empezó a exportar, según consta por primera vez en registros escritos, alimentos a Italia. Tesalónica, la segunda ciudad del Imperio, se transformó en un gran centro comercial al encargarse de las exportaciones e importaciones de la región, mientras que Tebas poseía una floreciente industria textil. Los viajeros extranjeros comentaban el tamaño y la prosperidad de los puertos europeos del Imperio.

Aunque carecía de la vitalidad de épocas anteriores, la Anatolia bizantina seguía siendo tan importante para el Imperio como los Balcanes. Cuando Alejo I tuvo la oportunidad de realizar campañas en Anatolia tras la marcha de los cruzados, reconquistó los llanos del litoral y dejó el altiplano en manos de los turcos. Posteriormente, a pesar de que los bizantinos sólo conservaban un cuarto del territorio anatolio, es muy probable que gobernaran a la mitad de la población, entre ella los pobladores que Alejo había traído de territorio turco. También en los llanos se hallaban las mejores tierras de cultivo de la península, la mayoría de las ciudades y casi todos los puertos. Puesto que el transporte marítimo seguía siendo más económico y seguro que el terrestre, los estrechos y el mar Egeo unían Anatolia occidental con Tracia, Grecia y las islas griegas como una unidad económica natural.

Sin embargo, la Anatolia bizantina carecía de fronteras defendibles. Los Alpes pónicos y el Taurus ayudaban a mantener a los turcos apartados de la costa septentrional y meridional, pero también aislaban el Ponto y Cilicia del resto del Imperio, que tenía que luchar con magnates pónicos y armenios de Cilicia para conservarlos. La principal zona de Anatolia occidental carecía de fronteras y los turcos nómadas la asaltaban periódicamente, como los árabes habían hecho antes en el altiplano anatolio. Al igual que el altiplano en el período precedente, Anatolia occidental se convirtió en un territorio de magnates que compraron las tierras de pequeños propietarios y los conservaron como arrendatarios. Además de poseer medios para sobrevivir a las incursiones turcas, estos aristócratas también gozaban de un poder suficiente para rebelarse contra el poder central, como hicieron en los años anteriores a la cuarta cruzada. Sus propiedades, ahora dedicadas más al cultivo que a la ganade-

ría, producían un considerable excedente que vendían a través de los mercaderes de los puertos locales.

Durante estos años, mientras los mercaderes bizantinos y los terratenientes prosperaban en número y riqueza, parece que, por primera vez en la historia bizantina, los pequeños propietarios se convirtieron en una población minoritaria. Dicha dinámica era el resultado natural de un crecimiento demográfico continuado sin una expansión territorial correspondiente. La tierra se hizo más escasa y más valiosa, mientras el trabajo se volvía más abundante y menos valioso. La competición territorial provocó que la tierra acabase en manos de los más ricos, entre ellos magnates locales, burócratas recientemente enriquecidos e incluso monasterios. Mientras estos grupos pujaban por la tierra, los débiles emperadores del siglo XI abandonaron la tarea cada vez más ímproba de intentar llevar a la práctica la legislación territorial del siglo X.

El auge de los magnates siguió preocupando a los emperadores y les facilitó otro motivo para descuidar el ejército, cuyos oficiales proporcionaba la aristocracia. Varios emperadores del siglo XI, sobre todo Miguel IV y Miguel V, cuyos orígenes se remontaban a la clase comercial, prefirieron otorgar cargos burocráticos a mercaderes en lugar de a los magnates; también reunieron ejércitos de mercenarios sin lealtades hacia el tradicional cuerpo de oficiales. Incluso los emperadores originarios de familias aristocráticas, como Constantino X Ducas y Alejo I Comneno, desconfiaban de otros aristócratas y los consideraban posibles rivales. Alejo también desconfiaba de los mercaderes bizantinos y los colocó en desventaja, eximiendo a los venecianos del pago de aranceles que los bizantinos debían efectuar. Aunque a cambio recibió la valiosa ayuda de los venecianos, habría logrado similares resultados mediante pagos directos del tesoro.

A partir de Miguel IV, los emperadores concentraron gradualmente los altos cargos políticos y militares en sus propias familias, pues esperaban confiar en sus parientes. También a partir de Alejo I iniciaron la práctica de recompensar a sus parientes con el derecho a recaudar y conservar los ingresos fiscales de determinadas regiones. Tales concesiones permitieron que Alejo desplegara magnificencia cuando ya no le quedaban propiedades imperiales ni dinero que ofrecer, aunque corriesse el riesgo de que recaudadores poco fiables se independizaran del gobierno central. Algunos parientes de los emperadores eran capaces y leales, pero muchos otros se distinguieron por lo contrario. Varios de los que se beneficiaron de la concesión de recaudaciones conspiraron o se

rebelaron, entre ellos los usurpadores Andrónico Comneno y Alejo III Ángel, quienes arruinaron sus propias dinastías y dañaron gravemente al Imperio.

Manuel Comneno extendió a muchos oficiales y soldados la práctica de Alejo I de otorgar recaudaciones fiscales en lugar de tierras o salarios. Una concesión de dichas características, por lo general bastante reducida, se denominó *pronoia* (provisión) y a su receptor se le solía llamar pronoio. Probablemente, la intención de Manuel era proporcionar a los soldados ingresos equivalentes a las antiguas concesiones territoriales en una época en que carecía de tierras para distribuir. Sin embargo los pronoios, a diferencia de los soldados propietarios de tierras militares, no pagaban impuestos ni recibían salarios; eran, por tanto, más propensos a la rebelión. Los campesinos independientes que pagaban impuestos a los pronoios se encontraban en una situación similar a la de los arrendatarios que pagaban a los terratenientes, pero también debían cumplir tareas adicionales y sufrían abusos. Aunque parece que dicho sistema fortaleció temporalmente al ejército durante el reinado de Manuel, también redujo, como era inevitable, los ingresos del gobierno central y muy posiblemente contribuyó a la serie de revueltas regionales producidas entre la muerte de Manuel y la cuarta cruzada.

La principal causa de los problemas defensivos del Imperio durante los siglos XI y XII fue la casi total disolución del ejército. Constantino IX desmanteló los recientes *themas* armenios, cuyos ejércitos de cincuenta mil soldados experimentados protegían el punto más débil de la frontera oriental. Muchos de los soldados de los *themas* más antiguos nunca habían prestado servicio hasta la época de Romano IV y después de la batalla de Manzikert se disolvieron. El último de los *tagmata* occidentales cayó con las guerras de Alejo I contra los normandos. La conquista turca de Anatolia aisló el último de los *tagmata* orientales que Filareto Bracamio tenía en Cilicia, donde todo lo que sobrevivió se perdió para el Imperio. Hacia el año 1100 todas las unidades de los antiguos *themas* y *tagmata* habían desaparecido. Lo que quedaba eran mercenarios que luchaban por contrato, en su mayoría extranjeros, aunque también había algunos bizantinos, y más tarde pronoios, en su mayoría bizantinos, a excepción de algunos extranjeros.

Este nuevo ejército de mercenarios y pronoios conseguía frecuentes victorias. Sus soldados eran profesionales y, si se consideran individualmente, la mayoría luchaba mejor que los soldados a tiempo parcial de los antiguos *themas*. No obstante, Bizancio contaba con menos efectivos,

tenía problemas para combatir en más de un frente a la vez y, sobre todo, el nuevo ejército era inferior a los antiguos *themas* en cuanto a defensa territorial. Antes del siglo XI, los soldados de los *themas* habían luchado empecinadamente, y a menudo con éxito, para conservar incluso los territorios más remotos. Sin embargo, al no tener tierras militares de propiedad que los mantuvieran en sus puestos, las guarniciones de mercenarios se rendían con facilidad, se rebelaban o huían. Después de Manzikert, los anteriores bastiones de Armenia y Anatolia bizantinas se rindieron en masa ante el avance turco. Durante el siglo XII, las provincias remotas, como Cilicia y Ponto, cayeron una y otra vez en manos de rebeldes o invasores. Juan II podía conducir su ejército de un extremo a otro de Anatolia, pero era incapaz de mantener sus conquistas. En tiempos de la cuarta cruzada, el gobierno bizantino ya había perdido el control de la mayoría de sus regiones fronterizas, tanto de Europa como de Asia.

Los principales comandantes de las zonas oriental y occidental del Imperio continuaron denominándose domésticos de Oriente y Occidente; en ocasiones, un único gran doméstico combinaba ambos cargos. Los mercenarios sometidos a los domésticos se organizaban en cuerpos denominados *tagmata*, que variaban en número y en denominación. Los comandantes en jefe regionales, que dirigían tanto a mercenarios como a pronoios locales, seguían siendo los duques a quienes Juan Tzimiskis había otorgado la responsabilidad de las agrupaciones de *themas*. Los *themas* perdieron su carácter militar y se convirtieron en meras provincias administrativas con gobernadores civiles subordinados a los duques. Alejo I creó un cargo adicional, el gran duque, dedicado a la supervisión de la flota y de las islas y costas que la flota defendía. Aunque la mayoría de los soldados imperiales eran extranjeros, casi todos los altos cargos del ejército seguían siendo bizantinos, a menudo parientes del emperador.

Tras la muerte de Basilio II la burocracia recuperó la influencia que había perdido a expensas del ejército, pues eran los burócratas quienes promovían emperadores mediocres que, a su vez, dependerían de tales burócratas. Durante el reinado de Constantino IX surgió un poderoso cargo burocrático, el *mesazon* o jefe de la burocracia central. En ocasiones, la posición gubernamental más influyente la ostentaron funcionarios como Juan el Orfanotopo, el logoteta militar Miguel Bringas (el futuro Miguel VI) o el logoteta postal Niceforitzes. Los puestos administrativos gozaban de tal prestigio que numerosos mercaderes adinerados

pagaron altos precios a los emperadores para formar parte de la burocracia, aunque lo que recibían a cambio era un salario y un título honorífico sin ninguna tarea encomendada. Durante el gobierno de los Comnenos, no obstante, la burocracia central perdió gran parte de su influencia y los únicos burócratas honoríficos de importancia fueron miembros de la dinastía imperial.

El resultado final de las luchas por el poder no fue la victoria de la burocracia, el ejército, los mercaderes, los magnates, el emperador ni los parientes del emperador. Había demasiados contrincantes ricos y poderosos para que un grupo en concreto, y mucho menos un personaje, derrotase a los otros de forma decisiva. La creciente prosperidad bizantina, que con una planificación prudente habría fortalecido al Imperio, causó, por el contrario, desasosiego social, partidismos y rebeliones regionales, que finalmente dañaron a los bizantinos y beneficiaron a las potencias extranjeras. Habría sido preferible que el Imperio tratase previamente, a finales del siglo V y principios del VI, las tensiones derivadas de dicha prosperidad, así como las posteriores tensiones de su expansión económica en curso, que había sido más o menos continuada desde finales del siglo VIII.

No obstante, parece que el crecimiento adicional de los siglos XI y XII aportó a Bizancio el mayor nivel de desarrollo económico visto hasta entonces. Según los asombrados cruzados, en el año 1203 Constantinopla contaba con una población de cuatrocientos mil habitantes, lo que suponía alcanzar e incluso sobrepasar el pico demográfico anterior a la peste del año 541. Puesto que el crecimiento de otras ciudades bizantinas fue similar, y considerando que durante el siglo XII el Imperio sólo contaba con un tercio de la extensión y la población que había tenido antes de la peste, Bizancio debía estar mucho más urbanizado en el siglo XII que durante la Antigüedad tardía. Las estimaciones que pueden derivarse de los ingresos fiscales, a pesar de su carácter especulativo, también sugieren que la economía del Imperio era más monetaria en el siglo XII de lo que había sido en el VI. Es un hecho probable, ya que urbanización y economía monetaria suelen ir de la mano, junto con el crecimiento comercial necesario para proveer a las ciudades de productos agrícolas.

Los agricultores bizantinos expandieron su producción no sólo en volumen suficiente para alimentar a la creciente población rural y urbana, sino también para exportar alimentos al extranjero, algo apenas visto hasta entonces. Este logro era aún más sorprendente tras la pérdida

del altiplano anatolio. La mayor parte de la expansión agrícola debió darse en los Balcanes bizantinos, cuyos rebaños sustituyeron a la ganadería porcina y ovina que se perdió con Anatolia, aunque los turcos siguieron exportando ganado a territorio bizantino. Además de carne, las exportaciones de Grecia e Italia incluían grano y vino. Sin embargo, la mayor parte de dichos excedentes, así como los de fruta, vegetales y aceite de oliva, los consumían los ciudadanos bizantinos.

Puesto que el gobierno ya no subvencionaba los alimentos en ninguna de las ciudades bizantinas, sus habitantes debían percibir salarios suficientes para adquirirlos. Probablemente la principal industria urbana era el tejido de lana, algodón y seda que todos necesitaban para sus ropajes, pero las ciudades también producían ropas manufacturadas, alfarería, cristalería, ladrillos, objetos de metal, mobiliario, herramientas y varias modalidades de artesanía. La mayor parte de estos productos se destinaba a las zonas rurales bizantinas, pero también se exportaba a Oriente y a Occidente. Finalmente, como sucedía antes, los bizantinos importaban especias de India a través de la ruta de las especias, seda de China, a través de la ruta de la seda, así como pieles y esclavos de Rusia. Aunque los bizantinos ricos adquirían la mayor parte de estos objetos de lujo, muchos eran exportados de nuevo más tarde hacia Italia y Europa occidental.

La mayor parte del comercio entre Bizancio y Occidente había pasado a manos de los venecianos y otros mercaderes italianos, sobre todo a partir de los privilegios arancelarios concedidos por Alejo I. Sin embargo, la mayoría del comercio interior del Imperio, así como gran parte del comercio bizantino con Oriente, siguió en manos de la floreciente clase mercantil bizantina. Por lo general, los italianos limitaban sus actividades dentro del imperio a los principales puertos, especialmente Constantinopla. Es posible evaluar con cierta precisión el valor del comercio italiano a través de las cantidades que los bizantinos confiscaron a los mercaderes venecianos, genoveses y pisanos. Aunque eran sumas considerables para los italianos, solían ser modestas si se las compara con las fortunas de los magnates bizantinos, y aún más modestas en comparación con el presupuesto del Estado bizantino. Cabe destacar que las expropiaciones y expulsiones de los comerciantes italianos en el siglo XII no supusieron ningún problema para los bizantinos; es evidente que los negocios de los italianos eran una parte insignificante del sistema interior de distribución y sólo representaban un pequeño apartado de la economía bizantina.

Dicha economía continuó siendo básicamente agrícola y la mayoría de los bizantinos no habitaba en pueblos grandes o ciudades, sino en aldeas. No obstante, el comercio, las manufacturas, las ciudades, los pueblos y, por supuesto, las aldeas eran mayores de lo que habían sido desde hacía siglos; en proporción con las medidas más reducidas del Imperio, su crecimiento era incluso mayor. En consecuencia, los bizantinos eran más prósperos que en épocas anteriores. También eran más ricos que los italianos más prósperos, quienes eran, a su vez, los más prósperos de la cada vez más rica Europa occidental. La expansión económica bizantina no fue exclusiva de Bizancio, puesto que Europa occidental y, hasta cierto punto, también Eurasia, disfrutaron de una expansión similar como resultado del mismo crecimiento demográfico. Bizancio, sin embargo, se mantuvo en una posición avanzada: en parte porque, para empezar, ya era más próspero y desarrollado; también porque el gobierno bizantino, a pesar de todos sus defectos, ofrecía mayores garantías de orden y seguridad que sus competidores musulmanes y occidentales.

UNA CULTURA VIGOROSA

En los siglos XI y XII, Bizancio guardaba cierta semejanza con la Grecia clásica o la Italia renacentista. Estas dos sociedades también experimentaron un notable crecimiento demográfico, urbano y económico que condujo a la competición y la discordia entre sus miembros y, finalmente, a la derrota militar a manos de extranjeros. Los cambios y las tensiones en Bizancio fueron menos violentos, sobre todo porque los griegos del período clásico y los italianos del Renacimiento pertenecían a Estados diversos; a pesar de varias invasiones y rebeliones, los bizantinos continuaron viviendo bajo un mismo Estado hasta el año 1204. Sin embargo, la comparación ilustra que los desastres políticos pueden acompañarse de avances culturales y creativos. Aunque la cultura bizantina de este período nunca desarrolló la brillantez de Grecia o de Italia, algunos bizantinos mostraron una vitalidad intelectual y una inspiración artística sin precedentes.

Tanto en la historia cultural como política, la pérdida de Anatolia y el advenimiento de la dinastía de los Comneno en el año 1081 supuso el inicio de un nuevo período. Los diferentes regímenes políticos anteriores y posteriores a tal fecha favorecieron elites culturales distintas. Bajo los débiles gobernantes anteriores a Alejo I, la jerarquía eclesiástica y la

burocracia civil, de opiniones y orígenes similares, gozaron de una influencia poco habitual, así como de independencia para implantar modelos docentes y culturales. Estos grupos perdieron gran parte de su poder durante la dinastía de los Comneno, que eran más favorables a sus propios parientes y a los cargos eclesiásticos menores. Asimismo, el declive político de Bizancio, que de ser una superpotencia sin rival se convirtió en meramente el Estado más poderoso de entre varios Estados poderosos, modificó sutilmente las pautas culturales. La seguridad cuestionable del período de dominio bizantino dio paso a un sentido de superioridad más defensivo. El cambio hizo que los bizantinos se sintieran menos afines a los europeos occidentales, aunque siguieran considerándose intelectualmente superiores.

Durante el siglo XI la Iglesia bizantina tuvo patriarcas especialmente poderosos; de entre ellos destaca Miguel Cerulario, un funcionario obligado a hacerse monje tras una conspiración fallida, a quien su amigo Constantino IX nombró patriarca. Cerulario contó con un gran apoyo popular en Constantinopla y se impuso a los cuatro emperadores a quienes sirvió. En 1054, en contra de los deseos de Constantino, provocó un cisma con el papado; también cuestionó el derecho de la emperatriz Teodora a elegir obispos, presionó a Miguel VI para que abdicara y se opuso a Isaac I por recuperar las tierras imperiales que poseía la Iglesia. Aunque los tres patriarcas siguientes eran menos agresivos, también se sintieron capaces de frustrar los deseos imperiales en determinadas circunstancias. Uno de ellos, el erudito jurídico Juan Xifilino, desafió a la dinastía Ducas al liberar a la viuda de Constantino X, Eudoxia, de la promesa de no volver a casarse. Cosmas, el sucesor de Xifilino, se negó a condonar el matrimonio de la esposa del depuesto Miguel VII con Niceforo III ni con Alejo I.

Miguel Cerulario intentó someter la Iglesia de la recién conquistada Armenia al patriarcado de Constantinopla y, en particular, prohibir la práctica armenia de utilizar pan ácimo en la eucaristía. Puesto que la Iglesia occidental seguía la misma práctica, la prohibición patriarcal del pan ácimo también afectó a las Iglesias que utilizaban los occidentales en Constantinopla. El Papa protestó; tras varios comunicados, una delegación papal intercambió excomuniones con el patriarca en el año 1054. Estas excomuniones, que no fueron causadas por más diferencias de las que habían sido compatibles durante generaciones entre ambas Iglesias, frustraron la propuesta imperial de una alianza militar con el papado para combatir a los rebeldes normandos del sur de Italia. Puesto que el

papado se alió entonces con los normandos, quienes después de conquistar la Italia bizantina invadieron los Balcanes, las diferencias políticas bloquearon cualquier intento de zanjar el cisma durante más de treinta años.

Mientras tanto, Constantinopla se abrió a la erudición como lo había hecho durante los siglos V y VI. Constantino IX fundó una escuela imperial de derecho dirigida por Juan Xifilino y una escuela imperial de filosofía a cargo de Constantino (posteriormente Miguel) Psellos; ambas tenían como objetivo la formación de funcionarios, pero también se dedicaban a la investigación académica. Psellos, quizás el mayor erudito bizantino de todos los tiempos, combinaba creencias ortodoxas cristianas con la voluntad, inspirada por Platón y Aristóteles, de analizar el mundo en sus propios términos. Aunque durante el reinado del indeciso Constantino IX la preeminencia de Psellos y de Xifilino provocó tantas envidias que se vieron obligados a renunciar a sus cargos y hacerse monjes, posteriormente recuperaron su influencia. Psellos fue un importante (aunque no siempre sabio) consejero de todos los emperadores, desde Miguel VI a Miguel VII. Contribuyó a la deposición de Miguel Cerulario como patriarca llevada a cabo por Isaac I y persuadió a Constantino X para que nombrara patriarca a Xifilino.

Al igual que los patriarcas poderosos habían sido la norma durante el reinado de los emperadores débiles del siglo XI, durante el gobierno de emperadores fuertes, empezando por Alejo I, se sucedieron los patriarcas débiles. La Iglesia en conjunto no se debilitó; los emperadores eran piadosos o al menos necesitaban aparentarlo. Alejo inició una reforma de los monasterios imperiales, muchos de los cuales se habían convertido virtualmente en propiedad de mecenas adinerados. El movimiento de reforma favoreció la independencia monástica y concedió más importancia a la vida espiritual de los monjes. Muchos de los monasterios más prestigiosos se hallaban en islas o montañas apartadas, especialmente en el monte Atos, y tanto los monjes reformados como los no reformados se mantenían al margen de la política. Los patriarcas también ejercieron un menor control sobre sus obispos y otros miembros del clero, quienes llevaron a cabo varios célebres juicios por herejía.

Su primera víctima fue Juan Ítalo, el mejor estudiante de Psellos y su sucesor como director de la escuela imperial de filosofía. Ítalo («el italiano») tenía una personalidad áspera y la desventaja añadida de provenir del sur de Italia, entonces gobernada por los normandos, enemigos de Bizancio. Juzgado en el año 1082, Ítalo fue condenado por plantear

varias proposiciones filosóficas paganas y, curiosamente, por iconoclasta. Aunque deseaba refutar los dogmas no ortodoxos de los que se le acusaba, Ítalo fue confinado en un monasterio y se le prohibió enseñar. La escuela de filosofía siguió abierta, pero en el futuro los filósofos bizantinos fueron muchos más cuidadosos con sus enseñanzas. En sínodos posteriores se llevaron a cabo otros juicios por herejía, algunos con bases más que dudosas y en contra de la voluntad del emperador. No obstante, en ocasiones condenaron a verdaderos herejes, como los bogomilos búlgaros, dualistas que defendían la existencia de dioses del bien y del mal.

Las cruzadas complicaron todavía más las relaciones de Bizancio con Occidente. El papa Urbano II, que oficialmente había anulado la excomunión de Alejo I por usurpador declarada por su predecesor, deseaba que los cruzados ayudasen al Imperio. Los cruzados colaboraron en la recuperación de gran parte de Anatolia aunque, una vez instalados en Siria, gobernaron a muchos cristianos ortodoxos y monofisitas que pertenecían a los antiguos patriarcados de Antioquía y Jerusalén. Los cruzados designaron a obispos y patriarcas latinos y desplazaron a la jerarquía melquita que seguía las pautas de Constantinopla; también se ganaron el favor de los monofisitas y finalmente negociaron una efímera unión eclesiástica con los armenios, de quienes los bizantinos se habían apartado, y una unión más duradera con los cristianos maronitas del monte Líbano.

A pesar de la desconfianza de los bizantinos ante los cruzados, Alejo I, Juan II y Manuel negociaron con el papado con la esperanza de restaurar la unidad eclesiástica; organizaron en Constantinopla discusiones entre teólogos latinos y bizantinos para tratar las principales cuestiones de forma racional y civilizada. Mientras que la mayoría de los occidentales se habría contentado con restablecer la unidad en los mismos términos anteriores, muchos bizantinos rechazaban prácticas tradicionalmente establecidas en la Iglesia occidental y el derecho papal a decidir apelaciones de la Iglesia de Oriente sobre asuntos doctrinales y disciplinarios. Ahora los bizantinos sólo admitían el derecho del Papa a una primacía honorífica y representativa en los concilios ecuménicos.

Puesto que el papado no iba a modificar las prácticas occidentales por las críticas bizantinas, ni tampoco abandonar privilegios que los bizantinos habían aceptado antes, cualquier posible acuerdo habría requerido concesiones por parte de los bizantinos, dejando a muchos de ellos en la oposición. Los emperadores se percataron de que ese acuerdo cau-

saría mayores discordias que el propio cisma, al menos entre sus súbditos. En el año 1054, cuando se produjo el cisma, los bizantinos daban por sentada la superioridad de sus costumbres; sin embargo, en el siglo XII muchos consideraban necesario insistir en la única legalidad de su postura, quizá porque era muy difícil rebatir ciertos argumentos de los teólogos occidentales.

El margen de la superioridad bizantina respecto a Occidente se acortaba, no sólo en cuanto a poder político y militar, sino también en docencia y erudición. La fundación de nuevas escuelas en Bizancio, la revisión de la filosofía clásica y las innovaciones literarias tuvieron sus respectivas contrapartidas en Europa occidental. En cuanto a la amplitud y profundidad de conocimientos, sobre todo en filosofía y ciencia, los eruditos occidentales habían empezado con retraso respecto a Bizancio y aún no habían alcanzado cotas similares. En sus inicios sólo poseían ligeras nociones de filosofía antigua, después descubrieron a Aristóteles a través de traducciones árabes y apenas conocían a Platón o a otros filósofos. Sin embargo, las numerosas divisiones de la Iglesia occidental y de los Estados occidentales imponían a los eruditos occidentales menos restricciones que los sínodos autoritarios que condenaron a Juan Ítalo y a otros intelectuales bizantinos. Aunque la docencia y la literatura bizantinas siguieron progresando, en el siglo XII su avance respecto a Occidente ya no era tan pronunciado como para permanecer inmune a la influencia y las modas culturales occidentales; al emperador Manuel, en concreto, se le criticó por seguir tendencias occidentales.

En el siglo XI los eruditos bizantinos no tenían rival. Miguel Psellos y sus contemporáneos, al contrario que sus predecesores, estaban tan familiarizados con la literatura griega antigua que ya no se sentían intimidados por ella. A veces el estilo de Psellos es retorcido y excéntrico, pero el autor dominaba sus complejidades y puntos oscuros, utilizándolos a su gusto para expresar sus ideas. Quizá su trabajo más original sean sus memorias; escritas en forma de historia política, muestran un interés por el carácter humano sin parangón en la literatura griega antigua. Basándose casi totalmente en su experiencia personal, Psellos describe a todos los emperadores, desde Basilio II a Miguel VII; a excepción del último, a quien debía elogiar por ser el gobernante del momento, sopesa sus errores y virtudes con lucidez y relativa objetividad. Aunque sólo muestra una conciencia parcial de las causas del declive político y militar de Bizancio, en realidad Psellos parecía más interesado en los temas referentes a las personas, no en los sucesos.

Entre otras historias de estilo más tradicional, cabe destacar dos. La primera es *La Alexiada*, una historia del reinado de Alejo I escrita por su hija, Ana Comnena. Ana explotaba con maestría el sensacional tema de su historia, la restauración de la gloria imperial perdida que llevó a cabo su padre, con seguro estilo narrativo y prestando la debida atención tanto a los caracteres como al detalle. Su relato consigue ser verosímil y aprobatorio de la conducta paterna, ya que Alejo solucionó brillantemente los sucesos cotidianos y sólo careció de una visión global más amplia, que su hija tampoco poseía. Nicetas Coniates, seguidor de Ana, escogió un tema igualmente dramático aunque en este caso también trágico: el declive del Imperio en el siglo XII hasta su caída con la cuarta cruzada. Consciente de la catástrofe que se cernía sobre Bizancio y sin tener la necesidad o el deseo de exculpar a los emperadores, Nicetas combinaba el entendimiento de la naturaleza humana de Psellos y la elegancia compositiva de Ana con una mayor perspectiva histórica que ambos autores.

El siglo XI, y especialmente el XII, también legaron numerosos escritores bizantinos de gran competencia, entre ellos epistológrafos, poetas cortesanos y comentaristas de la literatura clásica griega. Como obras particularmente originales destacan el diálogo satírico *Timarion*, que describe un viaje al Hades donde el héroe encuentra a varios de sus contemporáneos, y los poemas satíricos de Teodoro Pródromo, escritos en griego vulgar, que describen escenas de la vida cotidiana en Constantinopla. También cabe mencionar cuatro historias de amor ambientadas en la Grecia clásica, tres de ellas en verso. Estos romances revivieron un género que no se practicaba desde el siglo III (excepto, en cierto modo, en el poema épico *Digenis Akritas*) y que encontraron su forma definitiva en el siglo XII. La celebración del amor y del matrimonio narrada en estas obras refleja un auge de los sentimientos familiares en la aristocracia y otras clases de Bizancio, que se hace evidente en la política de la época. Aunque las lealtades familiares también condujeron a una actitud más favorable hacia la mujer, la posición de ésta en Bizancio siempre había sido una compleja mezcla de aspectos negativos y positivos, lo que hace que cualquier modificación sea más una cuestión de grado que de índole.

Hay que remontarse al siglo VI para encontrar un nivel de calidad y de cantidad equiparable a la producción artística del período. Durante el siglo XI varios emperadores construyeron lujosos monasterios en la capital; aunque todos se han perdido, fueron descritos con admiración por



FIGURA 11. Exterior del monasterio de Cristo Pantocrátor («Señor de todos»), Constantinopla, que muestra las tres iglesias conectadas. Juan II Comneno (emperador entre los años 1118 y 1143) ofreció el monasterio en el año 1136 como agradecimiento por sus victorias sobre los turcos y los conspiradores bizantinos. (Fotografía: Dumbarton Oaks, Washington D. C., © copyright 1999.)

sus contemporáneos. Entre ellos destaca la obra de Constantino IX, quien también construyó un opulento monasterio en la isla de Quíos, el *Nea Mone* («Nuevo Monasterio»), que sigue conservando la mayor parte de sus impresionantes mosaicos e incrustaciones de mármol. Como era habitual, los aristócratas siguieron el ejemplo de los emperadores y construyeron iglesias y monasterios profusamente decorados en todas las provincias; de ellos, los que han sobrevivido en mejores condiciones son los excavados en las formaciones rocosas de Capadocia. Los mosaicos y los manuscritos iluminados del período muestran que los artistas bizantinos, sin dejar de seguir los estilos tradicionales, habían alcanzado un altísimo nivel de competencia.

Aunque la invasión turca de Anatolia empobreció temporalmente el tesoro y a la aristocracia, lo que redujo las manifestaciones artísticas y arquitectónicas más costosas, a inicios del siglo XII las producciones artísticas no muestran indicios de penuria económica. Alejo I y Manuel ampliaron el palacio Blachernae, situado en el noroeste de Constantino-

pla, y lo convirtieron en la principal residencia imperial. Las construcciones eclesiásticas de los emperadores en Constantinopla culminaron con el monasterio de Cristo Pantocrátor («Señor de todos»), una edificación monumental construida por Juan II Comneno en lo alto de una colina, todavía visible desde la moderna ciudad de Estambul.

Entre los monasterios del siglo XII que se conservan en las provincias, todos financiados por mecenas de la aristocracia, se encuentran Dafne, en las proximidades de Atenas, y el de Hosius Lucas, cerca de Tebas; ambos cuentan con una decoración magnífica de mármol y mosaicos. Los monarcas normandos y la República de Venecia reconocían la superioridad del arte bizantino dentro del mundo occidental y contrataron los servicios de mosaiquistas bizantinos para decorar las iglesias más suntuosas del período, muchas de las cuales han conservado casi íntegramente su decoración hasta nuestros días. Los mosaicos, iconos, marfiles y manuscritos iluminados bizantinos del siglo XII alcanzan un nivel artístico casi excesivo, que raya el preciosismo.

Que una sociedad tan opulenta y llena de recursos cayera finalmente ante sus enemigos no entraña grandes misterios. Los emperadores del período, como los griegos clásicos ante los romanos, desaprovecharon sus ventajas porque juzgaron erróneamente a sus adversarios. Los bizantinos supusieron que los turcos se asemejaban a los árabes, a quienes habían aprendido a vencer, y que los venecianos y cruzados eran similares a los bizantinos, sólo que más estúpidos e ignorantes. Cuando no derrochaban lo que parecían inacabables riquezas, la mayoría de los gobernantes bizantinos se preocuparon más de sus súbditos rebeldes que de los poderes extranjeros. Casi todos los emperadores consideraron que el antiguo ejército de conquista y el altiplano anatolio eran un nido de aristócratas rebeldes y poderosos, cuya desaparición facilitaría el gobierno del Imperio. Finalmente, puesto que los bizantinos apenas utilizaron los medios que tenían a su disposición para defenderse, la opulencia bizantina perjudicó la seguridad del Imperio al atraer la codicia de otras potencias extranjeras.

Capítulo 7

Restauración y caída (1204-1461)

LOS SUCESESORES

La mejor prueba de la fuerza subyacente de Bizancio es que los Estados bizantinos sobrevivieron durante más de dos siglos y medio a la, en apariencia, fatal cuarta cruzada. El motivo no fue un liderazgo bizantino fuerte y unificado. Cuando los cruzados arrasaron Constantinopla, el depuesto Alejo III Ángel todavía conservaba la región de Tesalónica, mientras que su yerno Teodoro Láscaris poseía el noroeste de la Anatolia bizantina, teóricamente en nombre de su suegro. El fugitivo Alejo V conservaba la mayor parte de Tracia oriental. Alejo Comneno, nieto del difunto emperador Andrónico, se había apropiado de la costa septentrional de Anatolia y se declaró emperador en Trebisonda. No obstante, aunque afirmaba ser emperador de Bizancio, Alejo era simplemente un potentado local y en la actualidad se le conoce como el emperador de Trebisonda. A los rebeldes del sur de Grecia y el sudoeste de Anatolia sólo les movían ambiciones locales.

Muchos bizantinos habrían aceptado a los conquistadores si los cruzados y los venecianos hubiesen sido más perspicaces. Sin embargo, los vencedores saquearon e incendiaron su nueva capital y pensaron dividir

tantinopla falleció en Tracia. Al coronar a Teodoro, el nuevo patriarca le convirtió en el líder natural de todos los cristianos orientales que rechazaban la Iglesia occidental.

Gran parte del Bizancio anterior a la cuarta cruzada se hallaba ahora dividido entre Teodoro de Nicea, Alejo de Trebisonda, Enrique (hermano y sucesor del emperador latino Balduino) y Miguel de Epiro. Miguel, el único que no se hacía llamar emperador, parecía el más débil de los cuatro, pero tenía gran talento para crear problemas y pronto hizo surgir tensiones entre sus rivales. En primer lugar, se alió con el Imperio Latino y liberó a su primo Alejo III, que se unió a los selyúcidas para invadir el Imperio de Nicea. La aventura de Alejo, que finalizó con su captura por el ejército niceno, provocó una guerra entre Nicea y los latinos en la que estos últimos ganaron varios territorios. Mientras tanto, Miguel extendía sus tierras a expensas de venecianos y latinos; tomó Dirraquio y Tesalia occidental.

Tras el asesinato de Miguel de Epiro en el año 1215, su extendido reino cayó en manos de su aún más ambicioso hermanastro, Teodoro Ducas. Desde Epiro, Teodoro se apropió de la zona adyacente del Imperio Búlgaro y, tras la muerte del emperador Enrique, avanzó hacia Tesalónica. El nuevo emperador latino Pedro, cuñado de Enrique, invadió Epiro desde el oeste, pero murió en una emboscada de los epirotas o poco después, en cautividad. Entonces Teodoro tomó Tesalia oriental, rodeó Tesalónica y la conquistó en el año 1224, convirtiéndola en su nueva capital. Esta conquista de la segunda ciudad bizantina del Imperio acabó con el Reino Latino de Tesalónica y convirtió el Estado de Teodoro en una importante potencia.

Teodoro de Nicea había muerto en el año 1221; le sucedió su capadocio yerno Juan Ducas Vatatzes, que conquistó las posesiones latinas en Anatolia. Tanto Juan de Nicea como Teodoro, ahora de Tesalónica, se dirigieron al extenuado Imperio Latino. Juan desembarcó con un pequeño ejército en Tracia, mientras que Teodoro avanzó hasta casi alcanzar Constantinopla. No obstante, Teodoro temía que, si atacaba la ciudad, Juan y el emperador búlgaro Asen se aliaran contra él. Después de que el arzobispo de Ohrid lo coronase emperador bizantino, Teodoro atacó a Asen en el año 1230, pero sufrió una desastrosa derrota. Asen capturó y cegó a Teodoro y conquistó el corazón del Imperio de Tesalónica. Un hermano de Teodoro se apropió del territorio que rodeaba Tesalónica y Epiro pasó a manos de Miguel II Ducas, hijo del difunto Miguel, hermano de Teodoro.

La ruina del Imperio de Tesalónica hizo que el Imperio de Nicea se convirtiese en el principal Estado sucesor de Bizancio. Su emperador, Juan Vatatzes, acuñó las tradicionales *hyperpyra* como signo de sus cada vez más convincentes pretensiones al título de emperador bizantino. También casó a su hijo con la hija de Asen de Bulgaria y prometió a éste una parte de la Tracia latina a cambio de su ayuda para recuperar Constantinopla. Los aliados avanzaron hasta los muros de la ciudad, pero no consiguieron tomarla. Asen, que nunca había estado convencido de ayudar a Juan para que recuperase tal tesoro, rompió la alianza y liberó al prisionero que había cegado, Teodoro Ducas. Teodoro regresó a Tesalónica y nombró emperador a su hijo.

Juan Vatatzes invadió Tracia occidental y obligó al hijo de Teodoro a abandonar su título imperial y a acatar la supremacía del Imperio de Nicea. Tras la muerte de Asen, los regentes de su hijo menor de edad gobernaron pésimamente en Bulgaria; cuando el hijo de Asen también falleció en el año 1246, Vatatzes decidió atacar la frontera meridional de Bulgaria; fue tan bien recibido por los griegos sometidos al gobierno búlgaro que pronto se hizo con toda la mitad meridional del Imperio Búlgaro, que se extendía hasta el noroeste de Tesalónica. La proeza de Juan impresionó de tal manera a los griegos de Tesalónica que también le dieron la bienvenida al interior de la ciudad. Un año después Juan conquistó lo que quedaba de la Tracia latina, a excepción de Constantinopla.

Aunque Miguel II de Epiro había aceptado además la autoridad nominal del Imperio de Nicea con el título de déspota, pronto atacó los nuevos territorios nicenos desde el oeste. Juan regresó de Tracia y persiguió a Miguel hasta Epiro. Finalmente Miguel tuvo que ceder las zonas occidental y septentrional de su territorio, lo que extendió el imperio de Juan hasta el Adriático. El papa Inocencio IV parecía dispuesto a negociar la rendición de Constantinopla a favor de Juan a cambio de la reunión de las Iglesias occidental y oriental, pero tanto él como Juan fallecieron en 1254.

Mediante una combinación de habilidad, osadía y suerte, Juan Vatatzes había conquistado tanto territorio en los Balcanes como el que había heredado en Anatolia. Tras humillar al Imperio Latino, al Imperio de Tesalónica, al Imperio Búlgaro y al despotado de Epiro, Juan convirtió al Imperio de Nicea en el poder dominante del territorio que antes había sido bizantino. Ahora el Imperio de Trebisonda era insignificante, un Estado vasallo primero de los selyúcidas y después de los mongoles, separado del Imperio de Nicea por territorio selyúcida. Sin embargo, mientras Constantinopla continuara en poder de los latinos, el Estado

de Nicea construido por Juan era una anomalía histórica y no podía considerarse como la restauración del Imperio Bizantino.

El heredero del Imperio de Nicea era el hijo de Juan, que tras tomar el apellido materno y de su abuelo imperial pasó a llamarse Teodoro II Láscaris. Aunque la epilepsia le mantenía en un débil estado de salud, Teodoro II era activo de mente y espíritu. Un año después de la muerte de Juan, cuando el joven emperador búlgaro invadió el territorio que Juan le había arrebatado, Teodoro contraatacó, lo expulsó y forzó un tratado de paz que confirmaba las conquistas de Juan. A continuación negoció el matrimonio de su hija con el hijo de Miguel II de Epiro, pero sólo después de que Miguel le cediera más territorio de su frontera común, Dirraquio incluida.

Después de la boda, Miguel instigó una rebelión contra el gobierno niceno entre los albaneses del interior de Dirraquio. Aliado con los albaneses, Miguel derrotó y capturó las fuerzas locales nicasas. Después estableció otra alianza con el príncipe latino del Peloponeso y el regente germano del sur de Italia, que había reanudado la antigua costumbre normanda de invadir Grecia. Con tales apoyos, Epiro se presentaba como un contrincante considerable para Nicea, incluso después de que Teodoro se aliase con el nuevo emperador búlgaro Constantino Tich. Sin embargo, antes de que ambos bandos pudieran enfrentarse, Teodoro falleció en 1258, dejando un regente para que reinase en nombre de su hijo menor de edad, Juan Láscaris.

Por el momento, los Estados sucesores de Bizancio habían mostrado más entusiasmo en luchar entre sí que en conquistar el Imperio Latino, a pesar de que éste sólo consistía en Constantinopla y algunos feudos en Grecia meridional, que difícilmente podían contribuir a la defensa de la ciudad. No obstante, Juan Vatatzes era el único que había llevado a cabo un breve sitio de Constantinopla, sin intentar tomarla por asalto. Juan había preferido atacar Bulgaria y Teodoro II provocar a Epiro, aunque ni Bulgaria ni Epiro eran tan débiles como los latinos. Únicamente los emperadores nicasas habían construido un Estado con ciertas posibilidades de restaurar Bizancio.

LA RESTAURACIÓN DE MIGUEL VIII

Los cortesanos del joven emperador Juan Láscaris asesinaron rápidamente al regente designado y ofrecieron el puesto a un general de

talento, Miguel Paleólogo. Paleólogo se hizo coronar emperador asociado en el año 1259 y envió un ejército comandado por su hermano Juan contra Miguel de Epiro y sus aliados albaneses, germánicos y latinos. Juan Paleólogo se enfrentó a ellos en Pelagonia, a medio camino entre Tesalónica y Dirraquio, donde los derrotó estrepitosamente. Capturó a muchos señores latinos, entre ellos el príncipe del Peloponeso Guillermo de Villehardouin; tomó Tesalia y ocupó todo Epiro, a excepción de dos fortalezas a las que puso sitio. Tras la partida de Juan, Miguel II recuperó la mayor parte de Epiro y Tesalia; pero su fracaso en la guerra por él iniciada le había debilitado sobremanera, mientras que la captura de los señores latinos dejaba sus feudos de Grecia casi indefensos.

Miguel Paleólogo y su hermano se unieron para atacar a los latinos en Constantinopla. Tras algunos intentos, no consiguieron tomar la ciudad amurallada y Miguel pactó una tregua con los latinos. Para contar con apoyo naval en su siguiente asalto, en el año 1261 concedió extensos privilegios comerciales a Génova, la única potencia marítima italiana que rivalizaba con Venecia. No obstante, antes de que los genoveses pudieran prestar ayuda, un pequeño contingente niceno que pasaba cerca de Constantinopla supo que la guarnición de la ciudad se había ausentado. El comandante niceno aprovechó la ocasión para penetrar en la ciudad durante la noche y tomar posesión de ella, forzando la huida del emperador latino Balduino II y de los venecianos. Poco después, el emperador Miguel entraba triunfalmente en la capital de su restaurado Imperio Bizantino y era coronado en Santa Sofía.

Cuando contaba unos treinta y cinco años, Miguel Paleólogo de Nicea se convirtió en Miguel VIII de Bizancio, lo que trazaba retrospectivamente la sucesión bizantina a través de los emperadores nicasas, que se convirtieron en los emperadores bizantinos Teodoro I, Juan III, Teodoro II y Juan IV. En realidad, en 1204 Teodoro Láscaris había formado parte de una de las diversas dinastías griegas y originariamente ni siquiera había reclamado el título de emperador, como habían hecho el depuesto Alejo III o el autoproclamado Alejo Comneno de Trebisonda. La conquista de Constantinopla llevada a cabo por el Imperio de Nicea había sido un golpe de suerte. Sin embargo, el vigor y la resolución de Miguel VIII le hacían merecedor de dicha fortuna: su determinación, unida a la debilidad de los latinos, le habían abierto las puertas de la capital tarde o temprano.

El nuevo Bizancio y su emperador todavía contaban con numerosos enemigos, tanto bizantinos como extranjeros; todos ellos, por separado,

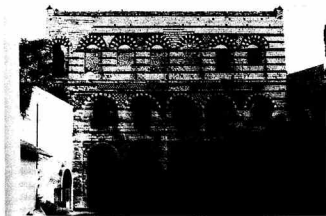


FIGURA 12. Exterior del palacio del Porfirogénito (conocido en la actualidad como Tekfur Seray). Constantinopla, probablemente construido por Miguel VIII Paleólogo (emperador entre los años 1261 y 1282) para su hijo más joven, Constantino, tras haber reconquistado la ciudad al Imperio Latino. (Fotografía: Irina Andreescu-Treadgold.)

eran más débiles que el Imperio, pero su poder era formidable si lograban aliarse el tiempo suficiente. Sin esperar a que los latinos se recuperaran de la derrota, Miguel dictó sus términos a los señores que había capturado. Guillermo de Villehardouin sólo recuperó la libertad tras ceder su cuarto del sudeste del Peloponeso al emperador. Miguel reclutó febrilmente nuevas tropas y construyó nuevas embarcaciones para defender sus conquistas. Mientras su prestigio seguía en auge tras la conquista de Constantinopla y su coronación imperial, depuso y cegó al joven Juan IV y se convirtió en emperador único, aunque el patriarca Arsenio lo excomulgó por haber cegado a Juan.

En el año 1262 Guillermo de Villehardouin y los venecianos se aliaron con el depuesto emperador latino Balduino II para atacar Bizancio. También Miguel II de Epiro reanudó la ofensiva, los turcos asaltaron la Anatolia bizantina y Constantino Tich de Bulgaria invadió la Tracia bizantina. Miguel VIII envió ejércitos contra todos ellos. Durante los dos años siguientes, sus ejércitos derrotaron a Guillermo de Villehardouin y

a los venecianos, epirotas, turcos y búlgaros; asimismo, conquistó una franja de la frontera búlgara, algunas islas venecianas y las fortalezas del Peloponeso. Los vencidos venecianos, epirotas y búlgaros hicieron las paces con el Imperio. Aunque Miguel se había quedado temporalmente arruinado, demostró que podía defender sus posiciones. El emperador también depuso al patriarca Arsenio, que se había negado a anular la excomunión en términos tolerables, y nombró a un nuevo patriarca, José, que le aceptó de nuevo en la Iglesia.

Mientras tanto, el Papa había dejado el sur de Italia en manos del ambicioso príncipe francés Carlos de Anjou, que se alió con el depuesto emperador latino Balduino para organizar, con la excusa del cisma, una cruzada contra los bizantinos. Carlos se apropió de gran parte de la Albania bizantina y se alió con húngaros, serbios y búlgaros. Para atajar la cruzada de Carlos, Miguel VIII llegó a un acuerdo con el papa Gregorio IX para unir la Iglesia bizantina con la romana. En el Concilio de Lyon de 1274 el Papa y una delegación bizantina proclamaron una unión basada en la tolerancia mutua de las costumbres orientales y occidentales. Con el fin del cisma, Carlos de Anjou ya no podía llamar cruzada a su guerra; Miguel, por su parte, expulsó los ejércitos de Carlos de Albania.

Sin embargo, a pesar de llevar a cabo una resuelta persecución, Miguel no consiguió reconciliar a los bizantinos con la unión de Lyon. El patriarca José prefirió abdicar antes que aceptarla, lo que dejó a la Iglesia bizantina dividida entre los partidarios de José, los partidarios de su predecesor Arsenio y una minoría de unionistas. La unión apenas encontró seguidores entre los cristianos orientales que no se hallaban dentro de la esfera gubernamental de Miguel. Poco después el emperador tuvo que enfrentarse a los búlgaros, los serbios y a los dos Estados separatistas de Epiro y Tesalia, ahora gobernados por hijos del difunto Miguel II Ducas.

En nombre de la continuidad del cisma, Nicéforo de Epiro se alió con Carlos de Anjou, el cruzado contrario a los cismáticos, para atacar la Albania bizantina. Aunque los bizantinos derrotaron esta impía alianza en 1281, Carlos persuadió al nuevo Papa de que los bizantinos no habían aceptado verdaderamente la unión de Lyon. Carlos retomó sus planes para la cruzada e incluyó en el proyecto al Papa, a los venecianos y al heredero del Imperio Latino. Sin embargo, un año después Miguel fomentó una rebelión en Sicilia, conocida como las Vísperas Sicilianas, que costó a Carlos la mitad de su reino y le obligó a abandonar la cruzada.

Al cabo de algunos meses, tras un reinado de ágil improvisación y acertadas iniciativas, Miguel VIII falleció a causa de una enfermedad. Aunque sus conquistas territoriales eran escasas, entre ellas se incluía Constantinopla y, a pesar de la frenética oposición de numerosos enemigos, sus pérdidas no habían tenido mayor importancia. Además de reforzar el ejército y la flota bizantina, había hecho buen uso de ellos y cubierto todos los gastos con una mínima alteración de la moneda. Su diplomacia había ejecutado maniobras tan difíciles como la unión de Lyon y las Vísperas Sicilianas. Poco antes de su muerte había conseguido incluso la sumisión formal de Juan II de Trebisonda, quien empezó a autodenominarse emperador de Oriente en lugar de emperador de los romanos. Aunque no era querido entre los suyos, Miguel había conservado el trono bizantino y superado la excomunión. No había restaurado el Imperio a los niveles del siglo XII, pero éste había progresado eficazmente hacia su recuperación.

El primogénito de Miguel, Andrónico II Paleólogo, contaba veinticuatro años cuando accedió al trono en el año 1282. El joven emperador vio los motivos de la impopularidad de su padre sin comprender las causas de su éxito. Piadoso y con ansias de agradar, Andrónico repudió de inmediato la unión de Lyon, restituyó en el patriarcado al antiunionista José y permitió que se condenara y persiguiera a los unionistas, aunque la Iglesia siguió dividida entre los partidarios de Arsenio y de José. El final de la malograda unión consiguió para el emperador la sumisión nominal de Nicéforo de Epiro sin ofender en exceso a los latinos. El viudo Andrónico desposó con la heredera del largo tiempo desaparecido Reino Latino de Tesalónica y, tras la muerte de Carlos de Anjou, los venecianos pactaron una tregua con el Imperio.

Después de tan prometedor comienzo, Andrónico decidió ahorrar dinero reduciendo el tamaño del ejército regular y eliminando casi por completo la flota bizantina, que sustituyó por mercenarios occidentales y por la flota de los aliados genoveses. En un principio, Bizancio no pareció sufrir las consecuencias del cambio: obtuvo la sumisión nominal de Tesalia y realizó modestas adiciones a sus posesiones de Albania y el Peloponeso. El principal indicio de peligro fue la intensificación de las incursiones turcas en la Anatolia bizantina y la conquista de algunos puestos fronterizos. El general bizantino enviado contra los turcos se rebeló y fue castigado con la ceguera.

Carlos II de Nápoles, hijo y heredero de Carlos de Anjou, se alió con Nicéforo de Epiro. Mientras los serbios capturaban algunos puestos

fronterizos de Bizancio, Nicéforo repudió la soberanía bizantina y derrotó a uno de sus ejércitos antes de morir en el año 1296. Desafortunadamente, el mismo año, los venecianos, en teoría en paz con el Imperio, incendiaron el barrio comercial genovés de Constantinopla. El airado emperador declaró la guerra a Venecia, que aprovechó la impotencia marítima del Imperio para conquistar las islas bizantinas del Egeo. Andrónico fue incapaz de detener el avance veneciano en las islas ni el avance turco en Anatolia, aunque selló la paz con los serbios casando a su hija menor de edad con el rey de Serbia.

Hacia el año 1303 Bizancio pasaba por graves contrariedades. Andrónico intentó frenar el avance turco con una partida de mercenarios alanos, pero éstos desertaron sin que los escasos soldados regulares del ejército pudieran hacer nada por retenerles. El cada vez más amenazador emir turco osmán se apropió de gran parte del campo anatolío para su nuevo emirato otomano. La esposa latina de Andrónico, Yolanda-Irene, reclamó la herencia de Tesalónica para sus hijos y se adueñó de la ciudad como si se tratara de una posesión independiente. El emperador firmó un apresurado pacto con Venecia, prometiéndoles importantes compensaciones y aceptando las conquistas venecianas de sus islas.

A finales de tan desastroso año, el desesperado Andrónico prometió elevadísimos salarios a seis mil quinientos mercenarios aragoneses, conocidos como la Gran Compañía Catalana, para que luchasen contra los turcos otomanos en Anatolia. Este acuerdo demostró ser catastrófico, pues el Imperio no contaba con tropas regulares capaces de controlar a los catalanes ni con recursos para pagarles. Mientras derrotaban diestramente a los turcos, los catalanes saquearon sin piedad a los bizantinos locales y fue necesario ordenarles que regresaran a Tracia. Andrónico aumentó los impuestos y redujo el oro del hyperpyron a la mitad, pero no consiguió pagar lo prometido a los catalanes. Puesto que la tensión iba en aumento, Miguel, hijo de Andrónico, hizo asesinar a los comandantes catalanes a principios de 1305.

Los indignados catalanes eligieron nuevos comandantes y empezaron a saquear Tracia. Derrotaron en repetidas ocasiones a Miguel y a su ejército bizantino de mercenarios alanos y turcos, muchos de los cuales desertaron para unirse a los catalanes en el pillaje de las zonas rurales. Los búlgaros invadieron los puertos bizantinos próximos a sus fronteras y un ejército napolitano capturó la zona bizantina de Dirraquio. Los turcos penetraron de nuevo en la Anatolia bizantina sin apenas oposición y algunos también se desplazaron a Tracia. Los aliados genoveses

del Imperio se apoderaron de los principales puertos bizantinos de Anatolia y las islas, afirmando que los salvaban de los turcos. Puesto que los aterrizados campesinos de Tracia y Anatolia descuidaron los cultivos, se desató una crisis de subsistencia; los catalanes la esquivaron pasando a saquear la región de Tesalónica. Andrónico parecía paralizado.

Consciente de que Bizancio se desmoronaba, el príncipe francés Carlos de Valois, heredero por matrimonio del difunto Imperio Latino, preparó una cruzada contra Constantinopla. Carlos logró el apoyo del Papa, Venecia, Serbia y la Compañía Catalana, pero no llegó a hacerse a la mar. Los catalanes atacaron a la emperatriz separatista Yolanda-Irene en Tesalónica, aunque no consiguieron tomar la ciudad. Entonces se dirigieron al sur, saquearon Tesalia durante un año, entraron al servicio del duque latino de Atenas y en el año 1311 conquistaron Atenas y se instalaron allí como gobernantes. Después de que Andrónico firmase la paz con los venecianos, búlgaros y serbios, Carlos de Valois abandonó sus planes hacia la cruzada.

Por tanto, Bizancio sobrevivió, mermado por la pérdida de la mejor parte de Anatolia, despojado de las tierras fronterizas de los Balcanes y saqueado por todas partes. Los serbios enviaron un pequeño ejército que expulsó de la Tracia bizantina a los últimos saqueadores turcos; el emperador logró reconciliar a los cismáticos seguidores de Arsenio y recuperó el control de Tesalónica tras la muerte de su esposa Yolanda-Irene. Lentamente consiguió reunir los fondos suficientes para pagar tropas bizantinas autóctonas. En el año 1318 aprovechó la extinción de la dinastía Ducas de Epiro y Tesalia para conquistar la parte septentrional de ambas zonas a sus nuevos gobernantes. Aumentó los impuestos e hizo nuevos planes para extender su pequeño ejército y su insignificante flota.

El Imperio se hallaba en vías de recuperación cuando en 1320 un escándalo separó a la familia imperial. El nieto primogénito del emperador, también llamado Andrónico, había planeado asesinar a un antiguo amante de su concubina; sin embargo, por un error de identidades quien resultó asesinado fue su propio hermano. El incidente aceleró la muerte de Miguel, padre del asesino y de la víctima, y afectó profundamente al emperador. El anciano Andrónico se negó a ratificar el derecho a la sucesión del joven Andrónico, quien al cabo de un año se autoproclamó emperador con el nombre de Andrónico III. No le fue difícil encontrar apoyo contra su desacreditado abuelo ni forzar un acuerdo que le concedió el control de la mayor parte de Tracia.

Dicho acuerdo, que debilitó al Imperio y no convenció a ninguna de las partes, pronto derivó en una guerra civil abierta. Andrónico III se llevó la mejor parte de la lucha y obtuvo el reconocimiento como emperador asociado en todo el Imperio. Consiguió rechazar una invasión búlgara en la Tracia bizantina, pero su abuelo no le permitió desplazarse a la ciudad anatolia de Prusa, que cayó en manos de los turcos otomanos en el año 1326. Ambos emperadores se prepararon para la guerra: Andrónico II se alió con los serbios y Andrónico III con los búlgaros. En el año 1328 el joven Andrónico tomó Tesalónica y después Constantinopla; el anciano Andrónico abdicó.

Durante el reinado de Andrónico II, el poder bizantino sufrió daños de los que nunca se recuperaría y que posiblemente fueron irreparables. El desastre fue el resultado directo de la incapacidad del emperador para mantener una flota y un ejército pequeños y eficaces, que habían cumplido con creces sus expectativas desde tiempos de Teodoro de Nicea. Después del recorte de tropas, los contemporáneos tardaron varios años en advertir la debilidad del Imperio. En ausencia de un número suficiente de soldados y marinos autóctonos, los mercenarios extranjeros y los genoveses aliados del Imperio demostraron ser más destructivos que los enemigos reconocidos. Esos mercenarios y aliados dejaron a Bizancio con menos de la mitad de sus anteriores territorios y recursos, y apenas más fuertes que Serbia, Bulgaria o el emirato otomano que había crecido a expensas del Imperio. Andrónico II consiguió salvar esa mitad porque a finales de su reinado advirtió el error y reconstruyó parcialmente la flota y el ejército.

OPORTUNIDADES PERDIDAS

Andrónico III, que contaba treinta y un años cuando asumió plenos poderes imperiales, era enérgico y encantador, aunque su mejor baza era el gran doméstico Juan Cantacuceno, un hombre responsable e inteligente cuyos consejos y ayuda habían sido vitales para ganar la guerra civil. Andrónico y Cantacuceno esperaban recuperar algunas de las recientes pérdidas del Imperio; también prepararon una ofensiva para rescatar los restos de la Anatolia bizantina que se hallaban en peligro. La campaña fracasó cuando el emperador recibió una leve herida y su ejército huyó de los turcos otomanos. No obstante, los bizantinos recuperaron la isla de Quíos de la ocupación genovesa y negociaron una alianza con dos

emires turcos, rivales de los otomanos. Cantacuceno entabló excelentes relaciones con el emir de Aydıń, cuya base se hallaba en Esmirna. Después el emperador y su gran doméstico abandonaron Anatolia y concentraron sus energías en Europa.

En el año 1333 falleció el gobernante separatista de Tesalia y Andrónico añadió rápidamente dicha provincia al Imperio. Durante los años siguientes, los ataques de serbios y genoveses y una rebelión albanesa mantuvieron ocupados al emperador y a Cantacuceno, quienes finalmente rechazaron a los invasores y sofocaron la rebelión. Cuando el separatista déspota de Epiro fue asesinado, los bizantinos intentaron anexionarse el despotado. La ocupación inicial tuvo que enfrentarse a un levantamiento apoyado por la heredera del Imperio Latino, pero Cantacuceno persuadió a los epirotas y éstos se rindieron en el año 1339. Con la conquista de Epiro, Bizancio se aseguraba Grecia hasta la frontera meridional con el ducado catalán de Atenas. Impresionados por el avance del Imperio, los señores latinos del Peloponeso ofrecieron abandonar su lealtad nominal al ilusorio Imperio Latino y aceptar a Andrónico III como señor feudal. Bizancio parecía a punto de afirmar su señorío sobre todo el territorio de Grecia cuando, súbitamente, Andrónico III falleció en el año 1341.

El gran doméstico Juan Cantacuceno había desempeñado un papel gubernamental más activo que el propio emperador, por lo que era el candidato más lógico a la regencia de Juan V Paleólogo, el hijo de Andrónico de nueve años. Gobernar el convaleciente Imperio requería todo el talento de Cantacuceno. Los señores latinos aún no habían ofrecido formalmente su sumisión; al enterarse de la muerte de Andrónico, los serbios y los búlgaros invadieron territorio bizantino y los piratas turcos asaltaron Tracia. También aumentaban las discusiones teológicas en torno a la ortodoxia del hesicasmo, un movimiento defendido por los monjes del monte Atos, según el cual era posible ver una luz que emanaba directamente de Dios mediante una técnica concreta de oración. Sin embargo, Andrónico había muerto sin dejar previsiones oficiales para la regencia y Cantacuceno seguía teniendo enemigos ambiciosos y poderosos.

Haciendo gala de su energía habitual, el gran doméstico convocó un concilio mientras se preparaba para partir contra los invasores. Con la aprobación de Cantacuceno, el concilio aceptó el hesicasmo y condenó a algunos intelectuales que lo consideraban herético. A continuación Cantacuceno llevó a cabo su expedición, expulsó a los turcos, persuadió

a serbios y turcos para que se retiraran y recibió la sumisión de los señores latinos. Tras regresar brevemente a Constantinopla, Cantacuceno partió de nuevo hacia el Peloponeso.

Cuando llegó a Didymotico, en Tracia, sus enemigos atacaron. La emperatriz madre Ana de Saboya, el patriarca de Constantinopla Juan Calecas y el gran duque Alejo Apocaukos se declararon regentes del pequeño Juan V y destituyeron a Cantacuceno como gran doméstico. En Constantinopla, una turba saqueó las viviendas y propiedades de Cantacuceno y sus amigos. Incapaz de tomar posesión de la Grecia latina, Cantacuceno se hizo proclamar emperador con el nombre de Juan VI y prometió gobernar conjuntamente con Juan V.

La consiguiente guerra civil levantó antiguos y nuevos resentimientos y dividió a la sociedad bizantina. Los regentes contaban con el emperador hereditario y la capital, mientras que Cantacuceno poseía el ejército. La mayoría de los magnates y generales respaldaron a Cantacuceno por considerarlo uno de los suyos, mientras que los monjes lo apoyaron por su defensa del hesicasmo. Los mercaderes, que sentían escaso aprecio por los magnates, se pusieron de parte de los regentes, pues éstos controlaban las ciudades y estaban en mejores relaciones con los latinos, con quienes hacían los negocios. En cuanto a la población bizantina, la mayoría de los trabajadores urbanos eran legitimistas, al igual que los mercaderes; muchos campesinos eran partidarios de Cantacuceno, al igual que sus patrones. También la mayor parte de los gobernadores militares del Imperio se mostraban favorables al gran doméstico, pero muchos de sus cuarteles generales se hallaban en ciudades dominadas por legitimistas que gustaban de saquear las propiedades de los partidarios de Cantacuceno.

Como consecuencia, el gobernador de Tesalónica, consciente de que en la ciudad había una mayoría legitimista, hizo una oferta secreta de rendición a Cantacuceno si éste llegaba con su ejército. Tras dejar en Didymotico una tropa a cargo de su esposa Irene, Juan se dirigió a Tesalónica; sin embargo, un grupo de legitimistas conocidos como los zelotes habían derrocado al gobernador. La causa de Cantacuceno parecía perdida; éste inició conversaciones con el rey Esteban Dushan de Serbia, que además de admirarle deseaba que la guerra civil bizantina se prolongase. Dushan cedió a Juan varias tropas serbias y él mismo invadió el Imperio; llegó a Tesalia cuando ésta se declaraba partidaria de Cantacuceno. Desde Tesalia, las tropas tomaron Epiro y a continuación Juan se ganó el apoyo de los búlgaros, quienes ayudaron a su esposa a con-

servar Didymotico. En el año 1343 Cantacuceno sitió a los zelotes en Tesalónica.

Esteban Dushan, que había conquistado todos los territorios al norte de las posesiones de Cantacuceno en Epiro y la región de Tesalónica, cambió de bando y atacó a su anterior aliado. Cantacuceno solicitó la colaboración de su antiguo amigo, el emir de Aydin, que le ayudó a abrirse camino hasta llegar a Didymotico, donde se hallaba Irene. Tras conseguir tropas adicionales mediante una alianza con el emir otomano, Juan inició una lenta conquista de casi toda Tracia, Adrianópolis incluida. Los regentes perdían gradualmente partidarios, sobre todo después de que su líder más enérgico, Alejandro Apocauco, fuese linchado por unos prisioneros partidarios de Juan a quienes estaba inspeccionando. La regencia no ganó nada con su cesión de Filipópolis a los búlgaros y perdió Quíos a manos de los genoveses. El mayor beneficiado fue Dushan de Serbia, que conquistó el interior de Tesalónica y aisló la ciudad de la Tracia bizantina y de Tesalia. En 1346 Dushan se coronó emperador de los serbios y de los romanos.

Un año después, cuando la emperatriz Ana depuso al patriarca Juan Calecas, el único regente que quedaba además de ella, Cantacuceno aprovechó la oportunidad para entrar en Constantinopla con sus hombres. Llegó a un acuerdo con la emperatriz Ana, según el cual Juan gobernaría durante diez años como asociado superior de Juan V y después como su igual; también se pactó el matrimonio entre Juan V, de catorce años de edad, y Helena, la hija de Cantacuceno. Todas las viviendas y propiedades saqueadas desde el inicio de la guerra civil fueron devueltas a sus dueños, aunque no se restituyeron otros bienes. Los únicos bizantinos que rechazaron el acuerdo fueron los zelotes de Tesalónica, a la sazón rodeados por tierra por las tropas serbias de Dushan.

Por tanto, tras seis años de ruinoso guerra civil, Juan VI Cantacuceno obtuvo finalmente el título de emperador cuando contaba poco más de cincuenta años. Muy cualificado para el trono en todos los aspectos, a excepción de sus derechos hereditarios, Juan podía afirmar con razón que sus enemigos habían forzado la guerra civil y que, por tanto, él era el más indicado para reparar los estragos. Exigió que Dushan devolviese las conquistas del territorio imperial obtenidas tras romper su alianza; el acuerdo dejaba a los serbios con las anteriores posesiones bizantinas en Albania, pero no con las tierras que unían la Tracia bizantina, Tesalónica y Tesalia entre sí. El emperador serbio demoró la respuesta: sabía que Cantacuceno era un adversario mucho más formidable que antes.

Entonces, apenas cuatro meses después del acceso al trono de Juan VI, la peste bubónica regresó a Bizancio tras una ausencia de casi seiscientos años. Más virulenta que nunca, la llamada Muerte Negra llegó a través de la ruta de la seda, desde China, transmitida por ratas embarcadas desde Crimea. Como era habitual, la peste se acusó más en los puertos y las zonas costeras, que eran casi todo lo que conservaba Bizancio, y afectó en menor medida a los territorios alejados del mar, que estaban en manos de los turcos, búlgaros y serbios. La mortalidad que causó entre los funcionarios urbanos y los contribuyentes también dañó en mayor medida al centralizado y opulento Bizancio que a sus rivales más primitivos.

Cuando la Muerte Negra acabó con el gobernador bizantino de Tesalia, Dushan invadió tanto Tesalia como Epiro. Para combatir a los serbios Juan VI solicitó ayuda de su aliado, el emir otomano; sin embargo, los soldados otomanos enviados se dedicaron a saquear la Tracia bizantina. El emperador expulsó a los otomanos y construyó una nueva flota, sólo para que los genoveses la incendiaran en los muelles de Constantinopla. Los serbios conquistaron Epiro y Tesalia; a continuación avanzaron hacia Tesalónica. Los zelotes decidieron que los serbios podían ser peores que Juan VI y lo recibieron en la ciudad, donde el emperador entró con su ejército y su reconstruida flota. Juan aseguró Tesalónica y rechazó temporalmente a los serbios, pero después de su partida éstos recuperaron los escasos territorios que el emperador había reconquistado.

Resignado a la momentánea fragmentación del Imperio, en el año 1350 Juan dividió la administración en partes. Ya había concedido a su primogénito Mateo autoridad sobre Tracia occidental y al más joven Manuel la responsabilidad del Peloponeso bizantino; ahora asignó Tesalónica a Juan V. El acuerdo funcionó entre los miembros de la familia Cantacuceno, que gozaban de confianza mutua, pero no así para el joven Juan V, que se alió con su vecino Esteban Dushan. Para evitar otra guerra civil, Ana, madre de Juan, navegó a Tesalónica y convenció a su hijo de que le confiase la ciudad y pasara a ocupar el territorio de Mateo Cantacuceno en Tracia occidental. Mateo se resignó a trasladarse a Tracia oriental.

Pocos meses después, Juan V atacó a Mateo y en 1352 empezó una nueva guerra civil. Los serbios, búlgaros y venecianos respaldaron a Juan V, Juan VI apoyó a su hijo con la ayuda de los turcos otomanos; obtuvieron una victoria en Tracia y Juan V tuvo que huir a Tesalónica con su madre. Juan VI depuso a Juan V por rebelde y proclamó emperador asociado a su hijo Mateo; cuando el patriarca se negó a coronar a

Mateo y huyó a Tesalónica con Juan V, Juan VI nombró un nuevo patriarca. Sus aliados otomanos permanecieron en Tracia.

En el año 1354 un terremoto dañó las murallas del puerto tracio de Calípolis (Gallípoli), lo que permitió su conquista por los aliados otomanos de Juan VI. El emperador no consiguió expulsarlos y muchos bizantinos advirtieron que los otomanos pretendían quedarse en Europa, lo que suponía una seria amenaza para lo que quedaba de Bizancio. La ocupación otomana de Calípolis fue el último de los numerosos reveses terribles y desacreditó también cualquier afirmación que Juan VI pudiera haber realizado acerca de la ayuda que había prestado al Imperio. Cuando Juan V desembarcó en secreto en Constantinopla, una multitud de partidarios le aclamó y se rebelaron contra Juan VI. Éste abdicó dos semanas después y entró en un monasterio con el nombre de monje Joasaf.

Dos guerras civiles, la Muerte Negra y el terremoto de Calípolis, aprovechados por los enemigos turcos, serbios y búlgaros mediante alianzas con un pretendiente bizantino u otro, habían reducido el Imperio a ruinas. No puede culparse a Juan Cantacuceno por haber resistido a sus enemigos, que eran mucho menos competentes que él, ni tampoco por el terremoto o la peste. Como ya había sucedido en la historia bizantina, los efectos de la peste fueron más graves de lo que reconocieron sus contemporáneos y malograrón la restauración imperial de Juan VI que, en otras circunstancias, tal vez habría sido posible. Cuando Juan V se convirtió en único emperador, a la edad de veintitrés años, la situación del Imperio era realmente lamentable.

Juan Cantacuceno era capaz, aunque impopular; en cambio, Juan V Paleólogo era popular, pero incapaz. Obsesionado con Mateo y Miguel Cantacuceno, solicitó ayuda al Papa para combatirlos, en lugar de combatir a los turcos otomanos. Cuando Esteban Dushan falleció en el año 1355 y su imperio empezó a desintegrarse, Juan V no aprovechó la debilidad serbia, lo que permitió que un heredero del despotado de Epiro restaurase un Estado separatista en Epiro y Tesalia. Sólo Mateo Cantacuceno atacó a los serbios, quienes lo capturaron y lo entregaron a Juan V. Juan tampoco reaccionó tras la muerte del emir otomano, que falleció a consecuencia de la peste en el año 1362, e incluso rechazó una generosa oferta de los venecianos para aliarse contra los turcos. El emperador prefirió atacar a los búlgaros; luego visitó Hungría y después se sorprendió al saber que el emperador búlgaro no le permitía regresar a través de Bulgaria.

Juan tuvo que permanecer en Hungría hasta que el sobrino de su madre, el conde Amadeo de Saboya, llegó con un pequeño ejército de cruzados para ayudarlo. En el año 1366 Amadeo reconquistó Calípolis de los turcos y logró que los búlgaros permitieran que Juan cruzara sus territorios. Sin embargo, el emperador no aprovechó la oportunidad para expulsar de Tracia a los turcos, quienes pronto se adueñaron de Adriánópolis. Juan, por el contrario, se dirigió a Roma para negociar sus deudas y unirse a la iglesia de Occidente, como un acto personal que no impresionó ni a los bizantinos ni a los occidentales. El emperador accedió a ceder la pequeña, aunque estratégica, isla de Tenedos a los venecianos para saldar sus deudas; sin embargo, al regresar a Constantinopla su hijo y regente temporal, Andrónico, rechazó entregar Tenedos. Los venecianos mantuvieron al insolvente emperador virtualmente prisionero hasta que su joven hijo Manuel pagó su liberación.

De regreso a Constantinopla, Juan siguió con pasividad la expansión turca en los Balcanes y su victoria ante los serbios. En el año 1372 consintió convertirse en vasallo del emir otomano Murad, que había tomado el título de sultán. Andrónico se rebeló contra la humillante sumisión de su padre, pero fue vencido, encarcelado y cegado de un ojo por insistencia del sultán. Sin embargo, en 1376 Andrónico escapó de prisión y obtuvo el apoyo de Murad a cambio de la promesa de rendirle Calípolis. Tomó Constantinopla con la ayuda de turcos y genoveses, proclamándose emperador con el nombre de Andrónico IV. El nuevo emperador encarceló a su padre Juan y a su hermano Manuel y entregó Calípolis al sultán.

Andrónico sólo reinó tres años, antes de que Juan y Manuel escapasen y buscaran la protección de Murad. En esta ocasión, a cambio de su ayuda le prometieron Filadelfia, la última posesión bizantina en Anatolia. Apoyados por el sultán y los venecianos, expulsaron a Andrónico de Constantinopla; finalmente llegaron a un acuerdo que le concedía el control de la cercana región de Selimbria. Manuel obtuvo la autoridad sobre Tesalónica, mientras que su hermano más joven, Teodoro, se adueñaba del Peloponeso bizantino tras la muerte de su anterior gobernante, Manuel Cantacuceno. Los otomanos se apropiaron de más territorios en Serbia y Bulgaria.

En Tesalónica, Manuel reclutó un pequeño ejército y persuadió a los insignificantes príncipes de Epiro y Tesalia para que se sometieran a Bizancio. Quince o veinte años antes, tal estrategia habría logrado el retroceso de los turcos, pero por aquel entonces el sultán comprendió los

planes de Manuel y lo cercó en Tesalónica. Manuel resistió hasta 1387, año en que huyó y los otomanos ocuparon la ciudad. Al cabo de dos años, Murad cayó en una batalla en que los turcos vencieron a los serbios, pero su hijo Bayaceto se hizo rápidamente con el poder.

En 1390 Bayaceto apoyó una conspiración a favor de Juan, nieto del emperador e hijo del recientemente fallecido Andrónico IV, que había sucedido a su padre en Selimbria. Juan se adueñó de gran parte de Constantinopla y se proclamó emperador con el nombre de Juan VII. Sin embargo, su abuelo Juan V conservó una fortaleza en el interior de la capital y, con la ayuda de su hijo Manuel, pronto expulsó al usurpador. El sultán devolvió Selimbria al joven Juan, pero retuvo a Manuel como rehén en su corte. Manuel tuvo que ayudar a los turcos en la conquista de Filadelfia, que teóricamente se hallaba sometida a Bizancio pero hasta entonces se había mantenido aislada e independiente.

Juan V falleció en 1391, cincuenta años después de su acceso al trono. Su reinado fue un período de desastres continuados que, si bien él no provocó, tampoco intentó evitar. Es evidente que los infortunios le superaron y pronto decidió que no era posible salvar el Imperio. Probablemente tal juicio era erróneo en el momento de su victoria en 1354, cuando el Imperio todavía conservaba algunas ciudades importantes y buenas zonas rurales, la presencia serbia en el norte de Grecia era débil y los turcos sólo poseían una base precaria en Europa. Sin embargo, a finales del reinado de Juan, Bizancio ya se encontraba en una situación desesperada: los otomanos tenían rodeado al Imperio y el poder de sus señores feudales era infinitamente superior. Éstos podrían haberse adueñado de Bizancio en caso de intentarlo; cuando lo llevaron a la práctica, era de esperar que lo conquistasen, a lo sumo, pocos años después.

EL FIN DE BIZANCIO

La historia de la supervivencia de Bizancio durante las seis décadas siguientes es extraordinaria, aunque patética. Por entonces lo que quedaba del Imperio se limitaba a Constantinopla, algunos puertos en Tracia y la mitad del Peloponeso. De tales posesiones, sólo Constantinopla, gracias a sus poderosas murallas, podía defenderse de un posible ataque turco. El sultán Bayaceto mantenía al sucesor favorito de Juan V, Manuel, en su corte de Prusa, pero éste consiguió huir para ser coronado en Constantinopla. Con cuarenta años, Manuel II tenía habilidad, expe-

riencia y diplomacia, aunque no se hacía ilusiones respecto a su posición. Solicitó humildemente el reconocimiento del sultán y accedió a ayudar-lo en una campaña contra otros turcos en Anatolia.

Bayaceto gozaba de un enorme poder, pero abusó de su autoridad. En el año 1393 se anexionó rápidamente Bulgaria, después de que el emperador, que era su vasallo, se rebelara. A continuación el sultán convocó individualmente a Manuel y a sus otros vasallos serbios y bizantinos en Serres, cerca de Tesalónica; al llegar, todos descubrieron que se hallaban reunidos e indefensos. Tras intimidarlos, Bayaceto los dejó marchar sin hacerles ningún daño, aunque retuvo a Teodoro, hermano de Manuel. Conscientes de que habían escapado milagrosamente de una muerte segura, los vasallos bizantinos perdieron toda esperanza. Teodoro escapó a sus dominios del Peloponeso y Manuel no obedeció la siguiente demanda del sultán: optó por arriesgarse a mantener Constantinopla, a la espera de alguna forma de ayuda, antes que confiar en Bayaceto.

El sultán sitió la ciudad en el año 1394. El emperador se había preparado lo mejor posible y esperaba recibir abastecimientos por mar de los venecianos. El rey Segismundo de Hungría, preocupado porque los turcos habían alcanzado sus fronteras, veía con doble alarma el cerco de Constantinopla; muchos otros occidentales también se percataron del peligro. En 1396 Segismundo dirigió una considerable cruzada formada por franceses, germanos, polacos y otras nacionalidades y avanzó a través de Bulgaria, ocupada por los turcos, a Nicópolis, en el Danubio. Bayaceto tuvo que abandonar Constantinopla para dirigirse a Nicópolis, donde su ejército derrotó a los cruzados. Segismundo fue uno de los pocos afortunados que logró escapar, Danubio abajo y por los estrechos, en una nave veneciana.

A pesar del fracaso, la cruzada de Nicópolis permitió ganar algo de tiempo a Constantinopla, que siguió resistiendo con el apoyo de venecianos y genoveses. En 1399 el rey de Francia Carlos VI envió un pequeño ejército de auxilio bajo el mando del mariscal Boucicault. El mariscal convenció a Manuel para que le acompañara a Francia en busca de más refuerzos, mientras un sobrino de Manuel, el anterior emperador Juan VII, quedaba como regente en Constantinopla. El emperador decidió intentarlo, aunque albergaba escasas esperanzas de que su petición fuese atendida y no confiaba excesivamente en su sobrino, por lo que dejó a su esposa y a sus hijos en el Peloponeso.

Un año después Manuel desembarcaba en Venecia, cruzaba por tierra el norte de Italia y el sur de Francia y llegaba a la corte del rey Carlos

en París. El emperador bizantino fue cálidamente acogido en todas partes: la Francia y la Italia renacentistas ya eran entusiastas de la cultura griega y el digno emperador produjo una excelente impresión. Pasó las Navidades en Inglaterra, con Enrique IV, antes de regresar a París. Los reyes de Francia e Inglaterra, el papa Bonifacio IX y varios nobles occidentales prometieron hacer cuanto pudieran, pero no proporcionaron ninguna ayuda en concreto. Reacio a volver con las manos vacías, Manuel permaneció en Francia mientras su sobrino Juan resistía precariamente en Constantinopla.

En el año 1402 Timur el Cojo, cuyo ejército mongol había conquistado Turquestán, el norte de India, Irán e Irak, atacó el sultanato otomano. En una batalla en las proximidades de Ancira, Timur derrotó y capturó al sultán Bayaceto. Mientras Timur restablecía los pequeños emiratos turcos de Anatolia que los otomanos habían absorbido, los hijos de Bayaceto empezaron a luchar por lo que quedaba del sultanato. El primogénito, Sulaymán, a quien correspondió la parte europea, quiso evitar cualquier clase de problemas con los bizantinos o los latinos hasta haber afianzado su poder.

Por consiguiente, tras abandonar la pretensión de soberanía sobre Bizancio, Sulaymán cedió a Juan VII toda la costa de Tracia, desde los puertos búlgaros del mar Negro hasta casi alcanzar Calípolis, además de conceder otro enclave costero en los alrededores de Tesalónica, que Juan gobernaría cuando Manuel regresara de Occidente. Manuel llegó en el año 1404 y aceptó los magníficos términos propuestos por Sulaymán. Mediante dicho tratado, además de otras concesiones a los venecianos, genoveses y serbios, Sulaymán se anticipó a una posible alianza cristiana que habría expulsado a los otomanos de Europa. Dicha alianza no se produjo durante los diez años siguientes de guerra civil otomana. Mientras tanto, el control de Manuel sobre las tres partes del Imperio se hizo más firme cuando su hermano Teodoro murió en el Peloponeso y Juan VII falleció en Tesalónica. El vencedor de las guerras civiles otomanas, Mohamed, confirmó las posesiones del emperador, aunque Bizancio continuó siendo mucho más débil que el recién agrupado sultanato otomano.

Cuando Mohamed falleció en el año 1421, el hijo de Manuel, Juan, convenció a su padre para que apoyase a Mustafa, uno de los candidatos al trono otomano. A cambio, Mustafa prometió ceder Calípolis a los bizantinos, lo que suponía la separación de los territorios otomanos en dos zonas, la balcánica y la anatolia. Sin embargo, el sultán legítimo, Murad II, venció a Mustafa con facilidad y sitió Constantinopla y Tesa-

lónica como represalia. Constantinopla resistió, pero los bizantinos sólo pospusieron la pérdida de Tesalónica cediéndola a los venecianos. En el año 1424 Manuel, ya enfermo, cedió a Murad casi todos los puertos que conservaba en Tracia a cambio de la paz.

Manuel murió el año siguiente. Le sucedió su hijo de treinta y dos años Juan VIII que, como su padre, era un gobernante competente sin apenas territorios que gobernar. Juan confió el Peloponeso bizantino a tres de sus hermanos; éstos, mediante una combinación de guerras y alianzas matrimoniales, añadieron a sus dominios gran parte del Peloponeso latino. Resistir a los otomanos, que ya habían conquistado Tesalónica, Serbia, Albania y el norte de Grecia, estaba fuera del alcance de los bizantinos, pero Juan urdió una estrategia que ofrecía ciertas posibilidades de éxito: la unión eclesiástica con Occidente mediante un concilio ecuménico, seguida de una cruzada occidental contra los turcos.

El emperador preparó meticulosamente su plan. Tras arduas negociaciones, en el año 1437 el papa Eugenio IV dispuso pasajes con destino a Italia para setecientos delegados orientales, entre ellos el emperador, el patriarca de Constantinopla y representantes de las principales Iglesias orientales, como las de Egipto, Siria, Georgia y Rusia. Durante los dos años siguientes, la delegación oriental discutió todos los asuntos relevantes con el Papa y los obispos occidentales, primero en Ferrara y después en Florencia. El principio básico adoptado fue la tolerancia mutua de todas las prácticas y doctrinas existentes: los occidentales aceptarían el hesicasmo y los orientales el derecho papal a convocar concilios ecuménicos. La aceptación final de las decisiones del concilio fue casi unánime, incluida la aprobación del moribundo patriarca de Constantinopla. En 1440, mientras el emperador y sus delegados regresaban a Oriente, el Papa inició los preparativos para una cruzada de grandes dimensiones.

La unión de Florencia provocó una resistencia generalizada y apasionada en Oriente, aunque el emperador la llevó a la práctica con discreción y nombró un patriarca unionista sin proclamar oficialmente la unión. A pesar del obstáculo que suponía la grave guerra civil que azotaba Hungría, el Papa hizo todo lo posible por acelerar la cruzada. Con el apoyo de las principales potencias europeas, el ejército cruzado se reunió en Hungría, mientras la flota se preparaba en Venecia. Los serbios, búlgaros y albaneses se rebelaron contra los turcos; los bizantinos, por su parte, avanzaron hacia el norte desde el Peloponeso bajo el mando de Constantino, hermano de Juan, en el año 1444. El sultán Murad

ofreció una tregua que reconocía la independencia serbia. En un principio los cruzados aceptaron, pero fueron liberados de su juramento por un legado papal. Mientras unos veinte mil cruzados avanzaban a través de Bulgaria en dirección a Varna, en el mar Negro, la flota ocupó el estrecho para impedir que Murad trasladase su ejército desde Anatolia. Sin embargo, el sultán esquivó a la flota, cayó sobre el ejército cruzado de Varna con unos efectivos muy superiores y lo destruyó.

Es poco probable que la cruzada de Varna hubiese logrado, en mejores circunstancias, expulsar a los turcos de Europa; sin embargo, suponía una amenaza para el poder otomano, de la que el sultán se percató. El fracaso de la cruzada reafirmó el ya afianzado dominio otomano en los Balcanes. Los turcos pronto hicieron que Constantino, el hermano del emperador, retrocediera al Peloponeso y los bizantinos volvieron a su condición de vasallos. Una cruzada improvisada por húngaros y albaneses en el año 1448 no obtuvo ningún resultado. El mismo año falleció Juan VIII, tras un reinado que podría calificarse de honorable fracaso. Puesto que no tenía hijos, le sucedió en el trono su emprendedor hermano de cuarenta y tres años, Constantino XI.

El emperador Constantino y sus dos hermanos más jóvenes, que actuaban como gobernantes subordinados en el Peloponeso, rindieron homenaje al sultán Murad. Desafortunadamente para Bizancio, Murad falleció en 1451 y al cabo de un año su hijo y heredero, Mohamed II, inició los preparativos para tomar Constantinopla. Aunque desalentados por el fracaso de la cruzada de Varna, algunos occidentales, especialmente venecianos y genoveses, respondieron a la petición de ayuda de Constantino y enviaron tropas. El sultán puso sitio a Constantinopla en el año 1453 y ofreció perdonar la vida sólo a los que se rindiesen. Las murallas de la ciudad seguían siendo muy resistentes, pero Mohamed había mejorado la eficacia de sus cañones contra las fortificaciones.

Tras dos meses de bombardeos, los otomanos abrieron una brecha en las murallas y penetraron en la ciudad. La guarnición bizantina luchó hasta perder su último hombre y el mismo emperador Constantino cayó en la batalla. Cuando todo estuvo perdido, muchos de los italianos huyeron en sus embarcaciones. El sultán saqueó la ciudad a conciencia y ejecutó a todos los funcionarios bizantinos; después reconstruyó y repobló la ciudad para convertirla en su capital. Nombró a un nuevo patriarca de Constantinopla y durante algún tiempo permitió que los hermanos de Constantino siguieran gobernando el Peloponeso como sus vasallos. Cansado de tal acuerdo, en el año 1460 sencillamente se anexionó sus terri-

torios. Un año después el sultán se adueñaba del Imperio de Trebisonda, el último vestigio de Bizancio.

UNA SOCIEDAD A LA DEFENSIVA

Entre los años 1204 y 1461, la historia bizantina siguió un curso extraordinario. El Imperio Bizantino, aparentemente destruido en 1204, dio lugar a los tres Estados sucesores de Nicea, Trebisonda y Epiro, que pronto se declararon herederos de Bizancio. En 1261 uno de ellos, el Imperio de Nicea, se afirmó en tal declaración al recuperar Constantinopla y más de la mitad del territorio que el Imperio poseía en el año 1204. Este Imperio restaurado resistió unos cuarenta años más, hasta que los turcos otomanos y los mercenarios catalanes contratados por el mismo Imperio redujeron su tamaño hasta la mitad, lo que supuso la pérdida de la base anatolia de la que había partido Bizancio en sus inicios. El Imperio resistió el declive durante treinta años más, hasta que una ruinosa guerra civil, coronada por una peste devastadora, lo redujo a añicos. Después de la peste, un gobernante capacitado quizá habría podido salvar al Imperio, pero éste surgió demasiado tarde. Incluso entonces, Bizancio prolongó su precaria existencia durante otros sesenta años.

Este extraño relato se vuelve más inteligible si se considera que los pequeños e inestables Estados sucesores bizantinos representaban a una sociedad mucho más global y estable, remanente de los primeros tiempos del Imperio. En el sentido más amplio, tal sociedad incluía a todos los miembros de la Iglesia de Oriente. Sin embargo, los serbios, búlgaros, rusos y georgianos, los súbditos de los nuevos principados rumanos de Valaquia y Moldavia, así como los cristianos de los patriarcados orientales que se hallaban bajo dominio musulmán, tenían sus propias lenguas y jerarquías eclesiásticas; asimismo, los búlgaros sólo se habían incorporado recientemente al Imperio. La verdadera sociedad bizantina sobrevivía en el sur de los Balcanes, las islas del Egeo y Anatolia septentrional y occidental, aproximadamente el territorio del Imperio hacia 1190, posterior a la revuelta búlgara.

En las regiones donde la sociedad seguía siendo bizantina el griego era la lengua mayoritaria, aunque no exclusiva; además, según los estándares de la época, estaban desarrolladas urbanística y económicamente. La mayoría de sus habitantes, sobre todo los ciudadanos importantes,

según considerándose bizantinos, se resentían del gobierno latino y estaban dispuestos a unirse a cualquier potentado de lengua griega que pareciese capaz de restaurar algo similar a Bizancio. De estos supuestos bizantinos procedieron los partidarios de los tres Estados sucesores griegos que se forjaron después de 1204. La misma vinculación a la idea de Bizancio inspiró a los súbditos búlgaros, latinos y epirotas que apoyaron primero a Juan Vatatzes después de 1230 y a Miguel VIII después de 1261, así como a los habitantes de Epiro y Tesalia que favorecieron al Imperio Bizantino cuando su propia dinastía se extinguió en el año 1318. Los Estados sucesores de Bizancio consideraban los Balcanes y el nordeste del altiplano anatolio como los límites naturales de la sociedad bizantina, y a dicho territorio limitaron sus ambiciones.

El Imperio de Trebisonda fue el menos agresivo de los Estados sucesores y el que se prolongó durante más tiempo. Sus comunicaciones terrestres con los otros Estados eran débiles, incluso antes de que los selyúcidas las cortaran en el año 1214. A partir de entonces los emperadores de Trebisonda, que se hacían llamar los Grandes Comeno, sólo conservaron la costa del sudeste del mar Negro y una parte de Crimea, y con eso se contentaron. Tenían excelentes puertos en las principales rutas comerciales, una franja de tierras fértiles y las defensas naturales de los elevados Alpes pónicos a un lado y el mar en el otro. Para evitar la guerra, los Grandes Comeno aceptaron sucesivamente la soberanía de los selyúcidas, los mongoles, los bizantinos y los otomanos, con frecuencia en más de una ocasión. Sin embargo, entre los años 1340 y 1349 el Imperio de Trebisonda sufrió una guerra civil similar a la del principal Imperio Bizantino, entre emperadores rivales y sus correspondientes facciones. Estos incidentes, sumados a la llegada de la Muerte Negra en el año 1347, provocaron que la parte occidental del Imperio cayese en manos de los turcos y, probablemente, que genoveses y mongoles se adueñaran de Crimea. Aunque el diminuto Imperio se recuperó mejor que Bizancio, siempre fue débil y, en caso de desearlo, los turcos lo habrían conquistado mucho antes de 1461.

Al igual que Trebisonda, el despotado de Epiro, que durante un breve período se denominó Imperio de Tesalónica, gozaba de una base bien defendida por las montañas y el mar, aunque se encontraba alejado de Constantinopla. Su capital, Arta, era una ciudad pequeña; Tesalónica era mucho mayor, pero su Imperio no llegó a prosperar. El importante papel desempeñado por Epiro se debió principalmente a sus gobernantes Miguel I, Teodoro y Miguel II Ducas, cuyas habilidades casi iguala-

ban sus ambiciones. Atacaron o se aliaron con sus vecinos con una agilidad vertiginosa, obtuvieron ganancias importantes y finalmente perdieron la mayor parte de ellas. Solicitaron con frecuencia la ayuda de los latinos y se mostraron especialmente traicioneros con los bizantinos de Nicea, y después con el Imperio Bizantino restaurado. Sin embargo, los miembros de la familia Ducas conservaron Epiro, así como su inicial conquista de Tesalia; también mantuvieron la lealtad de sus habitantes a lo largo de toda la dinastía.

El Imperio de Nicea fue el más brillante de los tres aspirantes bizantinos. Contaba con la ventaja de tener el territorio más próspero y mejor situado estratégicamente: el noroeste de Anatolia, al otro lado del estrecho de Constantinopla. También se vio favorecido por la sagacidad de sus gobernantes, desde Teodoro I Láscaris hasta Miguel VIII Paleólogo, quienes llevaron a cabo importantes iniciativas por cuenta propia. Entre éstas cabe citar la metódica organización estatal y la creación de un patriarcado en el exilio llevadas a cabo por Teodoro I, la acuñación del hyperpyron y la expansión europea de Juan Vatatzes o la adquisición de parte del Peloponeso y las incansables ofensivas militares y diplomáticas de Miguel VIII. Después de 1261 la posesión de Constantinopla, por mucho que la hubieran dañado los latinos, proporcionó al Imperio restaurado una capital defendible, con buenas rentas públicas y de incomparable prestigio. Cuando Miguel VIII estableció su soberanía sobre Epiro, Tesalia y Trebisonda, la proporción de mundo bizantino que escapaba a su autoridad era escasa: algunas islas griegas y cerca de un cuarto del territorio helénico, que se hallaba en manos de los latinos.

Anatolia occidental proporcionó al Imperio de Nicea los recursos necesarios para su expansión y su contribución a los ingresos estatales de Miguel VIII ascendía a casi la mitad. Miguel y su hijo Andrónico defendieron Anatolia encarnizadamente, aunque los esfuerzos de Andrónico culminaron en un estrepitoso fracaso; parece que los bizantinos sólo la dieron por perdida tras la derrota de Andrónico III en el año 1329. Posiblemente habrían podido conservarla con una defensa competente, como sucedía desde hacía dos siglos a pesar de la ausencia de buenas fronteras naturales. No obstante, el método de conquista utilizado por los turcos otomanos —la ocupación de las zonas rurales para dejar sin alimento a las ciudades— dificultó en gran medida su recuperación. Puesto que muchos turcos se instalaron allí y muchos bizantinos huyeron de Anatolia a Europa, el territorio pasó a ser principalmente turco y musulmán. La población cristiana que permaneció en Anatolia

perdió toda esperanza de una reconquista bizantina y fueron muchos, sobre todo en las aldeas, los que se convirtieron al islam.

Con la pérdida de Anatolia, la evidente frontera oriental para Bizancio era el estrecho. Andrónico II y Juan Cantacuceno deseaban, y casi lo consiguieron, un imperio que abarcase todo el territorio europeo que se hallaba al sur de los Balcanes. Desde 1261 los bizantinos habían poseído la mejor parte de la región: las tierras cultivables de Tracia, Macedonia y el Peloponeso. La conquista de Epiro y Tesalia añadió más tierras fértiles y redujo la frontera meridional; la proyectada sumisión de los latinos del Peloponeso habría añadido más puertos y tierras de cultivo, completando así el control bizantino en Grecia.

La toma de Calípolis por los otomanos en el año 1354 frustró la posibilidad de conseguir un Bizancio seguro en Grecia y Tracia. Al principio los turcos parecían más interesados en realizar incursiones que en la conquista, pero al saquear las ciudades descubrieron que también podían conservarlas. Puesto que el número de pobladores turcos era reducido y la población cristiana ya no contaba con ningún lugar seguro al que huir, las tierras conquistadas por los otomanos siguieron siendo mayoritariamente cristianas y griecohablantes. Después de 1453, los Balcanes continuaron siendo de mayoría cristiana a excepción de Constantinopla, que el sultán repobló con numerosos turcos.

Miguel VIII consiguió una valiosa y duradera adición al Imperio cuando se adueñó del sudeste del Peloponeso a cambio del rescate de Guillermo de Villehardouin. La provincia bizantina ocupaba sólo un cuarto de la península, pero era una zona inmejorable: el fértil valle desde donde Esparta se había convertido en líder de la Grecia clásica. La capital local, Mistra, se hallaba cerca de Esparta, aunque en una colina más defendible. Desde allí los bizantinos, sin prisa ni sin pausa, recuperaron el resto del Peloponeso, hasta lograr que la provincia rivalizase en importancia con la aislada Constantinopla. El Imperio también era una potencia marítima en el Egeo desde tiempos de Juan Vatzes de Nicea, que conquistó las grandes islas próximas a Anatolia y apoyó a los persistentes rebeldes griegos en la Creta veneciana. Durante el reinado de Miguel VIII, el mercenario veneciano Licario conquistó para Bizancio la mayor parte de Eubea y otras islas del Egeo; aunque Andrónico perdió muchas de ellas, el Imperio mantuvo hasta el final varias de las islas septentrionales.

A pesar de las numerosas revueltas regionales que se produjeron en el Imperio poco antes de 1204 y del carácter débil y pendenciero de los

Estados sucesores bizantinos, después de la cuarta cruzada el regionalismo bizantino perdió gran parte de su atractivo. Nicea, Epiro y Trebisonda eran Estados más dinásticos que regionales, como demuestra el hundimiento de Epiro tras la extinción de la familia Ducas. En Nicea, el único Estado sucesor que cambió de dinastía, la destitución de Juan IV Láscaris llevada a cabo por Miguel Paleólogo suscitó una oposición que se prolongaría durante medio siglo, hasta el fin del cisma arsenita. La poco afortunada dinastía de los Paleólogos fue la más perdurable, si no se tiene en cuenta a los Grandes Comnenos de Trebisonda. La devoción popular hacia los Paleólogos impidió que el dotado Juan VI Cantacuceno pudiera desarrollar un gobierno eficaz. Aunque los miembros de las distintas dinastías se enfrentaron repetidas veces, no lograron quebrantar la lealtad dinástica de sus súbditos; después de la cuarta cruzada, parece que la prioridad de los bizantinos fue apoyar a sus líderes hereditarios contra los enemigos extranjeros.

La división entre magnates y mercaderes persistió e incluso se recrudeció durante la contienda civil acaecida entre los partidarios de Cantacuceno y los legitimistas. Los magnates, en su mayoría seguidores de Cantacuceno, continuaban al frente del ejército y siempre habían sido más ricos que los mercaderes o los burócratas, pero se encontraron en desventaja y finalmente perdieron la guerra. Esperaban sacar partido del sentimiento antilantino, ya que mostraban una hostilidad más manifiesta hacia éstos que los legitimistas y Ana de Saboya, madre de Juan V, era italiana. Los partidarios de Cantacuceno eran más favorables a los turcos, que se habían convertido en una amenaza mucho mayor que los latinos. La mejor baza de los legitimistas era su emperador hereditario; en cambio, las muestras de vasallaje de Cantacuceno hacia Juan V nunca habían sido demasiado convincentes, ni siquiera antes de abandonarlas.

En la disputa paralela de Trebisonda, el bando formado por una mayoría de magnates también perdió ante la facción de los burócratas y mercaderes, que apoyaba a emperadores considerados más legítimos. La principal característica de estas confrontaciones civiles fue, por tanto, el triunfo de la legitimidad; con el crecimiento urbano y comercial, parece que los mercaderes se hicieron más ricos y poderosos, mientras que las pérdidas territoriales afectaron desfavorablemente a las propiedades de los magnates. Un indicio de esta inclinación en la balanza es que a finales del siglo XIV algunos magnates empezaron a invertir en el comercio.

Después de que la cuarta cruzada acabase con el antiguo gobierno central bizantino, algunos burócratas se abrieron camino en Nicea, Trebisonda y quizás Arta, pero esas administraciones fueron mucho menores y débiles que la que había existido en Constantinopla. Los principales burócratas de los Estados sucesores eran también cortesanos y servían más a los emperadores que al Estado. El Imperio de Nicea, y posteriormente el Imperio de Bizancio restaurado, otorgaron antiguos títulos honoríficos bizantinos como césar o déspota, este último a los gobernantes de Epiro cuando supuestamente se sometieron a la autoridad imperial. En los Imperios de Nicea y del restaurado Bizancio la burocracia estaba dirigida por un mesazon y un gran logoteta; un gran doméstico se hallaba a cargo del ejército y un gran duque gobernaba la flota. Los temas eran una división obsoleta y las provincias se confiaban a gobernadores regionales, militares y civiles, que residían en las principales ciudades. Juan VI inició la práctica de dividir el Imperio en dominios independientes para miembros de la familia imperial, lo que se ajustaba a un Imperio que, por aquel entonces, estaba formado por enclaves separados.

Aunque el ejército de Miguel VIII contaría con al menos diez mil soldados regulares en su mejor momento, los efectivos del anterior Imperio de Nicea y del posterior Imperio Bizantino fueron posiblemente mucho menores, a excepción del breve interludio de la Gran Compañía Catalana contratada por Andrónico II. Antes de las reducciones llevadas a cabo por Andrónico, la flota y el ejército defendieron dignamente las remotas fronteras del Imperio contra sus numerosos enemigos, a pesar de verse obligados a luchar en diversos frentes y estar mal pagados. Posteriormente los reducidos ejército y flota se mostraron incapaces de conservar Anatolia o las islas y tampoco lograron controlar a los catalanes ni a otros mercenarios extranjeros.

En el año 1320 Andrónico había aumentado el ejército y la flota a unos cuatro mil soldados y tres mil remeros; con ellos era posible conservar la zona balcánica del Imperio, pero no lo que quedaba de Anatolia. Puesto que la manutención de los soldados no era particularmente costosa, Andrónico tendría que haber aumentado los efectivos para así conservar más territorios, pero nunca comprendió que su política de recortes militares suponía una mayor pérdida de ingresos fiscales respecto a lo que ahorra en gastos. Parece que el ejército de Andrónico III fue algo superior al de su abuelo; después de su reinado, la principal causa de los desastres militares del Imperio no fue la escasa inversión en el ejército, sino las guerras civiles.

Cuando Andrónico II accedió al trono, las exenciones fiscales y las concesiones de pronoías habían reducido considerablemente los ingresos estatales. En comparación con el siglo XI, el gobierno recaudaba un promedio de la mitad de impuestos per cápita. Parte del déficit se debía a las concesiones de pronoías, que mantenían a unos 500 miembros de la caballería pesada; estos efectivos cumplían servicios de cierto valor a cambio de los impuestos que recaudaban. No obstante, la disminución de los ingresos fiscales durante estos tres siglos se debió principalmente a la corrupción o a las inmunidades concedidas a lo largo de los años a cortesanos, parientes del emperador y a la Iglesia.

Esa disminución no debe interpretarse como una reducción generalizada de la prosperidad. Hasta la llegada de la Muerte Negra, la economía bizantina parecía funcionar correctamente, a juzgar por los inmensos recursos que los mercaderes y los magnates derrochaban en las guerras civiles y los amplios beneficios que los venecianos y genoveses obtenían en Bizancio. Las cifras de los movimientos mercantiles en Constantinopla muestran un incremento significativo del comercio entre los siglos XII y XIV. El desarrollo del Imperio de Nicea, la Serbia de Esteban Dushan y de los otomanos muestra que del territorio bizantino todavía podían surgir Estados poderosos. El declive de Bizancio no fue consecuencia de la pobreza de sus súbditos.

El crecimiento global de la población iniciado en el siglo VIII se prolongó hasta la llegada de la Muerte Negra, según indican mediciones realizadas en varias zonas de Europa y del área mediterránea. Nada sugiere que las guerras en territorio bizantino supusieran algo más que trastornos de carácter temporal y local. Con el incremento de la densidad demográfica, aumentó el cultivo de tierras y las parcelas de los campesinos disminuyeron de tamaño. Los amplios recursos de los magnates les permitieron seguir comprando tierras al campesinado y también aumentar la renta de sus arrendatarios, pues la demanda de tierra superaba a la de trabajo. Sin embargo, no se produjo ningún malestar económico. Incluso cuando las incursiones de los catalanes desataron una crisis de subsistencia en la Tracia bizantina, Bulgaria pudo suministrar excedentes de grano para paliar el déficit.

Los bizantinos, al igual que los venecianos y los genoveses, se beneficiaron de la expansión comercial que se produjo en el mar Negro. Grano, pieles y esclavos del Estado mongol de la Horda de Oro se sumaron a los artículos chinos que llegaban desde la ruta de la seda. Gran parte de este flujo comercial transitaba por los puertos de Crimea o Tre-

bisonda y casi todo pasaba por Constantinopla. Aunque la capital no consiguió recuperar las dimensiones que poseía en 1203, las economías menos centralizadas de los distintos Estados surgidos a raíz de la cuarta cruzada favorecieron el crecimiento de otras ciudades, como Tesalónica, Adrianópolis, Mistra, Trebisonda y Arta. No obstante, el volumen comercial que pasaba por los territorios de Bizancio y Trebisonda demuestra que la Muerte Negra infligió un daño desproporcionado en ambas zonas. En general, las otras potencias se recuperaron con rapidez de los efectos de la peste y retomaron su dinámica de crecimiento; los otomanos, que habían sufrido mucho menos sus consecuencias, se recuperaron mejor y con sus conquistas dificultaron la recuperación de Bizancio.

Aunque durante este período las derrotas bizantinas fueron en gran medida consecuencia de errores cometidos por los propios bizantinos, muchos culparon a los extranjeros, y no sin motivo. No sólo la cuarta cruzada en sí, sino también la desprocurada destrucción llevada a cabo por los victoriosos cruzados, fueron difíciles de disculpar y casi imposibles de entender por los bizantinos. Los venecianos, genoveses, serbios, búlgaros y turcos explotaron repetidamente la debilidad bizantina durante los siglos XIII y XIV; también rompieron sus pactos con el Imperio con mucha mayor frecuencia que en sentido inverso. Aunque dicha explotación fuese meramente política, lo que era habitual, es lógico que los bizantinos se resintieran de ella. Algunos Estados de Europa occidental intentaron ayudar al Imperio mediante cruzadas, pero éstas, a diferencia de la cuarta cruzada que había derrotado a los bizantinos, fracasaron. Si se consideran tales circunstancias, es comprensible que los bizantinos sintieran que sólo podían confiar en sus compatriotas.

UN RENACIMIENTO PERDIDO

La sociedad y la cultura bizantinas, que después de 1204 cubrieron el área anterior del Imperio, sobrevivieron en aproximadamente el mismo territorio después de 1453. La lengua griega, al igual que muchas actitudes y costumbres bizantinas, siguieron conservándose en los antiguos territorios bizantinos. El griego continuó siendo la lengua predominante en Grecia, Tracia, las islas de Egeo, Chipre y el litoral anatolito, aunque algo modificado por la inclusión de palabras turcas o italianas y, en cierto modo, mermado por la progresiva influencia turca en Anatolia

central. La Iglesia bizantina, que conservaba más tradiciones imperiales que la lengua, sobrevivió con menos alteraciones y mermas. A pesar de los reveses producidos entre los siglos XIII y XV, el patriarcado de Constantinopla siguió manteniendo su liderazgo en la Iglesia de lengua griega y la sumisión de la mayoría de cristianos rusos, búlgaros, serbios, rumanos y georgianos.

Aunque uno de los principales propósitos de la cuarta cruzada era unir Bizancio con la Iglesia occidental, en tal aspecto los cruzados fracasaron en mayor medida que en el mantenimiento de su Imperio Latino. A diferencia de las conquistas turcas, que extendieron permanentemente el islam a expensas del cristianismo oriental, la ocupación latina sólo logró que algunos cristianos orientales se unieran de forma duradera a Roma. El patriarcado de Nicea, creado en el exilio por un Estado sucesor de dudosa legitimidad, venció sin dificultades la competencia del patriarcado latino, que estaba en posesión de Santa Sofía, en Constantinopla. Dentro del Imperio Latino y sus zonas dependientes, la jerarquía latina sólo obtuvo a regañadientes la aceptación del clero y los laicos autóctonos. Los gobernantes y la población de Epiro, Trebisonda, Bulgaria y Serbia, incluso cuando estaban en guerra con Nicea o el Imperio Bizantino restaurado, reconocieron, por lo general, el patriarcado de Constantinopla restablecido en Nicea.

Sin embargo, la mayoría retiró dicho reconocimiento cuando el patriarcado aprobó la unión eclesiástica con Occidente. El odio hacia los latinos se pronunció decisivamente en contra de la unión de Lyon de 1274, pero las circunstancias también estaban en su contra. Los latinos no hicieron nada para promoverlo, excepto detener los preparativos de una cruzada antibizantina. Miguel VIII, que ya había provocado el cisma arsenita por haber cegado a su predecesor, sufría una lacra moral que transmitió a todo patriarca que eligió y a cualquier causa que abandonó. Antes de aceptar la unión, el emperador no consultó a ningún personaje de importancia, ni siquiera a su propio patriarca José, cuya oposición causó el cisma josefita. El nivel de aceptación en Bizancio y las posibilidades de éxito de la unión habrían sido mayores si se hubiera conservado el apoyo del papado y obtenido el de Andrónico II, que contaba con menos enemigos que su padre. La condena de la unión de Lyon, entre frenéticas denuncias de los unionistas, complicó en mayor medida la unidad eclesiástica.

Con el fin de los cismas arsenita y josefita, la Iglesia bizantina recuperó al menos su unidad interna y parecía preparada para coexistir de

forma pacífica con la Iglesia de Occidente, hasta que surgió el problema del hesicasmo. Aunque las prácticas hesicastas no suponían ninguna desviación notable de las primeras formas de misticismo, las extravagantes reclamaciones de sus partidarios enfurecieron a algunos bizantinos cultos y favorables a los occidentales. La identificación con los partidarios de Cantacuceno en la guerra civil hizo aún más problemáticas las doctrinas hesicastas. Sin embargo, tras el compromiso por agotamiento que dio por terminada la guerra, obtuvieron la aprobación oficial a pesar de la derrota de Cantacuceno. Entonces los bizantinos ya estaban tan cansados de la controversia que Juan V pudo someterse a la Iglesia occidental sin sufrir las objeciones del patriarca Filoteo, un ferviente hesicasta y anterior partidario de Cantacuceno sin ningún interés en la unidad.

Aunque la tolerancia mutua entre las Iglesias oriental y occidental aumentó durante los años siguientes, el fracaso de la elaborada unión de Florencia no es sorprendente. Sus probabilidades de éxito, fueran cuales fueran, dependían del triunfo de la cruzada de Varna. Si la cruzada hubiese logrado que Serbia, Bulgaria y Bizancio recuperaran su independencia y viabilidad como Estados con una ayuda continuada por parte de los occidentales, es muy probable que el sentimiento unionista se hubiese extendido en Oriente y, con el tiempo, el cisma habría desaparecido. Sin embargo, el fracaso de la cruzada hizo prácticamente inevitable una completa conquista otomana de los Balcanes; para éstos, cualquier colaboración entre sus súbditos cristianos y los cristianos occidentales sólo podía interpretarse como un acto de deslealtad. La unión era incompatible con la unidad interna y la adaptación a los turcos que necesitaba la Iglesia bizantina, si ésta pretendía sobrevivir como institución sometida al régimen otomano.

Los turcos fomentaron la conversión al islam en Anatolia y sus confiscaciones de las propiedades de la Iglesia debilitaron en gran medida la jerarquía eclesiástica de la zona; sin embargo, en los Balcanes aceptaron que el cristianismo se prolongaría durante mucho tiempo y reconocieron a los obispos como líderes de la población cristiana. Los otomanos abolieron los patriarcados serbios y búlgaros, pero Mohamed II restableció el patriarcado de Constantinopla un año después de haber tomado la ciudad. El sultán asumió la prerrogativa de los emperadores bizantinos referente a la elección del patriarca y nombró a un ferviente enemigo de la unión, Genadio II Escolario. Ante la ausencia de serios competidores para obtener el liderazgo de la Iglesia oriental, el patriar-

cado logró un reconocimiento generalizado entre los cristianos orientales, incluso en las independientes Rusia y Georgia.

Al igual que la jerarquía eclesiástica, los monasterios bizantinos de los Balcanes sobrevivieron o se recuperaron sin grandes problemas tras las conquistas latina y turca, mientras que en Anatolia no fue así. Con la destrucción o el declive de la mayor parte de los centros monásticos anatólicos, los monasterios y ermitas del monte Atos cobraron mayor importancia y atrajeron a monjes de Serbia, Bulgaria, Rusia, Georgia y de los Estados sucesores bizantinos. Los monasterios de la zona incrementaron sus ya extensos bienes raíces y la triunfal aprobación de la doctrina hesicasta aumentó su prestigio. En su península aislada, sin apenas participar en política, los monasterios se vieron menos afectados por la conquista turca que el resto del mundo bizantino.

El teólogo más influyente del período fue el hesicasta Gregorio Palamás, un monje atonita de orígenes aristocráticos y excelente educación a quien Juan VI nombró arzobispo de Tesalónica. Palamás obtuvo un prestigio considerable al defender el hesicasmo ante el monje erudito Barlaán de Calabria, quien denunció dicha doctrina como antiintelectual y no ortodoxa, sólo para acabar condenado por hereje en el concilio que Juan Cantacuceno celebró en 1341. La doctrina de Palamás, conocida como palamismo, se basaba en el tradicional y razonado argumento de que el hesicasmo era un medio para conocer a Dios. Aunque posteriormente el hesicasmo fue aceptado por la Iglesia occidental en el Concilio de Ferrara-Florencia, es incuestionable que algunos palamitas eran fervientes antioccidentales y antiintelectuales que persiguieron con saña a sus vencidos oponentes.

Sin embargo, en cierto modo el palamismo formó parte de un florecimiento generalizado de la alta cultura bizantina que desafiaba la tendencia política, social y económica del momento. Aunque Bizancio nunca había sido tan reducido, débil, pobre e incluso xenófobo, sus eruditos y artistas mostraron más conocimientos, técnicas e incluso más apertura al exterior que nunca. Con lo que parecían ser los ingredientes de una época oscura, Bizancio produjo un renacimiento envidiado y emulado por los eruditos y artistas del Renacimiento italiano contemporáneo. Cabe admitir que la mayoría de las formas culturales y artísticas son asequibles y hasta la sociedad más precaria puede permitírselas, y también que los eruditos y artistas de Bizancio eran los menos xenófobos de los bizantinos; sin embargo, las características del renacimiento cultural fueron tan notables que merecen alguna explicación.

En teoría, la cuarta cruzada debería haber supuesto un duro golpe para la cultura bizantina. Los incendios y los actos vandálicos que acompañaron a la entrada de los cruzados en Constantinopla destruyeron numerosos manuscritos; como consecuencia, los posteriores eruditos bizantinos sólo tuvieron acceso a unos pocos textos griegos más de los que han llegado a nuestros días, mientras que antes de la cruzada su número ascendía al doble. La cruzada acabó con las escuelas de Constantinopla que habían formado a los burócratas civiles y eclesiásticos del Imperio. El gobierno más reducido y modesto que se estableció en Nicea, así como los aún más reducidos y modestos de Trebisonda y Artá, mantenían un número muy inferior de burócratas, centros de enseñanza, maestros, eruditos o artistas que los de las primeras épocas del Imperio. Asimismo, los burócratas y los aristócratas podían dedicar menos dinero al patrocinio artístico. Puesto que los eruditos y artistas suelen formarse, inspirarse y animarse entre sí, la disminución de sus respectivas comunidades debería haber infligido un daño desproporcionado a la erudición y al arte. Por ejemplo, el principal erudito de la generación nacida en los alrededores de 1200, Nicéforo Blemides, se vio obligado a recorrer el mundo bizantino en busca de libros y maestros.

La explicación más plausible del inicio del renacimiento cultural es que los bizantinos cultos consideraron como un reto la catástrofe de la cuarta cruzada y la competencia con el Renacimiento italiano. La sensación de superioridad ante los occidentales, así como el deseo de recuperar el glorioso pasado bizantino, hizo que sus habitantes intentaran deshacer la cuarta cruzada, tanto en términos económicos como políticos. De ahí que Juan Vatatzes enviara a su hijo Teodoro II a estudiar con Blemides y que, tanto Juan como Teodoro, intentaran convencer al erudito para que aceptase una cátedra estatal; después de recuperar Constantinopla, Miguel VIII restauró la escuela de filosofía y la academia patriarcal que se habían clausurado en el año 1204. Varios eruditos empezaron a copiar y estudiar todos los manuscritos griegos que encontraron. Una vez iniciado, el renacimiento cultural continuó su propio ritmo; sin embargo, la idea de que las formas bizantinas eran las únicas correctas hizo que muchos eruditos se opusieran a la tolerancia de las prácticas occidentales que requería la unidad eclesiástica.

Después de que Nicetas Coniates se refugiara en Nicea para finalizar su trabajo, ningún bizantino contemporáneo escribió la historia de los confusos y angustiosos sucesos del exilio. Jorge Acropolites, alumno de Blemides, fue el primer maestro de filosofía en época de Miguel VIII que

continuó la historia de Coniates hasta la recuperación de Constantinopla, un final glorioso que hacía llevadero el relato previo. Aunque breve, la historia de Acropolites es de factura clásica y fue suficiente para revivir la tradición antigua. Halló un continuador en el discípulo de Acropolites Jorge Paquimeres, un maestro de la recientemente restablecida escuela patriarcal, que presenció los sucesos de 1308 poco antes de su muerte. A diferencia de Acropolites, Paquimeres escribe con profusión de detalles y, como Nicetas Coniates, intentó comprender lo que consideraba, con todo motivo, un período catastrófico. Medio siglo después se escribieron dos historias igualmente largas y pesimistas. El polímata Nicéforo Grégoras, que era uno de los escasos partidarios de Cantacuceno contrario al palamismo, optó por el bando perdedor tanto en política como en teología; escribió un ameno aunque partidista relato del período que abarca los años de la cuarta cruzada hasta 1359, justo antes de su muerte. El emperador retirado Juan VI también escribió unas inteligentes memorias que abarcan todo el período de las guerras civiles, desde 1320 hasta 1356.

La versatilidad de los eruditos de este período los convierte en verdaderos hombres renacentistas. Entre los historiadores, Acropolites era también filósofo, teólogo partidario de la unión, burócrata y general; Paquimeres era filósofo, burócrata, retórico y matemático; Grégoras, teólogo antipalmita, también era retórico, matemático y científico, y Cantacuceno fue teólogo palmita, general y emperador. Había muchos otros que también compartían tal diversidad de talentos. Teodoro Metoquites, mesazon (primer ministro) de Andrónico II, era filósofo, ensayista, astrónomo, hagiógrafo y poeta. Máximo Planudes, contemporáneo de Metoquites, era matemático, retórico, geógrafo, escriba y comentarista de textos griegos. Demetrio Cidones, mesazon de Juan VI y de Juan V, fue teólogo antipalmita y partidario de la unión, así como orador y filósofo conocido por la elegancia de sus cartas. Los bizantinos cultos quizá no fueran numerosos, pero como trabajadores eran incansables.

Aunque estos escritores respetaban profundamente la antigua literatura griega, la conocían hasta el punto de hacer amplio uso de ella, criticarla y, en ocasiones, superarla. En su juventud, Grégoras intentó persuadir a Andrónico II para que reformara el cada vez menos preciso calendario Juliano. Demetrio Triclinio, alumno de Planudes, descifró las largo tiempo olvidadas reglas griegas de la métrica clásica y las utilizó para corregir los textos de las tragedias griegas. El mismo Planudes escribió un tratado para promover el uso de los numerales árabes y tradu-

jo a Cicerón, Ovidio, san Agustín y otros autores latinos al griego. Cidonés, por su parte, tradujo a santo Tomás de Aquino.

El primer erudito bizantino que se hizo famoso en Europa occidental fue uno de los primeros teólogos contrarios al hesicasmio, Barlaám de Calabria, cuya competencia abarcaba la filosofía, las matemáticas, la astronomía y la lengua italiana. Tras su condena en el año 1341, Barlaám se trasladó a la corte papal de Aviñón, se unió a la Iglesia occidental y sus conocimientos causaron tal impresión que le fue otorgado un obispado en su tierra natal, Calabria. Después de Barlaám, otros eruditos bizantinos también se trasladaron a Italia con manuscritos griegos y enseñaron a los humanistas italianos tanto la lengua como la literatura griegas. El bizantino que probablemente causó más impresión en el Renacimiento italiano fue el filósofo platónico Jorge Gemisto Pletón, que participó en el Concilio de Ferrara-Floencia. Después del concilio, su alumno Besarión llegó a cardenal de la Iglesia romana y se convirtió en una de las principales personalidades del Renacimiento italiano.

El arte bizantino también es comparable al arte renacentista italiano, con el que guarda muchas similitudes. Éstas se explicarían por la influencia directa de Bizancio en el arte italiano a través de Venecia, así como por los modelos clásicos que ambas culturas adoptaron de forma independiente. Los estragos de la cuarta cruzada no causaron un declive perceptible en la calidad del arte bizantino y, por el contrario, parece que actuaron como estímulo para mejorarlo. Los gobernantes de Nicea, Epiro y Trebisonda construyeron iglesias y palacios de reducidas dimensiones, aunque de gran opulencia. Las mejores obras producidas en los años que siguieron a la recuperación de Constantinopla se encuentran entre las más destacadas del conjunto artístico bizantino, y adaptan un tratamiento naturalista y clasicista a los temas tradicionales cristianos. Como ejemplos, cabe citar un espléndido mosaico de la Virgen y el Bautista suplicantes en Santa Sofía, probablemente de la época de Miguel VIII, y los impresionantes frescos de la iglesia de Cora en Constantinopla, reconstruida y redecorada por Teodoro Metoquites. Aunque los recursos disponibles en la época limitaron el tamaño de los grandes edificios, tanto un elegante palacio, probablemente construido por Miguel VIII, como la deliciosa iglesia de Cora muestran que los arquitectos no habían olvidado sus capacidades. Los arquitectos y artistas de Bizancio también realizaron excelentes obras para los monarcas de Bulgaria, Serbia y Rusia.

A finales del siglo XIV, la Muerte Negra y las conquistas otomanas dejaron su huella en el arte bizantino, e incluso en la literatura. Los bizan-



FIGURA 13. Fresco de la *Anástasis* (Cristo elevando a los muertos del Infierno) en el ábside de la iglesia de Cora, Constantinopla. Esta obra maestra, de vigorosa ejecución, forma parte de la decoración encargada por Teodoro Metoquites, mesazon (primer ministro) de Andrónico II Paleólogo (emperador entre los años 1282 y 1328). (Fotografía: Dumbarton Oaks, Washington D. C., © copyright 1999.)

tinios ya no podían permitirse mosaicos ni construcciones de ningún tipo, pero la calidad de sus frescos y de las iluminaciones siguió siendo tan elevada como en épocas anteriores. El nivel de la erudición bizantina también se mantuvo, como muestra la profunda, innovadora y casi pagana filosofía de Pletón. No obstante, la cantidad de las obras literarias disminuyó con la partida de los eruditos bizantinos a Italia y, tras las memorias de Juan VI, el sufrimiento y la inseguridad del último siglo de la historia bizantina hizo que los potenciales historiadores no se sintieran muy dispuestos a retomarla. Sólo después de que la caída de Constantinopla acabase con la incertidumbre, cuatro autores griegos escribieron conmovedores relatos de los últimos años del Imperio. Posteriormente, la desaparición de las escuelas laicas pronto acabó con este tipo de literatura. Durante cierto tiempo, sin embargo, los eruditos y artistas griegos siguieron encontrando refugio en Occidente, donde colaboraron en

el proceso de copiado de textos griegos y mantuvieron viva la influencia griega en el arte europeo.

Puesto que antes de su caída Bizancio ya participaba del Renacimiento italiano y en muchos aspectos se hallaba avanzado respecto a Italia, es indudable que los bizantinos hubieran seguido participando en el Renacimiento en caso de conservar su independencia. Sin embargo, a partir de mediados del siglo XIV el Imperio ya podía darse por desaparecido. Aunque era un Estado mejor organizado que sus rivales otomanos o eslavos en cuanto a administración se refiere, era tan pobre y reducido que le hubiera sido muy difícil seguir adelante sin la indulgencia otomana o una ayuda exterior masiva. El fracaso bizantino fue político, no cultural. Su alta cultura no sobrevivió durante mucho tiempo al gobierno, pero el idioma, la educación, la Iglesia y las tradiciones espirituales de Bizancio perdurarían durante más tiempo que el Imperio Otomano.

Capítulo 8

Conclusión

EL PROBLEMA DE LA MEDIDA

Es evidente que Bizancio presenció numerosos reveses de fortuna. Sin embargo, ni los observadores actuales ni los contemporáneos bizantinos coinciden en la importancia que dichos cambios tuvieron en la historia bizantina. Los bizantinos, conscientes de la duración de su Imperio, supusieron que éste siempre había sido muy similar a como lo hallaban en sus respectivas épocas, por lo que infravaloraron los cambios que afectaron a éste. Los historiadores modernos han seguido a veces las fuentes bizantinas, mientras que en otros casos han reaccionado contra ellas. En ocasiones, los desacuerdos entre los historiadores modernos han sido notables; un ejemplo sería las divergencias entre los que consideran que Bizancio se empobreció entre los siglos X y XII y aquellos que contemplan dicha época como un período de prosperidad. Sin embargo, por lo general las discusiones actuales se centran en cuestiones de matiz como, por ejemplo, si el declive político y militar del siglo VII fue devastador o simplemente grave. En algunos casos, las posiciones de ambos bandos han sido tan vagas que el desacuerdo parece centrarse no tanto en lo que sucedió, sino en el mejor modo de describirlo. Un ejem-

plo sería la controversia en torno a si las ciudades bizantinas desaparecieron o simplemente menguaron en el siglo VII, que posiblemente dependa de lo que se considere como el tamaño mínimo para denominar «ciudad» a un asentamiento.

Un modo de evitar tales disputas semánticas es utilizar las estadísticas que han llegado hasta nuestros días o, cuando se carezca de ellas, usar estimaciones fiables como la población del Imperio o el presupuesto estatal. No obstante, los términos cuantitativos dan pie a nuevas controversias sobre el nivel de significación o fiabilidad de las estadísticas bizantinas y las estimaciones modernas. La significación, que en principio parece obvia para la mayoría de los especialistas en historia antigua y moderna, suele considerarse poco fiable para los estudiosos de la Europa medieval occidental, cuyo uso de tales cifras es muy limitado. Por ejemplo, si alguien pretendiera estimar el área territorial, la población, el presupuesto en metálico o el tamaño del ejército en la Francia de 1200, advertiría que el monarca francés apenas controlaba dicha área territorial y su población, que el escaso presupuesto en metálico subestimaba los recursos y que es imposible aplicar a su ejército feudal una cifra de efectivos válida para más de una campaña. Por el contrario, el Imperio Romano, que Bizancio continuó de forma aún más centralizada, tenía fronteras establecidas, un censo regular, un presupuesto en metálico y legiones numeradas con el mismo número de hombres. A partir del siglo VI es indudable que en Bizancio se produjeron ciertas modificaciones, pero el alcance de tales cambios es precisamente una cuestión de presupuestos en metálico y de las dimensiones del ejército.

La fiabilidad de las estadísticas y de las estimaciones sería una cuestión distinta, aunque en este aspecto la postura de los medievalistas también difiere de la de otros historiadores. Aparte de las falsificaciones, que son fácilmente detectables, la mayoría de las fuentes antiguas, modernas y bizantinas son muy fiables en cuanto a la información básica que facilitan, sobre todo cuando citan estadísticas oficiales. Si el *New York Times* anuncia que el hombre ha llegado a la Luna, o Procopio relata que Anastasio I dejó al morir trescientas veinte mil libras de oro en las arcas públicas, tales informes deberían creerse aunque parezcan inverosímiles. Sin embargo, no sólo los niveles de exactitud histórica en el Occidente medieval eran inferiores a los de Bizancio, sino que las estadísticas oficiales para el ejército, por ejemplo, eran poco frecuentes y solían sustituirse por las más fantásticas estimaciones. De ahí que muchos historiadores del Occidente medieval desconfíen de las estadísti-

cas y que su influencia haya provocado que algunos bizantinistas rechacen un material mucho más fiable. Los escépticos más extremistas se niegan a utilizar ninguna estadística que no sea absolutamente precisa y fiel, lo que supondría negar la validez de los censos actuales. Aunque algunas estadísticas y estimaciones pueden ser incorrectas, la única forma de averiguarlo es hacerse una idea aproximada de cuáles serían las cifras reales.

Por lo general, se conoce con bastante exactitud la extensión del territorio bizantino en un momento determinado, porque se tiene conocimiento de las regiones controladas por Bizancio y de su extensión en la actualidad. Las fuentes árabes y bizantinas proporcionan información detallada sobre el tamaño del ejército bizantino en diferentes fechas, cuya coherencia prueba en gran medida su exactitud. Las fuentes bizantinas que han llegado hasta nuestros días facilitan menos información acerca del presupuesto estatal y sólo proporcionan una cifra global (para 1320), varias cifras de los excedentes y diversas cifras de gastos e ingresos; sin embargo, puesto que es posible calcular la paga militar y ésta parecía ser la parte más importante del presupuesto, es posible realizar

TABLA 1. Territorio, población, rentas públicas y tamaño del ejército en Bizancio

Fecha	Territorio (millones de kilómetros cuadrados)		Población (millones de personas, redondeado a medio millón)		Rentas públicas (millones de nomismata de 1/72 de libra de oro puro)		Tamaño del ejército (millares de soldados y remeros)	
aprox. 300	1,68	132%	21,0	131%	9,4	121%	343	102%
aprox. 457	1,27	100%	16,0	100%	7,8	100%	335	100%
aprox. 518	1,30	102%	19,5	122%	8,5	109%	301	90%
aprox. 540	1,86	146%	26,0	162%	11,3	145%	374	112%
aprox. 565	2,07	163%	19,5	122%	8,5	109%	379	113%
aprox. 641	1,15	91%	10,5	66%	3,7	47%	129	39%
aprox. 668	1,07	84%	10,0	62%	2,0	26%	129	39%
aprox. 775	0,69	54%	7,0	44%	1,9	24%	118	35%
aprox. 842	0,79	62%	8,0	50%	3,1	40%	155	46%
aprox. 959	0,85	67%	9,0	56%	3,9	50%	179	53%
aprox. 1025	1,20	94%	12,0	75%	5,9	76%	283	84%
aprox. 1143	0,65	51%	10,0	62%	4,9?	63%?	50?	15%?
aprox. 1320	0,12	9%	2,0	12%	0,5	6%	7	2%

Cada cifra se expresa también como porcentaje de la cifra que aparece en la misma columna para el año 457, aprox. Las cifras del año 300 se aplican al territorio gobernado por Diocleciano y Galerio en tal fecha.

estimaciones bastante fiables para distintas fechas. La estimación de la población bizantina es una labor mucho más especulativa, pero es posible determinar de forma somera las tendencias generales, así como cifras aproximadas. En tales categorías, las mejores estimaciones que he podido calcular o tomar prestadas, a las que he añadido dos conjeturas probables, indicadas entre signos de interrogación, aparecen en la tabla 1 (pág. anterior). Algunas cifras, sobre todo las redondeadas para la población, pueden tener un margen de error no superior al 25%; no obstante, al ser probable que cualquier sobrestimación o subestimación afecte a toda la serie de cifras, esas estimaciones son más fiables para propósitos comparativos que si se toman aisladamente.

Incluso las estadísticas más precisas pueden inducir a error si se malinterpretan; tales interpretaciones suelen ser más problemáticas que las cifras en sí. La mayoría de las cifras que aparecen en la tabla requieren algunas especificaciones. Las que aluden al territorio excluyen todos los desiertos no habitables. La columna de ingresos, que por lo general se han estimado mediante el cálculo de los gastos y la suma de los excedentes, sólo se refiere a las entradas en metálico. Aunque el gobierno bizantino siempre recaudó en especie algunos impuestos y servicios, que tendían a crecer en importancia cuando los ingresos en metálico disminuían, es difícil estimar tales recursos no monetarios en dinero y, en cualquier caso, las entradas en metálico siguen siendo un buen indicador del nivel de desarrollo monetario. También cabe señalar que todos los ingresos en metálico se citan en nomismata calculados en 1/72 de libra de oro puro, por lo que tanto los solidi más valiosos del año 300 como los menos valiosos hyperpyra de los años 1143 y 1320 se han convertido en nomismata estándar según su contenido en oro. Finalmente, las cifras referentes al tamaño del ejército incluyen todos los soldados y remeros alistados. Aunque en algunos períodos, sobre todo en el año 565 y en el 1025, muchos de estos hombres apenas prestaron servicio activo, en teoría todos estaban disponibles para el servicio y recibieron una remuneración del Estado.

Tal vez la indicación más sorprendente de la tabla sea que el Imperio mantuvo o recuperó la mayor parte de su territorio, población, ingresos en metálico y fuerza militar hasta finales de su historia. Las cifras de los alrededores del año 300 pueden inducir a error en caso de fines comparativos, porque el motivo del descenso territorial entre entonces y el año 457 se debe a que en el año 285 Diocleciano desplazó la frontera administrativa de Oriente más hacia el oeste en Iliria de lo que hizo

Teodosio I en el año 395. Entre los años 285 y 457 la población disminuyó sólo en la misma medida que el territorio, por lo que la densidad demográfica global apenas se modificó, mientras que los ingresos en metálico y el ejército disminuyeron menos que el territorio, lo que proporcionalmente supondría un incremento de ambos. Por tanto, las diferentes cifras de la tabla se expresan en porcentajes respecto al año 457 más que para el 300. Como es lógico, las imprecisiones de las cifras originales hacen que la mayoría de los porcentajes sean también aproximados.

En comparación con el año 457, las estimaciones indican que el Imperio, en su último pico en los alrededores del año 1025, poseía aproximadamente el 94% de su territorio inicial, el 75% de su población e ingresos en metálico iniciales y el 84% de su ejército inicial. Incluso en un mal momento previo, en los alrededores del año 775, el Imperio conservaba aproximadamente el 54% del territorio que tenía en el año 457, el 44% de su anterior población, el 24% de sus anteriores ingresos en metálico y el 35% de su anterior ejército. En fecha tan tardía como el año 1143, el Imperio conservaba el 51% del territorio que poseía en el año 457, un 62% de su anterior población y aproximadamente la misma proporción de sus anteriores ingresos en metálico, aunque quizá tan sólo el 15% de su anterior ejército. Únicamente a partir de 1204 Bizancio se convirtió en una sombra de lo que había sido; hacia 1320 sólo contaba con un 9% de su territorio, un 12% de su población, un 6% de sus ingresos en metálico y un 2% de su ejército. Aunque muchos de estos porcentajes y cifras son discutibles en detalle, gran parte de los datos son lo suficientemente fiables para proporcionar una idea global correcta.

Las estadísticas también son casi tan claras en lo que respecta al controvertido desarrollo de los siglos X al XII y al de los siglos VI al VIII. Desde el año 1025 hasta 1143 el área territorial de Bizancio disminuyó en torno al 46%, lo que refleja las conquistas turcas en Oriente. El tamaño del ejército se redujo en torno al 80% e incluso, a pesar de que en el año 1025 había sido mayor de lo necesario, hacia 1143 el poder militar del ejército se había deteriorado con toda claridad. No obstante, desde un punto de vista político y económico es más significativo que dicho descenso fuese mucho menos acentuado, quizá sólo del 17%, para la población y los ingresos en metálico. Asimismo, si tales cifras aproximativas son correctas, el Imperio era, en proporción a su área territorial, mucho más próspero y se hallaba mucho más poblado en 1143 que en el año 1025, por lo que la debilidad militar, más que deberse a una cuestión de incapacidad, sería consecuencia de una escasa disposición a incremen-

tar los gastos militares. Cabe destacar que tanto en 1143 como en el año 1025 Bizancio recaudó de cada uno de sus súbditos aproximadamente la misma cantidad de ingresos en metálico que la conseguida durante el año 457, alrededor de medio nomisma, mientras que en cualquier otra fecha los ingresos per cápita en metálico parece que fueron menores; en el momento más bajo del año 668, descendieron sólo a la quinta parte de un nomisma. En otras palabras: en los siglos XI y XII el Estado recaudó de sus súbditos la misma cantidad en metálico que era habitual, un indicio de que la economía bizantina era tan boyante, y su gobierno tan centralizado, como de costumbre.

En lo que respecta a la catástrofe del siglo VII, desde el momento de máximo esplendor en el año 565 hasta el punto más bajo del año 775 Bizancio perdió aproximadamente el 67% de su territorio, el 64% de la población, el 78% de sus ingresos en metálico y el 69% del ejército. Aunque las mermas territoriales y demográficas se produjeron más o menos a la vez, el descenso de los ingresos fiscales muestra una pauta distinta. Tras seguir la dinámica de los descensos territoriales y demográficos hasta el año 641, entre entonces y el año 668 los ingresos cayeron en un 46%, mientras que las pérdidas territoriales y demográficas sólo fueron del 7% y el 5% y el ejército conservó un tamaño similar. El motivo no es un repentino empobrecimiento de los bizantinos o que la administración perdiera eficacia, sino la introducción del sistema de tierras militares: además de eliminar los ingresos en metálico de todas las propiedades imperiales distribuidas a los soldados, redujo los gastos en metálico correspondientes a las pagas militares. Esta reforma prudente y deliberada produjo una disminución de la economía monetaria y de la centralización en la fecha de introducción del cambio, pero no posteriormente. Por el contrario, entre los años 668 y 775, mientras el Imperio perdía otro 36% de territorio y el 30% de la población, los ingresos en metálico apenas disminuyeron y, en proporción al territorio y la población, incluso aumentaron. La recuperación de la economía monetaria y de la centralización había empezado.

Es muy probable que nuevas investigaciones de las fuentes aporten cifras más precisas, aunque posiblemente las modificaciones no sean tan drásticas como para cambiar sus implicaciones respecto a la historia bizantina. Lo desalentador de las discusiones recientes sobre el tema (aunque no suceda en las más prolongadas) es la tendencia a rechazar las fuentes bizantinas por una analogía errónea e indefendible con las del Occidente medieval, sin considerar las investigaciones recientes del

anterior Imperio Romano, que fue el predecesor directo de Bizancio. A lo largo de su historia, el nivel de organización estatal del Imperio Bizantino fue comparable al del Imperio Romano; también es comparable al de varios Estados occidentales de principios de la era moderna, tras la reaparición, a finales de la Edad Media, de la centralización política, la monetización y los ejércitos permanentes. Sin embargo, sólo en el siglo XIV, cuando Bizancio se desmoronaba, estos Estados europeos superaron su nivel de organización o incluso de ingresos. Bizancio fue un Estado moderno que se adelantó a su tiempo.

EL LEGADO DE BIZANCIO

Hacia 1461 los turcos otomanos ocupaban el mismo territorio que el Imperio Bizantino del año 1025, a excepción de algunas islas y partes de Armenia y Siria. Aunque el ejército y las rentas públicas de Mohamed II eran mucho menores que los de Basilio II, el Imperio Otomano era formidable y seguía creciendo pues, a diferencia del Bizancio de Basilio, era claramente expansionista. Al igual que Bizancio, el Imperio Otomano no era un Estado nacional, aunque su gobierno daba preferencia a la lengua turca y al islam, como Bizancio había hecho con la lengua griega y el cristianismo. También como los bizantinos, los otomanos asentaron indiscriminadamente a gentes de lenguas y razas distintas en todo su imperio.

En el siglo XIX, tras cuatro siglos de gobierno otomano, el mapa lingüístico de Anatolia y los Balcanes seguía conservando indicios de los Estados previos a la conquista otomana. Muchos griegos vivían en lo que había sido Bizancio, muchos serbios en lo que había sido Serbia, muchos búlgaros en lo que había sido Bulgaria y muchos armenios en lo que habían sido los distintos Estados armenios. Estos grupos también se hallaban dispersos en otras áreas ajenas a sus anteriores Estados, y en su territorio originario convivían con turcos, albaneses, valacos, judíos y otros pueblos. Algunos cristianos hablaban griego y algunos de los que hablaban griego, serbio, búlgaro y armenio eran musulmanes. En el contexto del Imperio Otomano, tal diversidad no causaba más problemas que los que, por ejemplo, puede provocar la variedad étnica de Estados Unidos entre los descendientes de irlandeses y de alemanes.

Sin embargo, cuando los griegos, serbios y búlgaros empezaron a recuperar su independencia en el siglo XIX, se vieron más distintos de los

Europeos occidentales de lo que eran antes de la conquista otomana. En Europa occidental la docencia, el comercio, los gobiernos democráticos y la formación de los Estados nacionales se hallaban muy avanzados, pero no era así en el Imperio Otomano. Los otomanos, que no estaban muy interesados en la educación laica, tampoco la fomentaron entre sus súbditos cristianos ni demostraron mucho interés en el comercio, aunque permitieron que sus súbditos griegos y armenios lo practicaran. Los sultanes nunca pretendieron que sus súbditos gozaran de un gobierno representativo. Dado el carácter multicultural de los asentamientos en el Imperio, la localización de los posibles Estados nacionales se mostraba controvertida. Aunque algunos griegos, serbios y búlgaros tenían sus respuestas, reclamaban fronteras que se solapaban entre sí e incluían a muchos pueblos que hablaban lenguas distintas. La versión más ambiciosa de Grecia defendida por los griegos abarcaba Constantinopla y era casi tan extensa como el Imperio Bizantino de 1190.

Los primeros reinos griegos, serbios y búlgaros creados mediante guerras de independencia dejaron a un considerable número de griegos, serbios y búlgaros bajo mandato otomano, en territorios que no pertenecían a ninguna de dichas naciones. Sin embargo, en el año 1913 la victoria de Grecia, Serbia y Bulgaria en la Primera Guerra Balcánica hizo que los otomanos abandonaran la mayor parte de los Balcanes y puso sobre el tapete el tema de las fronteras. Las subsiguientes disputas provocaron casi de inmediato una Segunda Guerra Balcánica, en la cual Serbia, Grecia y los otomanos derrotaron a Bulgaria y establecieron la mayor parte de las fronteras actuales del sur de los Balcanes, incluida la de Albania, que logró su independencia de forma casi accidental. Como resultado de la Primera Guerra Mundial, Grecia obtuvo de Bulgaria el sudoeste de Tracia, y de los turcos parte de Anatolia occidental y el sudeste de Tracia, a excepción de Constantinopla. No obstante, cuando los griegos intentaron extender sus dominios en Anatolia, los turcos los derrotaron de forma aplastante en 1922. Los griegos abandonaron las posesiones que habían obtenido de los turcos en Anatolia y Tracia; mediante un intercambio de población, la mayoría de los cristianos que habitaban en Turquía se trasladaron a Grecia y los menos numerosos musulmanes de Grecia se marcharon a Turquía. Los griegos tuvieron que abandonar la idea de restaurar algo parecido a Bizancio.

Muchos cristianos orientales se han sentido decepcionados por los sucesos posteriores a la Primera Guerra Mundial. Los únicos cristianos orientales que obtuvieron cierto provecho de la guerra fueron los ru-

manos, que se expandieron en todas direcciones, y los serbios, que se convirtieron, junto con los croatas católicos, en el grupo dominante del nuevo Estado yugoslavo. El derrotado Imperio Ruso se convirtió en la anticomunista Unión Soviética. Además de intercambiar a sus súbditos griegos, los turcos expulsaron a los armenios que quedaban en su territorio; éstos y los georgianos pasaron a formar parte del régimen soviético. Después de la Segunda Guerra Mundial, los soviéticos impusieron un régimen comunista y anticristiano en Rumania, Bulgaria, Yugoslavia y Albania. Posteriormente, cuando Grecia intentó conquistar el Estado de Chipre, donde el griego era la lengua mayoritaria, tropas turcas se apropiaron de parte de la isla. En el mayoritario Estado árabe cristiano del Líbano, una guerra civil terminó por recortar el poder cristiano y el resto de minorías cristianas del mundo árabe se puso a la defensiva. Desde la caída del comunismo, los anteriores Estados comunistas católicos y protestantes han disfrutado de mayor estabilidad política y prosperidad económica que los Estados cristianos orientales de Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Georgia, Armenia, Moldova, Rumania, Bulgaria, Macedonia y Yugoslavia.

Sin embargo, el legado bizantino tiene escasa relación con tales acontecimientos. El Imperio Bizantino no era un Estado nacional, pero tampoco lo es un país eficaz como Estados Unidos. Aunque Bizancio carecía de características modernas como instituciones democráticas o una economía capitalista, gozaba de una economía más avanzada y de un gobierno mejor organizado que los Estados occidentales de su tiempo. Algunos de sus gobernantes fueron crueles o incompetentes, pero el Imperio siempre derrocó a los peores; ningún emperador bizantino abusó de un poder ilimitado como sucedió con Nerón, Stalin o Hitler. Antes de 1945 la democracia era más una excepción que la regla en casi toda Europa; algunos Estados occidentales europeos como Alemania, Italia y España no destacaban en dicho aspecto. Grecia, el único país cristiano oriental independiente de los regímenes soviético o turco desde inicios del siglo XIX, tiene un historial democrático y económico tan favorable como el de la mayoría de los países de Europa occidental y en la actualidad es miembro de la Unión Europea y de la Alianza Atlántica. Sean cuales sean los obstáculos que actualmente dificultan el desarrollo de la democracia, del capitalismo o de la construcción nacional en los países cristianos orientales, éstos son más atribuibles a los regímenes otomano o comunista que a Bizancio, sobre todo en materia de autoritarismo, corrupción y hostilidad hacia la empresa privada.

Muchos de los fracasos del siglo XX en los países cristianos orientales han sido el resultado de ambiciones insostenibles, a pesar de que tales Estados afirmasen que sólo defendían sus derechos históricos. Así, tanto Bulgaria en la Primera Guerra Balcánica como Rusia en la Primera Guerra Mundial se extralimitaron y sufrieron importantísimas pérdidas territoriales. Después de la Primera Guerra Mundial, Grecia intentó apropiarse de más territorio turco del que podía conservar y como resultado perdió toda posibilidad de tomar Constantinopla, que probablemente habría podido mantener. Al mismo tiempo, una efímera República Armenia reclamó con escaso realismo ciertas fronteras y acabó por perderlo casi todo. En el sentido más amplio, el comunismo soviético fue un caso colosal de ambiciones utópicas que fracasaron estrepitosamente. Recientemente, tanto Armenia en Azerbaiján como Serbia en Bosnia y Kosovo han llegado a extremos irracionales por haber rechazado llegar a un acuerdo con sus vecinos. No obstante, Alemania, Italia, Japón y otros países que no pertenecen al oriente cristiano también se han extralimitado y se han recuperado favorablemente de sus derrotas.

Una de las limitaciones de los países cristianos orientales que parece datar de tiempos bizantinos, por mucho que los sucesos posteriores la hayan consolidado, es la sensación de agravio, una sensación explicable y, en parte, justificable. Bizancio fue más poderoso, próspero y culto que los países del Occidente medieval, mientras que en la actualidad Europa occidental es más poderosa, próspera y cuenta con una tecnología más avanzada que los países cristianos orientales. En parte, este declive relativo de Oriente podría atribuirse a la cuarta cruzada, a la conquista otomana y a la más desastrosa de las exportaciones de Europa oriental, el comunismo. Actualmente los países de Europa occidental tienden a unirse y cuidar más de sus propios intereses que de los de Europa oriental; aunque los europeos orientales hacen lo propio, siguen en desventaja, pues como grupo son más débiles y pobres. Asimismo, como muestra la historia bizantina, desde hace mucho tiempo los cristianos orientales son menos agresivos y expansionistas que los europeos occidentales o los musulmanes; los bizantinos carecían de algo comparable a la idea de Cruzada o de Guerra Santa y su principal propósito en las batallas era la defensa. No obstante, por muy comprensible que sea, el resentimiento del Oriente cristiano hacia los cristianos occidentales o los musulmanes se vuelve autodestructivo cuando se transforma en hostilidad hacia las inversiones occidentales o las minorías musulmanas.

Tras décadas de régimen comunista, el hecho destacable de la historia reciente de Europa oriental son los grandes progresos conseguidos. En la actualidad, todos los Estados cristianos orientales, a excepción de Bielorrusia, celebran elecciones libres entre diversos partidos y disfrutan de una prensa libre. Varios países cristianos orientales han solicitado entrar en la Alianza Atlántica y en la Unión Europea. En casi toda Europa oriental se han desmantelado las antiguas economías comunistas, la mayor parte de la actividad económica ha pasado a manos privadas y parece que, como mínimo, se ha establecido un equilibrio económico precario. Cualesquiera que sean sus defectos, los países de Europa oriental gozan de democracias y economías avanzadas respecto a las de los países africanos y musulmanes, a excepción de Turquía, cuya política y economía están influidas por Europa occidental y de forma indirecta son deudoras de Bizancio.

Si Europa oriental es la heredera de Bizancio, tanto Europa oriental como occidental son herederas conjuntas del Imperio Romano cristiano. Su herencia incluye no sólo el cristianismo, con todo su sistema ético y teológico, sino también el derecho y elementos de formación clásica, así como filosofía, matemáticas, ciencia y arte antiguos. Esta herencia sólo es compartida parcialmente por el mundo no cristiano. Aunque el cisma entre las Iglesias católica y ortodoxa continúa, sus diferencias doctrinales reales son mucho menores que las que existen entre católicos y protestantes. El Papa y el patriarca de Constantinopla ya han levantado las excomuniones del año 1054. Al igual que en los últimos años de la historia bizantina, la tolerancia mutua entre la ortodoxia oriental y el catolicismo romano es un objetivo más práctico que la unión absoluta, pues ésta requeriría compromisos difíciles de llevar a la práctica y el consentimiento de numerosas Iglesias ortodoxas. Sin embargo, en décadas venideras sería beneficioso para ambas partes que, siguiendo el ejemplo de Grecia, los países herederos de Bizancio formaran parte de la Unión Europea y de la Alianza Atlántica. Aunque las fronteras establecidas entre Oriente y Occidente en los años 285 y 395 supusieron diferencias duraderas, no hicieron más que distinguir dos partes de una única civilización.

Bibliografía

Esta lista se ha limitado a libros en inglés y, a excepción de algunos clásicos, se compone básicamente de trabajos recientes. En gran parte es una selección de la bibliografía más extensa que aparece en mi *History of the Byzantine State and Society*, págs. 873-970, donde también se incluyen artículos, trabajos más antiguos, obras en otros idiomas y mis comentarios. La presente selección es especialmente completa respecto a las publicaciones posteriores a 1992, año en que finalizó mi anterior investigación, e incluso cita libros sobre los que guardo serias reservas; indico referencias a revisiones críticas de éstos, por lo general de mi propia cosecha. La lista se divide en obras generales y otras referidas a los diferentes períodos históricos; concluye con algunas traducciones de las obras de autores bizantinos.

LIBROS SOBRE TODO O CASI TODO EL PERÍODO BIZANTINO

Browning, Robert, *The Byzantine Empire*, ed. revisada, Washington, D. C., 1992.

The Cambridge Medieval History, 2.^a ed., vol. IV, *The Byzantine Empire*, ed. a cargo de Joan Hussey, 2 partes, Cambridge, 1966-1967.

Grierson, Philip, *Byzantine Coins*, Londres, 1982.

- Hendy, Michael, *Studies in the Byzantine Monetary Economy*, Cambridge, 1985.
- Hussey, Joan, *The Orthodox Church in the Byzantine Empire*, Oxford, 1986.
- Lemerle, Paul, *The Agrarian History of Byzantium*, Galway, 1979.
- , *Byzantine Humanism*, Canberra, 1986.
- Mango, Cyril, *Byzantine Architecture*, Nueva York, 1975 (trad. cast.: *Arquitectura bizantina*, Madrid, Aguilar, 1990).
- , *Byzantium: The Empire of New Rome*, Londres, 1980.
- Mango, Cyril y Gilbert Dagron (comps.), *Constantinople and its Hinterland*, Aldershot, 1995.
- Nicol, Donald, *Byzantium and Venice*, Cambridge, 1988.
- Obolensky, Dimitri, *The Byzantine Commonwealth: Eastern Europe, 500-1453*, Londres, 1971.
- Ostrogorsky, George, *History of the Byzantine State*, 2.^a ed., Oxford, 1968 (trad. cast.: *Historia del estado bizantino*, Tres Cantos, Akal, 1984).
- The Oxford Dictionary of Byzantium*, ed. a cargo de Alexander Kazhdan, 3 vols., Nueva York, 1991.
- Rodley, Lyn, *Byzantine Art and Architecture*, Cambridge, 1994.
- Shepard, Jonathan y Simon Franklin (comps.), *Byzantine Diplomacy*, Aldershot, 1992.
- Treadgold, Warren, *A History of the Byzantine State and Society*, Stanford, Calif., 1997.
- , *Byzantium and its Army, 284-1081*, Stanford, Calif., 1995.
- Vasiliev, A. A., *History of the Byzantine Empire*, ed. revisada, 2 vols., Madison, 1952 (trad. cast.: *Historia del Imperio Bizantino*, Barcelona, Iberia, 1946).
- Wilson, Nigel, *Scholars of Byzantium*, Londres, 1983.

LIBROS SOBRE EL PERÍODO DEL 285 AL 602

- Bagnall, Roger, *Egypt in Late Antiquity*, Princeton, 1993.
- Barnes, Timothy, *Constantine and Eusebius*, Cambridge, Mass., 1981.
- Brown, Peter, *Power and Persuasion in Late Antiquity*, Madison, 1992; pero véase Treadgold, *International History Review*, n.º 15, 1993, págs. 535-545.
- , *The World of Late Antiquity*, Londres, 1971 (trad. cast.: *El mundo de la antigüedad tardía*, Madrid, Taurus, 1991).
- Bury, J. B., *A History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the Death of Justinian I*, 2 vols., Londres, 1923.
- The Cambridge Ancient History*, 2.^a ed., vol. XIII, *The Late Empire: A.D. 337-425*, ed. a cargo de Averil Cameron y Peter Garnsey, Cambridge, 1998.

- Cameron, Averil, *The Later Roman Empire, A.D. 284-430*, Cambridge, Mass., 1993; y *The Mediterranean World in Late Antiquity, A.D. 395-600*, Londres, 1993 (trad. cast.: *El mundo mediterráneo en la antigüedad tardía: 395-600*, Barcelona, Crítica, 1998); pero véase Treadgold, *International History Review*, n.º 17, 1995, págs. 350-353.
- Clark, Gillian, *Women in Late Antiquity*, Oxford, 1993.
- Corcoran, Simon, *The Empire of the Tetrarchs: Imperial Pronouncements and Government, AD 284-324*, Oxford, 1996.
- Evans, J. A. S., *The Age of Justinian: The Circumstances of Imperial Power*, Londres, 1996.
- Greatrex, Geoffrey, *Rome and Persia at War, 502-532*, Leeds, 1998.
- Grubbs, Judith Evans, *Law and Family in Late Antiquity*, Oxford, 1995.
- Jones, A. H. M., *The Later Roman Empire: A Social, Economic and Administrative Survey*, 3 vols., Oxford, 1964.
- Haas, Christopher, *Alexandria in Late Antiquity*, Baltimore, 1997.
- MacMullen, Ramsay, *Christianity and Paganism in the Fourth to Eighth Centuries*, New Haven, 1997.
- , *Corruption and the Decline of Rome*, New Haven, 1988.
- Matthews, John, *The Roman Empire of Ammianus*, Baltimore, 1989.
- Mitchell, Stephen, *Anatolia: Land, Men, and Gods in Asia Minor*, 2 vols., Oxford, 1993.
- Southern, Pat y Karen Dixon, *The Late Roman Army*, Londres, 1996; pero véase T. D. Barnes, *American Historical Review*, n.º 102, 1997, págs. 1139-1140.
- Whitby, Michael, *The Emperor Maurice and His Historian*, Oxford, 1988.
- Williams, Stephen, *Diocletian and the Roman Recovery*, Londres, 1985.
- , y Gerard Friell, *The Rome That Did Not Fall: The Survival of the East in the Fifth Century*, Londres, 1999.
- , *Theodosius: The Empire at Bay*, Londres, 1994.

LIBROS SOBRE EL PERÍODO DEL 602 AL 1025

- Bryer, Anthony y Judith Herrin (comps.), *Iconoclasm*, Birmingham, 1977.
- Bury, J. B., *A History of the Eastern Roman Empire from the Fall of Irene to the Accession of Basil I*, Londres, 1912.
- Haldon, J. F., *Byzantium in the Seventh Century*, Cambridge, 1990; pero véase Treadgold, *American Historical Review*, n.º 97, 1992, págs. 829-830.
- Harvey, Alan, *Economic Expansion in the Byzantine Empire, 900-1200*, Cambridge, 1989.

- Jenkins, Romilly, *Byzantium: The Imperial Centuries, A.D. 610-1071*, Londres, 1966.
- Morris, Rosemary, *Monks and Laymen in Byzantium, 843-1118*, Cambridge, 1995.
- Runciman, Steven, *The Emperor Romanus Lecapenus and His Reign*, Cambridge, 1929.
- Toynbee, Arnold, *Constantine Porphyrogenitus and His World*, Oxford, 1973.
- Treadgold, Warren, *The Byzantine Revival, 780-842*, Stanford, Calif., 1988.
- Whittow, Mark, *The Making of Orthodox Byzantium*, Basingstoke, 1996; pero véase Treadgold, *International History Review*, n.º 19, 1997, págs. 889-891.

LIBROS SOBRE EL PERÍODO DEL 1025 AL 1461

- Angold, Michael, *The Byzantine Empire, 1025-1204: A Political History*, 2.ª ed., Harlow, 1997.
- , *Church and Society in Byzantium under the Comneni, 1081-1261*, Cambridge, 1995.
- Brand, Charles, *Byzantium Confronts the West, 1180-1204*, Cambridge, Mass., 1968.
- Geanakoplos, Deno, *Emperor Michael Palaeologus and the West*, Cambridge, Mass., 1959.
- Kazhdan, A. P. y A. W. Epstein, *Change in Byzantine Culture in the Eleventh and Twelfth Centuries*, Berkeley, Calif., 1985.
- , y S. Franklin, *Studies on Byzantine Literature of the Eleventh and Twelfth Centuries*, Cambridge, 1984.
- Laiou, Angeliki, *Constantinople and the Latins: The Foreign Policy of Andronicus II*, Cambridge, Mass., 1972.
- Lilie, R.-J., *Byzantium and the Crusader States*, Oxford, 1993.
- Lock, Peter, *The Franks in the Aegean, 1204-1500*, Londres, 1995.
- Magdalino, Paul, *The Empire of Manuel I Komnenos*, Cambridge, 1993.
- Nicol, Donald, *The Despotate of Epiros, 1267-1479*, Cambridge, 1984.
- , *The Immortal Emperor: The Life and Legend of Constantine Palaiologos, Last Emperor of the Romans*, Cambridge, 1992.
- , *The Last Centuries of Byzantium, 1261-1453*, 2.ª ed., Cambridge, 1993.
- , *The Reluctant Emperor: A Biography of John Cantacuzene, Byzantine Emperor and Monk*, Cambridge, 1996.
- Runciman, Steven, *The Eastern Schism*, Oxford, 1955.
- , *The Fall of Constantinople, 1453*, Cambridge, 1965 (trad. cast.: *La caída de Constantinopla*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998).
- , *The Last Byzantine Renaissance*, Cambridge, 1970.

LIBROS BIZANTINOS TRADUCIDOS

- Amiano Marcelino, obras escogidas por Walter Hamilton como *The Later Roman Empire*, Londres, 1986.
- Ana Comneno, *Alexiad*, Harmondsworth, 1969 (trad. cast.: *La Alexiada*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1989).
- Digenes Acrites*, ed. a cargo de Elizabeth Jeffreys, Cambridge, 1998.
- Ducas, *Decline and Fall of Byzantium to the Ottoman Turks*, Detroit, 1975.
- Lives of St. Daniel the Stylite, St. Theodore of Syceon, and St. John the Almsgiver*, traducido como *Three Byzantine Saints*, Crestwood, 1977.
- Miguel Pselo, traducido como *Fourteen Byzantine Rulers*, Harmondsworth, 1966.
- Nicetas Coniates, traducido como *O City of Byzantium*, Detroit, 1984.
- Photius, *Bibliotheca*, obras escogidas por N. G. Wilson, Londres, 1994.
- Procopio de Cesárea, ed. a cargo de H. B. Dewing y G. Downey, 7 vols., Cambridge, Mass., 1914-1940.
- Theophanes Confessor*, Oxford, 1997.
- Timarion*, Detroit, 1984.

Lista de mapas y tablas

Mapas

1. Imperio Romano de Oriente, aprox. en el 395	26
2. El Imperio, aprox. en el 565	70
3. El Imperio, aprox. en el 780	112
4. El Imperio, aprox. en el 1025	154
5. El Imperio, aprox. en el 1143	200
6. El Imperio, aprox. en el 1282	236

Tabla

1. Territorio, población, rentas públicas y tamaño del ejército en Bizancio	277
--	-----

Lista de figuras

1. Extensión territorial del Imperio Bizantino, 285-1461	17
2. Cabeza colosal de Constantino I	34
3. Muralla teodosiana de Constantinopla	49
4. Mosaico de Justiniano y su corte	84
5. Interior de la iglesia de Santa Sofía	107
6. Nomisma de oro de Justiniano II	127
7. Icono de la Virgen y el Niño, siglo VII	150
8. Mosaico de la Virgen y el Niño en Santa Sofía	164
9. Miniatura de Basilio II triunfante sobre sus enemigos	178
10. Mosaico de Constantino IX y Zoe en Santa Sofía	202
11. Exterior del monasterio de Cristo Pantocrátor	232
12. Exterior del palacio del Porfirogénito	242
13. Fresco de la <i>Anastasis</i> en la iglesia de Cora	273

Lista de emperadores bizantinos

EMPERADORES DEL IMPERIO ROMANO DE ORIENTE (BIZANTINO), 284-1453

El principal emperador de Oriente se cita en mayúsculas; otros gobernantes (si los hubo) aparecen debajo.

DIOCLECIANO 284-305

Galerio, César en Egipto y Siria 293-299
César en los Balcanes 299-305

GALERIO 305-311

Maximino, César en Egipto y Siria 305-310
augusto en Egipto y Siria 310-311
Licinio, Augusto en los Balcanes 308-311

LICINIO 311-324

Maximino, Augusto en Egipto, Siria y Anatolia 311-313
Constantino I, Augusto en los Balcanes excepto Tracia 317-324

CONSTANTINO I 324-337

Constancio II, César en Egipto y Siria 335-337
Dalmacio, César en los Balcanes 335-337

- CONSTANCIO II 337-361
 Constante I, augusto en los Balcanes excepto Tracia 337-350
 Galo, César en Egipto y Siria 351-354
- JULIANO el Apóstata 361-363
- JOVIANO 363-364
- VALENTE 364-378
 Valentiniano I, augusto en los Balcanes excepto Tracia 364-375
 Graciano, augusto en los Balcanes excepto Tracia 375-379
- TEODOSIO I 379-395
 Valentiniano II, augusto en los Balcanes excepto Tracia 382-392
- ARCADIO 395-408
- TEODOSIO II 408-450
- MARCIANO 450-457
- LEÓN I 457-474
- LEÓN II 474
 Zenón Tarasio, augusto y regente
- ZENÓN Tarasio 474-491
 Basilisco, augusto rival en la mayor parte de Oriente excepto Isauria 475-476
- ANASTASIO I 491-518
- JUSTINO I 518-527
- JUSTINIANO I 527-565
- JUSTINO II 565-578
 Tiberio, César y regente 574-578
- TIBERIO II Constantino 578-582
- MAURICIO Tiberio 582-602
- FOCAS el Tirano 602-610
- HERACLIO 610-641
- CONSTANTINO III Heraclio 641
- HERACLONAS (Heraclio) Constantino 641
 Martina, regente
- CONSTANTE II (Constantino) Heraclio el Barbudo 641-668
- CONSTANTINO IV 668-685
- JUSTINIANO II Rinotmeta 685-695

- LEONCIO (León) 695-698
- TIBERIO III Apsimar 698-705
- JUSTINIANO II Rinotmeta (de nuevo) 705-711
- FILÍPICO BARDANES 711-713
- ANASTASIO II Artemio 713-715
- TEODOSIO III 715-717
- LEÓN III el Sirio («Isaurio») 717-741
- CONSTANTINO V (Coprónimo) 741-775
 Artavaso, emperador rival en Constantinopla 741-743
- LEÓN IV el Jázaro 775-780
- CONSTANTINO VI el Cegado 780-797
 Irene la Ateniese, regente
- IRENE la Ateniese 797-802
- NICÉFORO I el Logoteta general 802-811
- ESTAURACIO 811
- MIGUEL I Rhangabe 811-813
- LEÓN V el Armenio 813-820
- MIGUEL II el Amorío 820-829
- TEÓFILO 829-842
- MIGUEL III el Beodo 842-867
 Teodora, regente 842-856
- BASILIO I el Macedonio 867-886
- LEÓN VI el Sabio 886-912
- ALEJANDRO 912-913
- CONSTANTINO VII Porfirogénito 913-959
 Nicolás el Místico, regente 913-914
 Zoe Carbonopsina, regente 914-920
 Romano II Lecapeno, emperador asociado 920-944
- ROMANO II Porfirogénito 959-963
- BASILIO II Bulgaróctono 963-1025
 Teófano, regente 963
 Nicéforo II Focas, emperador asociado 963-969
 Juan I Tzimisce, emperador asociado 969-976

CONSTANTINO VIII Porfirogénito	1025-1028
ROMANO III Argiro	1028-1034
MIGUEL IV el Paflagonio	1034-1041
MIGUEL V el Kalafates	1041-1042
ZOE Porfirogénita	1042
CONSTANTINO V Monomaco	1042-1055
TEODORA Porfirogénita	1055-1056
MIGUEL VI Bringas	1056-1057
ISAAC I Comneno	1057-1059
CONSTANTINO X Ducas	1059-1067
MIGUEL VII Ducas	1067-1078
Eudoxia Macrembolitisa, regente	1067-1068
Romano IV Diógenes, emperador asociado	1068-1071
NICÉFORO III Botaniates	1078-1081
ALEJO I Comneno	1081-1118
JUAN II Comneno	1118-1143
MANUEL I Comneno	1143-1180
ALEJO II Comneno	1180-1183
Andrónico Comneno, regente	1182-1183
ANDRÓNICO I Comneno	1183-1185
ISAAC II Ángel	1185-1195
ALEJO III Ángel	1195-1203
ISAAC II Ángel (de nuevo)	1203-1204
Alejo IV Ángel, emperador asociado	
Alejo III Ángel, emperador rival en Tracia	
ALEJO V Ducas Murzúflo	1204
Alejo III Ángel, emperador rival en Tracia	
ALEJO III Ángel (en Tracia)	1204
<i>Véase también Emperadores de Trebisonda y Emperadores latinos</i>	
TEODORO I Láscaris (en Nicea)	1205-1221
JUAN III Ducas Vatatzes (en Nicea)	1221-1254
Teodoro Ducas, emperador en Tesalónica	1224-1254
Juan Ducas, emperador en Tesalónica	1237-1242

TEODORO II Láscaris (en Nicea)	1254-1258
JUAN IV Láscaris (en Nicea)	1258-1261
Miguel VIII Paleólogo, emperador asociado en Nicea	1259-1261
MIGUEL VIII Paleólogo (en Constantinopla)	1261-1282
ANDRÓNICO II Paleólogo	1282-1328
Andrónico III Paleólogo, emperador asociado	1321-1328
ANDRÓNICO III Paleólogo	1328-1341
JUAN V Paleólogo	1341-1376
Ana de Saboya, regente	1341-1347
Juan VI Cantacuceno, emperador asociado	1347-1354
ANDRÓNICO IV Paleólogo	1376-1379
JUAN V Paleólogo (de nuevo)	1379-1391
Juan VII Paleólogo, emperador rival en Constantinopla	1390
MANUEL II Paleólogo	1391-1425
JUAN VIII Paleólogo	1425-1448
CONSTANTINO XI Paleólogo	1449-1453

EMPERADORES DE TREBISONDA (1204-1461)

ALEJO I Comneno	1204-1222
ANDRÓNICO I Gido Comneno	1222-1235
JUAN I Axukh Comneno	1235-1238
MANUEL I Comneno	1238-1263
ANDRÓNICO II Comneno	1263-1266
JORGE Comneno	1266-1280
JUAN II Comneno	1280-1297
Teodora Comnena, emperatriz rival hacia	1284
ALEJO II Comneno	1297-1330
ANDRÓNICO III Comneno	1330-1332
MANUEL II Comneno	1332
BASILIO Comneno	1332-1340
IRENE Paleologina	1340-1341
ANA Comnena	1341

MIGUEL Comneno	1341
ANA Comnena (de nuevo)	1341-1342
JUAN III Comneno	1342-1344
MIGUEL Comneno (de nuevo)	1344-1349
ALEJO III Comneno	1349-1390
MANUEL III Comneno	1390-1416
ALEJO IV Comneno	1416-1429
JUAN IV Comneno	1429-1459
DAVID Comneno	1459-1461

EMPERADORES LATINOS (1204-1261)

BALDUINO I de Flandes	1204-1205
ENRIQUE de Flandes	1206-1216
PEDRO de Courtenay	1217
YOLANDA	1217-1219
ROBERTO de Courtenay	1221-1228
JUAN de Brienne	1228-1237
BALDUINO II de Courtenay	1237-1261

Índice analítico y de nombres

Abásida, Califato, 135, 137, 189, 196
 Aborto, 15, 62, 132
 Acacio (patriarca de Constantinopla), 73
 Acacio, cisma de, 73, 76-77
 Academia de Atenas, 65
 Ácimo, pan, 163, 192, 203, 227
 Acropolites, Jorge, 270
 Acueductos, 139, 149
 Acuñaición, 19-21, 28-30, 36, 55, 75, 126,
 141-142, 149, 189
 alteración de, 203, 205-207, 243-244,
 246
Véanse también *Follis*; *Hyperpyron*;
Nomisma; *Solidus*
 Administración pública, *véase* *Burocracia*
 Adrianópolis (actual Edirna), 44, 139, 157,
 250, 253, 266
 ducado de, 174
 Adulterio, 21, 36, 60, 62, 104
 África (actuales Túnez y Argelia):
 ataques árabes en, 119, 124-125
 ataques moros en, 83, 89, 90, 94, 97
 bajo régimen árabe, 131, 141, 146

bajo régimen vándalo, 49, 71, 78-79
 conquista árabe de, 127-128, 137
 conquista bizantina de, 79-81, 87, 96-
 97
 ejército de, 79, 97, 118, 122, 138
 exarado de, 113, 119, 121-123, 127-
 128
 Agatias de Mirina, 106-107
 Agustín de Hipona, 272
 Alanos, 244-245
 Alarico (rey visigodo), 47
 Albaneses, 240, 242, 244-245, 248, 250,
 257-258, 281-283
 Alejandría, 27, 35, 37, 54, 96, 100
 conquista árabe de, 118-119, 147
 conquista persa de, 115
 escuelas de, 65, 147
 patriarcado de, 51, 54, 64, 66, 146
 población de, 58
 Alejandro (emperador, 912-913), 167
 Alejandro Magno, 22
 Alejo I Comneno (emperador de Trebi-
 sonda, 1204-1222), 235, 237, 241

- Alejo I Comneno (emperador, 1081-1118), 205-211, 213, 219-223, 225, 227-229, 231-232
- Alejo II Comneno (emperador, 1180-1183), 214-216
- Alejo III Ángel (emperador, 1195-1203 y 1204), 216, 222, 235, 237-238, 241
- Alejo IV Ángel (emperador, 1203-1204), 217
- Alejo V Ducas Murzuflo (emperador, 1204), 217-218, 235, 237
- Alepo, 170, 211
- emirato de, 169, 174, 176, 179-180, 182, 184, 201
- Alí (califa árabe), 120, 125
- Alianza Atlántica, 283, 285
- Almacenes militares, 122, 142
- Alp Arslan (sultán selyúcida), 204
- Amadeo VI de Saboya, 253
- Amalfi, 184
- Amiano Marcelino, 65
- Amorion, 159
- Ana (hermana de Basilio II), 177
- Ana de Saboya (esposa de Andrónico III), 249-251, 263
- Anastasio I (emperador, 491-518), 74-78, 80, 87-89, 94, 97-98, 103, 276
- Anastasio II (emperador, 713-715), 129-131, 147
- Anatolia, 28, 30-32, 36, 38, 137, 214-216, 218, 235, 237-239
- actual, 282
- ataques árabes en, 118, 120, 123-124, 126, 128, 131, 133, 136, 138, 140, 153, 161-162, 169
- ataques paulicianos en, 161-163
- ataques persas en, 114-115
- ataques turcos en, 205-206, 209-213, 216, 220, 242, 244-246
- condiciones en, 53, 96, 140, 186, 220, 261-262
- conquista turca de, 206-208, 223, 232, 248, 253, 258-259
- ejércitos en, 121, 123, 129, 134, 176, 204
- Iglesia en, 51, 269
- lenguas de, 22, 53, 95, 137
- magnates de, 143, 185-187, 190, 195, 219-220
- población de, 28, 140, 189-190, 220
- reconquistas bizantinas en, 208-211, 219-220, 222-223, 229
- turcos de, 212-214, 220
- Véase también* Nicea, Imperio de
- Anatólico, thema, 121-122, 129-130, 133, 140, 157-159
- Ancia (actual Ankara), 159, 256
- Andrónico I Comneno (emperador, 1183-1185), 212, 214, 222, 235
- Andrónico II Paleólogo (emperador, 1282-1328), 244-247, 261-263, 267, 271
- Andrónico III Paleólogo (emperador, 1328-1341), 246-248, 261-263
- Andrónico IV Paleólogo (emperador, 1376-1379), 253-254
- Ángel, familia, 237
- Ani, 182
- Anibaliano (sobrino de Constantino I), 38, 40
- Antemio (consejero de Arcadio), 48
- Antioquia (actual Antakya), 27-28, 35, 40, 43, 54, 75, 96, 170, 205-206, 208-210
- conquista árabe de, 147
- conquista persa de, 113
- ducado de, 174-175, 177
- escuelas de, 65
- patriarcado de, 51, 54, 64, 66, 146, 229
- población de, 58
- principado de, 209-213
- reconquista bizantina de, 172-173
- saqueo persa de, 80, 99
- Antitaurus, montañas, 140, 143, 183, 186
- Antología Palatina, 193-194
- Antonio, san (monje), 63-64
- Apocauco, Alejo, 249, 250
- Árabe (lengua), 189, 230
- Árabes, 117, 124, 142-143, 146-147, 151, 163, 185-186, 189, 230
- actuales, 283
- ataques a Constantinopla, 124, 129, 130, 131
- ataques a Sicilia, 158

- ataques a Tesalónica, 166
- ataques bizantinos a, 125-126, 127, 162, 164, 166-173, 184, 185, 187-188
- ataques en África, 124, 125, 127-128
- ataques en Anatolia, 118, 120, 123-124, 126-127, 131, 133, 136, 138, 140, 153, 159-162, 169, 177
- conquista de Armenia, 120, 123, 126, 128
- conquistas de Egipto y Siria, 117-119
- Creta bajo dominio de, 158-159, 161, 166-167, 169, 171
- guerras civiles, 124, 134-135, 179, 189
- Árabes, numerales, 272
- Aragón, 145
- Arbogasto (general en Occidente), 45
- Arcadio (emperador, 393-408), 45-48, 50, 56
- Ardaburo (general de León I), 71
- Ariadna (esposa de Zenón), 71, 74, 77
- Aristocracia:
- antes del siglo VII, 56-57, 98-99, 142, 147
- del siglo VII al XII 56-57, 98-99, 149, 168-169, 186-188, 190, 221-222, 223-224, 231-233
- paleóloga, 263, 265, 270
- Aristóteles (filósofo), 228, 230
- Armenia, 66, 144, 219
- actual, 281, 281-285
- bajo régimen árabe, 120, 123, 124, 126, 128, 162, 169, 173
- bajo régimen persa, 38, 40, 43, 90-91, 113-116
- cilicios de, 220
- conquistas bizantinas en, 166, 168, 172-173, 175-176, 179, 183-186
- ejército de, 77-78, 97, 121
- Estados independientes de, 174-175, 179, 182, 212-213, 220
- Iglesia de, 120, 203, 227, 229
- protectorado bizantino sobre, 30, 44, 91-92, 120, 126, 185
- Véase también* Armenios, temas
- Armeniacos, thema, 121, 126, 130, 133, 140, 156, 159
- Armenio (lengua), 65-66, 95, 106
- Armenios, temas, 172, 203-206, 222
- Arqueología, 58, 96, 99-100, 140, 149
- Arquitectura, 66, 106-108, 149, 195-196, 231-233, 272-273
- Arrianismo, 38-42, 44, 47, 52, 57, 63, 67, 102
- Arrio (presbítero), 37
- Arsenio Autorianos (patriarca de Constantinopla), 243
- Arta, 260, 264, 266, 270
- Artavaso (usurpador en época de Constantino V), 133-135
- Arte, 66, 88, 106, 108, 149, 151, 195, 231-233, 272-274, 285
- Artemio, *véase* Anastasio II
- Asen II, Juan (emperador búlgaro), 138-139
- Asia, diócesis de, 53
- Aspar (general en época de León I), 50-52, 56, 69, 71, 75
- Atalia (actual Antalia), 190
- Atanasio, san (obispo de Alejandría), 37-38, 42-43, 64
- Atenas, 65, 147-148, 181, 233
- ducado de, 246, 248
- Atila (rey de los hunos), 49-50
- Atos, monte, 192, 228, 248, 269
- Atropatene (actual Azerbaijani), 115-116
- Augustaeum, 55
- Augusto (título), 27-28, 32, 41
- Ávaros, 86, 91-94, 108, 114-117, 130, 136-137, 139-140, 144, 147
- Avión, 272
- Aydin, emirato de, 248, 250
- Ayuntamientos, 29, 42-43, 46, 57, 88, 98-99, 103
- Azerbaijani (actual), 284
- Azules (bando), 75, 77-79, 99, 113, 139
- Baal (dios), 60
- Bagdad, sultanato de, 176-177
- Balcenas, montañas, 259, 262
- Balcenas, primera y segunda guerra de los, 282, 284
- Balduno I de Flandes (emperador latino), 237-238

Balduino II de Courtenay (emperador latino), 241, 243
 Baleares, islas, 79
 Bandum (*plural* banda), 160
 Baños, 58, 62, 100
 Bárbaro (término), 15
 Bardas (césar en época de Miguel III), 162, 193
 Barlaán de Calabria, 269, 272
 Basílica, 165, 167, 193
 Basilio de Cesarea, 62-65, 104
 Basilio I el Macedonio (emperador, 867-886), 162-165, 183-184, 136-137
 Basilio II Bulgaróctono (emperador, 963-1025), 171, 175-183, 185-187, 189, 191, 195-196, 199, 201, 204, 206, 230, 281
 Basílico, 71-72, 93
 Bautismo, 36, 44, 104
 Bayaceto I (sultán otomano), 254-256
 Bela III (rey de Hungría), 213-215
 Belisario (general en época de Justiniano I), 77-85, 95, 97, 105
 Berytus (actual Beirut), 175
 Besarión (cardenal), 272
 Biblia, 65, 106, 148, 196
 Biblos, 175
 Biellorussia, 283, 285
 Biografía, 64
 Bizancio (posteriormente Constantinopla), 13, 33, 35, 52, 54
 Bizantino, Imperio (término), 13, 52, 54
 Blachernae, palacio, 232
 Blemides, Nicéforo, 270-271
 Bogomilos, 229
 Bohemundo (príncipe de Antioquia), 209-210
 Bonifacio de Montferrat (rey de Tesalónica), 237
 Bonifacio IX (papa), 256
 Boris I Miguel (kan búlgaro), 162
 Boris II (emperador búlgaro), 174, 176
 Bosnia (actual), 284
 Boucicault (mariscal de Francia), 255
 Bracamio, Filareto, 205-208, 222
 Branas, Alejo, 216
 Bucelarios, thema, 136, 140, 159
 Bucyes, 189

Bulgaria:
 actual, 281-284
 ataques a Tracia, 129, 156-158, 237, 242, 245-248
 ataques rusos a, 172-174
 bajo régimen bizantino, 188, 201, 204-205, 215, 219
 bajo régimen otomano, 255, 257-258
 conquista bizantina de, 174-175, 180-185, 187-188
 conquista otomana de, 253
 ducado de, 182, 185
 guerras bizantinas con, 135, 136, 157, 162, 165-168, 176-177, 184, 243
 Iglesia de, 162-165, 191, 229, 258-259, 267, 269
 Imperio restaurado de, 216, 237-240, 249-252, 260, 265-267
 Imperio y kanato de, 125, 141, 185, 189, 196
 tratados bizantinos con, 128, 130-131, 158-159, 161-162, 168
 Búlgaros, 75, 78, 83, 125
Véase también Bulgaria
 Burocracia, 55-56, 65, 98, 105, 139, 142, 188-189, 191, 196, 199, 223-224, 228, 264, 270-271
 en época de Constante II, 123
 en época de Diocleciano, 29-31
 en época de Justiniano I, 77-78
 incremento de la, 29, 139, 188, 190
 Calabria, 124, 133, 272
 Calcedonia, 51, 135
 Concilio de, 51, 61, 64, 73-74, 77, 83, 86, 95, 102-103, 120
 Caldía, ducado de, 158, 174
 Califas, 117
 Calipolis (actual Gallipoli), 252-253, 256, 262
 Canónica, ley, 104, 126, 146, 166
 Cantacuceno, Helena (esposa de Juan V), 250
 Cantacuceno, Manuel (hijo de Juan VI), 251-252
 Cantacuceno, Mateo (hijo de Juan VI), 252

Cantacuceno, partidarios, 249-250, 268, 271
 Cañones, 258
 Capadocia, 171, 232
 Capitalismo, 283
 Caput, 28
 Carabisiano, thema, 121-122, 126, 128, 130, 140
 Carlomagno (emperador franco), 156
 Carlos de Valois, 246
 Carlos I de Anjou (rey de Sicilia), 243-245
 Carlos II (rey de Nápoles), 244-245
 Carlos VI (rey de Francia), 255-256
 Cartago, 79, 100, 105, 127
 Cartas, 194, 231, 271
 Castración, 78
 Catalana, Gran Compañía, 245-246, 248, 258-259, 264-265
 Cáucaso, montañas, 115
 Cefalonía, thema de, 156
 Celibato, 62, 104
 Censo, 28-29, 156, 277
 Cerdeña, 79
 thema de, 128, 131
 César (título), 25, 27, 31-32, 36, 38, 41-42, 71, 89, 162, 264
 Chándax (actual Iráklion), 170
 China, 100, 190, 225, 251, 265
 Chipre, 126, 140, 172, 207, 211, 215-216, 266, 283
 Cibirreos, thema, 140, 176, 186
 Cicerón (orador), 272
 Cidones, Demetrio, 271
 Ciencia, 148, 230, 271-272, 285
 Cilicia, 172, 186, 220, 222
 Cirílico, alfabeto, 162
 Cirilo (Constantino), san (misionero en Moravia), 162
 Cirilo, san (obispo de Alejandría), 49
 Cisma de 1054, 203, 212-213, 226, 230, 239, 242-243, 268, 285
 Ciudades, 16, 42, 103, 249
 declive de, 88, 100, 109, 141-143, 275
 espectáculos en, 58, 88, 100, 140, 147
 población de, 57-58, 88
 recuperación de, 185-186, 190, 217-220, 224-226, 263, 265-266

romanas, 22-23
Véase también Urbanización
 Cleisurae, 160, 187
 Climata, thema de los, 160
 Comercio, 23, 36, 53, 58, 96, 100-101, 142, 186, 189-190, 218, 222, 225-226, 260, 263, 265
 aranceles, 207, 220, 225, 265
 con Bulgaria, 165
 con China, 100, 190, 225, 251, 265
 con India, 54, 101, 190, 225
 con los árabes, 142
 con los italianos, 190, 207, 220, 225-226
 con los mongoles, 265
 con los rusos, 190, 225
 con los turcos, 225
 con Persia, 54
 en el Imperio Otomano, 282
 Comes rei private, 39, 122
 Comes sacrum largitionum, 39, 122
 Comnena, Ana, 210, 231
 Comneno, familia, 206, 210-211, 214, 227, 235, 260
 Comneno, Isaac (hermano de Juan III), 211, 214
 Comneno, Isaac (hijo de Juan II), 211-212
 Comneno, Isaac (sobrino de Manuel I), 215
 Cómodo (emperador romano), 19
 Comunismo, 283-285
 Conde de un *bandum*, 160
 Coniastes, Nicetas, 231, 270-271
 Constancio I (emperador de Occidente), 28, 31-33, 42
 Constancio II (emperador, 337-361), 38, 41, 45, 56, 103
 Constante I (emperador de Occidente), 38, 41
 Constante II (emperador, 641-668), 119-123, 130, 143, 145
 Constantina (esposa de Mauricio), 111
 Constantino I (emperador, 324-337), 32-41, 55, 60-61, 64, 66, 103, 114, 125, 135, 155
 Constantino II (emperador de Occidente), 38, 40-41
 Constantino III (emperador, 641), 119

- Constantino IV (emperador, 668-685), 120, 124-125, 130
- Constantino IX Monomaco (emperador, 1042-1055), 201-204, 206, 221-223, 227-228, 232
- Constantino Tich (emperador búlgaro), 240-242
- Constantino V Coprónimo (emperador, 741-755), 134-139, 143, 145-146, 151, 157, 183
- Constantino VI (emperador, 780-797), 153-155
- Constantino VII Porfirogénito (emperador, 913-959), 167-170, 186, 193-194
- Constantino VIII (emperador, 1012-1028), 167-170, 175-176, 199
- Constantino X Ducas (emperador, 1059-1067), 204, 227-228
- Constantino XI Paleólogo (emperador, 1449-1453), 258
- Constantinopla (actual Estambul), 13, 54, 95-96, 139, 141
- actual, 282, 284
- ataques a, 85, 93, 115, 124, 128-131, 134, 144, 157-158, 217, 255-256
- comercio en, 53, 96, 141, 185, 188, 207, 225, 241, 266
- Concilio de (381), 45, 85, 124-125
- Concilio de (680-681), 129
- conquista cruzada de, 217-218, 235, 270
- conquista otomana de, 258-259, 262
- crecimiento de, 38-39, 42, 53-54, 59, 95, 108
- escuelas de, 65, 147-148, 191, 270-271
- fundación de, 35, 40, 66
- murallas de, 48, 254-255, 259
- patriarcado de, 45, 51, 54, 69, 95, 133, 164, 213, 227-228, 238, 256-257, 258, 261, 267-268, 285
- población de, 57-58, 81-82, 139, 185, 188, 218, 224, 266
- reconquista bizantina de, 238-239, 241-242, 258-259, 261, 270-271
- revueltas en, 79, 99, 169, 201, 215, 249, 252
- venecianos en, 207, 225
- Consulado, 56
- Copto (lengua), 22, 65, 95-96, 106
- Cora, monasterio de, 272
- Córcega, 79
- Corippo (poeta), 106
- Corrupción, 31, 39, 43, 47, 51-52, 56, 59, 75, 78, 87, 98, 101-102, 175, 188, 203-204, 215, 264-265
- actual, 283
- Cosmas I de Jerusalén (patriarca de Constantinopla), 227
- Cosroes II (rey persa), 91, 93, 113-116
- Creta, 127, 158-159, 171, 183-184, 208, 262
- emirato árabe de, 158, 161, 166, 170-171
- tema de, 171
- Crimea, 78, 86, 127-128, 140, 160, 177, 190, 251, 260, 265
- Crisafio (oficial bajo Teodosio II), 49, 50
- Crisópolis, 179
- Crispo (hijo de Constantino II), 33, 35, 38
- Cristianismo, 14-16, 285
- expansión del, 21, 30-31, 33, 36, 39-40, 52, 60-67, 95, 162, 164, 177, 191-192, 196
- moralidad del, 22, 36-37, 61-62, 285
- persecución del, 21, 30-31, 32
- Véanse también Iglesia; Teología
- Croatas, 181, 184, 282-283
- Cruz Verdadera, 115-117
- Cruzada, 208, 229, 233, 267, 284
- cuarta, 217-220, 222-223, 231, 237, 262-263, 265, 267, 270-272, 284
- de Amadeo de Saboya, 253
- de Carlos de Anjou, 243
- de Carlos de Valois, 246
- de Nicópolis, 255
- de Varna, 258-268
- primera, 208-211
- segunda, 212-213
- tercera, 215-216
- Ctesifonte, 30, 43, 90, 92, 116-117
- Cuádrigas, carreras de, 75, 139
- Cumanos, 208, 211
- Curcuas, Juan, 168-169
- Cycico, 124

- Dacia, 20
- diócesis de, 53
- Dafne (monasterio), 233
- Dalasena, Ana, 207
- Dalmacia, 140
- Dalmacio (césar en época de Constantino I), 38, 40
- Danubio, río, 27, 30, 35, 39, 41, 58, 90-93, 96, 125, 181
- Dara, 76, 89-91, 94, 113
- Declive, 13-19, 23
- Decuriones, 37, 98, 100, 105, 142, 147
- Democracia, 282-285
- Demóstenes, 148
- Derecho, véase Leyes
- Desnudo, 62, 100
- Despota (título), 239, 264
- Diccionarios, 193-194
- Didymotico, 250
- Digenis Akritas, 195, 231
- Diócesis, 29-30, 53, 81
- Diocleciano (emperador, 284-305), 13, 20, 23, 25-33, 35, 39, 52, 54-56, 61, 66, 95, 184, 278
- Diocles (nombre de Diocleciano), 20-25, 31
- Dionisio (dios), 21
- Dionisio el Aeropagita, 106
- Dióscoro (patriarca de Alejandría), 50-51
- Dirtraquio (actual Durrës), 181-182, 207, 209, 238, 240, 245
- tema de, 160
- Discontinuidad (término), 14
- Dispensas, 104
- Divorcio, 21, 36, 62, 104, 132
- Docencia, 66, 88, 104-106, 108, 147-149, 191-194, 196, 226-230, 269-274, 282
- Domésticos, 134
- de los Scolae, véase Scolae
- de Oriente y de Occidente, 170, 188, 223
- Domingo de la Ortodoxia, 161
- Domingo, 36
- Donativos, 55
- Distra, 174
- Drongario, 138
- Drongo, 138, 160
- Ducados, 174
- Ducas, familia, 204, 206, 227, 247, 260, 263
- Ducas, Juan, 209
- Duques, 29, 174, 188, 223
- Ecloga, 132, 146, 149
- Ecuménicos, concilios, 37, 257. Véanse también Calcedonia; Constantinopla; Éfeso; Florencia; Lyon; Nicea
- Edesa (actual Urfal), 169, 173, 176, 185, 201, 205-206, 212
- Éfeso, 50, 54
- bajo régimen bizantino, 246-251, 253, 262
- bajo régimen serbio, 251-252
- Concilio de (431), 50-51, 62
- Concilio de (449), 50-51
- en época de Miguel I Ducas, 237-238
- en época de Miguel II Ducas, 238-240, 242-243
- en época de Niceforo I Ducas, 244-245
- Epiro, 252, 259-261, 263-264, 267, 272
- epistolografía, véase Cartas
- Egipto, 22-23, 27, 30-31, 38, 113, 184-185, 217
- bajo régimen árabe, 131, 141, 146, 174-175
- condiciones en, 54, 96
- conquista árabe de, 118-120, 144
- conquista persa de, 114-116
- diócesis de, 54
- Iglesia en, 51, 54, 63, 77, 96, 117-118, 257
- peste en, 81, 96, 101
- Véase también Fatimi, califato
- Ejército, 53, 55, 59, 97, 138, 186-188, 190, 203-204, 206, 211, 222-223, 233, 249, 263-264
- caballería en, 166, 171, 187, 265
- de campaña (móvil), 39-40, 43-44, 46, 52, 55, 74-77, 83, 88, 97, 121, 137-138
- en época de Alejo I, 207-210, 223
- en época de Anastasio II, 74-76
- en época de Andrónico II, 245-247, 264-265

- en época de Constante II, 120-123
 en época de Constantino I, 21, 38-39
 en época de Constantino IX, 201-203, 206, 222
 en época de Diocleciano, 28-31
 en época de Juan I, 174, 188
 en época de León VI, 165-166, 187, 192
 en época de Manuel I, 212-213, 222
 en época de Miguel VIII, 242-244, 264
 en época de Nicéforo I, 156-157, 187
 en época de Nicéforo II, 171
 en época de Teófilo, 159-160, 186-187
 fronterizo (guarnición), 39, 44, 55, 76, 83, 87, 97, 137
 mercenarios en, 203, 205-209, 222-223, 245, 259, 262
 pagas del, 277-278
 romano, 20, 22-23, 25, 27
 dimensiones de, 29, 97, 118, 138, 187-188, 203, 208, 276-280
Véanse también *Themas*
 Enrique de Flandes (emperador latino), 238
 Enrique IV (rey de Inglaterra), 256
 Enrique VI (emperador germánico), 216
 Época oscura, 14, 16, 144, 191-193
 Esclavitud, 59, 142-143
 Esclavos, comercio, 225, 265
 Escuelas, 58, 65, 106, 148, 191, 229-230, 270-271, 273-274
Véase también *Docencia*
 Esclavo (lengua), 78
 Eslavos, 78
 asentamientos en los Balcanes de, 113-114, 137, 139-140, 147, 158
 ataques bizantinos a, 126-127, 135, 153, 157, 159, 183-185
 Balcanes atacados por, 78, 83, 91-93, 96, 101, 116, 124
 conversión al cristianismo de, 162, 191, 196
 Esmirna (actual Izmir), 248
 Esparta, 262
 Especies, comercio, 101, 190, 225
 Estadísticas, 275-281
 Estados nacionales, 282-283
 Estauracio (consejero en época de Irene), 153, 155
 Estauracio (emperador, 811), 157
 Esteban el Joven, san, 136
 Esteban I (patriarca de Constantinopla), 163
 Esteban Urosh IV Dushan (emperador serbio), 249-252, 265
 Estilicón (general en Occidente), 47
 Estratega (rango), 123, 138, 142
 Etiopía, 81, 101
 Eubea, 252
 Eudoxia (esposa de Arcadio), 48, 63
 Eudoxia (esposa de Constantino X), 204-205, 227
 Eudoxia Ingerina, 161-163
 Eugenio (emperador de Occidente), 45
 Eugenio IV (papa), 257
 Europea, Unión, 283-285
 Eusebio de Cesarea, 64
 Eusebio de Nicomedia, 38, 41
 Eutimio I, san (patriarca de Constantinopla), 166-167, 192
 Eutropio (burócrata en época de Arcadio), 47, 56
 Exarcados, 113, 235
 Excubitoris, 71, 76, 78
 tagma de, 134, 135, 158
 Familia, nombres de, 147, 156-157
 Fatimí, califato, 174-175, 179-182, 185
 Fausta (esposa de Constantino II), 38
 Federico I Barbarroja (emperador germánico), 216
 Felipe de Suabia (rey de Germania), 216-217
 Ferrara-Florescia, Concilio de, *véase* *Florescia*
 Filadelfia (actual Alasehir), 253
Filique, 163, 193
 Filípico Bardanes (emperador, 711-713), 128-130
 Filípópolis (actual Plovdiv), 250
 Filsofía, 61-62, 65, 148, 228-230, 270-273, 285
 Filoteo Coccino (patriarca de Constantinopla), 268

- Flaviano (patriarca de Constantinopla), 50
 Florencia, Concilio de, 257, 268-270, 272
 Focas (emperador, 602-610), 93, 113, 116, 127, 142-143
 Focas, Bardas, 174, 176-179, 182, 187
 Focas, familia, 186-187
 Focas, León, 170
 Focas, Nicéforo, 182
 Focio, cisma de, 162-163, 192
 Focio, san (patriarca de Constantinopla), 162-163, 165, 192-193
Bibliotheca de, 193
 Follis, 75
 Francia, 213, 255
 Franco, Reino, 137, 151, 155-156, 197
 Fravita (general en época de Arcadio), 47-48
 Gabriel Radomiro (emperador búlgaro), 181
 Gaeta, 184
 Gáinas (general en época de Arcadio), 47, 52
 Galerio (emperador, 305-311), 28-33
 Galilea, 175
 Galo (césar en época de Constancio II), 41
 Gelimer (rey vándalo), 79
 Genadio II Escorialio (patriarca de Constantinopla), 268
 General, logoteta, 122, 188
 Génova, 226, 241, 245-248, 250-251, 253-254, 256-257, 258-259, 265-266
 Georgia, 182, 184, 257, 260, 267, 269, 283
 Germánico, Imperio, 172, 174, 212-213, 216-217, 241, 256
 Germano (general en época de Justiniano I), 84
 Germano (general en época de Mauricio), 93, 111
 Germano I, san (patriarca de Constantinopla), 132, 145, 148
 Germanos, 15, 19, 23, 41, 44, 47, 86
 Gibbon, Edward, 14, 18
 Gimnasios, 62, 100
 Gladiadores, 36, 55, 62
 Godos, 41, 44, 46, 67
 Graciano (emperador de Occidente), 44-45
 Gran chambelán, 188
 Gran doméstico, 223, 264
 Gran duque, 223, 264
 Gran logoteta, 264
 Gran Palacio, 55, 195
 Grandes Comnenos, 260, 263
 Grano, comercio, 54, 58, 79, 81, 141-142
 Grano, distribución, 35, 114
 Grecia, 121, 133, 135, 217-218, 235, 237, 241, 248, 254
 actual, 282-285
 ataques búlgaros a, 177, 179-180
 ataques normandos a, 207, 212, 215-216
 bajo régimen latino, 237, 240, 249, 261
 clásica, 226, 233, 271-272
 condiciones en, 53-54, 96, 140, 185, 220, 225, 262
 conquista otomana de, 257
 Iglesia de, 95-96
 invasión eslava de, 90, 96, 100
 recuperación bizantina de, 156, 183, 187-188, 248, 262
 Grégoras, Nicéforo, 271
 Gregorio de Nisa, 63
 Gregorio IX (papa), 243
 Gregorio Nacianceno, 63-65
 Griego (lengua), 14, 22-23, 25, 46, 60, 65-66, 74, 95-96, 137, 189, 200, 262, 266, 281
 clásico, 14, 105, 148, 194
 coloquial, 106, 194
 en Anatolia, 22, 35, 53-54, 95, 266
 en Egipto, 53-54, 96
 en Iliria, 27
 en Italia, 105, 133, 184, 272
 en las leyes, 131
 en Occidente, 105
 en Siria, 53-54, 96
 en Tracia, 35, 53-54, 95, 266
 Griego, fuego, 124, 131, 158
 Guardia, tagma de la, 134
 Guerra santa, 284
 Guillermo de Villehardouin, 241-242, 262

Hades, 231
 Hagiografía, 106, 145, 148, 194
 Hamíticas, lenguas, 54, 95
 Hélade, thema de, 126, 156
 Helena, santa (madre de Constantino I), 33, 62
Henoticon, 73-74
 Heraclio (emperador, 610-641), 113-119, 137, 143-145, 148-149
 Heraclio el Viejo, 113
 Heraclonas (emperador, 641), 119
 Hércules (dios), 27
Hercutius (título), 27
 Hermes (dios), 21
 Hesicasmo, 248-249, 257, 268
 Hicanati, tagma de los, 156
 Hieria, Concilio de, 135, 157
 Himnos, 148
 Hipódromo (de Constantinopla), 55, 59, 62, 139
 Hipódromos, 100
 Hispania, 84, 86, 89-90, 94, 96-97, 138
 ejército de, 97
 Historiografía, 64, 105, 148, 194-195, 231, 271, 273
 Hitler, Adolf, 283
 Homero (poeta), 14, 148
 Homosexualidad, 15, 21, 61, 132
 Honorio (emperador de Occidente), 46, 48
 Hosius Lucas (monasterio), 233
 Hungría, 184, 210, 214, 219, 242, 252, 255, 257
 Hunos, 44, 48-51, 53, 67, 75, 85
 Hunos blancos, 50
 Hyperpyron (*plural* hyperpyra), 208, 239, 245, 261, 278
 Iberia, 30, 43-44, 91, 115, 125-126, 176-177, 179-180, 185
 ducado de, 180-182
 Iconium (actual Konya), 213
 Iconoclasia, 136, 144, 151, 192, 194-195, 229
 condena de, 155-156, 161, 192, 196
 Constantino V e, 134-136, 146
 León III e, 131-132, 146
 León V e, 157, 192
 Teófilo e, 159-160, 192
 Iconos, 131-135, 145-146, 151, 191, 196, 233
 Iglesia, 101-105, 144-145, 191-192, 227-230, 243-245, 259-260, 265, 267-269, 274. Véanse también Cristianismo; Monacato; Teología
 Ignacio, san (patriarca de Constantinopla), 162-163, 165, 192
 Iliria (Balcanes), 25, 53, 55, 58, 67, 77, 80, 96, 100
 ataques eslavos en, 83, 93, 113
 ataques hunos en, 48, 50
 ejército de, 46-48, 78-79, 90, 121
 en el Imperio Romano de Occidente, 40, 43-45, 73, 279
 en el Imperio Romano de Oriente, 27, 30-33, 35, 38, 40, 43-44, 46, 278
 Iglesia en, 51
 ostrogodos en, 45, 71, 73
 prefectura de, 46, 53
 visigodos en, 47
 Ilirio (lengua), 22, 95
 Illo (general en época de Zenón), 72-73, 98
 Imperial, flota, 164, 167, 176, 187
 Imperiales, Estados, 58-59, 121, 138-139, 179, 188, 203-204, 227, 280
 Impuestos, 46, 56-60, 88, 98, 122, 143, 149, 188, 201, 222, 265, 277-278
 en Bulgaria, 201
 en época de Alejo I, 207, 221
 en época de Anastasio I, 74-76, 98
 en época de Andrónico II, 246-247, 264
 en época de Basilio II, 181-183
 en época de Constancio II, 42
 en época de Diocleciano, 28, 30-31, 52, 56
 en época de Manuel I, 212
 en época de Nicéforo I, 156, 160, 189
 en época de Romano I, 169
 en época de Valente, 43
 India, 54, 101, 190, 225
 Indoeuropeas, lenguas, 54
 Indulgencias, 104
 Inflación, 20, 28-31, 43, 203

Inglaterra, 256
 Ingresos estatales, véase Presupuesto
 Inocencio IV (papa), 239
 Irene (emperatriz, 797-802), 136, 153, 155-156, 158-159, 183, 195
 Irene (esposa de Juan VI), 250
 Isaac I Comneno (emperador, 1057-1059), 204, 206, 227-228
 Isaac II Ángel (emperador, 1185-1185 y 1203-1204), 215-217, 237
 Issauros, 69, 71-72, 74-76, 106
 Italia:
 angevinos en, 243
 bajo régimen lombardo, 88-91, 94, 97, 100, 125
 bajo régimen ostrogodo, 73, 79-87
 conquista bizantina de, 79-86, 96-100
 ejército de, 86, 88, 97
 en el Imperio Romano de Occidente, 27, 38, 45, 72-73
 en época de Odoacro, 72-73
 exarcado de, 113, 120-123, 125-128, 135, 137, 140
 normandos en, 202-207, 209, 212, 214-217, 228, 233
 posesiones bizantinas en el sur de, 124-125, 133, 172, 182-184, 202
 Renacimiento, 18, 226-227, 255-256, 269, 272-274
 Véanse también Papado; Sicilia
 Italiano (lengua), 266, 272
Iugum, 28
 Jacobita, iglesia, 83, 85
 Jacobo Baradeo, 83, 85, 89
 Jázaros, 115, 125, 128
 Jerusalén, 114, 117, 175, 208-209
 patriarcado de, 51, 54, 118, 146, 229
 reino de, 209, 213
 Joasaf (nombre monástico de Juan VI), 252
 Jorge de Georgia, 182
 Jorge de Pisidia, 148
 Jorge Syncellus, 194
 Jorremitas, 159-160, 187
 José I (patriarca de Constantinopla), 243-244, 267
 partidarios de, 244, 267
 Joviano (emperador, 363-364), 43
Jovius (título), 27
 Juan (III) Ducas Vatatzes (emperador de Nicea, 1221-1254), 238-241, 260-262, 270-271
 Juan (IV) Láscaris (emperador de Nicea, 1258-1261), 240-242, 263
 Juan de Damasco, 145-148
 Juan el Capadocio, 78, 81-82, 98
 Juan el Limosnero, san (patriarca de Alejandría), 145
 Juan I Crisóstomo, san (patriarca de Constantinopla), 48, 64-65
 Juan I Tzimisce (emperador, 969-976), 169-170, 173-176, 180, 184-186, 189, 195, 223
 Juan II Comeno (emperador de Trebisonda), 244
 Juan II Comneno (emperador, 1118-1143), 210-212, 214, 223, 229, 233
 Juan Italo, 228-230
 Juan Malalas, 106
 Juan Mosco, 145
 Juan Orfanotropeo, 201, 223
 Juan V Paleólogo (emperador, 1341-1376 y 1379-1391), 248-254, 263, 268, 271
 Juan VI Cantacuceno (emperador, 1347-1354), 247-252, 262-264, 269, 271, 273
 Juan VII el Gramático (patriarca de Constantinopla), 159, 161, 192
 Juan VII Paleólogo (emperador, 1390), 254-255, 257
 Juan VIII Paleólogo (emperador, 1425-1448), 257-258
 Juan VIII Xifilino (patriarca de Constantinopla), 227-228
 Juan Vladislav (emperador búlgaro), 181-182
 Juan XIV Galeas (patriarca de Constantinopla), 249-250
 Judíos, 30, 61, 64, 102, 114-115, 131, 185, 281
 Juliano (emperador, 361-363), 41-43, 46, 52, 56, 61, 65, 75, 105
 Juliano, calendario, 271
 Júpiter (dios), 60

- Justiniano I (emperador, 527-565), 76-90, 94-100, 103-108, 125-126, 182, 184, 195
- Justiniano II (emperador, 685-695), 125-130, 133, 146-147, 149
- Justiniano, Código, 77-78, 80-81, 86-87, 165, 193
- Justino I (emperador, 518-527), 76-77, 98
- Justino II (emperador, 565-578), 76-90, 94, 103-104
- Kaloyan (emperador búlgaro), 237
- Kars, 182
- Kavad, 116
- Kosovo (actual), 284
- Kotrigures, 85
- Krum (kan búlgaro), 157
- Latín (lengua), 22-23, 25, 46, 54, 65, 95, 97, 105
- en administración y leyes, 25, 60, 65, 87
- en Bizancio, 148, 272
- en el ejército, 25, 121
- en Iliria, 22, 27, 33, 35, 53, 96
- en la Iglesia, 104, 107-108, 132
- Latino, Imperio, 237-243, 245-249, 259-260, 266-267
- Lazica, 77, 80, 83, 86
- Lecapeno, Basilio, 173-177, 179-180
- Legiones romanas, 276
- León el Diácono, 195
- León el Matemático, 192
- León I (emperador, 457-474), 69, 71-72, 74, 76, 78, 94-98
- León II (emperador, 474), 71, 98
- León III el Sirio (emperador, 717-741), 130-135, 143-146, 149
- León IV el Káizaro (emperador, 775-780), 136-137, 153
- León V el Armenio (emperador, 813-820), 157-158, 186, 191, 194
- León VI el Sabio (emperador, 886-912), 163, 165-167, 183, 187, 192, 195
- Novellas* de, 193
- Táctica* de, 193
- Leonicio (emperador, 695-698), 127-128, 130
- Letra minúscula, 191
- Leyes, 65, 78, 80, 87, 146, 165, 228, 285
- de propiedad territorial, 168-169, 172-173, 180-181, 186-188, 221
- Libanio (orador), 65
- Libano (actual), 283
- Libano, monte, 229
- Licario (mercenario en época de Miguel VIII), 262
- Licinio (emperador, 308-324), 32-33, 35-37
- Literatura, 65, 105-106, 108, 149, 194-195, 230-231, 271-274
- Logoteta militar, 122, 188
- Logotetas, 122
- Lombardia, 89
- Lombardos, 88-90, 93-94, 97, 108, 124, 126, 133, 135, 140, 151
- Longino (hermano de Zenón), 74
- Luciano (autor satírico), 23
- Lyon, Concilio de, 243-244, 267
- Macedonia, 262
- actual, 283
- diócesis de, 53
- tema de, 153, 163
- Magiares, 165
- Véase también* Hungría
- Magistri militum*, 36
- Magnencio (emperador de Occidente), 41
- Mahoma (profeta), 117
- Majencio (emperador de Occidente), 32-33
- Mandilion, 169
- Maniakes, Jorge, 201-202, 206
- Mantzikert, 204, 222
- Manuel I Comneno (emperador, 1143-1180), 212-215, 218, 222, 229-230, 232
- Manuel II Paleólogo (emperador, 1391-1425), 254-257
- Manuscritos, 16, 148, 191, 194, 196, 231-233, 270-273
- Marciano (emperador, 450-457), 51-52, 56, 69
- Marco Aurelio (emperador romano), 19
- Mardaitas, 126
- Maria de Antioquia, 214

- Marina, 29, 120, 125, 208, 223, 243-246, 251, 264. *Véase también* Carabisiano, thema; Cibirreos, thema; Imperial, flota
- Maronitas, 229
- Martina (esposa de Heraclio), 115-116, 119
- Martirópolis, 91
- Marwani, emirato, 179-180
- Mauricio (emperador, 582-602), 90-97, 111, 114, 148
- Maximiano (emperador de Occidente), 25, 27-28, 31-33, 84
- Maximino (emperador, 308-313), 31-33, 61
- Máximo (usurpador en Occidente), 45
- Máximo el Confesor, 145, 148
- Medicina, 65
- Melitene (actual Malatya), 168, 176, 183
- emirato de, 161-162, 164, 168
- Melquitas, 146, 155, 229
- Mercenarios, *véase* Ejército
- Mesazon, 223, 264
- Mesopotamia, 27, 43, 49, 52, 54, 67, 80, 116, 168, 184
- ducado de, 174
- Metodio I, san (patriarca de Constantinopla), 161
- Metodio, san (misionero en Moravia), 162
- Metoquites, Teodoro, 271-272
- Metropolitanos, obispos, 102
- Miguel I Cerulario (patriarca de Constantinopla), 203, 227-228
- Miguel I Ducas (gobernante de Epiro), 216-217, 237-238, 260
- Miguel I Rhangabe (emperador, 811-813), 157, 186, 196
- Miguel II Ducas (despota de Epiro), 241-244, 260
- Miguel II el Amorío (emperador, 820-829), 158
- Miguel III el Borracho (emperador, 842-867), 160-163, 165, 196-197
- Miguel IV el Paflogonio (emperador, 1034-1041), 201, 221
- Miguel V el Kalafates (emperador, 1041-1042), 201, 221
- Miguel VI Bringas (emperador, 1056-1057), 203, 223, 227-228
- Miguel VII Ducas (emperador, 1067-1078), 204-206, 227-228, 230
- Miguel VIII Paleólogo (emperador, 1261-1282), 240-244, 260-264, 267, 272-272
- Milán, 33, 80
- Miriokéfalon, 213
- Mistra, 262, 266
- Mohamed I (sultán otomano), 256
- Mohamed II el Conquistador (sultán otomano), 258, 268, 281
- Moldavia, 259
- Moldova (actual), 283
- Monacato, 62-63, 102-103, 136, 145, 191-192, 220, 228, 269. *Véase también* Monjas
- Monetización, 75, 98, 225, 251, 278-281. *Véase también* Acuñación
- Mongoles, 239, 255, 260, 265
- Monjas, 62-63, 136
- Monoenergismo, 117-118, 144-145
- Monofisismo, 50-52, 64, 102-103, 106, 125, 135, 146
- en Egipto y Siria, 51, 66, 96, 114, 144-147, 229
- en época de Anastasio, 75-76
- en época de Heraclio, 116-118
- en época de Justiniano I, 76-77, 80-82, 85-88, 103-104
- en época de Justino II, 90, 103
- en época de Mauricio, 91-92
- en época de Zenón, 72-73
- Monotelismo, 117, 120, 125, 129, 144-145
- Moralidad, 61-62, 147
- Moravia, 162-164, 191
- Moros, 79, 83, 89, 94, 97, 108
- Mosaicos, 108, 149, 196, 232-233, 272-273
- Musul, emirato de, 174, 176
- Muerte Negra, 251-252, 260, 265-266, 272
- Mujeres, 62, 156, 231
- Murad I (sultán otomano), 253
- Murad II (sultán otomano), 256-258
- Murallas, tagma de las, 134
- Mustafa (candidato al trono otomano), 256
- Mutilación (como castigo), 132, 147

- Nápoles, 79, 184
Reino de, 244-245
Narsés (general en época de Justiniano I), 80, 84-86, 89
Narsés (general en época de Mauricio), 92-93, 111
Nea Mone, 232
Neoplatonismo, 14, 22, 61, 63, 65, 106
Nepote (emperador de Occidente), 73
Nerón (emperador romano), 283
Nestorianismo, 49, 64, 66, 83, 102, 135, 146
Nestorio (patriarca de Constantinopla), 49, 64, 83
New York Times, 276
Nicea (actual Izmit), 37, 129, 155, 208, 237, 264, 267, 270, 272
Concilio de (324), 37-40, 50, 63
Concilio de (787), 155, 161, 191
Credo de, 37-38, 41, 63, 163
Imperio de, 237-241, 259-267, 270-272
Niceforiztes (consejero de Miguel VII), 205, 223
Nícefro I (emperador, 802-811), 156-157, 160, 184-185, 188-189, 191
Nícefro I Duca (déspota de Epiro), 243-245
Nícefro I, san (patriarca de Constantinopla), 157-158, 191, 194
Nícefro II Focas (emperador, 963-969), 169-176, 184-186, 189, 193, 195
Nícefro III Botaniates (emperador, 1078-1081), 205, 227
Níctas (primo de Heraclio), 113
Nicolás I el Místico (patriarca de Constantinopla), 166-167, 192
Nicomedia (actual Izmit), 28, 30-31, 35, 38
Nícolópolis, cruzada de, 255
Nika, revuelta, 78-79, 99
Nilo, río, 96
Nínive, 116
Nisibis, 92
Nomisma (*plural* nomismata), 36, 208, 278
Normandos, 201-207, 209, 213-214, 219, 222, 228, 233
Nueva Roma, 35, 45
Numeria, tagma de, 134
Nupciales, concursos, 155-156, 159, 161-162
Obispos, 57, 99, 102-105, 161, 192, 228
Occidente, Imperio Romano de, 13, 18, 67, 71-72, 86
Odoacro (rey), 73
Ohrid, 181, 238
Olimpo, monte (en Bitinia), 192
Omeyya, Califato, 120
Opsikion, thema de, 121-123, 125, 129-130, 133-140, 159, 186, 192
Optimates, tagma de los, 134
Oratoria, 63, 271
Oriente:
diócesis de, 54
ejército de, 46-47, 71, 77-78, 82, 90, 117, 121
emperador de (título), 244
prefectura de, 46, 53-54, 78
Oriente, Imperio Romano de, 13-14, 52-53
Orígenes (teólogo), 23, 63
Oro, Horda de, kanato mongol de, 265
Osman (emir otomano), 244-245
Ostrogodos, 45
en Iliria, 45, 69, 71-74
en Italia, 73, 76, 79-86, 97, 105
Otomano, Imperio, 274, 281-284
Otomanos, turcos, 245, 258, 265, 272-274, 281
alianzas bizantinas con, 250-252, 256
ataques a Constantinopla por, 254-255, 257-259
conquista de Anatolia por, 244-247, 253, 259-262, 266-267
conquista de los Balcanes por, 251-252, 268
vasallaje bizantino hacia, 253-255
victoria de Timur sobre, 256
Véase también Otomano, Imperio
Otón I (emperador germánico), 173-174
Otón II (emperador germánico), 174
Ovidio (poeta), 272
Pacomio (abad), 63, 66
Paflagonia, 158

- Paganismo, 21-22, 36-37, 42, 45, 57, 61, 65, 78, 88, 101, 103, 105, 146-147, 229, 273
Palamas, Gregorio, 269
Palamismo, 269, 271
Paleólogo, familia, 263
Paleólogo, Juan (hermano de Miguel VIII), 241
Paleólogo, Miguel (hijo de Andrónico II), 245-246
Paleólogo, Teodoro (hijo de Juan V), 253-256
Palestina, 51, 54, 96, 101, 114, 117, 175, 184-185
Palmira, 23
Pantocrátor, monasterio, 233
Papa, *véase* Papado
Papado, 45, 51, 53, 95-96, 102-104, 135, 147, 185, 203, 243, 268, 272
actual, 285
Alejo I y, 207-208, 229
cisma acacio con, 73, 76
cisma de 1054 con, 203, 227, 230, 239, 243, 268, 285
cisma de Focio con, 162-163, 192
Constante II y, 120, 122-123
cruzadas y, 208, 217, 229, 243, 245-246, 257
Heraclio y, 117-118
iconoclasia y, 133, 135, 155
Irene y, 155
Juan II y, 229
Juan III y, 239
Juan V y, 252-253, 268
Juan VIII y, 256-257
Justiniano I y, 77, 82, 85
Justiniano II y, 126-128
León VI y, 166-167
Manuel I y, 212-214, 229
Manuel II y, 255
Miguel VIII y, 241-244, 267
Paquimeres, Jorge, 271
París, 256
Parto, Imperio, 19
Patriarcados, 51, 64. *Véanse también* nombres de cada patriarcado
Patriarcal, academia, 270
Patrio (césar en época de León I), 71
Paulicianos, 161-164
Pecado original, 102
Pechenegos, 203-204, 205-208, 210, 219
Pederastia, 78, 104
Pedro (emperador búlgaro), 168, 172
Pedro (hermano de Mauricio), 93
Pedro Barsymes, 82, 85
Pedro de Courtenay (emperador latino), 238
Pelagonia, 241
Peloponeso, 156, 243-244, 249, 251, 253-262
latinos en, 237, 241, 243, 248-249, 257, 262
thema de, 156
Persia, 19, 21, 23, 44, 71, 77, 82, 88, 117-118, 137, 140, 144
Anatolia atacada por, 113-114, 229
Armenia atacada por, 38-39
ataques bizantinos a, 30, 43, 115-116
comercio bizantino con, 54
conquista árabe de, 117-118, 120
cristianismo en, 67
Egipto atacado por, 114
Siria atacada por, 42, 50, 76, 80, 90-91, 99, 113
tratados bizantinos con, 30, 43, 53, 78, 83, 85, 92, 115-116
Peste bubónica:
como Muerte Negra, 249-250, 252, 259-260, 265, 272
en época de Justiniano, 81-83, 85-88, 92-93, 96-100, 116, 118, 120, 135, 140, 142-143, 189, 224-225
Píeles, comercio de, 190, 225
Pisa, 225
Planudes, Máximo, 271-272
Platón (filósofo), 61, 65, 228, 230
Pletón, Jorge Gemisto, 272-273
Plotino (filósofo), 23
Plutarco (biógrafo), 23
Población, 18, 38-39, 276-280
aumento después de 400 en, 60, 96, 100-101
aumento después de 750 en, 159, 185-186, 188-190, 218, 224-226, 265
cifras de, 57-58, 139, 142, 276-280

- descenso después de 1347 en, 250-251, 266
 descenso después de 165 en, 21, 60
 descenso después de 541 en, 81, 87-88, 96, 100, 141
 Poesia, 105-106, 148-149, 231, 271-272
 Polacos, 255
 Polieuto (patriarca de Constantinopla), 172-173
 Pónticos, Alpes, 220, 260
 Ponto, 220, 223
 Ponto, diócesis de, 53
 Postal, logoteta, 122, 135, 188
 Praesental, ejércitos, 47, 69, 71, 73, 77-78, 121
 Prefectura, *véase* Pretoriana, prefectura
 Presupuesto estatal, 18, 59, 76, 87, 101, 160, 190, 225, 276-278
 Pretoriana, guardia, 36
 Pretoriana, prefectura, 29, 31, 36, 41, 138
 Primera Guerra Mundial, 282-284
 Prisco (general en época de Mauricio), 91-92, 113
 Proclo (filósofo), 65
 Procopio (usurpador en época de Valente), 42, 44
 Procopio de Cesarea, 105, 276
 Pródromo, Teodoro, 231
 Profecías, 146
 Pronoia, concesiones, 222-224, 265
 Prostitución, 62, 104
 Protoascretis, 122
 Provincias, 29, 138, 264
 Prusa (actual Bursa), 247
 Psellos, Miguel (Constantino), 228, 230-231
 Pueblos, 57-58, 101, 147, 190, 226, 262
 Pulqueria (hermana de Teodosio III), 48-52, 62-63
 Quaestor, 39, 122
 Quíos, 232, 247, 250
 Quinisexto, Concilio (692), 126-128, 133, 146
 Ravena, 48, 72, 80, 83, 133, 135
 Renacimiento, 18, 226-227, 255, 269, 272, 274
- Rin, río, 28, 41
 Roberto Guiscardo, 207, 209
 Rodas, 129
 Rojo, mar, 101
 Roma (ciudad), 13-14, 27, 35, 54, 65, 97, 99-100, 122, 132, 156, 253
 conquista bizantina de, 79, 83-85
 saqueos de, 48
 Romanes, 231
 Romano (emperador búlgaro), 176, 179-180
 Romano el Méloda, 106
 Romano I Lecapeno (emperador, 920-944), 167-169, 173, 179, 183, 186, 195
 Romano II (emperador, 959-963), 168, 170, 195
 Romano III Argiro (emperador, 1028-1034), 199-201, 203
 Romano IV Diógenes (emperador, 1068-1071), 204, 206, 219, 222
 Romano, Derecho, 48
 Romano, Imperio, 13, 19, 33, 54, 233, 276, 281, 285
 Rómulo Augusto (emperador de Occidente), 72
 Rufino (prefecto en época de Teodosio I), 47, 56
 Rumanos, 21, 259, 267, 282-283
 Rusia, 158, 172-174, 177, 183, 190, 225, 260, 272
 actual, 284
 Iglesia de, 177, 191, 257, 260, 267, 269
 Sabelianismo, 37-38
 Sagrada Sabiduría, iglesia de la, *véase* Santa Sofía
 Saif al-Daulah, 168-172
 Salutio (prefecto en época de Juliano), 43
 Samuel (emperador búlgaro), 177, 179-181, 185, 189
 Santa Catalina, monasterio de, 149-151
 Santa Sofía, iglesia de, 55, 79-80, 107-108, 136, 139, 196, 202, 215, 241, 267, 272
 Santos, 103, 145-146, 196
 Sarampión, 20

- Sasánidas, 19
 Scleros, Bardas, 175-177, 179, 187
 Scleros, familia, 186-187
 Scolae, 36
 tagma de, 134-135, 162, 168, 170, 188
 Seda, comercio, 101, 142, 190
 Segismundo (rey de Hungría), 255
 Segunda Guerra Mundial, 283
 Selimbria, 253
 Selyúcidas, turcos, 203-206, 218-219, 239, 260
 Sellos, 122, 142
 Semíticas, lenguas, 54, 95
 Senado, senadores, 35, 56, 69, 74-75, 98, 101, 105, 142
 Septimio Severo (emperador romano), 19
 Septuaginta, 106
 Serbia, 164, 181, 243, 246, 260, 265, 268, 272
 actual, 282-284
 alianzas bizantinas con, 247
 ataques a Bizancio de, 216, 220, 243-245, 248-252, 267
 bajo régimen otomano, 254, 256, 281
 guerras otomanas con, 253-254, 257
 Iglesia de, 164, 184, 259, 267-269
 soberanía bizantina en, 181, 184, 211, 213-214
 Serdica (actual Sofía), 156, 177, 181
 Sergio (patriarca de Constantinopla), 114, 116-117, 145
 Sermones, 64, 148, 194
 Serres, 255
 Severo (emperador de Occidente), 31-32
 Sexualidad, 15
 Sharvaraz (general persa), 115-116
 Sicilia, 79, 105, 122, 124, 132-133, 172, 183-185, 201, 243
 árabes de, 158-159, 163-164, 182, 201
 thema de, 128, 133, 158, 164
 Sidón, 175
 Simeón (emperador búlgaro), 165, 167, 189
 Simeón el Logoteta, 195
 Simeón Metafrastes, 194
 Simonia, 102
 Sinaí, monte, 150-151
 Siracusa, 201
- Siria, 22-23, 28-31, 38, 54, 66, 108, 116, 219
 ataques bizantinos a, 170, 186
 ataques persas a, 42, 50, 76, 80, 89-92, 99
 bajo régimen árabe, 126, 128, 131, 175
 condiciones en, 54, 96, 100, 186
 conquista árabe de, 117, 120, 144
 conquista persa de, 113-114
 conquistas bizantinas en, 171, 173, 175-177, 183-186
 Iglesia en, 51, 117-118, 257
 Siriaco (lengua), 22, 66, 95-96, 106
 Sirmium, ducado de, 181
 Sofía (esposa de Justino III), 88
 Solidus (*plural* solidi), 36, 279
 Spalatum (actual Split), 31
 Stalin, Joseph, 283
 Studius, monasterio de, 191
 Subsistencia, crisis de, 82-83, 168, 172, 174, 185, 205, 246, 265
 Suda, 193
 Sulaymán (sultán otomano), 256
 Sviatoslav (príncipe ruso), 172-174
- Tagmata, 134, 136-138, 155, 187, 204-207, 223. *Véanse también nombres de cada tagmata*
 Tarasio, san (patriarca de Constantinopla), 155, 191
 Tarso, emirato de, 161-162, 165-166, 170, 172, 175
 Taurus, montañas, 129, 140, 184, 186, 208, 220
 Teatro, 58, 62, 75, 77, 100, 146
 Tebas, 220, 233
 Tefrice, 164, 183
 Tenedos, 253
 Teocisto (logoteta en época de Miguel III), 160, 162-163
 Teodora (emperatriz, 1053-1056), 201, 203, 227
 Teodora (esposa de Justiniano), 77, 81-84, 87-88, 103, 105
 Teodora (esposa de Teófilo), 159-160, 163
 Teodorico el Amalo, 73
 Teodorico Estrabón, 69, 71-73
 Teodoro (hermano de Heraclio), 117

Teodoro de Studium, san, 157, 191, 194
 Teodoro de Syceon, 145
 Teodoro Ducas (emperador de Tesalónica), 238-239, 261
 Teodoro I Láscaris (emperador de Nicea, 1205-1221), 235, 237-238, 241, 247, 260-261
 Teodoro II Láscaris (emperador de Nicea, 1254-1258), 240-241, 270-271
Teodosiano, Código, 48, 78
 Teodosio I (emperador, 379-395), 44-46, 48, 66, 93, 112, 114, 279
 Teodosio II (emperador, 408-450), 48-50, 56, 78
 Teodosio III (emperador, 715-717), 129-130
 Teodosiópolis (actual Erzurum), 169
 Teófilo el Confesor, 194
 Teófano (esposa de Otón III), 174
 Teófano (esposa de Romano II), 170-171
 Teofilacto Simocata, 148
 Teófilo (emperador, 829-842), 159-161, 183, 190, 192, 195
 Teología, 23, 63-64, 102-104, 149, 192, 194, 229-230, 268-272, 285
 Terremotos, 99, 133, 252
 Territorial, extensión, 16-19, 277-280
 Tervel (kan búlgaro), 128
 Tesalia, 238, 241, 243-253, 260-261
 Tesalónica, 100, 126, 155, 159, 192, 235, 239, 244-247, 249-251, 253, 256, 260, 269
 ataques eslavos a, 124
 comercio en, 220
 conquistas otomanas de, 253, 256
 ducado de, 174
 Imperio de, 239-260
 Reino de, 237-238, 244
 saqueo árabe de, 166
 saqueo normando de, 215-216
 thema de, 156
 Tetrarquía, 28, 35
 Themas (*griego* themata, *singular* thema), 120-123, 130, 135, 137-138, 143-144, 187, 190, 203, 205, 222-224, 264
Véanse también nombres de cada thema

Theophanes Continuatus, 194
 Tiberio II Constantino (emperador, 578-582), 89-90, 94-95
 Tiberio III Apsimar (emperador, 698-705), 128
 Tierras militares, 122, 134, 139, 143, 221-223, 280
 Timarion, 231
 Timur el Cojo, 256
 Tomás de Aquino, santo, 272
 Tomás el Eslavo, 158
 Totila (rey ostrogodo), 82, 84
 Tracesio, thema, 121, 133, 139, 186
 Tracia, 33, 40, 43-44, 74-75, 121, 134, 159, 216-218, 235, 251, 254, 257
 actual, 282
 ataques ávaros a, 91-92, 115
 ataques búlgaros a, 75, 78, 83, 125-126, 129, 156-158, 237, 242, 246-248
 ataques catalanes a, 245, 265
 ataques hunos a, 48-49
 ataques pechenegos a, 205-208, 210
 ataques rusos a, 174
 ataques turcos a, 248-249, 251-252
 condiciones en, 53-54, 96, 139, 185-186, 220, 262
 diócesis de, 53
 ejército de, 46, 69, 71, 76, 78, 89, 121
 guerras civiles en, 247, 250
 Iglesia en, 51
 ostrogodos en, 69, 71, 74
 reconquistas bizantinas en, 155, 157, 239-240
 thema de, 125, 135, 139
 visigodos en, 45
 Tracio (lengua), 22
 Trebisonda (actual Trabzon), 190, 235, 263, 266, 270
 Imperio de, 235, 237, 239, 243-244, 259-261, 263, 267, 270, 272
 Tres Capítulos, Edicto de los, 83, 85
 Triclinio, Demetrio, 271
 Trinidad, 45, 63, 89
 Trípoli, 175
 Triteísmo, 89
 Trueque, 141-143, 189-190, 160, 163
 Turco (lengua), 266, 281

Turcos, 204, 208, 212, 233, 248-249, 251
 actuales, 283-285
Véanse también Cumanos; Otomanos, turcos; Pechenegos; Selyúcidas, turcos; Úzes
 Turma, turmarca, 138
 Turquestán, 256
 Ucrania, 283
 Unión Soviética, 283, 285
 Urbanización, 16, 189, 224
Véase también Ciudades
 Urbano II (papa), 208, 229
 Úzes, 207
 Valacos, 216, 281
 Valaquia, 259
 Valente (emperador, 364-378), 43-44, 46, 56, 103, 157
 Valentiniano I (emperador de Occidente), 43-44
 Valentiniano II (emperador de Occidente), 44-45
 Valentiniano III (emperador de Occidente), 48, 51
 Valentino (general en época de Constantino III), 119
 Vándalos, 49, 78-79, 81, 86, 105
 Varangiana, guardia, 179
 Varma, 258
 Vaspurakán, 182
 ducado de, 182
 Venecianos, 184, 233, 238, 241, 253, 256, 262, 266, 272
 alianzas bizantinas con, 207, 216, 241, 253, 256, 262, 266, 272
 comercio de, 225-226, 265
 concesiones bizantinas a, 207, 210, 214, 221
 guerras bizantinas con, 213, 217-219, 244-245
 Imperio Latino y, 237-238, 243
 Verdes (bando), 74, 78-79, 99, 113, 139
 Verina (esposa de León I), 72
 Vicarios, 29-30
 Vikingos, 158
 Violación, 36
 Virgen María, 50, 62
 Viruela, 19
 Visigodos, 45, 48, 52, 82, 85-86, 89, 108
 Visperas sicilianas, 243-244
 Vitalio (general en época de Anastasio), 76-77, 98
 Vitiges (rey ostrogodo), 80
 Vladimir (príncipe ruso), 177, 191
 Yarmuk, río, 117
 Yolanda-Irene (esposa de Andrónico III), 245-246
 Yugoslavia, 282-283
 Zautzes, Estiliano, 165
 Zautzina, Zoe, 165
 Zelotes, 249-251
 Zenón (emperador, 474-491), 69, 71-75, 93, 98, 103, 108
 Zeus (dios), 21, 25, 27, 60
 Zoe (emperatriz, 1042), 199, 201-203
 Zoe Carbonopsina, 166-167
 Zoroastrismo, 144
 Zósimo (historiador), 105



El imperio bizantino aún suele contemplarse como la historia de una decadencia, a pesar de que su vida se prolongara durante casi 1.200 años.

Sin embargo, este libro breve pero exhaustivo demuestra que Bizancio sufrió un singular ciclo de crisis y posteriores florecimientos durante los cuales su historia política, militar, económica, social y cultural tomó con frecuencia cursos dispares.

Las causas de tales oscilaciones se hallarían tanto en la dinámica subyacente como en decisiones tomadas por personalidades específicas, entre ellas numerosos emperadores del periodo. El autor también subraya la sofisticación política, económica y cultural de Bizancio, en general muy superior a la del occidente medieval europeo. Los elementos bizantinos que han perdurado hasta nuestros días en la teología cristiana, el Derecho romano y los estudios clásicos griegos son numerosos, y de especial importancia en Europa oriental y Rusia.

El volumen, dirigido tanto a los estudiosos como a los amantes de la Historia, recorre la andadura del imperio desde sus inicios en el año 285 hasta su caída en 1453. El texto combina la narración amena con un panorama social y cultural de las seis fases principales de la evolución de Bizancio. En los capítulos primero y último se analizan problemas básicos referentes al estudio del imperio y su actual relevancia en Europa oriental. El volumen incorpora ilustraciones e incluye seis mapas.